
Antonio Caño
DIGAN LA VERDAD
Memorias de un periodista y apuntes sobre un oficio en peligro de extinción

Antonio Caño

Digan la verdad

Memorias de un periodista y apuntes sobre un oficio en peligro de extinción

la esfera de los libros

Primera edición: noviembre de 2022

Avenida de San Luis, 25
28033 Madrid
Tel. 91 443 50 00
www.esferalibros.com

ISBN: 978-84-1384-465-7
Depósito legal: M. 24.494-2022
Fotocomposición: Creative XML, S. L. U.
Impresión y encuadernación: Huertas
Impreso en España-*Printed in Spain*

ÍNDICE

A mi madre, que me hizo la primera maleta.

PRÓLOGO

En los años ochenta del siglo xx muy pocos se preguntaban sobre el futuro del periodismo. Yo no, desde luego. Los periodistas vivíamos aún al amparo de la notoriedad del Watergate, ocurrido una década antes, seducidos por el poder y la fama que la profesión era entonces capaz de otorgar, protegidos por empresas vigorosas y alentados por un público entregado para el que un periódico era una insignia que formaba parte de su indumentaria personal. En los años ochenta el periodismo era una actividad cautivadora e indispensable.

Una mañana de 1989 sonó el teléfono de una habitación cuyo número no recuerdo del hotel Camino Real (hoy Intercontinental) en San Salvador. No eran infrecuentes las llamadas muy tempranas en ese tiempo. Los editores en Madrid tenían pocas consideraciones por la diferencia horaria entre España y El Salvador. Además, las noticias se sucedían sin pausa en aquellos días en que los dos bandos de una guerra civil que se prolongaba ya varios años se habían lanzado a por el adversario de forma definitiva, sin tregua ni piedad.

Esa llamada, no obstante, no era la habitual de la redacción central con algún reclamo ni la de un colega para alertar sobre un bombardeo cercano o un ataque inminente. Era la operadora del hotel para dar paso a una persona que quería comunicarme algo grave. Nunca supe a quién correspondía aquella voz acelerada de hombre joven con acento centroamericano que me anunció que el padre Ignacio Ellacuría y algunos de sus compañeros habían sido asesinados en la Universidad Centroamericana (UCA) de San Salvador. Supongo que sería uno de los empleados de la universidad que me conocería de anteriores visitas. O, tal vez, algún trabajador del hotel que estaba al tanto de que yo era periodista y español. No lo sé. tampoco me hice muchas preguntas en ese momento ni recuerdo más sensaciones que las de la ansiedad y la urgencia. El único deseo era el de llegar de inmediato hasta el lugar de los hechos y la única preocupación,

hacerlo con todo el equipo —grabadora, cuadernos, bolígrafos— a punto y, a ser posible, antes que nadie. Nada me parecía en ese momento más importante que estar allí para contar bien lo ocurrido.

La historia contada por periodistas se ve a veces reducida a eso, historias de periodistas, anecdóticas y egocéntricas, que se parecen con frecuencia a las historias de cazadores, llenas de exageraciones y jactancia. Pero ¡qué otra cosa puedo hacer que contar historias de periodistas si eso es lo único que he sido toda mi vida! Con el tiempo, algunas de esas historias maduran y se hacen más auténticas y valiosas. La mayoría pierden todo interés o quedan reducidas al mérito escaso que tenían originalmente y que nosotros magnificamos en nuestro afán de notoriedad. Algunas, sin embargo, ganan relevancia; no solo se sobreponen al paso del tiempo, sino que adquieren después la notoriedad que no supimos ver entonces con nuestra precipitación, con nuestra desesperación por narrar los acontecimientos antes incluso de que lleguen a producirse. El asesinato de Ellacuría y de sus amigos y colaboradores en San Salvador el 16 de noviembre de 1989 es una de esas historias que gana con el paso del tiempo, que desafía la ligereza frecuente de nuestro oficio, que engradece y humaniza al periodista que la escribe y al lector que la recibe.

Había toque de queda en la capital, que era en ese momento el frente principal de la guerra civil que El Salvador libraba desde 1979. Era arriesgado estar en las calles, pero eso no era un obstáculo para el conductor del taxi que tenía contratado por 100 dólares diarios —una fortuna— y que esa mañana, como todas, me esperaba en la puerta del hotel para llevarme al campo de batalla. Sí, era una guerra a la que se iba en taxi, habitualmente coches en aceptables condiciones, conducidos por personajes encantadores que cumplían múltiples papeles: guía, guardaespaldas, consejero, fuente de información... Mi chófer era Ricardo, creo, y, sin que yo fuera capaz de agradecérselo como merecía en su momento, seguramente me salvó la vida en más de una ocasión.

Entré al edificio de la UCA por la rendija abierta en un portón trasero que daba a un patio de tierra amplio y muy descuidado. Así lo recuerdo al menos ahora, mientras desplazo mentalmente la vista por aquel escenario en busca del cadáver de Ellacuría, que parecía haber sido asesinado allí mismo, frente a una de las tapias de aquel corralón, junto a algunos otros sacerdotes. Aunque no fui capaz de sostener la mirada por mucho tiempo, aún retengo en la memoria el sonido de las moscas rondando sobre las heridas que el bravo jesuita había recibido

en la cabeza, deformada por el impacto de alguna bala disparada a corta distancia, su bata sencilla de color café atada con un cinturón y sus zapatillas de tela y suela de esparto, también marrones, casi nuevas, probablemente recién compradas en España, de donde había vuelto pocos días antes.

No recuerdo cuántos de los otros cinco curas asesinados aquel día —Ignacio Martín Baró, Segundo Montes, Armando López, Joaquín López y Juan Ramón Moreno— estaban al lado de Ellacuría. Todo era precipitación y confusión, nervios y miedo. Estaban desplegados por el lugar militares de uniforme y algunos civiles cuya función desconocía pero que suponía que eran policías, forenses o personal de los juzgados. ¡Quién sabe si no estarían entre ellos los propios autores de la matanza! Nadie impedía a los pocos periodistas que ya estábamos allí movernos sin ningún control entre los cadáveres y la sangre. Inspeccionado precipitadamente aquel espacio que tal vez un día fue un huerto, entré en los dormitorios. Para hacerlo, había que saltar sobre el cuerpo que obstaculizaba el pasillo de acceso; un cadáver más en una de las habitaciones, y otros dos en el fondo de la vivienda, aparentemente los de la empleada de hogar, Elba Julia Ramos, y su hija Celina, de quince años, que se quedaban a dormir en la universidad en aquellas noches porque creían sentirse más seguras al lado de los religiosos. No sabían, las pobres, que los asesinos no hacían distingos en medio de aquel salvajismo.

La muerte de Ellacuría, la espantosa escena de su cadáver sobre la tierra del patio de la UCA, me sacudió profundamente. No me atrevo a decir que éramos amigos, pero me encontraba con él cada vez que visitaba El Salvador, lo que ocurría con bastante frecuencia. Yo entonces vivía en México, en la calle Lope de Vega, de la colonia Polanco, algo que siempre me hizo mucha gracia trabajando, como hacía, para el periódico *El País*. Era corresponsal en México y Centroamérica. Pese a que, tratándose de una región en permanente drama, el asesinato de Ellacuría no fue el primer caso de horror del que me tocaba informar, nunca la víctima había sido tan cercana, tan admirada, tan querida. Pocos días antes de su asesinato, el sacerdote había comido con un grupo de periodistas españoles que entonces pasábamos mucho tiempo juntos y lo compartíamos todo, sin apenas rivalidad entre nosotros. Habíamos comentado con él sobre el riesgo de su regreso a El Salvador en medio del recrudecimiento de los combates en la capital. Ellacuría admitió que había contemplado la posibilidad de quedarse en España, que así se lo habían recomendado sus familiares y sus amigos, pero que había llegado a la conclusión de

que su obligación era regresar, precisamente en aquellas circunstancias tan difíciles y peligrosas, porque entonces era cuando más le necesitaban los suyos. Y los suyos, en el corazón de Ignacio Ellacuría, eran muchos; me atrevería a decir que los suyos eran casi todo El Salvador, del que se sentía parte y a cuyo destino se sentía vinculado.

Ya no queda gente así. Eso era hace más de treinta años. Entonces el tiempo avanzaba más lentamente. También para los periodistas. Al menos para los periodistas que trabajábamos para un periódico. Uno tenía incluso espacio suficiente para reconstruir mentalmente el suceso vivido, recapacitar sobre él y escribir la crónica que los editores corregirían y pulirían después con calma y, por lo general, buen criterio. Por supuesto, no había Internet en los años ochenta. Al menos no había periodismo en Internet. Tampoco existían aún los teléfonos móviles. Y los fijos, en un país como El Salvador, en aquel tiempo y en aquellas circunstancias, eran poco fiables. A veces costaba horas conseguir la comunicación con Madrid para dictar el texto redactado. Esa espera era con frecuencia el momento de mayor desasosiego del día; todo el esfuerzo por llegar hasta el lugar adecuado, todos los riesgos corridos podrían ser inútiles si no conseguías transmitir la información. Me lo habían dicho ya en la Agencia Efe, me lo había advertido mi primera jefa, Ana Zunzarren, antes de emprender en 1979 rumbo a Guinea Ecuatorial, mi primer destino como reportero: «Tu objetivo principal ha de ser el de enviar la crónica; todo el resto, incluido su contenido, es secundario». En Malabo fue aún más difícil. El teléfono, el viejo teléfono, lo que después se conoció como teléfono fijo, era un lujo del que muy pocos días se podía echar mano. La comunicación con la redacción central se hacía desde la oficina de telégrafos de la ciudad, a donde llegaba cada noche con la ayuda de una linterna, que me abría paso entre la oscuridad, para transcribir a la cinta perforada la crónica diaria. En aquel tiempo yo era capaz de leer la cinta para comprobar la exactitud del texto e incluir correcciones. Ya no.

La renovación de la tecnología aplicada al periodismo ha sido brutal, pero eso no es lo que más ha cambiado en el periodismo desde aquellos años hasta ahora. Ha cambiado mucho más su papel en la sociedad, su función y su reconocimiento. El periodismo solo merece ese nombre si resulta útil para que las personas desarrollen con plenitud su misión como ciudadanos; el resto es, en el mejor de los casos, espectáculo, entretenimiento, o, peor aún, desinformación y manipulación. ¿Se hace hoy ese periodismo? Es imposible responder

de forma definitiva a esa pregunta, pero sí es necesario que quienes nos dedicamos a esta profesión nos la hagamos con frecuencia. Incluiré en las páginas que siguen los puntos de vista de algunos colegas sobre diversas preocupaciones compartidas respecto a nuestro oficio, pero, por supuesto, yo mismo asumiré el protagonismo y la responsabilidad principal a la hora de abordar el momento del periodismo. Lo hago sin ánimo de dogmatizar y sin la pretensión de que alguien vea un estudio académico donde no lo hay. Me limitaré a reflejar las enseñanzas adquiridas en el trabajo junto a grandes periodistas y en la experiencia de más de cuarenta años de dedicación al periodismo en casi todas sus facetas, desde becario a director del periódico de mayor circulación en España en su momento. Estoy convencido de que esas experiencias tienen en sí mismas mucho más valor que las conclusiones a las que a mí me puedan llevar, pero no sería del todo honesto conducir a los lectores a un proceso de análisis y reflexión, como intentaré, sin mojarme con mi propia opinión.

El periodismo es hoy uno de los componentes básicos de nuestra vida. O quizá sería más preciso decir que las noticias lo son; más de lo que nunca antes habían sido. Vivimos inmersos en un mundo inundado de información; en la mayoría de los casos, indefensos ante el impacto que esa información provoca en nuestro comportamiento. Casi todas las decisiones que tomamos a diario, incluso las más trascendentes, están en mayor o menor medida influidas por las noticias que escuchamos, leemos o que de cualquier otra forma entran en nuestro cerebro, aunque ya no sea a través de los medios de comunicación tradicionales. La comida que elegimos, la ropa que usamos, los lugares a los que viajamos, los libros que leemos, las películas que vemos, los amigos que elegimos, las opiniones que damos, el partido al que votamos dependen en gran medida de la información que recibimos. Conocer la procedencia de esa información, así como la calidad de su contenido y las intenciones de quien o quienes la conducen hasta nosotros resulta, por tanto, decisivo en nuestra actuación en la sociedad y, en última instancia, en el desarrollo pleno de nuestra función como ciudadanos libres. Podemos alcanzar la libertad gracias a la información, pero también podemos ser esclavizados por ella.

Prácticamente desde los primeros años del periodismo, los políticos, los empresarios, los activistas de toda índole, cualquiera que necesitara influir de alguna forma en la conducta de las personas, han sido conscientes de ese poder inmenso de las noticias. Paradójicamente, los periodistas, que viven por lo general en el

espacio reducido de su propia labor, lo han sido mucho menos. Durante décadas ese poder de influencia del periodismo era administrado y conducido a través de medios de comunicación perfectamente imbricados en el sistema y, por lo general, profesionales, prudentes y responsables. Por supuesto que no siempre ha sido así, y se pueden citar múltiples casos en el pasado de medios corruptos, sensacionalistas o cómplices de gobiernos autoritarios. En muchos países, a lo largo de la historia, medios revestidos con el ropaje del prestigio han respaldado dictadores, han ocultado crímenes o han justificado persecuciones políticas y expolios del dinero público. Pero han sido muchos más los que han contribuido al intercambio de ideas, a la revelación de secretos, al combate a la impunidad, al descubrimiento de la verdad y otras muchas aportaciones que han servido para sostener y hacer progresar la democracia y la libertad.

Como se puede comprobar solo ya por la lectura de estas primeras líneas, soy un periodista con experiencia y años a la espalda. Es inevitable, por tanto, una cierta visión nostálgica de nuestra profesión. Tiendo a creer que el periodismo ha vivido épocas más gloriosas que la actual y, aunque es justo reconocer las ventajas que los recursos tecnológicos y los nuevos medios de comunicación aportan, así como los esfuerzos que hacen cada día muchos de mis colegas más jóvenes para dignificar nuestro oficio, tampoco se puede ocultar que los periodistas hemos perdido hoy una buena porción de respeto entre los ciudadanos y que es nuestra obligación examinar qué parte de culpa tenemos nosotros mismos.

En cierta medida, ese deterioro de la credibilidad de la prensa tiene que ver con el agravamiento de la polarización política en los últimos años. Los periodistas estamos hoy, querámoslo o no, en las barricadas. Unos, para contar la guerra ideológica que se libra; otros, como combatientes en algunos de los frentes. He procurado mantenerme siempre alejado de los bandos políticos, ayudado por el hecho de haber desarrollado la mayor parte de mi carrera fuera de España y de la política española. Pero asumo que algunos lectores no me creerán y que otros simplemente no se acercarán a estas páginas por rechazo a las ideas que le atribuyen a su autor. A quienes sí tengan curiosidad en hacerlo, intentaré aclarar las decisiones que tomé en la etapa más controvertida de mi trayectoria profesional y a la que se deben la mayoría de los prejuicios establecidos sobre mí, la de director de *El País*. Sabido es cómo acabó mi relación con *El País*, pero han sido más de treinta y nueve años de trabajo en ese periódico y es mucho el cariño y agradecimiento que siento por esa cabecera.

Trataré, por tanto, de relatar ese periodo con respeto a la verdad y exento de rencor en toda la medida que mis tripas me lo permitan.

Mis cuatro años como director de *El País* dieron lugar también a una labor de la que se ha hablado menos en los confidenciales y en las redes sociales, pero de la que me siento muy orgulloso y que creo que debe merecer cierta atención en este libro: la transformación digital del diario. El recuerdo de lo ocurrido en *El País* en ese periodo puede resultar, además, muy ilustrador sobre lo que ha sucedido con los periódicos, sobre todo a partir de 2010 y especialmente desde la segunda mitad de la década anterior. Sin entender la catástrofe ocurrida en la industria de la prensa y la abismal pérdida de influencia del producto de papel frente al digital, no se puede entender la revolución general que ha ocurrido y sigue ocurriendo en el periodismo.

No me arrepiento de haberlo dado todo por *El País,* como no me arrepiento de ser periodista. Pero tampoco creo que no pudiera haber trabajado para otro medio o haberme dedicado a otra cosa. He oído a muchos de mis colegas decir que si volvieran a nacer, volverían a ser periodistas. Yo no estoy tan seguro. Tal vez yo sería médico, por ejemplo. O maestro de escuela o novelista. O cualquier otro trabajo que permitiera disfrutar de la naturaleza y el aire libre. En realidad, es poco probable que si pudiera volver a elegir volviera a ser periodista. No quiero que se me malinterprete: adoro el periodismo, y algo de ese sentimiento debí de transmitir a mi entorno porque mi hijo mayor también es periodista. El periodismo es una profesión apasionante y valiosísima. En mi caso, además, me dio la oportunidad de conocer el mundo, algo que jamás podría haber hecho por mis propios medios. Pero el periodismo es también un instrumento que sirve tanto para hacer resplandecer la verdad como para ocultarla y manipularla, es un arma de doble filo que puede ser utilizada tanto para eliminar la maleza que oculta a héroes desconocidos, como para caer como guillotina sobre personas decentes sin más delito que el de su involuntario protagonismo en una noticia de impacto.

Admito que hay mucho del periodismo que me disgusta y también confieso que soy más bien pesimista sobre el destino de nuestra profesión. Muchos de los debates actuales sobre el periodismo tienen que ver con riesgos acuciantes para nuestro oficio: la llamada realidad alternativa, la posverdad, el activismo político y social infiltrado en las redacciones… ¿Sobrevivirá el periodismo a todo eso? ¿Cómo será el periodismo del futuro? ¿Quién será periodista dentro de una década? ¿Qué quedará del periodismo que conocimos en el

pasado? Ninguna profesión tiene garantizada su supervivencia a lo largo de los tiempos. Igual que dejaron de existir los escribanos porque todo el mundo sabe ya redactar sus propias cartas y documentos, podrían dejar de existir los periodistas cuando todo el mundo tenga capacidad de acceder por su cuenta a la actualidad. En eso ya casi estamos. Va desapareciendo la intermediación por lo general, y los periodistas, en su dimensión más noble, no dejamos de ser más que intermediarios entre lo que sucede y las personas que necesitan o tienen curiosidad por saber lo que sucede. Pero incluso en el caso más optimista de que se mantenga el oficio de periodista, es dudoso que su ejercicio recuerde en el futuro a lo que conocimos en el pasado.

Hoy ya es apreciable la transformación experimentada: el trabajo de reporterismo, el relato objetivo desde el lugar de los hechos, la investigación, los testimonios de los involucrados han cedido terreno a la opinión, ni siquiera al análisis, sino a la opinión cada vez más contundente y más sesgada. Pero eso es apenas el principio. La transformación del periodismo es más profunda cada día. En la era de Twitter y de los rumores circulando como noticias a la velocidad del rayo es muy difícil seguir defendiendo los principios que han sostenido al periodismo independiente y que lo convirtieron en el cuarto poder durante los siglos XIX y XX. Y, sin esos principios, el periodismo, simplemente no merece tal nombre. No importa que una universidad siga repartiendo títulos de periodista, el periodismo hecho sin independencia, rigor, objetividad y honestidad intelectual no será jamás periodismo. En última instancia, cada periodista responderá en conciencia sobre esta materia.

Yo he sido la mayor parte de mi vida un reportero. Son mis experiencias como reportero las que ocuparán la mayor parte de las próximas páginas, aunque intentaré exponerlas de forma que no se limiten a una sucesión de episodios más o menos anecdóticos, sino como motivo de reflexión sobre lo que los periodistas hacíamos, hacemos y debemos hacer. Todos ustedes están invitados a participar en esa tarea porque todos ustedes están afectados —a veces han sido víctimas— del trabajo de los periodistas. Pero somos sobre todo nosotros, los profesionales del periodismo, los que tenemos la responsabilidad de honrar nuestro oficio, tan trascendente, mediante una crítica ajustada sobre lo que hacemos bien y lo que hacemos mal, para lo que espero que este libro sea una modesta aportación.

I
TIEMPOS ROMÁNTICOS

Ni el aficionado al cine más erudito recordará el estreno en 1966 de un película de Ana Mariscal titulada *Los duendes de Andalucía*, en la que Sancho Gracia hacía el papel de un periodista francés que corre algunas aventuras en España, más que nada sentimentales, en un trasfondo del casticismo grotesco propio de la época. La película no tiene más propósito que la promoción de los rudimentarios argumentos musicales y paisajísticos con los que en aquel tiempo nuestro país se lanzaba a la búsqueda del turismo extranjero. Ningún otro valor cabe concederle al film. Pero para un niño de nueve años que ya empezaba a soñar con una vida lejos del barrio, aquello era suficiente para disparar su imaginación. Aquel apuesto personaje con una cámara al hombro que venía nada menos que de Francia, conduciendo un descapotable rojo, se convirtió inmediatamente en objeto de admiración. Y aquel personaje llevaba adherida una etiqueta: periodista.

Se tiene al periodismo por una profesión vocacional. Se elige ser periodista para cumplir un sueño o alcanzar una de esas metas tan ambiciosas como ficticias que uno se marca en la primera juventud. Podría rebatirse esto con la cantidad de periodistas que debe de haber por ahí porque sus notas de corte en la prueba de selectividad no le dieron para más. Pero no creo que esos casos sean suficientes para negar por completo la fantasía en torno al periodismo. Muchos periodistas lo son movidos por la fama que en ocasiones concede, sobre todo en la radio y la televisión. Otros, más recientemente, recurren al periodismo como herramienta para intervenir en el mundo, corregir injusticias o promover la moralidad, una tendencia tan en alza como peligrosa a la que me referiré más adelante.

En mi caso, la ilusión del periodismo está plenamente vinculada a

las carreteras que recorría aquel descapotable rojo de Sancho Gracia, al mundo que le esperaba al otro lado de los Pirineos. El mismo niño que tantas veces había imaginado qué podría haber detrás de aquella curva con la se perdía de vista la vía del tren en la salida de Martos, había encontrado por fin en aquella película el pasaporte para descubrirlo: el periodismo.

Cada nuevo hallazgo juvenil servía para ratificar esa idea. Las primeras lecturas, *Noticia bomba*, donde se comprueba que los periodistas van incluso más lejos que Francia, viajan a guerras en África, beben whisky con soda, hablan inglés y se reportan a un jefe que posee el admirable título de Foreign Editor. La primera televisión, tan reducida, pero tan basta que nos parecía, con Miguel de la Cuadra Salcedo, del Amazonas al Congo, con esa fascinante guerrera de cuatro bolsillos frontales, sorteando balas, estrangulando serpientes, comiendo hormigas, descubriendo tribus remotas. Como hacían Jesús González Green, Diego Carcedo, Javier Basilio y otros en *Los reporteros* de TVE en los primeros años setenta.

Algunos de los integrantes del equipo de aquel programa ejercieron después de maestros sobre el terreno. Coincidí con uno de ellos, Manolo Alcalá, en México y Centroamérica, ya en sus últimos años como periodista. Antes había acumulado una carrera repleta de éxitos, como sus entrevistas a Moshé Dayan, el ministro israelí con un parche en el ojo que ocupaba entonces la actualidad con mucha frecuencia, y, sobre todo, a Los Beatles, a los que esperó al pie de la escalerilla del avión en su primer viaje a España y, aunque les llamó Los Brincos durante toda la conversación, les arrancó las declaraciones que buscaba para Radio Madrid. Manolo Alcalá me enseñó a resguardarme tras las ruedas de un coche cuando suenan tiros y a descubrir de qué dirección provienen. Me explicó cómo sobornar con elegancia a la autoridad, una enseñanza tan necesaria para cualquier periodista que viaja. Aprendí de él cuándo hay que correr y cuándo hay que ir con calma. Me instruyó a distinguir a las fuentes de los farsantes, a perseverar en la búsqueda de la información que se resiste, a eliminar complejos frente a competidores de medios más potentes, a confiar en el poder de convicción de una cámara o una página de periódico, a estimular la vanidad de nuestro interlocutor. Me enseñó otros muchos secretos del oficio y algunos de la vida. Aún lo recuerdo cuando, después de pelearse durante horas con la señal del satélite para enviar su crónica a TVE, a la que amaba más que a su querida Pepa, se acercaba a mi habitación en algún hotel de esos legendarios que nos gustaba compartir y me decía: «Antoñito, ¿te das

cuenta de que trabajamos como gilipollas y los que se llevan el dinero son esos gacetilleros que escriben desde su casa en la sierra?».

La generación de posguerra

Manolo Alcalá pertenecía a una generación de periodistas de posguerra que no habían pasado por la universidad ni habían estudiado idiomas. Su oficio se alimentaba aún del instinto y la picaresca. He escuchado muchas veces esa anécdota de aquellos reporteros del periódico *Pueblo* que aprovechaban un descuido durante la entrevista con la pobre viuda de la víctima de un crimen escabroso para robar la foto del difunto expuesta sobre el aparador. O la de aquellos otros que fingían en la radio el sonido de las campanas de la iglesia en alguna boda de alta alcurnia con el choque de los trozos de hielo en el cuba libre. Muchos de aquellos periodistas de *Pueblo*, entre los que se confundían los hijos del régimen con los padres de la democracia, todos un poco Carpanta y un poco Alain Delon, fueron después los fundadores del periodismo libre que ha sido predominante en España en las últimas décadas. Hubo precursores ilustres que dieron altura intelectual y brillo al oficio en un breve periodo de ejercicio del periodismo en libertad, como Manuel Chaves Nogales o Julio Camba. Pero el periodismo que hoy conocemos no es tanto heredero de aquellos como de esos otros colegas que buscaron resquicios entre los sólidos muros de la dictadura para moverse sin llamar la atención, para reflejar la realidad entre líneas, con metáforas, con humor, con alusiones veladas a las dolorosas circunstancias domésticas mediante la descripción de problemas internacionales, que es una de las razones por las que abundan los especialistas en información extranjera entre los miembros de mi generación y la anterior. «SE DESMORONA EL RÉGIMEN», titulaba a cuerpo grande el diario *Pueblo* en portada en pleno franquismo. «En Polonia», añadía en cuerpo pequeñito.

Esa era, discretamente, una de las funciones de *Los reporteros* o, después *En portada* o *Informe semanal*, donde se contaba el comportamiento violento de los militares en Chile cuando todavía había un militar al mando en España. En *Los reporteros* estuvo también Elena Martí, sin cuya existencia no se explica mi dedicación al periodismo. Elena era todavía una niña cuando su hermana mayor, Luisa Fernanda Martí, estaba ya consagrada como una estrella de la

radio, actuando en ocasiones en compañía de José Luis Pecker. Yo no llegué a conocerla personalmente, pero Luisa Fernanda era una celebridad en mi entorno familiar gracias a las referencias que a ella hacía mi abuela Hipólita, que trabajó como asistenta y cocinera en la casa de los Martí poco después de llegar a Madrid desde Martos. Yo no era capaz de encontrarle todavía coherencia a las conversaciones de los mayores, pero me quedó en la mente la imagen de una joven periodista, muy guapa, que tenía mucho éxito como locutora de radio. Otro tentador reclamo para el sueño infantil. Años después, cuando la fantasía se fue haciendo realidad con los estudios de periodismo en la universidad, fue la familia Martí la primera que acudió en ayuda del voluntarioso nieto de Hipólita que también quería ser periodista. No estaba ya Luisa Fernanda, muerta prematuramente, pero Elena, que había tomado el testigo periodístico del apellido, se ofreció enseguida a hacer las gestiones oportunas. De Elena, entonces una especialista en información internacional en TVE, llegué a su marido, Enrique Vázquez, entonces en la Agencia Efe, y ahí comenzó una carrera periodística que, sin el apoyo de estos dos buenos samaritanos, quizá hubiera sido imposible o, cuando menos, mucho más difícil.

Vázquez compaginaba su trabajo en Efe con la edición de una pequeña publicación que se enviaba por correo a los suscriptores. «Se tituló de entrada *Actualidad Política Extranjera*», dice Enrique, «porque era la única manera de obtener una licencia en el Ministerio de Información. Después, en cuanto la liberalización fraguista lo hizo posible, se le añadió en su cabecera Nacional y Extranjera». Y por esa rendija me colé para publicar mis primeros artículos sobre lo único de lo que sabía muy superficialmente: la universidad, donde yo entonces hacía como que estudiaba, y los movimientos de izquierda, en los que hacía como que militaba. El otro redactor de noticias nacionales de aquel boletín era Luis Rodríguez Aizpeolea, mucho más documentado en sus artículos sobre el País Vasco. «En las postrimerías del franquismo», recuerda Enrique, «apareció en mi vida un joven periodista —en realidad, solo estaba empezando la carrera— con una presentación infranqueable para mí: era el nieto de Hipólita. No tenía yo nada que ofrecerle, excepto mi condición de fundador, editor y redactor de *Actualidad Política Extranjera*. Y allí tuve el placer de tratar a Antonio y leer sus primeros textos y quitarles o ponerles alguna coma. Y pude facilitarle uno de los puestos que la Agencia Efe ponía a disposición de jóvenes estudiantes para prácticas estivales».

La Agencia Efe marcó para siempre mi forma de concebir el periodismo. Un periodismo en el que nadie firmaba y todos tenían que

ceñirse escrupulosamente a la regla del «quién dijo qué, dónde y cuándo» —la regla de las cuatro W en inglés: *who, what, where and when*—. Me parecía entonces y me sigue pareciendo hoy la esencia misma de nuestra profesión, la única y verdadera razón de su existencia. Me acuerdo cuando el viejo Vázquez, como le gustaba referirse a sí mismo, reprendía mis pinitos creativos en alguna crónica con la frase que siempre repetía: «En el verdadero periodismo, cualquier tentación literaria debe ser combatida como si se tratara de la peste». Esa máxima reguló desde aquel momento mi trabajo, al que el anonimato no hacía menos apasionante. Al contrario, no tengo memoria de sensaciones más auténticas que aquella de extraer violentamente el folio de la Olympia tras la redacción de las 30 líneas que terminabas de corregir mientras las trasladabas a la sala de teletipistas.

Era un tiempo mágico en el que se obtenían altísimos resultados con escasísimos medios. «Mi madre, que murió cuando le faltaba poco para cumplir los ciento cinco años, comentaba a menudo», recuerda Elena Martí, «que tenía la impresión de haber asistido al nacimiento del mundo. ¡Y es que recordaba la primera bombilla eléctrica que iluminó su entorno! Al mirar atrás en mi carrera profesional tengo una sensación que puede compararse con el sentimiento de mi madre. Cuando entré en TVE rodábamos en cine, montábamos en negativo y las noticias viajaban en moto, en coche o en helicóptero». Elena vivió el tránsito hacia «cintas de vídeo con las que se podía hacer pesas, del tamaño que tenían» y, después, al nacimiento de la tecnología que permitió hacer emisiones en directo desde el mismo escenario de la noticia. Y aparecieron las televisiones privadas. Y se pusieron de moda los directos. Y se hicieron directos y más directos y más directos. Y nació el modelo de la CNN y se hicieron más directos. Tantos directos que ya solo se hacían directos. «Tanto directo, tanta inmediatez deterioró la calidad de la información y eliminó el criterio y el análisis que se exige en una crónica pensada, escrita y montada», opina Martí. A los directos se les sumó después otra plaga del periodismo televisivo: los tertulianos en el estudio. Tendremos oportunidad más adelante de profundizar en la evolución que ha sufrido el periodismo del reporterismo a la opinión, que se explica, fundamentalmente, por la necesidad de abaratar costes, pero es importante esta mención de una periodista veterana sobre el momento en que el periodismo informativo en televisión empezó a derivar hacia el espectáculo.

Los recuerdos de Elena tienen que incluir forzosamente las dificultades que entonces encontró como mujer. Desde hace ya varios

años, alrededor de la mitad de las personas que se dedican al periodismo en España son mujeres —aunque el porcentaje es inferior entre las que ocupan puestos directivos—, pero Elena integraba entonces una lista muy reducida de mujeres reporteras entre las que ella misma menciona a Carmen Sarmiento, Rosa Calaf, Victoria Martínez y Ana Cristina Navarro, esta última, una compañera y amiga del alma, nacida en Medellín y recordada siempre por su nervio periodístico entre los muchos amores que dejó en España. Para el público de televisión, la figura de Ana Cristina Navarro siempre estará unida a aquel inolvidable reportaje en 1985 con Omayra Sánchez, la niña que se ahogaba entre los escombros por la erupción del volcán Nevado del Ruiz.

Las mujeres tenían que demostrar a diario sus méritos para pertenecer al periodismo informativo, entonces el más valorado, si no querían ser relegadas al ámbito del periodismo «femenino». Pero incluso ellas podían en aquel tiempo contar con la ventaja de una mayor disponibilidad de puestos de trabajo en la industria del periodismo. Se decía, con cierta maldad, que era tan sencillo entrar a trabajar en TVE que bastaba con acudir un día con la excusa de visitar a un amigo y sentarte en cualquier asiento que vieses libre, repetir esa operación al día siguiente y al otro y al otro, hasta que llegado el momento, cuando estallase una crisis que obligase a movilizar a todo el personal disponible, alguien que te encontrase allí sentado de brazos cruzados te encargaría una tarea que sería después tu argumento para reclamar un contrato. Esto, por supuesto, era una broma, pero sirve para ilustrar la relativa facilidad de acceso a un puesto de trabajo de la que entonces gozaba el periodismo. Desde los años cincuenta, incluso en la España de la censura previa y la falta de libertad, el periodismo fue una profesión pujante. A las estrellas de la radio conocidas, se sumaron las de la naciente televisión, las revistas se multiplicaban, también las de contenido político, y los periódicos ganaban en páginas y noticias a medida que el desarrollismo fue mejorando la situación económica y cultural de los españoles.

La era dorada del periodismo

Mencionaba antes mi caso como ejemplo de lo imprevisibles que pueden ser los caminos por los que se accede a esta profesión, como a otras, imagino. Pero todas las vocaciones de entonces estaban, de

alguna manera, vinculadas a una era de florecimiento del periodismo. En Estados Unidos e Inglaterra las firmas de los grandes periódicos eran parte de la intelectualidad y gozaban de un alto reconocimiento social. Los directores de los principales diarios se codeaban con los más ilustres académicos y, por supuesto, con la élite política y económica, a la que muchas veces pertenecían. Cualquiera que quisiera dedicarse al periodismo en el siglo pasado sabía que accedía a un trabajo de prestigio e influencia que le permitiría, además de abrirse a un extenso abanico de contactos en función de la especialidad elegida, ganarse dignamente la vida.

Pero el periodismo era, sobre todo, o así lo veíamos quienes dábamos los primeros pasos en la profesión, un enorme poder, el Cuarto Poder, como se empezó a decir en Estados Unidos en los años cincuenta. Ese país se construyó en gran medida gracias al sacrificio de periodistas que actuaban como avanzada ilustrada de su brutal expansión al Oeste, como se recoge de forma magnífica en *El hombre que mató a Liberty Valance*. El periodismo fue, más aún que el Vietcong, la fuerza que derrotó al ejército norteamericano en Vietnam, al exponer la verdad, la auténtica crueldad de una guerra, nunca vista antes por el público desde tan cerca y expuesta de una forma tan cruda. El periodismo fue capaz de acabar con el político más poderoso del mundo gracias a la perseverancia de dos reporteros ambiciosos y el coraje de un director con carácter. Los nombres de Watergate, Bob Woodward, Carl Berstein y Ben Bradley se convirtieron en figuras reverenciales para un joven de los años setenta y ochenta con el deseo de ser periodista. Cuando el cine convirtió, además, a esos personajes en tipos apuestos y valientes que cruzaban las calles de Manhattan con sus chaquetas de pana y sus corbatas sueltas en busca de la verdad que se escondía en los subterráneos, el hechizo de la profesión se hizo irresistible.

Los periodistas iban siempre con prisa de un lado para otro, trasnochaban, fumaban y bebían sin contemplaciones, defendían su historia ante jefes implacables y maleducados que leían con desprecio sus dos folios mientras reposaban los pies sobre el escritorio. Los periodistas se retiraban de madrugada exhaustos, pero felices de haber hecho una enorme contribución a la Humanidad. En realidad, la satisfacción hubiera sido mucho menor si tu firma no hubiera aparecido destacada allí, al frente de la noticia que abría la portada de aquellos periódicos atados con una soga que los camiones repartían al alba.

La vanidad y el romanticismo han sido siempre dos ingredientes

inseparables de esta profesión. Nunca se ganó mucho dinero, pero lo pasábamos muy bien. Tú le entregabas con gusto la vida a tu periódico, a tu emisora de radio o a tu canal de televisión y ellos te lo compensaban lo suficiente como para no escatimar las copas, acudir a buenos restaurantes, viajar a París y más allá, y, si se terciaba, formar una familia. Con frecuencia, más de una. Los periodistas compartían la barra con actores y escritores famosos, cruzaban las puertas de las mansiones más inexpugnables, recibían elogios y cestas navideñas. Algunos preferían situarse en el lado amable del oficio y gozaban de la simpatía general; otros optaban por el gesto rudo y se debatían constantemente entre admiradores y enemigos. Pero todos compartían la satisfacción de formar parte de lo que llamábamos la profesión más hermosa del mundo.

No sé cuánto queda de aquello. Tampoco sé hasta qué punto ese romanticismo se ajusta del todo a la realidad. También entonces había jefes cobardes que se plegaban sin miramientos al deseo de los políticos. Como había periodistas modestos que pasaban su carrera sobre la moqueta de la redacción y que no bebían ni fumaban. Quizá el romanticismo del oficio es algo que nos hemos inventado para darle sentido a lo que en ocasiones puede ser un oficio absurdo e innecesario, como el de los notarios o los asesores. Todos sabemos que si Noé tuviera que hacer una selección de profesionales a los que subir a su Arca, no se llevaría a ningún periodista. El romanticismo del oficio ha sido siempre el oxígeno que permitía remontar los trechos más duros y el aliciente que justificaba esfuerzos inexplicables. Los periodistas nos afanamos por volar a un país del que huye la gente y nos empeñamos en acercarnos al lugar del incendio y al epicentro de la explosión.

El romanticismo convivía con una realidad mucho más vulgar. Nunca crucé las carreteras de España en un descapotable rojo. Aunque mi amigo y colega Fernando Pajares me convenció de que alquiláramos uno en Los Ángeles para darnos un día el gusto de recorrer Sunset Boulevard escuchando a todo volumen a Roy Orbison, como los dos paletos pretenciosos que éramos. El romanticismo escondía muchas horas de trabajo de traducción de agencias extranjeras, incluso de recomposición más o menos aseada de los textos de otros periodistas y otros medios. El romanticismo ocultaba jornadas que se extendían mucho más allá del límite legal, horarios nocturnos, domingos de guardia, vacaciones interrumpidas… En fin, muchos de los vulgares inconvenientes de otros muchos trabajos.

Lo que hoy queda de romanticismo oculta un escenario mucho

más dramático. El oficio se ha proletarizado, los salarios son en ocasiones indignos de una profesión de tanta responsabilidad. La mayoría de los periodistas no consiguen jamás realizar sus sueños, y quienes logran al menos obtener un trabajo, saben que están condenados a sobrevivir en un mercado muy incierto y amenazado por el peligro de su completa desaparición. Hablaremos en próximos capítulos de las nuevas tecnologías y otros fenómenos que han provocado la crisis del periodismo. Bueno es, no obstante, destacar que, incluso en estas circunstancias tan adversas, ese viejo ardor guerrero sigue empujando hoy a algunos periodistas. Como ha demostrado la guerra de Ucrania, donde el motor de la vocación, ni mucho menos el del dinero, ha empujado a un puñado de compañeros que nos han contado de forma impecable hechos estremecedores que, de otra forma, no habríamos conocido. El sueño sigue vivo. El deseo de averiguar lo que existe al doblar la curva de la vía del tren sigue siendo un impulso incontenible. Y ese impulso es el alimento básico del periodismo.

II
SOBRE EL VOLCÁN

El libro *La tribu* de Manu Leguineche es mítico entre los periodistas. Como lo es su autor, nuestro Kapuściński, pero mucho mejor que Kapuściński. Traté personalmente a Leguineche en sus últimos años, cuando vivía recluido en un pueblo de Guadalajara al que me llevó Julián Martínez, otro buen periodista de la época, atendiendo a mi deseo de conocer al hombre que, sin saberlo, había dirigido mis primeros pasos en el oficio.

Persiguiendo a La Tribu a Guinea Ecuatorial acudí a mi primera misión como enviado especial, la posición más emocionante y aventurera del periodismo. Era 1979. Yo entonces apenas había oído hablar de Leguineche, y La Tribu tardaría aún un año en convertirse en el título de un libro. Pero el joven periodista que ensuciaba folios en la Agencia Efe ardía ya en deseos de sumarse a ese pelotón de intrépidos bohemios que Leguineche capitaneaba. Se presentó la oportunidad de iniciar el trayecto en Malabo. El compañero al que la agencia había destinado allí tras producirse el golpe de Estado del teniente coronel Obiang contra el presidente Macías estaba exhausto. Las condiciones de vida en Guinea Ecuatorial eran muy duras y el enviado de Efe solicitó el relevo después de algunos días. Los responsables en Madrid pensaron que, tras esa experiencia, sería conveniente enviar a alguien joven que emprendiera ese viaje como una oportunidad de hacer méritos y sin regatear sacrificios ni poner condiciones. Ana Zunzarren, mi jefa en aquel momento, tenía una propuesta: uno de su equipo, un chico de poco más de veinte años de cuya entrega y destreza ella —tan generosa— creía poder responder.

Y allí estaba yo, poco después, preparando una maleta para, por fin, sumarme a La Tribu. Yo había nacido en un pueblo de Jaén, vivía en un barrio modesto del este de Madrid y no había viajado nunca

más lejos que Francia. De hecho, debía de ser la segunda o tercera vez que subía a un avión y mi primer vuelo internacional. Escogí entre mi ropa la que más se parecía a la usada en los safaris que había visto en las películas. Añadí repelentes de mosquitos, aspirinas, medicamentos contra la diarrea, cuadernos, bolígrafos y el diccionario de sinónimos Casares. A mis espaldas, mi madre añadió varias latas de leche condensada que más tarde agradecí. No quiero ni pensar el aspecto que tendría aquel infeliz, con la maleta en una mano y una máquina de escribir portátil Olivetti en la otra, al descender una mañana de finales de verano por la escalerilla del avión que aterrizó sobre el asfalto abrasador del aeropuerto de Malabo.

Me asomaba a un mundo irreal de griterío y desorden en el que tenía que sumergirme para cumplir con el deber que yo mismo me había impuesto. No había vuelta atrás. El único camino conducía hacia esa masa de rostros negros nunca antes vistos, a esa aglomeración caótica de buscavidas, indigentes serviciales, uniformes militares y armas en manos temibles. El único transporte disponible era la caja de una destartalada camioneta, en compañía de chicos sudorosos, algunos descamisados y descalzos. Un olor húmedo y empalagoso es el recuerdo que perdura de aquel instante. Para ellos, el hotel Bahía, en el que me bajé para alojarme, debía ser un palacio inaccesible, pero en realidad era un edificio en ruinas, testimonio de una época colonial con más abundancia, pero reducido después a un conjunto de habitaciones destartaladas y sucias con un ventilador en el techo para combatir el calor y una agujereada red en torno a la cama para dificultar la labor de los mosquitos. Aun así, era el único hotel de la ciudad.

Con todas sus limitaciones, no tardaría más que unas horas en añorar el Bahía. Apenas superado el aturdimiento de la llegada y repuestas las fuerzas con un refresco de fabricación china, fui informado por unos colegas de que Macías acababa de ser detenido en Bata, la segunda ciudad de Guinea Ecuatorial. Después del golpe de Estado dirigido por Obiang, Macías había tratado de ofrecer resistencia y se atrincheró junto a un grupo de militares leales en una guarnición próxima a Bata. Derrotado por las fuerzas golpistas, Macías huyó a la selva, por donde deambuló varios días hasta ser apresado. El territorio de Guinea Ecuatorial está dividido entre la isla de Bioko —la provincia de Fernando Poo durante la colonización española—, donde se encuentra Malabo, la capital, y la región continental —la provincia de Río Muni durante la colonia—, donde está Bata. Por tanto, una vez aterrizado en Malabo y puesto al tanto de la noticia sobre el arresto de

Macías, era preciso abordar el primer barco disponible para llegar a Bata. El primero era esa misma noche. Vuelta al hotel Bahía, maleta y máquina portátil de nuevo en ristre para encontrar espacio —entiéndase en toda la literalidad de la frase— en el barco en el que, al caer la noche, emprenderíamos viaje junto a un personal que parecía ajeno a las tensiones políticas y que, desde luego, era absolutamente indiferente a la que yo tenía como mi trascendente y arriesgada misión.

Mis compañeros de viaje eran vendedores de frutas, comerciantes de telas y otras mercancías llegadas esa misma mañana en el avión de Iberia, modestos ganaderos cargados con todo su producto, sus cabras y sus gallinas, algunos soldados mal ataviados, gente que deambulaba sin saberse muy bien a dónde y para qué. No encontré a otro blanco que me sirviera como atávico tranquilizante en medio de aquel entorno tan emocionante como perturbador. El cansancio vino al rescate y, pese a todos los temores e incomodidades, enseguida caí dormido en un rincón de la cubierta de aquella nave con mi cabeza apoyada en la inseparable maleta.

Cuando soñaba con la aventura nunca creí que llegaría tan pronto y de forma tan pueril. Al despertarme, aún de noche, sobre el barco que me conducía a mi primer objetivo profesional, eché en falta lo más valioso de mi cargamento: el sobre con 300.000 pesetas que la Agencia Efe me había dado para cubrir los gastos del viaje. Eran billetes de mil pesetas contantes y sonantes. Olvídense de tarjetas de crédito o de otro instrumento de pago frecuente en la época, *travellers checks*; hubieran sido inútiles en aquel país en aquellas circunstancias. Sobra decir que la cantidad desaparecida constituía una millonada y me dejaba absolutamente a la intemperie en la mitad de África en mi primer día como enviado especial. El fracaso era monumental. ¿Cómo le decía yo a mis jefes que había perdido el dinero? ¿Qué pensarían de mí? ¿Qué podía hacer a partir de ese momento? Cuál sería mi cara de desesperación y mi alocado tránsito de un lado a otro del barco que unos muchachos —otros buenos samaritanos en mi vida— me sugirieron tranquilizarme y me preguntaron en qué me podían ayudar.

Relatado el episodio y expuesto el motivo de mi angustia, los jóvenes guineanos me pidieron esperar en aquel lugar exacto, sin moverme, hasta que ellos regresaran tras realizar algunas indagaciones. Aún puedo revivir la agonía de aquella espera, la convicción de que sería inútil, el espanto ante la perspectiva de que, antes o después, tendría que dar la cara y reconocer que mis días como enviado especial habían concluido apenas en su comienzo y que

jamás, ni la Agencia Efe ni nadie, volvería a confiar en mí para asignarme un trabajo relevante. Quizá hasta sería despedido. No sé si en ese momento era mayor el miedo a la inmediata indefensión por ruina económica o la vergüenza por la posterior condena por descalabro profesional.

Casi me desmayé cuando, media hora después del inicio de su búsqueda —aunque para mí transcurrieron días—, los muchachos —varios, no recuerdo el número exacto— regresaron con el sobre en la mano y las 300.000 pesetas en su interior, todas, sin faltar ni un solo billete. Me abracé a ellos, saltamos juntos, grité de alegría y les agradecí su proeza una y otra vez, sin contención, con profunda satisfacción y el convencimiento, quizá correcto, de que, no solo me habían evitado un mal trago en Guinea Ecuatorial, sino que habían salvado mi carrera.

No encontré otra forma de compensarles que la de compartir la bolsa recuperada. Les ofrecí parte del dinero, la mitad, les dije, sin pensar muy bien cómo justificaría a mi empresa un desembolso semejante. Pero eso daba igual en ese momento; yo sobreviviría de sobra con 150.000 pesetas y ellos merecían la recompensa. Nunca entendí por qué la rechazaron. Incluso repartida entre ambos, esa cantidad los hubiera situado entre los individuos más ricos de su país. Tampoco alcanzo a comprender, ni siquiera hoy, cómo es que no se quedaron con todo el dinero y me consolaron con alguna excusa que yo hubiera recibido como cierta y hasta con agradecimiento. Sin duda, una lección sobre la naturaleza humana, un aviso en toda regla para aquel joven crecido en el confort de un hogar español y encarando el mundo repleto todavía de sospechas y prejuicios. El caso es que toda la compensación que reclamaron los generosos guineanos fue la que pudiera obtenerse en el modesto bar de la embarcación. Poco era, la verdad. No había disponibles para la venta más que unas pocas botellas de brandy español Soberano. Eso era todo. Suficiente, no obstante, para celebrar aquella gesta y alegrar el resto del viaje. Al llegar a Bata, ellos se fueron por su lado y yo por el mío.

Con La Tribu

El mío se decidió allí mismo, sobre la plataforma del puerto, al saber por la gente allí concentrada que Macías se encontraba en la cárcel de la ciudad. Alcancé a llegar, a bordo del primer coche disponible, a

tiempo para unirme al grupo de periodistas que habían sido autorizados a visitar en su celda al presidente depuesto. «Francisco Macías Nguema, el dictador de Guinea Ecuatorial, se encuentra en una celda de unos ocho metros cuadrados en la cárcel modelo de Bata a la espera de juicio. El hombre que aterrorizara a la población guineana está ahora permanentemente sobre una colchoneta en el suelo de la prisión. Macías presenta un aceptable aspecto físico. Tiene el brazo izquierdo vendado como consecuencia de una bala que se lo atravesó en el momento de su detención». Esto publicaba la *Hoja del Lunes* del 27 de agosto de 1979 en una crónica firmada por Efe, mi crónica. Entonces, y hasta 1982, los periódicos no salían los lunes y, en su lugar, lo hacía exclusivamente esa cabecera, con la que conseguían recursos financieros las asociaciones de la prensa.

¡Por fin estaba con La Tribu! ¡Era parte de ellos! Personalmente, eso significaba estar a resguardo, bajo la protección del grupo, emboscado tras los colegas y conducido por ellos. Muchas veces a lo largo de mi carrera sentí el amparo de una camarilla de periodistas. En situaciones difíciles, en lugares hostiles, son los que mejor entienden tus necesidades y los que más te pueden ayudar. Es cierto que, como competencia que son, la convivencia se hace equívoca a veces, pero siempre he sido amigo de la mayoría de mis competidores y la experiencia me ha enseñado que es más lo que puedes ganar que perder trabajando con otros compañeros cuando las circunstancias lo recomiendan.

En aquella tribu encontré la ayuda de Rafael Fraguas, de quien fui después compañero en *El País* y amigo siempre, y, sobre todo, de Fernando Esteban, quien me adoptó como un hermano menor, casi como un hijo. Fernando era apuesto, alto, fuerte, con quince años más que yo y mucho más atrevimiento y decisión. Sus fotografías siguen siendo las mejores que existen sobre Guinea Ecuatorial, y sus otros trabajos con la cámara han sido objeto de premios y reconocimientos múltiples. Pero, sobre todo, era un tipo divertido y de buen corazón a quien lloré al conocer su muerte.

Con Fernando, Rafa y todo el grupo de periodistas regresé esa misma noche a Malabo en el mismo barco sobre el que viví mi primera y tan poco épica aventura. El sobre del dinero, la maleta y la Olivetti regresaron conmigo.

La vida de un enviado especial también tiene su rutina. En aquel caso, en Guinea, la visita diaria a la radio local para charlar con Severo Moto —que luego se convirtió en un importante dirigente de la oposición—, la cita cotidiana en la oficina de prensa del palacio

presidencial y la transmisión vespertina de la crónica a Madrid desde la oficina de correos y telégrafos, que era también el momento de recibir instrucciones. La relación del enviado especial con la sede central es siempre compleja. El periodista sobre el terreno suele apreciar indiferencia de parte de sus jefes, insuficiente atención a sus crónicas y escaso reconocimiento a sus esfuerzos. Los editores, Madrid y la redacción central son habituales objeto de crítica y desprecio en las cenas de los enviados especiales, que tienden a sobrevalorarse y a desacreditar a los compañeros.

El periodismo como aventura es, en realidad, solo una forma más de vivir el periodismo. Tiene mérito, por supuesto, quien asume riesgos personales para viajar hasta una noticia producida en un lugar remoto y violento. Pero ese esfuerzo, frecuentemente, pasaría inadvertido sin la colaboración de otros periodistas que ordenan la redacción del texto recibido, lo complementan y lo actualizan. En más de una ocasión, mi trabajo en algún punto del planeta se limitó, por falta de tiempo o de medios para la transmisión, a contar por teléfono los datos de los que disponía, los hechos que conocía, para que algún compañero en Madrid convirtiera aquello en una crónica que aparecería al día siguiente bajo mi firma.

Se asume el periodismo como una profesión de riesgo y lo es, ciertamente. Yo he corrido riesgos en algunas ocasiones. Fui detenido en 1984 en Ankara y encerrado durante varias horas en una celda en compañía de un joven palestino que llevaba allí meses sin saber por qué. Fui puesto en libertad por la noche, gracias a las gestiones de mi periódico —conducidas personalmente por Augusto Delkáder— y de la Embajada de España en Turquía, pero confieso que se me pasaron por la cabeza escenas de la película *El expreso de medianoche*, estrenada pocos años antes.

No obstante, los riesgos que acechan a los periodistas no están relacionados única ni mayormente con su presencia en zonas de guerra o en países dominados por la violencia. Los riesgos pueden ser semejantes para un periodista que investiga un soborno local y, desde luego, son mucho mayores para los colegas que tratan de sacar a la luz abusos de poder en países dominados por las mafias y la corrupción. Más de 300 periodistas han sido asesinados en México desde que yo ejerzo como periodista.

No sé quién decía que los directores de los periódicos reservan sus lágrimas para los corresponsales de guerra, cuando la verdad es que la auténtica aventura del periodista consiste muchas veces en el simple cumplimiento de su deber. He conocido esforzados periodistas

de mesa mucho más valientes al defender sus principios que afamados corresponsales de guerra. La interpretación honesta de los resultados de una gran empresa en las páginas de la sección de Economía puede ser, a veces, más arriesgada para la carrera de un periodista que la presencia en una batalla.

Es preciso, por tanto, respetar todo tipo de periodismo, en el entendimiento de que, ejercido como corresponde, representa siempre y en cualquier versión un atrevimiento y un desafío, no solo al poder, sino a cualquier otra actividad, incluso lícita, que pretenda la discreción o el anonimato. Al mismo tiempo, hay que reconocer que unos pocos periodistas, en los que el sentido del deber profesional se confunde con una pasión indisimulada por la aventura, se juegan literalmente la vida en el trance de realizar su trabajo. Fui testigo de cómo un compañero la perdía en El Salvador.

Rudos y solos

Salir cada mañana a cubrir la guerra se había convertido en un hábito. Desde bien temprano, una fila de taxis esperaba en la puerta del hotel Camino Real a su periodista cliente para conducirlo a su batalla diaria. Una veces era en áreas próximas, otras veces en poblaciones alejadas de San Salvador. Recuerdo como particularmente violenta la que se libró en torno al hotel Sheraton el día —20 de noviembre de 1989— en que un comando guerrillero del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN) lo asaltó con intención de secuestrar al secretario general de la OEA, el brasileño Joao Baena, que se encontraba alojado allí. Los guerrilleros se toparon con un grupo de ocho asesores militares norteamericanos que les hicieron frente y se mantuvo un fuerte duelo de varias horas que a punto estuvo de provocar una intervención militar por parte de Estados Unidos. En los alrededores del hotel, los periodistas tratamos de seguir los acontecimientos refugiados en casas de particulares o agazapados tras los automóviles, a salvo de los disparos que no dejaron de intercambiar los rebeldes que protegían desde fuera a sus compañeros asaltantes y los militares que trataban de recuperar el control del edificio ocupado.

No había día en la cobertura de aquella guerra atroz que no quedara grabado en mi recuerdo: las caras de estúpido regocijo de aquellos guerrilleros, casi niños muchos de ellos, sintiéndose amos del

mundo desde su trinchera, los gritos enloquecidos de los soldados —niños también— al lanzarse al ataque con los rostros embadurnados en sangre, la naturalidad pasmosa con la que los civiles cumplían con sus obligaciones cotidianas sorteando combates esporádicos, los constantes bombardeos nocturnos con los Cessna A-37 sobre los altos que rodean San Salvador. Pero hubo dos episodios que me impresionaron particularmente: los cadáveres, aún reconocibles, de los guerrilleros a los que había visitado y con los que había conversado el día anterior y el collar de orejas de sus enemigos caídos que un soldado lucía con orgullo colgado de su cuello.

La muerte del periodista británico David Blundy, corresponsal en Washington del periódico *The Sunday Times* y desplazado hasta El Salvador para informar sobre la guerra, fue el recordatorio de que aquello que ya hacíamos por costumbre no era nada romántico, como queríamos creer en nuestras tertulias nocturnas en el bar del hotel. Este colega cayó en una de esas coberturas rutinarias, en la mañana del 17 de noviembre de 1989, víctima de la bala disparada por un pistolero desconocido en el barrio de Mejicanos, en San Salvador. Nunca se supo qué bando lo mató ni por qué. Lo más probable es que fuera una víctima arbitraria de un disparo destinado a infundir miedo entre los periodistas, testigos incómodos de aquel espanto. Le tocó a él como nos pudo haber tocado a cualquiera de los que estábamos por allí en aquel momento. El taxi en el que yo había llegado junto a otros compañeros sirvió para trasladar a David Blundy hasta el hospital Rosales, donde se le extrajo la bala que le perforó un pulmón y donde murió pocas horas después.

La hija de Blundy, Anna, escribió poco después un libro sobre él titulado *Every Time We Say Goodbye*, en el que relata algunas hazañas de su padre y cómo estas se reflejaban en una niña que lo tenía por un cruce entre James Bond y Superman. Recuerda el momento en el que recibió en Oxford la llamada que le comunicaba que David había sido herido de gravedad de un disparo en el pecho. «En cierto modo, había estado toda mi vida esperando esa llamada. Cuando yo tenía once años y papá estaba en el Líbano durante la guerra civil me había dicho lo que yo tenía que hacer en el caso de que él fuera secuestrado. Me dio los números de sus amigos de una emisora local de televisión en Beirut y me dijo que tenía que llamarles, irme a Beirut y hacer un llamamiento en televisión para que fuera liberado y, en general, montar todo el ruido mediático que fuese posible. Casi estaba deseando que ocurriese, imaginándome a mí salvando su vida y siendo seguida por un montón de cámaras de televisión en una sofocante

ciudad llena de minaretes. Esta vez sabía que papá había ido a El Salvador. Odiaba Washington y usaba cualquier excusa posible para ir a Centroamérica y ver cosas interesantes —gente muriendo horriblemente—. No podía soportar el escenario de Washington, moviéndose entre piratas trajeados que pensaban que acudir a la rueda de prensa del presidente los convertía a ellos en presidentes. Aburrido, me enviaba cartas escritas precipitadamente, sin mayúsculas, sobre los pájaros que anidaban en su balcón y sobre todos aquellos tipos tristes que bebían en su casa».

Varias veces me he preguntado sobre las consecuencias que el tipo de vida que eligen algunos periodistas produce en su entorno, en sus hijos y en sus familiares. Nunca he querido saberlo del todo, pero es muy probable que lo que nosotros tenemos por una vida envidiable, repleta de momentos espectaculares, pueda ser interpretada por las personas que nos quieren como una existencia absurda, deshecha por la soledad, malamente combatida con el alcohol. O lo que es peor, el daño y el abandono que esas vidas aventureras dejan atrás.

Hay muchas más aventuras que contar, por llamar de alguna manera a las peripecias y riesgos que afrontan algunos periodistas. Hay muchas anécdotas y trances curiosos que irán saliendo en las páginas que suceden. Siempre es lo que más llama la atención de nuestro oficio, es por lo que siempre preguntan en una entrevista o en una charla con estudiantes de periodismo. Muchos se han hecho periodistas para llevar una vida así, repleta de episodios novelescos que, como yo, fueron almacenando en su cabeza procedentes de libros y películas. Hablaba antes de *La tribu*. Quizá la versión moderna de ese libro la escribió Arturo Pérez-Reverte en 1994 con el título *Territorio comanche*. Como todo el mundo sabe, antes de su éxito como novelista, Pérez-Reverte fue periodista, uno de la especie que aquí estoy tratando, de los aventureros. Fue célebre su cobertura de la guerra en los Balcanes, de la que trata la obra que menciono. Aunque lo traté años más tarde, ya como director de *El País*, nunca llegué a coincidir con él en la cobertura de algún acontecimiento. El de los Balcanes fue uno de los pocos conflictos de mi época de los que me libré. Pero sí coincidí con José Luis Márquez, el camarógrafo que estuvo con Pérez-Reverte en la antigua Yugoslavia y a quien de alguna forma rinde homenaje en su libro. Estuvimos juntos en Amman, durante la primera guerra del Golfo, contando los movimientos que se hacían en el campo de los países árabes y peleando por obtener un visado para poder entrar a Irak. Cada mañana acudíamos a la embajada iraquí y dejábamos el pasaporte en una ventanilla a la

espera de una decisión. Un par de horas después salía un funcionario con la respuesta, que en mi caso siempre fue negativa, tal vez por haber visitado antes Israel.

Márquez era uno de esos hombres a los que, si te cruzas con él, siempre recuerdas. Es una leyenda en TVE. Un periodista de esos que no permitía que ningún obstáculo se cruzara entre su cámara y la noticia. Se le tenía por tipo duro, pero yo lo recuerdo como un personaje simpático que trataba de entenderse con la jefa de su equipo, Ángela Rodicio, aguda periodista y persona difícil, una combinación frecuente en el oficio. Con TVE estuvo también en Amman por aquellas fechas Carmelo Machín, quien me enseñó algunos secretos del mus en las largas noches jordanas y con quien después entablé una gran amistad en Washington. Algo más joven, pero de la misma pasta que Márquez, es Evaristo Canete, otro campeón del periodismo de acción, gran colega y compañero de muchas batallas. Entre sus imágenes para la historia están la de la niña del Nevado del Ruiz de la que hablé antes.

«Nosotros no hemos tenido infancias felices, pero hemos tenido Vietnam», decía Manu Leguineche, como ejemplo de hasta qué punto el periodismo, los conflictos, la presencia sobre el terreno en un campo de batalla —él estuvo en Vietnam— forjaron el estilo y el temperamento de una generación de profesionales. Yo no estuve en la Universidad de Columbia, pero estuve en El Salvador. He ejercido el periodismo que uno va extrayendo de la visión de los hechos y las conversaciones con los colegas, no de las exigencias académicas, que no desprecio, que incluso añoro, pero no me marcaron. Para bien o para mal, pertenezco al tiempo de los aventureros. Ellos me iluminaron y por ellos se explican algunas de mis dudas sobre el futuro del periodismo.

La guerra de Ucrania ha dado lugar a un renacimiento del periodismo internacional y del reporterismo de acción después de varios años en los que parecían relegados por las tertulias y los blogueros. Ucrania ha demostrado que, en muchas ocasiones, es preciso que un periodista se juegue la vida sobre el terreno para contarnos la verdad de lo que sucede. Una de las periodistas que lo ha hecho con mayor acierto es la periodista de *El País* María Sahuquillo, a quien nombré corresponsal en Moscú durante mi etapa como director, y que, como tal, se desplazó a Ucrania en el momento en que se empezó a dar por segura la invasión rusa. Sahuquillo formó parte de un plan de rejuvenecimiento de algunas corresponsalías con el propósito de que una nueva generación se formase en el gusto por la

política internacional, que siempre fue un sello de distinción de *El País*. A Sahuquillo le tocaba nada menos que la misión de suceder a Pilar Bonet, probablemente la mejor corresponsal de la historia de *El País*. Y he querido hablar con Sahuquillo para este libro con el fin de que este asunto del periodismo de guerra y la información internacional no quede como una cosa del pasado.

«Creo que en mi generación los asuntos internacionales no se entienden solo como política, sino como algo más global. Interesan las informaciones de todo tipo que transcienden a lo nacional, como la crisis climática. En un mundo globalizado, interesarse por temas de otras partes del mundo y su conexión con nosotros es fundamental. Creo que las grandes historias de hoy transcienden las fronteras. Me gusta mucho cómo aborda los temas en profundidad la prensa anglosajona, los grandes despliegues en formatos especiales que están poniendo en marcha el *NYT* o el *Washington Post*, pero también otros medios más pequeños que se ocupan de los temas de los márgenes, como *Coda*. Y sobre todo creo que deberíamos poner el foco más en la prensa que se hace en países en los que la libertad de prensa es una gran falacia y las personas que investigan y firman las informaciones se juegan la vida, como en América Latina. En Rusia, por ejemplo, *Istories* o *Proekt Media*, que además, aunque no siempre salen a la superficie, marcan a los medios grandes».

«En Ucrania he aprendido muchas lecciones. La primera es la importancia de tener una buena sección detrás, un buen equipo de personas que ayudan a sacar adelante los temas y un buen equipo de edición. La labor de la mesa de Internacional es clave para la cobertura. Las personas sobre el terreno somos quizá la parte más visible pero hay mucho más detrás. No creo en el "periodismo de guerra" sino en hacer buen periodismo, sea para cubrir una manifestación, un suceso, una cumbre internacional o un frente. Y siempre con empatía. Esa es una de las principales lecciones, que a la hora de la verdad se trata de hacer periodismo. Otra lección importante es que hay que estar en los sitios para poder contarlo; pero no quedarse solo en ir, sino también en poder explicar a las personas que nos leen qué significa, por qué contamos esto, por qué sucede. El valor de una buena crónica o reportaje es también elevar el foco para alumbrar la parte geopolítica, social, económica. Y no hay historias pequeñas. Todas cuentan».

«La diferencia principal del periodismo de un corresponsal hoy en día es la tecnología. Ahora la demanda de información es mucho más inmediata y se puede difundir por muchos más canales, que emplean

cada uno un lenguaje diferente. Y los corresponsales, en su mayoría, los tocamos todos: desde la información de Breaking News, a la crónica y el reportaje, el vídeo, el podcast, la fotografía o los formatos adaptados a las redes sociales. En una guerra como la de Ucrania, además, en Europa, con miles de periodistas sobre el terreno, hay más información pero también más ruido. En mi opinión, ahora es mucho más peligroso el enemigo de la desinformación y la propaganda. No solo la que llega a las personas que nos siguen, a la ciudadanía, a través de medios no fiables, canales de Telegram, propagandistas o redes sociales que se dedican a ampliar la propaganda y la desinformación, sino también a nosotros como periodistas, con múltiples canales e informaciones a contrastar. Y más en una guerra donde la información también se utiliza como arma. Pero la respuesta es la de siempre: contrastar, contrastar y contrastar. Y tener fuentes y no limitarse a difundir el mensaje por sí mismo».

Es alentador comprobar que la llama de la pasión de contar en primera persona un acontecimiento en un lugar lejano y peligroso sigue encendida en muchos jóvenes periodistas. Luchan contra obstáculos más difíciles de sortear que los que conocimos nosotros, como el desinterés de un público menos curioso por lo exótico o la competencia desleal de blogueros y youtubers. Pero de ellos depende en buena medida el futuro de esta profesión. Si los periódicos no son capaces de trasladar a sus lectores la sofisticación y la complejidad de las ideas y los problemas mundiales, estarán incumpliendo una de sus principales misiones. Y si los periodistas pierden su atracción por la aventura, si Vietnam deja de ser su infancia y su escuela, bueno, no sé… el periodismo será otra cosa.

III
LA QUINTA COLUMNA

Tal vez el tránsito más difícil que he tenido que hacer como periodista ha sido el más reciente, el de reportero a columnista. Ambas son, desde luego, modalidades imprescindibles dentro del oficio del periodismo. Ninguna es más digna o auténtica que otra. Ambas sirven para informar, para desvelar secretos o para aportar ángulos novedosos de un acontecimiento. Algunos columnistas no se conforman con opinar y, en ocasiones, aprovechan su espacio para dar noticias valiosas. Ambas especialidades han existido desde los comienzos del periodismo, y a entonces se remonta también el debate sobre los méritos de una y otra.

Una vez leí en un periódico norteamericano que el reporterismo se acerca más a la ciencia y el columnismo al arte. Es posible, en la medida en que al columnista se le conceden licencias creativas que no caben en el trabajo bien ejecutado de un reportero. Yo fui un reportero durante casi toda mi carrera. Incursioné en el periodismo analítico —lo que se define mejor en inglés con el término *news analisis*— durante mis años como corresponsal en Estados Unidos y, como es natural, abandoné definitivamente el reporterismo al ser nombrado director de *El País* y en los años siguientes. Pero la mayor parte de mi trabajo, y del que más orgulloso me siento, fue como reportero, combinando la crónica de actualidad con la entrevista y el reportaje.

Traigo este asunto a estas páginas porque bajo el debate entre reporterismo y columnismo subyace otro que me parece mucho más relevante entre el periodismo de autor y el periodismo anónimo. Y ese debate nos lleva a otro todavía más importante, el de si en la actualidad existe demasiado periodismo de opinión, demasiado periodismo de autor. Dicho de otra forma, si los periodistas somos

demasiado protagonistas y esa es una de las razones de la polarización política y de la merma de prestigio de los periódicos y los demás medios de comunicación.

Hasta hace poco no me interesó mucho el columnismo. Confieso que acabé en él casi como una fatalidad, ante la evidencia innegociable de que, terminados mis días como ejecutivo de un periódico, ya no había oportunidad ni edad para volver a ser reportero. En mis comienzos desprecié a los columnistas con la arrogancia del joven que solo daba valor a la acción y al relato de los hechos como testigo directo o mediante el relato de los protagonistas más directos. Parte de la culpa la tiene Enrique Vázquez, a quien mencioné antes, y su arenga contra las veleidades literarias de los periodistas. Y la otra parte la tiene la Agencia Efe, donde me enseñaron que mi firma no interesaba a nadie y que lo que yo escribía lo podía escribir yo o cualquier otro que se atuviera escrupulosamente al deber de redactar cinco párrafos con todos los datos necesarios para demostrar la importancia de una noticia y la redacción adecuada para hacerla comprensible de inmediato, fría y directa, sin circunloquios ni adornos innecesarios.

Las noticias de la Agencia Efe debían parecer todas redactadas por la misma persona, como si fueran el fruto de un equipo coordinado a la perfección o de un robot, sin la carga peyorativa que pueda parecer esta comparación. Claro que hay humanidad detrás de una noticia, pero no es eso lo que la agencia quiere transmitirle al lector. La agencia no quiere impresionar al lector, ni siquiera emocionarle; la agencia pretende únicamente suministrarle la información que le permita construir sus propias emociones.

Cuando empecé a trabajar en Efe, las agencias eran muy importantes en el periodismo, no solo porque nutrían a los medios del material entonces imprescindible para su existencia, sino porque imponían un estilo de periodismo muy preciso y ajustado a los hechos. En España, además, durante muchos años, la suscripción de los medios de comunicación a la Agencia Efe, la agencia de noticias oficial del Estado, era obligatoria. Casi todos los países tenían entonces una agencia oficial, pero en el caso de España, durante el franquismo, como se puede adivinar, la información de la agencia, en lo que afectaba a la política española u otra colindante, se atenía estrictamente a las exigencias del régimen, lo que no significa que, al mismo tiempo, no se hiciera también buena información, sobre todo desde el exterior.

Cuando llegué a la Agencia Efe, dos años después de la muerte de

Franco, escuché muchas historias de viejos jefes con camisa azul y correajes que gustaban glosar las glorias del imperio. No es eso lo que yo encontré. Yo solo vi buenos compañeros que me enseñaron el oficio desde las bases más sólidas, la de la noticia escueta, la del rigor en los datos y el desprecio a los adjetivos. Encontré periodistas bien formados y con gran recorrido que me abrieron los ojos hacia un horizonte de periodismo en libertad que entonces apenas despuntaba en España. Muchos de ellos eran periodistas latinoamericanos, en su mayoría argentinos, que huían de sus dictaduras y traían a España su experiencia del buen periodismo que se hacía en América Latina mucho antes que en nuestro país. Recuerdo a Luis Mas, por mencionar uno, pero la lista sería larga; conocí esos años en Efe a la mejor colección de periodistas que haya encontrado nunca jamás en una redacción. Durante mi tiempo en el departamento de radio de la agencia, estuve al lado, entre otros muchos, de Felipe Mellizo, un genio, Juan Ignacio Puch, Zoilo Gutiérrez y, por supuesto, Ana Zunzarren y Enrique Vázquez.

Siempre mantuve después un vínculo sentimental con la Agencia Efe. Y no solo sentimental. Casi en cualquier parte del mundo a la que he viajado después con la credencial de *El País* he encontrado una oficina de Efe dispuesta a prestarme ayuda y refugio en situaciones comprometidas. Los compañeros de Efe me han ayudado con la transmisión de crónicas, el acceso a las fuentes o la comprensión de conflictos políticos que para mí eran nuevos, pero con los que ellos estaban familiarizados, en ciudades como Panamá, Nueva Delhi, Bogotá, México, Manila, Lima y otras muchas que no guardo en la mente y en las que algún colega de la agencia salía siempre al paso para prestarme dinero, llevarme al médico o enviar una crónica a Madrid cuando la logística era muchas veces una gran complicación.

Volveré a hablar de la Agencia Efe más adelante, cuando me refiera específicamente a mi etapa en Buenos Aires durante la guerra de las Malvinas, pero no quiero terminar aquí sin expresar mi gratitud a tantos y tantos compañeros de Efe cuyos nombres desafortunadamente no soy capaz de recordar y a los que siempre admiré, entre otras cosas, por su humildad. Frente a nosotros, que firmamos en periódicos importantes o aparecíamos en televisión o en la radio, nosotros, los periodistas de los periódicos, la radio y la televisión, que recibíamos el reconocimiento de los lectores y cuyo sacrificio era recompensado en parte con halagos y vanidad, los colegas de Efe habían aceptado trabajar para los demás, habían asumido la filosofía del anonimato, sabían que los periodistas somos

puros intermediarios entre los hechos y los ciudadanos.

El primer asiento en la sala de prensa

Esa no era solo la filosofía de Efe, sino de todo el periodismo de agencias, que entonces estaba entre los más reconocidos en el mundo entero. Durante años, el mejor asiento de la sala de prensa de la Casa Blanca lo ocupó la legendaria Helen Thomas, de la agencia United Press International (UPI), a quien siempre concedía la primera pregunta el presidente de turno en sus ruedas de prensa. UPI, Associated Press, AFP, Reuters… son marcas unidas al periodismo clásico, al periodismo bueno, al que se centra en la noticia y elimina cualquier protagonismo a sus autores.

Es el modelo seguido también por una publicación emblemática que hoy continúa siendo símbolo de calidad, el semanario británico *The Economist*, donde los redactores y escritores se esconden detrás de un seudónimo o, simplemente, omiten su firma en favor de la uniformidad y coherencia que dan unos editores muy exigentes y bien entrenados. Es esa una función, la de editor, que desgraciadamente nunca llegó a alcanzar relieve en el periodismo español. Siempre se ha hecho en España un periodismo más personalizado, más de autor, como se dice algo pomposamente, más parecido al que se hace en Italia.

Como decía antes, yo me inicié en el periodismo crudo de la noticia de agencia y he desembocado en el columnismo. Mi corazón sigue en el primero, pero admito que hoy es más difícil y más costoso hacer periodismo sobre el terreno y se va tendiendo paulatinamente hacia el periodismo de opinión. Se puede hacer, por supuesto, magnífico periodismo de opinión. Se hace en toda la prensa del mundo y también se hace en España. He querido preguntar sobre esto a alguien a quien considero una de las firmas más destacadas del columnismo español en la actualidad, Jorge Bustos, escritor y jefe de Opinión de *El Mundo*, representante, además, de una nueva generación de periodistas cultos, audaces e independientes que permiten mirar al futuro de la profesión con optimismo.

Manolo Alcalá llamaba a los columnistas «gacetilleros», y yo mismo, hasta hace poco, no tenía muy buena opinión de ellos, pero Bustos cree que «seguramente el columnismo fue la primera expresión periodística de las sociedades democráticas antes de que se

sistematizase el oficio como ciencia de la información». «Siempre recuerdo», dice, «una frase del impresor y padre fundador de la democracia americana Benjamin Franklin: "El periodismo es un negocio que tiene que ver con las opiniones de los hombres". No dijo con las noticias, sino más bien con las opiniones que los hombres forman a partir de las noticias. Y nuestro Larra hoy sería etiquetado de columnista antes que de periodista informativo: su género oscila entre el reportaje literario y la tribuna larga de opinión. Los lectores no solo necesitan conocer los hechos sino sus interpretaciones, y ahí entra el columnismo. Porque el hecho puro, desnudo, no existe sin consecuencias, sin causas, sin contexto. Los buenos columnistas son los grandes contextualizadores de la información».

Coincido con Bustos en que en España se hace hoy buen columnismo, aunque quizá también demasiado. «Pero no solo en España: el ecosistema digital favorece la emergencia de un columnista por usuario. Y todos se creen indispensables. Ahí entra el darwinismo de la atención pública para cribar al interesante del que debe contentarse con su muro de Facebook. En cuanto a los periódicos tradicionales, los hay con más páginas de opinión que otros, pero si te vas a la prensa española del primer cuarto del siglo XX, aún había mucha más opinión que ahora. En todo caso creo que ha habido un renacimiento del género en España que ha contado con el favor de nuevas generaciones de lectores, quizá porque la extensión de la columna se lleva bien con estos tiempos acelerados que invitan a la brevedad».

El problema no es, desde luego, que pueda haber un exceso del periodismo de opinión, que, como dice Jorge, se ve favorecido por los tiempos. El problema es si los lectores reciben suficiente opinión de calidad. Yo tengo dudas al respecto. Y Jorge tampoco tiene una respuesta rotunda.

«Desde luego hay que preguntarse si hay un número suficiente de columnistas originales, valientes, autónomos, con un enfoque propio sobre la actualidad, buena prosa y suficiente cultura como para entregar regularmente piezas de mérito a los lectores. La pregunta es si este ecosistema digital que regala a todo el mundo sus warholianos quince minutos de fama no fabrica columnistas en serie, como una réplica aburrida del pensamiento dominante, una apoteosis del refrito de lo políticamente correcto o de lo políticamente incorrecto, que al final son dos formas de la misma dependencia mental. Del plagio. El buen columnista es el que sorprende».

Una de las razones por las que siempre he huido del periodismo

de opinión es porque siempre me ha parecido atrevido y peligroso. Por un lado, siempre he pensado, quizá con excesivo pudor, ¡quién soy yo para dar mi opinión! Al mismo tiempo, siento mucho respeto por la repercusión que el periodismo tiene en la sociedad y soy aún bastante temeroso del daño que puede acabar haciendo un periodista. Se necesitaría, no un capítulo, sino varios libros para abordar el debate sobre la responsabilidad del periodismo español en el incremento de la polarización política en los últimos años. Pero eso habría que hacerlo con el rigor de una investigación académica profunda, que no pretendo, y abandonando a ratos el periodismo para incursionar plenamente en el terreno de la política, que no quiero ni debo hacer aquí. Me limitaré a referirme al asunto en casos, como este del periodismo de opinión —más tarde, en mi etapa como director de *El País*—, en los que mi trayectoria y el periodismo de mi entorno se cruzó con la política.

En los últimos años he participado en una tertulia de radio, he escrito artículos de opinión en varios medios y participado en algunas conferencias y actos en los que la política solía ser asunto central. He comprobado la reacción inmediata que produce el comentario de un periodista en el estado de ánimo del público, de la parte del público que te sigue, que puede ser mucha o poca. Cualquier colega que comparta tribunas semejantes será consciente de la rapidez con la que, en estos tiempos de gran agitación, se puede activar la tecla emocional de los lectores o los oyentes. Por eso creo que sí, los periodistas tenemos, de acuerdo a mi experiencia, una gran responsabilidad en la polarización política.

Y he querido tratar este asunto también con Bustos porque, como él reconoce, los columnistas están diariamente presionados por la originalidad. Igual que los reporteros se obsesionan por la exclusiva, los columnistas lo hacen por el impacto. Y esa búsqueda desesperada puede ser un mal estímulo en tiempos de difícil convivencia. Jorge está de acuerdo en que «si incluimos a los tertulianos televisivos entre los periodistas de opinión, supongo que sí, que el periodismo de opinión ha contribuido a la polarización política». «Polarizar en papel es más difícil, siquiera porque el autor tiene ocasión de pensar mejor lo que dice. Pero el verdadero factor de desprestigio —que va unido al hecho de ser identificados como factor de polarización, añado yo— no ha venido de la opinión en prensa sino del llamado periodismo ciudadano, es decir, del activismo *amateur*, radicalizado y resentido que propaga *fake news* sin necesidad de opinar».

Jorge añade, no obstante, una observación con la que no estoy

plenamente de acuerdo, pero que considero relevante. Desde su punto de vista, la mayor polarización en los últimos años no la ha producido el periodismo de opinión, con toda la abundancia de calificativos e improperios que nos ha traído, sino el periodismo informativo o, según creo entenderle, el periodismo que se presenta con etiqueta informativa para disimular otros propósitos. «Todos los periodistas de opinión sabemos que ni la mejor columna podrá nunca competir en influencia con una noticia vistosa. Se opina más fuerte desde la jerarquía tipográfica de las noticias en una portada, o con la selección de las noticias en una escaleta televisiva o radiofónica, que desde cualquier columna».

Nos conduce Jorge con esto a un terreno problemático, como es el de la intención política de los periódicos. Evidentemente, los periódicos tienen una determinada línea editorial y suelen presentar las noticias de acuerdo a una determinada jerarquía de valores, lo que no significa distorsionarlas, pero sí seleccionarlas. En Estados Unidos, los periódicos tienen una división estricta entre sus departamentos de Información y de Opinión. El director de un periódico americano ejerce únicamente como responsable del área informativa, sin competencia alguna sobre los editoriales o los artículos de opinión. Entre sus atribuciones, está la de impedir cualquier intromisión de los responsables de la línea editorial en la cobertura de las noticias. El director de Opinión, por su parte, es completamente autónomo y tiene la obligación de fijar la posición editorial del periódico al margen de la selección noticiosa que haga el diario. Es una fórmula que siempre me gustó, pero que me fue imposible trasladar a *El País* porque no se corresponde con la tradición española. Sigo creyendo, no obstante, que sería una buena solución para combatir la confusión actual entre la línea editorial de un periódico, que es respetable cualquiera que sea, y las informaciones que ofrece, que podrían y, en ocasiones, deberían contradecir la línea editorial para asegurar la credibilidad del medio y ganarse la confianza de los lectores.

Este es un asunto complejo y una de las razones de la pérdida de prestigio de los medios de comunicación en los últimos años. Debería de ser uno de los asuntos centrales de debate en la profesión. Por mucho que se consiga remontar en algún momento la difícil situación económica y se pueda encontrar un espacio de crecimiento de acuerdo a las nuevas exigencias tecnológicas, no será posible recuperar la influencia y el reconocimiento de los medios entre los ciudadanos mientras los medios y los periodistas no recuperemos una imagen de imparcialidad que actualmente está en entredicho.

Mencionaba antes a periodistas argentinos de los que aprendí mucho y es preciso regresar a Argentina para recuperar algunos momentos de mi carrera sobre los que me gustaría reflexionar.

En las calles de la Recoleta

La última vez que estuve en Buenos Aires todo parecía diferente a como lo recordaba. Las amplias avenidas que atraviesan el barrio de la Recoleta parecían haberse achicado, las plazas y jardines se veían deslucidos, los bonitos edificios de sabor parisino se antojaban más sucios, los palacios, más modestos, hasta el cementerio que guarda los restos de Eva Perón había perdido encanto. Nada parecía igual que en aquel otoño austral de 1982 en que pisé esas calles por primera vez. Entonces todo era formidable: había enormes aceras llenas de gente elegante y hermosa, pequeñas tiendas con viejos empleados que contaban historias magníficas, luminosos restaurantes con grandes mesas de manteles blancos sobre las que servían enormes bifes de chorizo y abundante vino tinto. El recuerdo de aquel Buenos Aires se conserva en mi memoria como un momento cargado de magia y de expectativas. No porque ocurriera allí nada especialmente memorable, pero sí fue el principio de muchas cosas que vendrían después.

Fui enviado por la Agencia Efe a reforzar la oficina de Argentina durante la guerra de las Malvinas y ni siquiera me moví de la capital. No tuve oportunidad de viajar al sur del país, donde el conflicto se vivía con más intensidad, y mucho menos a las islas en disputa, a donde solo iban los periodistas que el gobierno argentino escogía. Nada extraordinario ocurrió en Buenos Aires ni hay anécdotas o aventuras que reseñar. Fue un trabajo monótono que me llevaba cada día durante un par de meses del hotel a la oficina y de la oficina al hotel, casi siempre a la misma hora, sin más aliciente que el de sentarme ante la máquina de escribir a redactar las noticias rutinarias que producía el conflicto, ni siquiera las más relevantes, que esas le correspondían a los más veteranos, sino las más accesorias y prescindibles, las que se hacen a veces simplemente para aumentar el volumen de producción y dar sensación de un mayor rendimiento.

Sin embargo, algo pasó en Buenos Aires que cambió mi futuro. Algo generaron las semanas transcurridas allí o la gente con la que traté que produjo un impacto decisivo en los años posteriores. De alguna forma, en Buenos Aires descubrí América, aunque mucha gente

crea que Argentina no es América sino Europa. Yo descubrí un ritmo de vida distinto, más calmado, un carácter diferente, más amable, todo parecía más excitante y sorprendente, también más festivo y cercano… No sé con exactitud, algunas emociones se correspondían solo con la inocencia de un muchacho inexperto que disfrutaba con cualquier novedad. Algunas de las primeras impresiones sobre América Latina fueron después desmentidas por una realidad mucho más prosaica y brutal; otras, sin embargo, perduran, como esa bofetada de dulzor y humedad que recibí al asomarme a la puerta del avión en Santo Domingo en una parada de tránsito hacia no sé dónde.

Otro efecto importante de aquella estancia en Argentina fue la de perfilar el futuro de mi carrera. Me gustó el trabajo ordenado y preciso que hacían cada día aquellos grandes periodistas de la oficina de la Agencia Efe, me impresionaron sus conocimientos y su experiencia, que me transmitían entre simpáticas anécdotas al mismo tiempo que me enseñaban a preparar y compartir el mate. Me convenció sin pretenderlo Lluís Foix, que era entonces corresponsal en Londres de *La Vanguardia* y había sido enviado para seguir la guerra desde Buenos Aires. Un poco más adelante recogeré aquí sus puntos de vista, pero adelanto que todas aquellas charlas con Foix en torno a un café o a un licor en la noche, nuestros paseos por las avenidas de la Recoleta en los tiempos muertos y las largas esperas de acontecimientos, las recomendaciones de Lluís, sus observaciones maduras y llenas de sentido común, sus referencias cultas a la historia de nuestra profesión, jugaron un papel muy importante en mis resoluciones.

En Buenos Aires en 1982 —hace exactamente cuarenta años en el momento de escribir estas líneas— decidí que quería vivir en ese continente y que quería ser corresponsal.

Los misioneros del Chad

No había contemplado hasta entonces ninguna de esas dos posibilidades. Parecía que el papel de enviado especial, de cortas estancias en un lugar, solo mientras los acontecimientos estaban en su momento álgido, para desplazarme enseguida al siguiente punto de conflicto, se ajustaba mejor a lo que había soñado. Tampoco América Latina había entrado todavía en mis planes. África y Oriente Medio parecían mejores escenarios, más exóticos, más románticos. Mi

primera experiencia sobre el terreno había sido en Guinea Ecuatorial y África parecía mi destino inexorable. He conocido a muchos periodistas acabar convertidos en expertos de cualquier materia simplemente porque ese era el tema del primer encargo que tuvieron, les salió bien y ya siempre se les asignaba lo mismo. De hecho, mi primera cobertura después de haber pasado de Efe a *El País* también fue en África.

La información internacional era entonces una gran fuente de prestigio para un periódico. Un periódico como *El País*, que había nacido mirando el ejemplo de *Le Monde* o *The New York Times*, debía prestar atención a un conflicto que hoy quizá ocuparía dos líneas de un diario digital, la guerra del Chad, un país que muchos lectores actuales no saben poner en el mapa, pero que en la época de la que hablo era el foco de la gran batalla por el control de África central que libraban Francia y la Libia de Gadafi. Esa fue mi primera misión en *El País* y me la tomé tan en serio que todavía hoy soy capaz de citar a los líderes de los dos ejércitos contendientes en aquel conflicto sin necesidad de acudir a Google: Hissene Habré —el aliado de Francia, presidente del Chad cuando yo llegué en el otoño de 1982— y Gukuni Oueddei —el aliado de Libia, que había sido presidente hasta que el anterior lo derrocó y que ahora era el líder de las fuerzas rebeldes.

De cara a ese viaje fui afortunadamente aconsejado por algún colega más experto de que, antes de llegar al Chad, debía resolver dónde alojarme, pues allí no había hoteles seguros a los que poder llegar en medio de la guerra. Recurrí a la orden de misioneros javerianos, de los que averigüé que llevaban años de actividad en aquel país y tenían una casa en la capital, Yamena. Amablemente, me ofrecieron una habitación en la misma residencia que usaban sacerdotes y laicos, un lugar sencillo, pero agradable, con comida diaria y, sobre todo, buena compañía, hombres valientes y listos que me aconsejaban por dónde tirar y qué peligros evitar en una ciudad difícil e inhóspita. Con uno de ellos tuve oportunidad de visitar una aldea próxima para comer en la casa de una familia chadiana, que hizo un enorme derroche para agasajarnos con una suculenta boule, una bola hecha con harina de arroz o mijo de la que cada uno de los comensales va agarrando un pedazo con las manos para untar en una salsa de acompañamiento, que, si se trata de una ocasión especial, como parecía ser nuestra visita, puede llegar a ser de pollo.

Como digo, debía ser un manjar, pero confieso que comí la boule con cierta aprensión. En la casa de los misioneros recaló por una vía similar a la mía un periodista italiano *freelance* con quien enseguida

hice buena relación y me enseñó las primeras palabras en su idioma. «*Andiamo a fare colazione*», le decía cada mañana al tocar su puerta para empezar juntos una nueva jornada en busca de la acción. Siempre me ha sido fácil y agradable la colaboración, incluso la amistad, con colegas italianos. Especialmente en los lugares en los que no encontraba periodistas españoles o estos resultaban poco sociables, acababa al lado de los italianos, que siempre tenían detalles enternecedores, como aquel cuyo nombre no recuerdo que viajaba siempre con una botella de aceite de oliva y varios paquetes de cigarros toscanos en su maleta. Algunos de mis mejores amigos entre los corresponsales en Washington, años después, fueron periodistas italianos: Mario Calabresi, que fue director de *La Repubblica*, y Mauricio Molinari, que fue director de *La Stampa* y, posteriormente, también de *La Repubblica*. Ambos formaban parte de un grupo de periodistas italianos a los que solía sumarme en los viajes con la Casa Blanca para encontrar un restaurante decente o despellejar en las charlas nocturnas a los compañeros anglosajones. Esos viajes acompañando al presidente de Estados Unidos constituyeron un gran aprendizaje del que hablaré más tarde.

Con Yaser Arafat

Retomo ahora el hilo sobre el estado de mi carrera en ese 1982 en el que pasé los meses de primavera con la Agencia Efe en Argentina, viajé después con *El País* al Chad en el otoño y antes, en los primeros meses del año, había estado en Beirut para entrevistar a Yaser Arafat también para Efe. Oriente Medio era, antes de conocer América Latina, una de mis preferencias informativas. Sin duda, influido por Enrique Vázquez, que era un gran especialista en ese área. Oriente Medio era desde décadas antes el punto más caliente sobre la Tierra, el lugar en el que se dirimía la tensión entre las grandes potencias y también el escenario de batallas ancestrales y odios eternos. Yo tenía colgadas en las paredes de mi habitación fotos preciosas de la guerra civil del Líbano, que había ocurrido pocos años antes y que aún dejaba su huella en un Beirut dividido entre el este cristiano y el oeste musulmán.

Me llevó al Líbano un amigo palestino de nombre Hussein, que trabajaba en la oficina de la Organización para la Liberación de Palestina (OLP) en Madrid. ¡Gran tipo Hussein! Fuimos amigos, al

margen del trabajo. Sentí mucha alegría al encontrarlo de nuevo, después de muchos años sin saber de él, en Chile, donde había ascendido y era ya embajador palestino. Me gustó descubrir que era un moderado y que estaba apoyando con todas sus fuerzas las negociaciones que entonces mantenían los palestinos con Israel. Con Hussein llegué a Beirut en febrero de 1982 para entrevistar a Arafat. Yo estaba feliz porque era el primer *scoop* de mi carrera. Mis jefes en la Agencia Efe no podían creer que uno de sus periodistas más jóvenes pudiera entrevistar a uno de los personajes más cotizados del mundo en ese momento y también uno de los más inaccesibles.

Hubo que esperar varios días en Beirut las instrucciones precisas para acudir a la cita, lo que no me importó nada porque aproveché para recorrer las calles de una ciudad mítica para un periodista. Pasé muchas horas en el hotel Commodore, lugar de reunión de la prensa durante los días de la guerra y en ese tiempo aún con un bar repleto de tipos duros, vestidos con sahariana y cámara fotográfica al cuello. Pasé por calles todavía repletas de escombros y flanqueadas de edificios fantasmas marcados por los impactos de los obuses y las balas. Acudí hasta el punto de separación con el este para ver con mis ojos a los barbudos fedayines que reposaban de la guardia sobre sofás de skay puestos de cualquier manera en plena calle. Yo había visto antes imágenes similares en las fotos que llegaban al departamento de fotografía de la Agencia Efe, a donde me gustaba ir de vez en cuando para observar con detalle el material que recibían desde todas las partes del mundo.

Me ayudó mucho en el recorrido periodístico-sentimental por Beirut el corresponsal allí de Efe, Antonio Ojeda, un excelente periodista canario, algo introvertido, pero fino y astuto, muy capaz. Él y su mujer de entonces, Janine, más jovial y cariñosa e igual de sagaz, me hicieron de guías en esa ciudad única que quedará siempre en el imaginario colectivo de los periodistas, como Saigón o Berlín. Tratándose de Beirut, es imposible no mencionar al periodista español cuya carrera y cuya vida ha estado siempre unida a esa ciudad, Tomás Alcoverro, el corresponsal de *La Vanguardia*, sin duda el mayor especialista en el Líbano que ha dado el periodismo español y una figura de referencia indiscutible de nuestro oficio.

La cita con Arafat llegó finalmente después de varios días de espera. Un coche nos llevaba hasta un punto en el que nos recogía otro, que atravesaba a su vez calles estrechas, sorteando controles de hombres armados hasta llegar a un edificio modesto y mal cuidado, aunque muy bien protegido, en el que, después de recorrer algunos

pasillos y oficinas pobladas por gente ociosa que tomaba café espeso y fumaba, se llegaba por fin a un despacho con una mesa ocupada por carpetas, documentos y dos grandes ceniceros rebosantes de colillas frente a una silla vacía que, quince minutos después, ocupaba el líder palestino, el gran personaje del pañuelo de cuadros en la cabeza que en aquellos años estaba constantemente en las páginas de los periódicos. Fue muy emocionante. Yo estaba entonces fascinado con Arafat, fascinación estúpida, nada que pudiera explicarse en términos políticos o ideológicos, una simple atracción desmedida por una figura de gran relevancia mundial. Arafat no estuvo muy simpático en esa entrevista, quizá percibió que quien tenía enfrente era un periodista menor y despachó la entrevista en media hora, eludiendo las preguntas más comprometidas. Pese a todo, yo quedé feliz por mi éxito y la agencia también por haber publicado una primicia internacional. De paso, le llevé a mi madre una foto mía con «el hombre del turbante», como ella le llamaba, y quedó tan feliz.

Ni Arafat ni yo sabíamos entonces que esa sería una de las últimas entrevistas que concedería en Beirut, puesto que pocos meses después se produjo la invasión del Líbano por Israel que puso fin a la presencia palestina en Beirut y obligó a Arafat a trasladar sus cuarteles generales a Túnez. En realidad, ya en aquel momento existían rumores de una próxima incursión militar israelí, lo que no era difícil de pronosticar observando la larguísima fila de tanques israelíes que se podía divisar desde una de las colinas del sur del Líbano cercana a la frontera con Israel. Tras la entrevista con el líder de la OLP, había viajado hasta allí junto a Hussein, Antonio Ojeda y Janine, precisamente para comprobar cuál era la situación en la frontera, muy tensa en ese momento, con miles de milicianos musulmanes del lado libanés, armados y listos para hacer frente al ataque que se presentía.

Sin embargo, recuerdo menos aquel viaje por la situación política que por la visita a la casa familiar de Hussein en Jordania, donde los españoles que le acompañábamos fuimos obsequiados con un despliegue de afecto y comida que solo una familia árabe es capaz de ofrecer. Hussein había nacido en la ciudad de Nazaret, que fue ocupada por el ejército israelí en la guerra de 1948. Su familia fue trasladada a un campo de refugiados en Jordania y, posteriormente, se instaló de forma definitiva en ese país. Actualmente, Nazaret es parte del Estado de Israel y no está afectado por posibles negociaciones para la creación de un Estado palestino. La familia de Hussein vivía ya, por tanto, con el convencimiento de que nunca volvería a su tierra, y todos sus miembros manifestaron ante nosotros ese dolor, aunque no

recuerdo que hablasen con rabia ni con rencor. Tengo recuerdo más bien de lo contrario, de gente hospitalaria y tranquila que quería vivir en paz y le pedía a Hussein, de quien sabía que ocupaba una destacada posición política en la OLP, que cuidase de los suyos y se dedicara a hacer el bien. Yo, que había ido hasta allí para ver a guerreros y fanáticos como los que me pareció encontrar en Beirut, recibí una gran lección al observar a aquella familia, lejos de la política y de los periodistas, disfrutando de la visita de aquellos extranjeros sin más preocupación que la de darles de comer en abundancia y hacerles pasar un buen rato. No escuché allí una sola palabra de desprecio a los judíos ni una sola referencia al enemigo.

Aquel viaje con Hussein me dejó un vínculo emocional fuerte con aquella región y con el conflicto palestino-israelí. Después de Jordania, Hussein regresó a Beirut y yo crucé el puente Allenby para entrar en Israel. Obviamente, él no podía acompañarme en ese tramo. Por suerte, el recuerdo tan grato de mi paso por Jordania o la emoción de la visita a Beirut no influyeron de forma negativa en mi primera impresión sobre Israel. Me gustó tanto ese país como me habían emocionado los anteriores. En realidad, me parecieron incluso bastante complementarios. Humanamente, también en Israel descubrí a gente magnífica que había aprendido a sobrevivir en condiciones difíciles y que sentía orgullo de su esfuerzo sin que eso se transformara en odio al rival. Desde ese primer momento, encontré tantas razones legítimas entre los israelíes como al otro lado. No me refiero a razones históricas o políticas, sino a la convicción íntima que mueve al ser humano y que justifica muchos de sus actos.

A partir de entonces, he visitado varias veces más Israel y he viajado a casi todos los países árabes. En cada una de esas visitas he corroborado un punto de vista similar: en los dos bandos hay gente muy valiosa convencida de la justicia de su causa y cargada de buenas razones. Eso, que quizá explique la dificultad para encontrar una solución, me ha ayudado a mantener un punto de vista equilibrado a la hora de abordar el asunto de forma profesional. No es que mire el tema con distancia. Al contrario, siento debilidad por esa región y me siguen interesando mucho los acontecimientos que allí se viven. Pero, después de unos inicios más bien propalestinos, he conseguido no tomar partido por ninguno de los contendientes.

Mi experiencia en Oriente Medio me fue muy útil después para cubrir como corresponsal de *El País* en Washington la firma de los acuerdos de paz entre Arafat y Rabin, con Bill Clinton como testigo, un momento inolvidable en los jardines de la Casa Blanca, un acto que

recuerdo como uno de los grandes hitos de mi carrera, una información que viví con especial interés y pasión porque conocía a los personajes, me sentía emocionalmente involucrado en el tema y, al mismo tiempo, era capaz de contarlo sin apego político a ninguno de los bandos. Cuando se consigue eso, conocimiento, emotividad y ecuanimidad —lo que ocurre muy pocas veces—, el periodista está en la posición perfecta para elaborar una buena historia.

Desde aquel primer viaje a Beirut, he vuelto a escribir muchas veces sobre Oriente Medio. Entre otras cosas, como he referido antes de pasada, me tocó cubrir la primera guerra del Golfo desde Amman. *El País* decidió hacer un gran despliegue informativo de ese conflicto. Eran los tiempos de las vacas gordas y no se escatimaban gastos. Había periodistas de *El País* en todas las capitales de alguna forma relacionadas con el problema. Y no solo de *El País*; en la capital jordana me encontré equipos de todos los canales autonómicos españoles, lo que ya en aquel momento parecía un derroche innecesario. En la lista de acreditaciones del ministerio jordano competente, comprobé que los periodistas españoles éramos el colectivo nacional más numeroso después del de Estados Unidos.

En Amman conocí a mi amigo Fernando Pajares, que representaba a la Agencia Efe. Yo fui enviado desde México, donde estaba entonces como corresponsal, y recuerdo que mi llegada no le gustó mucho a la compañera de *El País* a la que tuve que reemplazar. Los celos profesionales son muy frecuentes en nuestro oficio, en el que la vanidad ocupa un papel tan destacado. No hay que concederle mayor importancia.

Seguí escribiendo frecuentemente sobre Oriente Medio en los muchos años pasados en Washington, donde toca informar de cualquier parte del mundo en la que Estados Unidos tenga algo que decir, que es casi la totalidad de la Tierra. Pero, además de las circunstancias que han favorecido mi dedicación a los asuntos árabes e israelíes, desde el comienzo ha existido en mí una predisposición a esa área motivada por mis primeras lecturas y la actualidad que era predominante en los inicios de mi carrera. Como decía antes, si no hubiera viajado después a Buenos Aires, es muy probable que me hubiera especializado en el conflicto árabe-israelí.

Aquí Bugatti

Pero el trabajo en Argentina puso en evidencia algunas ventajas de América Latina indiscutibles para un periodista español, favorecido por el idioma y la cultura. En Buenos Aires todo resultó más fácil, más cordial, más cálido. Hasta hoy recuerdo con humor la voz que sonaba al otro lado del teléfono en las llamadas de la oficina de prensa del Ministerio de Información argentino para ofrecer el parte diario de la guerra contra el Reino Unido. «Ché, viejo, aquí Bugatti», saludaba el comunicante, antes de proceder el relato fantasioso sobre los supuestos éxitos militares obtenidos ese día por el ejército argentino. Todo era mentira, pero Bugatti resultaba tan divertido y tan humano, ¡tan reconocible!

En América Latina uno podía presumir las intenciones que escondía un personaje por encima de su cargo y de sus declaraciones. En América Latina uno podía distinguir el carácter de un individuo y, por tanto, calcular su valor como fuente. Porque entendías las claves de su comportamiento, en América Latina uno podía anticipar una reacción, encontrar la explicación de un pecado, entender los motivos de un éxito o de un fracaso. Un periodista español en América Latina cuenta con una ventaja comparativa respecto al de cualquier área del mundo, incluidos los que entienden muy bien la región, como los de Estados Unidos. He conocido magníficos periodistas norteamericanos especializados en América Latina. Todavía los sigue habiendo. Casi todos adolecen de lo mismo, un tratamiento que oscila entre el paternalismo y el desprecio. He leído magníficas crónicas de periódicos estadounidenses que revelan un gran conocimiento de la realidad y un gran atrevimiento en la revelación de los hechos, sobre todo en relación con México. Pero suelo echar en falta algo de empatía, que no tiene que ver con la justificación de determinadas actitudes y mucho menos con la complicidad con nadie ni con nada, sino con la comprensión del origen de esos males que se denuncian. Hablo del viaje casi espiritual a las raíces de un pueblo que solo puede emprender quien sabe dónde encontrarlas.

Es prudente decir, al mismo tiempo, que América Latina es muy diversa, que existen profundas diferencias entre países, entre razas, entre religiones. Pero, sobre todo, es conveniente advertir que América Latina puede sorprender a los españoles que se acerquen con prejuicios y lugares comunes. Así como decía que un periodista español parte de una posición de ventaja para informar sobre esa región, también es cierto que corre más riesgo de repetir estereotipos y patinar solemnemente en un lugar que considera de entrada asequible.

La recomendación para los colegas que quieran escribir sobre América Latina, después de mi experiencia de haber visitado todos los países del territorio continental —varios de ellos en numerosas ocasiones— y las principales islas, es que escuchen y aprendan con modestia, que respeten expresiones, estilos, hábitos que nos pueden parecer incorrectos y que, sin embargo, son los propios de países que celebran cada año su independencia de España. Gran parte de la confusión que a lo largo de los años he observado entre algunos compatriotas es la de llegar a América Latina como propietarios del idioma que ellos hablan. La humildad en este caso es especialmente recomendable puesto que España es solo el cuarto país del mundo con más hispanohablantes, por detrás de México, Estados Unidos y Colombia, y casi a la par de Argentina.

En todo caso, en ningún lugar del mundo va a encontrar un periodista español mejor oportunidad de acceder a una historia valiosa que en América Latina. Por lo menos, así era antes de la reciente explosión del movimiento indigenista, y dudo que deje de serlo a largo plazo. España importa en América Latina y lo que se diga en España tiene un valor en aquel continente. Después de entrevistar a Arafat, nada cambió en mi vida en Beirut o en Oriente Medio. Pero bastó una breve aparición en la televisión argentina con motivo de un debate sobre la guerra de Las Malvinas para que me reconociera y tratara con esmero el primer taxista con quien me crucé al día siguiente. Tampoco una entrevista con Obama hizo más fácil mi trabajo en Estados Unidos. Sin embargo, todavía encuentro gente de Panamá que se acuerda de las crónicas que escribí durante la crisis que precedió a la caída del general Noriega. En América Latina, un periodista español es capaz de apreciar el impacto de su trabajo, puede medir la utilidad de su esfuerzo y la repercusión inmediata en la sociedad en la que trabaja. Esto resulta enormemente gratificante y es muy difícil de lograr en África, en Oriente Medio o en cualquier otra parte del mundo. Y eso lo descubrí, siendo aún muy joven, en Buenos Aires, y desde entonces me propuse vivir algún día al otro lado del Atlántico para contar lo que allí pasaba.

La ocasión se presentaría poco tiempo después con *El País*.

IV
DE MIGUEL YUSTE A LOPE DE VEGA

Fui feliz en la Agencia Efe y quizá podría haber conseguido allí ser corresponsal en el extranjero antes que en *El País*, puesto que la agencia tiene decenas de oficinas en todo el mundo, pero *El País* era la cumbre del periodismo en España y no había ninguna duda de que había que aprovechar la oportunidad que se presentaba de fichar por ese medio. Es tentador comparar *El País* de entonces con el de hoy, y admito que esa comparación está de forma permanente en mi cabeza y de alguna forma irá permeando en todas las páginas de este libro. Pero en este capítulo pretendo hablar únicamente de *El País* de aquel momento y de lo que suponía trabajar en él.

La oportunidad se presentó como suelen ocurrir estas cosas, al menos en España, no muy diferente a cómo empecé a trabajar en Efe. El marido de Ana Zunzarren, mi jefa en la agencia, era y es Paco Basterra, a quien yo aún no conocía. Ana le habló a Paco de mí, exageraría lo que en ella es habitual y Paco, que era redactor jefe en *El País* y tiene la buena costumbre de hacer caso de Ana, consiguió que el 1 de julio de 1982 firmase mi primer contrato como redactor del periódico más importante de España. Inmediatamente fui destinado a la sección de Internacional, mi supuesta especialidad, bajo las órdenes de nuevo de una mujer, una mujer extraordinaria, lista, cariñosa y paciente, muy paciente, Mariló Ruiz-Elvira, con sangre de periodista en sus venas. Elena, Ana y Mariló, tres mujeres determinantes en el comienzo de mi carrera. Mariló lo fue porque supo calmarme, administrar mis energías y conducirlas hacia donde debía, una corresponsalía. Sin ella, tal vez me habría perdido en disputas internas o en batallas menores. Mariló me enseñó, me encarriló y, sobre todo, me protegió.

Yo era entonces bastante cándido e ignoraba las tensiones que

existen en una redacción —en cualquier empresa, supongo— y las pugnas entre grupos rivales. Con el tiempo, fui sabiendo que Paco sufría la rivalidad de Augusto Delkáder, director adjunto, y que no me sería fácil progresar en el periódico con la etiqueta de «hombre de Basterra». Mariló, por supuesto, sí estaba al tanto de todo eso y tomaba las medidas apropiadas para mantenerme a resguardo de las balas. No lo hacía solo conmigo. La criticaban mucho por ser como una gallina clueca que estaba siempre al cuidado de sus polluelos. Esas rivalidades fueron perdiendo importancia con el paso de los años, y tanto Paco como yo tuvimos exitosas carreras en *El País* sin mayores obstáculos por parte de Augusto, a quien hoy aprecio y valoro. Su papel en mi salida de la dirección de *El País* nunca estuvo muy claro —después explicaré lo que sé o intuyo—, pero estuvo a mi lado cuando me despidieron y estoy convencido de que él nunca lo hubiera hecho.

Este anecdotario menor sobre las cuitas internas de un periódico tampoco significa gran cosa. Ni me ha quitado nunca el sueño ni empaña en lo más mínimo la grandeza que llegó a adquirir *El País*. Cuando yo entré a formar parte de su redacción, *El País* era el símbolo de todo lo que había ocurrido en España desde la muerte de Franco, era el reflejo en papel de la nueva sociedad que surgía, de la reconciliación entre los españoles, de la estrenada libertad, de la explosión cultural, de nuestra admiración por lo que sucedía fuera de nuestras fronteras, de nuestra curiosidad infantil por lo nuevo, que era casi todo lo que teníamos delante. *El País* era la expresión en papel de nuestro deseo de ser europeos, de nuestra voluntad de entendernos, de nuestra ansia por saber más, por ser mejores, ser más modernos, comer mejor, vestir mejor, hablar con más propiedad, conocer gente diferente. *El País* era la manifestación en papel del país que queríamos ser. Por eso la identificación entre ambos fue tan fuerte durante unos años.

Juan Luis Cebrián, su fundador, de la mano de Jesús Polanco y bajo la inspiración de José Ortega, ha relatado los detalles sobre la creación de *El País* en su biografía y a él remito a quienes quieran conocerlos. Cuando yo llegué por primera vez a Washington para sustituir como corresponsal a Carlos Mendo, este me contó algunas peripecias previas a la aparición de *El País*, especialmente los esfuerzos de Fraga para sacarlo adelante frente a la oposición del régimen, y me mostró el contrato que guardaba en su cajón como primer director. Mendo, un periodista de una talla excepcional, una especie rara de su generación que hablaba perfecto inglés y trabajó

para la agencia UPI desde Madrid, era buen amigo de Fraga, de quien fue director de comunicación durante su tiempo de embajador en Londres. Las circunstancias cambiaron posteriormente y la empresa que, finalmente, se conformó para la salida de *El País* decidió prescindir de Mendo, que nunca llegó a dirigir el periódico una vez ya publicado. De todo esto se ha escrito mucho y de forma mucho más documentada; tanto de los primeros años de *El País*, como del papel que jugó en el nacimiento de la democracia española. Yo quiero centrarme aquí en lo que significó para los periodistas y lo que supuso para mí en particular.

Yo me había formado en el periodismo de agencia, preciso y objetivo. Había dado mis primeros pasos en la información internacional. Desde muy jovencito, aún viviendo con mis padres, había ahorrado dinero para pagarme una suscripción a la revista *Time*, y mis medios favoritos eran *Le Monde* y *Herald Tribune*, ya desaparecido, pero que en aquel tiempo era una publicación muy prestigiosa en Europa, juntando materiales de *The New York Times* y *The Washington Post*, los dos propietarios de la cabecera. Esos eran mis periódicos de referencia, mis biblias. Lo eran también de la gente que yo conocía, de los periodistas con los que me juntaba y de los que aprendía. Me gustaba su rigor —nunca se equivocaban—, su lenguaje cuidado, sus fotos extraordinarias, sus titulares directos y breves. Me encantaba la confección de sus páginas, sobre todo en aquellos tamaños sábana del *Herald Tribune*, que se doblaban elegantemente y te recordaban los tiempos de *Primera Página*. Pero me gustaba sobre todo que informaban sobre lugares remotos, sobre guerras exóticas en las que participaban personajes fascinantes como el arzobispo Makarios, Golda Meir, Gromiko, Chu En-Lai, Kissinger, Bernardette Devlin, Genscher… Abrir aquellos periódicos era acceder a un mundo inalcanzable para un periodista español de la época.

Periodistas del primer mundo

El País fue la puerta de acceso. *El País* llegó para convertirnos en periodistas del primer mundo, en periodistas de verdad, en periodistas como los demás, como los del Watergate, como los que habíamos conocido en televisión, como los que una vez de pasada vimos en sus oficinas de Londres fumando en pipa mientras aporreaban la máquina de escribir con la camisa blanca arremangada y suelto el nudo de la

corbata de rayas. *El País* era el pasaporte de acceso al periodismo de primera división. Tenía recursos y tenía la vocación de contar con periodistas cultos, cosmopolitas, ambiciosos. Eso era *El País*, un periódico de Nueva York, de París o de Bonn; o, al menos, un periódico que nos hacía sentir ser de allí, ser libres, haber crecido, ser ricos e ilustrados. Parte del mérito de todo esto es del propio *El País*, de Cebrián, de Polanco, de Ortega y de quienes les acompañaron en las primeras estaciones de aquel viaje, que fueron muchos y valiosos apoyos. Pero otra parte del mérito lo teníamos nosotros mismos, los que lo leíamos y presumíamos de él, los que veíamos en *El País* más de lo que en realidad había, los que le dimos esa aura de divinidad que tuvo durante tanto tiempo.

Justo es decir que el periodismo de calidad inspirado en la gran prensa europea y americana no llegó a España con *El País*. Algunos corresponsales de otros periódicos ya lo hacían antes, especialmente de *La Vanguardia*, que tal vez fue pionero o, al menos, el diario que mejor desarrolló el modelo de crónicas desde el extranjero de gran nivel informativo y literario. Fue, precisamente, un periodista de *La Vanguardia* uno de los protagonistas de la conferencia de prensa a los que concede la palabra el papel que interpreta Audrey Hepburn en la película *Vacaciones en Roma*.

Pero tanto *La Vanguardia* como *ABC*, pese a sus méritos y su tradición, parecían diarios antiguos para los periodistas de aquella época en España. Visto con perspectiva, es bastante absurdo. Los mejores periódicos del mundo tienen más de un siglo. Pero, en nuestro país, aquel era el momento de una nueva generación que había trazado una línea divisoria en 1978, el año que se votó una nueva Constitución democrática, o, todo lo más, 1975, cuando murió Franco, y todo lo que existía antes de esa fecha correspondía al pasado, no a la España nueva que estábamos creando. *El País*, que salió a los quioscos en 1976, era, pues, el periódico, el único periódico de esa España nueva. Luego nació *Diario 16* y otros, pero eso fue después.

Como apreciarán, todo el argumento es bastante adanista y arrogante. Y así era *El País*, arrogante. Al estar en *El País*, uno sentía estar construyendo la historia de España, lo que te insuflaba un orgullo y un sentimiento de superioridad que, seguramente con mucha razón, se hacía insoportable para los colegas de otros medios. Por un lado, *El País* contaba entonces con recursos para contratar a los mejores, ayudado también por el prestigio que de forma muy rápida alcanzó la cabecera. La personalidad de su director era avasallante y, enseguida, se perfiló también el empuje y el carácter de Polanco. Todo

eso combinado, convirtió al equipo de *El País* en una fuerza incontenible, admirado por la sociedad, temido por sus enemigos y envidiado por sus competidores. Cualquier redactor del periódico era consciente de ese poder, que se reflejaba en el trato preferente que recibíamos por parte de las autoridades y de las fuentes en general, y más de uno miraba por encima del hombro a sus colegas. Se decía entonces medio en broma y medio en serio que una conferencia de prensa no empezaba hasta que no se presentaba el redactor de *El País*.

Cuando llegué, en julio de 1982, esa hegemonía de *El País* era ya muy notable, pero unos meses después ocurriría una novedad política de formidables consecuencias para el país y para *El País*: la aplastante victoria del PSOE en las elecciones generales. Con ese triunfo, se trasladaba por fin al gobierno de la nación el cambio sustancial que se venía produciendo en la sociedad en los siete años anteriores. El relevo político era también un relevo generacional; la identificación entre un nuevo gobierno, una nueva España y una nueva generación era incontenible, y *El País* era el periódico en el que se fundían todos esos caminos y se expresaba esa idea. Por eso, la comunión inicial entre Felipe González y *El País* no obedece a la coincidencia ideológica sino histórica. El periódico no estaba entonces tan inclinado a favor del partido socialista como se ha dicho después. De hecho, como ha contado Cebrián muchas veces, fueron frecuentes sus desencuentros personales con González y las fuertes críticas editoriales a las decisiones de su gobierno. *El País* había nacido ideológicamente como el cruce del liberalismo de Ortega con el reformismo conservador, y fue evolucionando hacia posiciones más a la izquierda por la fuerza de los hechos y el peso de su redacción, pero nunca en su primera década de vida podría haber sido identificado como un periódico de izquierdas. Distintas circunstancias de carácter empresarial y un progresivo encanallamiento de la situación política fueron haciendo más incómoda la posición de *El País*, debilitando el lazo inicial con la sociedad y ensombreciendo su prestigio.

Así lo ve el hombre que consiguió mi contratación por *El País*, Paco Basterra, un periodista de Bilbao, serio y exigente, que se formó también en la Agencia Efe, que fue corresponsal en Washington de *El País* unos años antes que yo y que hubiera sido el mejor director que puedo imaginar:

«Trabajar en *El País* a comienzos de la década de los ochenta era entrar a formar parte del diario más influyente de la España democrática. Era un lujo, los salarios eran superiores con mucho a los que recibían los periodistas de la competencia. Los medios a emplear

eran generosos, y la ambición editorial muy clara. En la infancia del periódico, la redacción tuvo un peso ante la propiedad que nunca más se superaría en la historia del periódico. Era una época de grandes noticias y *El País* estaba dispuesto a contarlas, y trabajábamos sin miedo ni cortapisas de ningún tipo. No sabíamos lo que era la autocensura. El periódico, justo es reconocerlo, tenía en Juan Luis Cebrián un gran director. Fueron años de vino y rosas. Muy pronto la difusión de los periódicos conservadores, *ABC* y *Ya*, quedó muy por detrás de *El País*, que representaba el futuro. El activo de haber nacido tras la muerte de Franco marcó la diferencia. Estábamos orgullosos de pertenecer a la redacción de *El País*. Se daba en España una tormenta perfecta para ser periodista y vivimos desde *El País* una catarata histórica irrepetible. 1982, cuando se incorporó Antonio, fue un momento en el que habíamos superado un golpe militar, que duró solo unas horas, pero que produjo una profunda conmoción social. Probablemente fue el torpe último coletazo de la reacción franquista que utilizó a una parte muy minoritaria del ejército que había ganado la guerra civil. Ya habían sido juzgados y condenados los golpistas. El triunfo arrollador del PSOE en la urnas en 1982, tras la evaporación de la UCD de Adolfo Suárez, simbolizó con claridad que España cerraba finalmente la dictadura franquista. Por primera vez desde la Segunda República, la izquierda alcanzaba el poder y se disponía a la renovación total de la sociedad española. *El País* no era un periódico de partido sino un diario nacido bajo la bandera liberal y que en primera página, bajo su mancheta, se bautizaba como diario independiente de la mañana. Felipe González había seducido a una mayoría imponente de ciudadanos con un programa socialdemócrata templado y un gobierno joven, dispuesto a poner en su sitio al ejército y, más importante aún, a sacar a España de su aislamiento internacional. El PSOE y sus objetivos políticos fueron acogidos con simpatía por *El País* que apoyó editorialmente al nuevo gobierno. Su joven redacción latía al ritmo de los socialistas en el poder. Pero manteniendo siempre en los ochenta un espíritu crítico con el poder que se iría evaporando en las décadas posteriores. *El País* no era el periódico del PSOE».

Nunca me pregunté mucho en mis primeros años en *El País* sobre su posición ideológica. Me gustaba lo que leía, me identificaba con lo que decía sobre las cosas que a mí me interesaban y no tenía mayor cosa que objetar a su interpretación de la situación política española. Estaba convencido de trabajar en el periódico correcto y de estar situado en el lado acertado de la historia, de esa pequeña historia que

hacemos cada uno de nosotros. Tal vez, sin darme cuenta, estaba asistiendo al nacimiento del sentimiento de superioridad moral de la izquierda, que yo acepté con tanta naturalidad. No lo sé. A lo mejor, es un poco exagerado decir esto. Es cierto que *El País* tenía entonces una capacidad inigualable de prescripción, es decir, de dictar qué películas ver, qué libros leer, en qué restaurantes comer y cómo vestir. Pero, aunque eso fuera así, tengo la impresión de que España era entonces una sociedad más abierta y, si bien *El País* tenía sus fobias y sus simpatías, como todos, daba cabida en sus páginas a un abanico muy amplio de la sociedad española, incluso de su clase política, sin caer por lo general en la estigmatización y la demonización del adversario. Por decirlo de otra forma, yo no vi en esos primeros años a nadie perseguido o excluido por *El País*. O, mejor, ateniéndome a mi propia experiencia, yo nunca trabajé con la sensación de tener un terreno vetado, de verme obligado a sortear minas o evitar a personajes indeseables para el periódico. Y resalto la importancia de esto, que es diferente a que yo no recibiera instrucciones precisas de carácter político, porque todos sabemos que, con frecuencia, un periodista no necesita que sus jefes le pidan ser sectario porque él ya sabe por intuición a dónde arrimarse para hacer su posición más confortable.

Durante años, trabajé con total libertad en *El País*, sin preocuparme lo más mínimo si era un periódico de izquierdas o de derechas. Insisto: tal vez el dominio cultural de la izquierda era ya tan fuerte y yo estaba tan sumergido en ese mundo que era insensible al adoctrinamiento. Pero no lo creo. Cito como ejemplo que, aunque, sí, yo había sido siempre un votante de la izquierda, sufrí algunas decepciones al encontrarme de cara con la realidad de Cuba y la Nicaragua sandinista, lo que reflejé en mis crónicas sin haber recibido jamás ninguna clase de aviso o recomendación. Después voy a contar con más detalle mi paso por esos países y la contradicción constante entre los supuestos valores de la izquierda y la realidad de mi convivencia con guerrilleros, militantes y gobernantes de izquierda tan corruptos, crueles y desalmados como otros que la especie humana coloca en compartimentos ideológicos distintos.

Dos cajas de whisky

Antes de Centroamérica, estuve en el Chad, de lo que ya hablé, y en

otros muchos sitios, entre ellos Marruecos con el objetivo de cubrir una cumbre que la Liga Árabe celebró en la ciudad de Fez. Se sabía que la reunión iba a ser importante porque estaba previsto que, como ocurrió, se aprobase por primera vez el reconocimiento del derecho a la existencia del Estado de Israel a cambio de una medida recíproca respecto a un futuro Estado palestino. Así estaban las cosas en ese conflicto en septiembre de 1982 y tampoco han cambiado mucho desde entonces. La cumbre, como digo, tuvo una gran resonancia, fue de gran trascendencia retórica, pero la verdad es que no sirvió para gran cosa en términos prácticos. Sería necesaria una década más para que israelíes y palestinos comenzaran a hablar. Personalmente, yo siempre recordaré aquella cumbre por mi encuentro con un colega de la radio pública alemana y otro británico del *Financial Times*.

Nos habíamos conocido en Rabat en el socorrido bar del hotel de periodistas, y habíamos decidido alquilar un coche y hacer juntos el viaje a Fez para abaratar costes y, sobre todo, sentirnos más seguros. Todo iba bien hasta que, una media hora después de salir de la capital marroquí, el amigo inglés, que conducía, nos anuncia que va a parar en un mercado en el que necesitaba comprar algo. El lugar en el que nos detuvimos no parecía un mercado, pero igual nosotros dos nos quedamos esperando en la puerta a que el otro hiciese su compra. Salió al rato con una caja que parecía pesada y que metió en el maletero, junto a otra del mismo tamaño que sacó de la tienda a continuación. Nos pidió nuestras chaquetas para proteger el cargamento de la vista de un posible control policial y nos explicó, para nuestra tranquilidad, que se trataba de whisky, que almacenaba ante el riesgo de que la cumbre se prolongase —con los árabes nunca se sabe— y con la certeza de que el acceso al alcohol sería absolutamente imposible en una ciudad santa musulmana durante una cumbre que, además, pagaba Arabia Saudí.

Aquel inglés debía tener entonces veinte o treinta años más que yo. No lo volví a ver en Fez porque él decidió alojarse en un lugar escondido de la ciudad antigua, mientras que el alemán y yo compartimos habitación en el hotel reservado para la prensa cerca del edificio donde se celebraba la conferencia. Por curiosidad, leí después sus crónicas en el *FT* y eran soberbias, como casi todo lo que se publicaba entonces en ese periódico, uno de los pocos que sigo leyendo hoy con la misma admiración. El alemán no bebía, solo contaba por las noches chistes malos sobre austriacos. El alcohol ha rondado siempre las redacciones y el trabajo de los periodistas. Hubo una época en la que parecían casi inseparables. Hasta daba la

impresión de que cuanto más había de lo primero, mejor era el resultado. Quizá por eso, la leyenda concede a los periodistas británicos una mención especial en este apartado.

África y Oriente Medio habían sido mis atribuciones en la agencia y, como ven, lo fueron también en mi primer tiempo en *El País*. Aunque enseguida surgió la Conferencia sobre Seguridad y Cooperación Europea (CSCE), que se celebró durante dos años en Madrid y cuya cobertura, tediosa y anodina, me tocó a mí como recién llegado porque, lógicamente, nadie la quería. Yo hacía lo que me mandaba Mariló y me interesaba todo. Con el tiempo, conseguí sacarle provecho. Allí conocí, por ejemplo, a un gran embajador, Juan Luis Pan de Soraluce, que encabezaba la delegación española y, además de facilitarme mucha información, me enseñó muchos trucos para moverme en el mundo de la diplomacia, que yo entonces desconocía por completo. Nunca había hecho antes periodismo de traje y corbata y corredores alfombrados, y descubrí que también en ese ámbito ocurren cosas relevantes que es importante que el público conozca, que hay muchos funcionarios capaces y esforzados que tratan de sacar adelante negociaciones complejas en las que, aunque no alcancen gran trascendencia, se juega mucho sobre nuestro futuro.

Merecería más espacio del que tengo aquí el repaso a la relación entre los diplomáticos y los periodistas. Cualquier colega que haya viajado un poco tiene un repertorio amplio de capítulos sobre sus contactos con embajadores y consejeros, sobre todo antes, cuando la logística era más compleja y el apoyo de las embajadas era más necesario en determinados países. Yo he encontrado de todo, como es natural. He conocido hombres habilidosos que obtenían rendimiento tangible para España y otros vagos y displicentes que consumían el tiempo a la espera de otro destino. Por lo general, debo confesar que hay más de los primeros. Tengo que agradecer la mucha ayuda que he recibido a lo largo de mi vida periodística de las embajadas de España, desde anticipos de dinero hasta contactos y protección. La lista de diplomáticos a los que debo gratitud es larga, pero voy a mencionar solo a cuatro: Jaime de Ojeda, a quien conocí en Washington, Fidel Sendagorta, en Cuba, José Luis Dicenta, en Perú, y, aunque no es diplomático sino militar, el coronel Carlos Guerrero, que actuaba como consejero, pero en realidad era el responsable del CNI en Centroamérica. Supongo que hoy ya no tendrá inconveniente en que desvele su función. Hago mención aparte del que fue embajador de España en Panamá a finales de los años ochenta, Tomás Lozano, gran amigo hasta su muerte, casi un padre en algunos momentos y un

verdadero protector en una ocasión de alto riesgo que relataré más adelante.

El mundo de la diplomacia, tan aproximado al del periodismo en muchos aspectos —también ellos mandan sus crónicas periódicas—, está plagado de personajes curiosos, como aquel embajador polaco en Madrid que me invitaba de vez en cuanto a comer en un restaurante con comida tradicional de su país en la calle Valladolid, donde descubrí el Żubrówka, el vodka que se elabora con la hierba de la que se alimentan los bisontes, y donde escuché de su boca una serie de relatos sorprendentes sobre la vida en Polonia, que este hombre narraba con tanto desapego hacia el gobierno y el comunismo, doctrina por la que yo entonces aún conservaba ciertas simpatías, y que me confesaba las miserias que arrastraba su familia y él mismo bajo aquel régimen. Ahora pienso que tal vez me estaba sugiriendo que le ayudara a desertar.

La cobertura habitual de la Conferencia sobre Seguridad y Cooperación Europea me dio la oportunidad de viajar en 1984 a su sesión de clausura en Estocolmo, mi primera misión en Europa. La cosa fue más bien aburrida, como era de esperar: un montón de ministros haciendo discursos retóricos sobre la paz. Valió la pena, sin embargo, el conocimiento de Estocolmo, especialmente hermoso en enero, una experiencia inolvidable que me hizo regresar varias veces a los países escandinavos, de los que me hice un verdadero entusiasta.

Pero aquel viaje permitió, sobre todo, una escena que ocupa un lugar prominente en mi mitología particular: la conferencia de prensa de Andrei Gromiko. Gromiko había sido el ministro de Asuntos Exteriores de la Unión Soviética desde el año que yo nací, 1957, y dejó de serlo un año después de esa rueda de prensa, en 1985. Es decir, que por los pelos alcancé a estar frente a él. Era una leyenda. El célebre Míster Nyet, el negociador de la crisis de los misiles, el autor de la política exterior de la URSS desde Jrushchov hasta Gorbachov, un diplomático de estilo prudente, de modales elegantes, un moderado, un dialogante, de acuerdo a los términos en los que se entendía el reparto de papeles en el Kremlin. Por suerte o porque me espabilé, no recuerdo bien, conseguí un asiento en la primera fila, y cuando Gromiko salió de detrás de una puerta lateral y se dirigió hacia el atril situado a cuatro o cinco metros de donde yo estaba sentado, creí desmayarme. Para mí, era como estar ante una estrella del rock o un ídolo deportivo. No podía creerme estar allí, frente a aquella figura que me parecía gigantesca, sobre aquellos zapatones negros y vestido con aquel distinguido traje gris de raya diplomática.

Parecía un sueño. Por supuesto, levanté la mano en busca de alguna pregunta, que por suerte no me concedieron, porque creo que habría sido incapaz de articular palabra. Cuando hoy le cuento a alguien esta anécdota, me mira con incredulidad y asombro. Nadie se acuerda ya de Gromiko, y es posible que ni siquiera lo merezca, pero para mí es un momento imborrable. Para cosas así había decidido ser periodista, para conocer a gente como Gromiko.

En una celda de Ankara

Aunque hoy no lo crean, Chipre fue décadas atrás centro prioritario de atención informativa como punto en el que confluía la tensión histórica entre Grecia y Turquía y, por extensión, entre Este y Oeste. En 1974 fue derrocado por un golpe el jefe del Estado de Chipre, el arzobispo Makarios, y Turquía aprovechó la crisis para invadir el norte de la isla, que retuvo desde entonces como su zona de influencia. En 1983, Turquía reconoció formalmente esa zona como un Estado independiente, denominado República Turca de Chipre del Norte, que sigue existiendo actualmente como una parte escindida de la República de Chipre, aunque sin más aceptación internacional que la del propio gobierno turco. Me tocó viajar a Chipre para cubrir ese asunto. El tema no resultaba muy relevante en España, pero me permitió conocer uno de los lugares míticos de la Guerra Fría y hacer contactos entre los medios oficiales turcos, que me facilitaron después una entrevista con el primer ministro Turgut Ozal.

Fue después de la entrevista con Ozal en Ankara, en un tiempo en el que la democracia en ese país era todavía incipiente y los militares seguían siendo un importante poder fáctico, cuando se produjo mi arresto y mi estancia de varias horas en prisión a la que hice referencia anteriormente. Yo había ido a cubrir en Ankara una manifestación pro democracia en la que participaban algunos diputados del partido Verde alemán. Como saben, los lazos entre Alemania y Turquía son muy estrechos debido a la presencia en el primero de una numerosa colonia de emigrantes turcos. Esa manifestación suponía un gran desafío para las autoridades, que desplegó a la policía y detuvo a muchos de los participantes, entre ellos a los parlamentarios alemanes, que fueron inmediatamente trasladados al aeropuerto para proceder a su expulsión del país, y a mí, a quien llevaron a una celda hasta decidir mi destino.

Por suerte —y esto es siempre un factor que conviene tener de cara en situaciones de cierto riesgo—, acudí al acto de protesta acompañado de dos colegas de la agencia francesa AFP, quienes presenciaron mi detención y enseguida lo publicaron y se movilizaron para lograr mi liberación. He olvidado sus nombres, pero los recuerdo con mucha gratitud porque tal vez me salvaron de pasar un mal rato en las manos de los agentes de seguridad turcos, a los que, por cierto, no les impresionó lo más mínimo que, en el interrogatorio al que me sometieron y en el que me amenazaron con una larga pena de prisión, les dijera que el día anterior había estado con el primer ministro de su país. Obviamente, no era él a quien obedecían aquellos agentes, sino a los militares.

Después de unas horas en una celda en la que llegué a sostener una charla con el otro ocupante, un palestino amable que ignoraba por qué estaba allí y me contaba su peripecia mientras lavaba y tendía su ropa interior, vinieron a buscarme sin darme explicaciones. Me metieron en un coche, emparedado entre dos tipos gigantescos en el asiento trasero y me hicieron sufrir un miedo espantoso con su silencio pertinaz a mi pregunta insistente sobre a dónde nos dirigíamos, hasta que comprobé que estábamos entrando en la pista de aterrizaje de un aeropuerto. En la escalerilla de un avión de Lufthansa me dejaron en manos de dos azafatas que a mí me parecieron dos ángeles venidos del cielo. Cuando entré en la cabina, los diputados del partido Verde, que habían sido trasladados a una dependencia del aeropuerto horas antes y que estaban informados de mi caso, iniciaron un aplauso que continuó el resto de los pasajeros. Les conté lo sucedido y les advertí que había sido expulsado sin equipaje, dinero ni pasaporte. Ellos mismos hicieron allí una colecta entre los viajeros hasta conseguir una cantidad suficiente para mis gastos más urgentes. Al aterrizar en Múnich, me esperaba el cónsul de España con un pasaporte fabricado de urgencia con el fin de permitirme la entrada en Alemania. Al volver a Madrid, mi familia me recibió con un ejemplar del *Herald Tribune* en el que se relataba la peripecia y se incluía mi nombre. Imagínense, mi nombre en el *Herald Tribune*.

Una huelga en la BBC

En 1985 me tocó viajar a un lugar mucho más tranquilo, Londres, para informar de un asunto muy diferente: una histórica huelga de la

BBC, que traigo a estas páginas por la vigencia que el tema de fondo conserva. El asunto adquirió una gran repercusión, tanto por la dimensión del conflicto como por la razón que esgrimieron los empleados de la prestigiosa radio y televisión pública británica. Ninguno de sus canales ofreció noticias el 6 de agosto. El servicio exterior, que se emitía en 37 idiomas para más de 100 millones de oyentes en todo el mundo, fue suspendido por primera vez en cincuenta y tres años. El motivo de la protesta fue la prohibición por parte del gobierno, entonces presidido por Margaret Thatcher, de que fueran entrevistados en la BBC dirigentes o portavoces del Sinn Fein, el brazo político del IRA, entonces en guerra con el Reino Unido. Acababa de ocurrir la grave crisis de las huelgas de hambre, cuando diez presos del IRA, el más famoso de ellos Bobby Sands, se dejaron morir en las cárceles británicas, y un año antes el IRA había puesto una bomba en un hotel de Brighton en el que se alojaba la propia Thatcher y había matado a cinco personas. En ese clima político, la primera ministra y el Consejo de gobernadores de la BBC consideraron inaceptable la aparición de Martin McGuinness, miembro de Sinn Fein y antiguo integrante del IRA, en un programa de una de las cadenas de televisión. Los periodistas interpretaron esa decisión como un acto de censura.

El debate sigue siendo de actualidad: ¿deben los medios de comunicación, especialmente los públicos, dar voz a terroristas, antiguos terroristas o defensores de la violencia como arma política? Yo, por lo general, considero que las restricciones en los medios deben de ser las mínimas, pero no me parece que se pueda responder a esa pregunta contundentemente sin considerar las circunstancias precisas de cada caso. En aquella huelga de la BBC, creo que los periodistas tenían razón. En primer lugar, el Reino Unido es una democracia muy madura, una de las más antiguas y mejor gestionadas del mundo. Es un país que cuenta con una opinión pública adulta y educada que sabe distinguir la información de la propaganda. Al menos, eso creíamos antes del Brexit. Además, McGuinness tenía un cargo en la asamblea de Irlanda del Norte y, aunque entonces la línea divisoria entre el Sinn Fein y el IRA no estaba del todo clara, ya se estaba vislumbrando un esfuerzo por parte del ala política de poner fin a la violencia. McGuinness había sido un terrorista, probablemente con las manos manchadas de sangre, pero en aquel momento podía ser un aliado para acabar con la violencia. Quizá su pasado lo inhabilitaba para ejercer como político en una democracia, pero su papel en el presente lo convertía en un indiscutible objeto de interés para los medios de

comunicación.

Con ese mismo argumento defendí siempre en *El País* la posibilidad de entrevistar a Arnaldo Otegi, sometido, por supuesto, al examen exigente y riguroso de un profesional de talla, como seguramente le hubiera ocurrido a McGuinness en la BBC. Como ciudadano, no creo que dé nunca mi voto a un partido que pacte con Otegi o trate de alguna manera de blanquear su historial. Como periodista, mientras tenga algo relevante que decir, no lo excluiría de las páginas de un periódico ni de un plató de televisión.

Tengo la impresión de que en el periodismo actual se ha retrocedido en este aspecto. Creo que hoy es mayor la presión social para impedir el acceso a los medios de determinadas voces —unas veces radicales, otras, no tanto— por distintas razones. La profesión también es más vulnerable a esa presión. Los lectores se escandalizan con mucha más facilidad y se reclaman restricciones de la libertad de expresión con mucha más ligereza. En España y el resto de Europa hemos conocido algunos casos, pero han sido mucho más abundantes en Estados Unidos. En casi todos ellos, se ha actuado de forma negligente o se ha ejercido la censura de forma inapropiada. Me atrevería a decir que ninguno de ellos se hubiera producido en la época de la huelga de la BBC a la que me he referido.

Hasta hace poco era más frecuente que quien pusiera el grito en el cielo fueran los sectores más conservadores, alarmados por supuestas ofensas a los valores religiosos, familiares o tradicionales. Pero, en los últimos años se ha sumado también una parte de la izquierda a esa fiebre censora contra artículos que consideran ofensivos por defender puntos de vista machistas, racistas o contrarios a sus principales causas. En ocasiones, esas opiniones perseguidas ni siquiera son ofensivas, sino que simplemente plantean críticas a los argumentos habituales del feminismo, el antirracismo o el ecologismo. Pero, aun así, asistimos con frecuencia a campañas de la izquierda para eliminar esas críticas de los medios de comunicación.

No es posible analizar aquí cada uno de esos casos, pero sí es conveniente alertar de un fenómeno que está debilitando el periodismo y minando su prestigio. En mi opinión, los periodistas debemos priorizar la libertad de expresión y la libertad de prensa sobre cualquier otra norma o principio. Las libertades de expresión y de prensa no pertenecen, por supuesto, a los periodistas, sino a los ciudadanos, pero, puesto que somos nosotros, los periodistas, quienes las administramos a diario, estamos obligados a defenderlas como el instrumento imprescindible que son en una democracia. Nuestra

misión fundamental es la de suministrar información al público; eso está por encima de cualquier otra cosa. De modo que, salvo los límites que marcan las leyes y el sentido común, el periodista siempre debe optar por aceptar la difusión de las voces más discordantes con el sistema de valores vigente en cada momento, también porque esas voces son en ocasiones las que nos permiten poner al día ese sistema de valores y despertarnos de nuestra pereza intelectual y moral.

En este sentido, resulta tremendamente perjudicial para el trabajo de los periodistas y la calidad de nuestra democracia el movimiento *woke*, nacido en las universidades de Estados Unidos, pero muy extendido entre los medios de comunicación norteamericanos —donde ya ha habido varias víctimas de su fanatismo— y también en España y en Europa. La noción de que existen causas, algunas muy nobles, como la lucha contra el racismo o el respeto a los derechos de las personas transexuales, cuya defensa exige en ocasiones sacrificar la libertad de expresión es extremadamente peligrosa. Un periodista no es un activista. Tal vez, es lo contrario de un activista. Su misión no es acabar con el racismo ni proteger a los desfavorecidos, por insistir en ejemplos sobre cuya legitimidad existiría un consenso general. Su misión es reflejar la gravedad y la complejidad de esos problemas, lo que en ocasiones exige recoger los puntos de vista de quienes nos parecen racistas o machistas. Y hacerlo de manera honesta y respetuosa, no de manera artera para cubrir la apariencia de imparcialidad.

Aquella experiencia en la BBC resultó de gran utilidad; todavía lo es. Todo en *El País* era apasionante en aquel tiempo. Viajar lo era, por supuesto. Pero también el horario nocturno, incluidas las cenas con los compañeros en la cafetería, me parecía apetecible. Hacer trabajo de mesa significaba elaborar noticias con el material que suministraban las agencias. Era entretenido, había que seleccionar bien y no cometer errores. Y había que poner atención a la traducción, reparar en que *turkey* significa pavo y no turco, para que, como ha ocurrido alguna vez, no se publique la muerte de millones de turcos en Estados Unidos el día de Acción de Gracias.

Eran entretenidas las charlas en la redacción, que entonces llevaba un ritmo mucho más tranquilo: un redactor elaboraba una, dos noticias al día como máximo, menos si estaba trabajando en una historia propia. Era divertido observar a Jesús Estévez distribuyendo los cables de agencias de noticias entre las distintas carpetas regionales —Asia, América Latina, Oriente Medio…—, cada una de diferente color, sin despegar la vista de la televisión durante las más

memorables etapas del Tour de Francia. Entonces no existía la capacidad de acceder a las agencias desde el ordenador personal, que servía solo para editar e intercambiar mensajes dentro de la red interna.

Los cables llegaban a una sala en la que estaban instalados todos los teletipos, y allí, unos empleados dedicados exclusivamente a ello, los separaban por secciones y los repartían cada hora, aproximadamente, o de forma inmediata si el cable estaba precedido de la palabra «urgente». Si era el redactor quien tenía premura por conocer algún acontecimiento nuevo, se acercaba a esa sala y le preguntaba a quien estuviera al frente: «¿Ha llegado algo nuevo de la India?». Era emocionante seguir a los compañeros que hacían trabajo de mayor impacto que el mío, que cubrían el Congreso o los partidos políticos, escuchar a firmas célebres de *El País* de entonces, como Martín Prieto, quien nos relataba sus batallas en Buenos Aires, donde era corresponsal, y nos hacía reír con su brillantez, como en esa ocasión en la que le preguntamos qué tal le iba por Argentina y nos contestó: «Muy bien, lo peor es la barrera del idioma».

Era un lujo estar en *El País* en Madrid a mediados de los ochenta, pero no era allí donde yo quería quedarme para siempre. Yo quería ser corresponsal y, aunque hubiera ido a cualquier sitio, mi destino predilecto era América Latina. Así se lo dije a Cebrián la única vez que me reuní con él en su despacho de la tercera planta. Me llamó él, según me explicó, en el marco de una serie de entrevistas que estaba manteniendo con los redactores para conocer sus preocupaciones e inquietudes. Iba llamando por orden alfabético, de modo que yo fui de los primeros convocados. Creo que no pasó de la L. El despacho de Cebrián no tenía más iluminación que la pequeña lámpara de mesa que alumbraba su escritorio. Resultaba enorme, oscuro y algo intimidante. Más aún cuando, de entrada y seguramente para darme la impresión de que seguía de cerca el trabajo de cada uno, me recordó un error reciente que yo había cometido en una noticia confundiendo el nombre del ministro de Defensa de la Unión Soviética. Me preguntó sobre mi relación con Delkáder, a lo que contesté que buena, sin entrar en detalles. Le hablé muy bien de Mariló y le transmití la satisfacción que sinceramente sentía con mi trabajo. Y le dije que quería ser corresponsal. «Tomo nota», me contestó.

Tuvieron que pasar todavía algunos años hasta que en 1987 me propusiera sustituir a José Comas como corresponsal en México.

La aristocracia del periodismo

La llegada a México estuvo a la altura de las expectativas. Desde el taxi que tomé en el aeropuerto —el primero disponible, entonces no existía el problema de seguridad que obligó después a tener cuidado con el transporte que se elige— hice mis primeros descubrimientos de una ciudad colosal y abrumadora de la que todavía no sabía que formaría para siempre parte de mi vida. Desde el coche tragué el primer aire irrespirable, tan cargado de humo y residuos tóxicos que casi se podía masticar, detecté por primera vez el olor a alquitrán y maíz, observé la hilera de talleres desvencijados habitados por tipos malencarados con mugrientas camisetas y gorras de publicidad americana, sonreí con la lectura de los carteles que amenazaban con «ponchar llantas» a quien osase aparcar en la puerta, percibí la escasez de luz en las calles, el atronador ruido de los cláxons, el movimiento constante de personas de todas las edades, el ajetreo desordenado de coches, carros y camionetas; todo el mundo trasladaba con prisas cosas aparentemente absurdas: neumáticos, bidones, cajas de todo formato y material. El camino desde el aeropuerto era un enjambre desordenado que conducía hacia una ciudad inclasificable, que no es América ni Europa ni Estados Unidos, y que es todo a la vez, y hasta un poco de Asia, si se mira bien; una ciudad única, terrible, brutal, imprevisible, que se odia y ama por turnos, que a mí me deslumbró en ese instante, que odié después y de la que me enamoré más tarde y ya para siempre.

Me llamó la atención en el recorrido hasta la casa de Pepe Comas un cartel publicitario situado en la confluencia de dos autopistas que cruzaban el camino en forma de scalextric. El letrero anunciaba una marca de cerveza que prometía ser «de barril, pero en botella», y recordé haber leído antes una historia de alguien que, sorprendido por ese mismo cartel, preguntó al taxista cómo podía ser tal cosa, cómo era posible que una cerveza fuese al mismo tiempo de barril y embotellada, algo aparentemente contradictorio. El chófer le respondió, con uno de los mejores mexicanismos que he oído nunca: «Es lo mismo, no más que diferente».

Bienvenido a México. Bienvenido a una nueva vida, pensé, con tanto temor como resolución. Aquello no se presentaba como una tarea fácil. Apenas había pasado unas horas en esa ciudad y ya se me asomaba España en mi recuerdo como un relajante spa. No había que ser adivino para intuir que había cambiado una vida plácida, rodeado de familia y de amigos en una ciudad amable, por otra incierta y

agitada en un país que no era un país sino un polvorín. Pero daba igual, ya no había marcha atrás.

La casa de Comas, que él había pensado dejarme tras su salida, confirmó los peores augurios. Pepe tenía muchas virtudes, pero en aquella época estaba plenamente dedicado a su trabajo y no parecía muy preocupado por la comodidad y calidez de su hogar. Lo recordaba con admiración por su trabajo unos años antes en Polonia, donde cubrió el surgimiento del sindicato Solidaridad y la huelga liderada por Lech Walesa en los astilleros de Gdansk, verdadero origen de la disolución del bloque comunista. Me ayudó mucho en México. Me presentó a todo el mundo que conocía, me pasó teléfonos y contactos, me alertó sobre las personas con las que me iba a cruzar. Pepe tenía mal carácter, pero un gran corazón, y solo puedo recordarlo con agradecimiento por la forma en que me recibió. Decliné, sin embargo, su casa y opté por la oferta que me hizo el corresponsal de *La Vanguardia*, Joaquín Ibarz, un personaje que merece un libro íntegramente dedicado a él. Por mediación de Ibarz caí en un ático de la calle Lope de Vega, entre Ejército Nacional y Homero, espacioso, luminoso, bonito. Llegué apenas sin equipaje y, por supuesto, sin muebles. Solo traía unas fotos de mi hijo Pablo. Lo compré todo allí. Empezaba de cero. Una nueva vida. Empezaba una vida como corresponsal.

Muchos colegas coincidirán en que no hay dedicación más hermosa en el periodismo que la de corresponsal. Parte de la épica del oficio está relacionada con esa labor. Alfred Hitchcock lo percibió cuando tituló *Foreign Correspondent* una de sus películas. Como afirma Lluís Foix, que fue corresponsal en Londres y Washington antes de ser director de *La Vanguardia*, «el corresponsal fue el aristócrata del periodismo desde la guerra de Crimea en 1853 hasta la llegada de las tecnologías digitales». «El corresponsal», cuenta Lluís, «actuaba con plena autonomía. Tenía un sueldo respetable y vivía en un barrio distinguido de la ciudad desde donde informaba. No anticipaba a sus jefes de qué escribiría, sino que, al caer el día, se acercaba a la oficina, al lado de una agencia internacional de prensa, hablaba con colegas, tomaba una copa en el pub acostumbrado y después escribía la crónica, que se publicaba casi siempre intacta». Algunos de los periodistas más célebres han sido corresponsales, como muchos de los directores de los principales periódicos del mundo. En una corresponsalía se adquiere el conocimiento y la *auctoritas* que ayudan a dirigir un periódico.

Un enviado especial llega a un lugar y a las pocas horas está

obligado a improvisar una primera crónica. Si es bueno, hará un retrato equilibrado sobre lo que ve y lo que le llama la atención; ayudado por sus conocimientos y su archivo, puede llegar a alguna conjetura sobre la crisis que tiene por delante. Si es malo, describirá un paisaje que no ha visto, añadirá una tensión que no ha encontrado y especulará con situaciones que desconoce. El corresponsal, en cambio, dispone de tiempo y posibilidades de conocer un país con mucha mayor profundidad. Si es malo tampoco lo hará. He conocido algunos que seguían comiendo al horario español y escuchando la radio española a 10.000 kilómetros de distancia. Pero si es bueno, un corresponsal tiene ocasión de conocer la vida de la sociedad sobre la que va a escribir y eso aporta un valor impagable al trabajo de un periodista.

Un corresponsal puede establecer lazos estrechos con sus fuentes, lo que le va a permitir valorar mejor su calidad y acceder a informaciones que muchas veces ni siquiera son asequibles para los periodistas locales. Esta es otra de las enormes ventajas de un corresponsal, el conocimiento de los medios del país en el que vive y de quienes los elaboran. El criterio de los periodistas locales es imprescindible para interpretar ciertos acontecimientos cuya apariencia pueda ser confusa, para conocer la trayectoria de determinados personajes de actualidad, para distinguir lo relevante de lo accesorio y para alertar sobre las minas escondidas a veces detrás de una noticia. Los corresponsales extranjeros en un país de inferior rango económico solemos pecar de arrogancia. Es frecuente despreciar la prensa local, a la que presuponemos entregada al gobierno, y exagerar el rigor y objetividad que nosotros aportamos. Muchas veces, sin embargo, somos blanco fácil de la manipulación de algún político local que sabe utilizar a su favor esa arrogancia y ese candor, nuestro segundo pecado más común.

Carlos Salinas de Gortari

Estar alerta ante esas manipulaciones y desempeñar el cargo con humildad y astucia es particularmente recomendable en México, un país aparentemente asequible y similar a España, pero en realidad complejo y difícil de penetrar. Yo llegué en el último año de la presidencia de Miguel de la Madrid. El debate diario era sobre el dedazo, sobre quién recaería la designación como sucesor. México era

entonces la famosa «dictadura perfecta» de Vargas Llosa; se hacían elecciones cada seis años, pero siempre ganaba el mismo: el Partido Revolucionario Institucional (PRI). La denominación como candidato del PRI equivalía, por tanto, al nombramiento como presidente. Aunque en ese tiempo los acontecimientos políticos de México se veían constantemente oscurecidos por la situación en Centroamérica, a la que los corresponsales dedicábamos más tiempo, el dedazo de ese año resultó de especial interés porque recayó en un hombre que se anunciaba como un gran reformista y que, pese a que su mandato concluyó en medio del escándalo, marcó a la postre el final del régimen priista y el comienzo de la democracia, no perfecta, porque ninguna lo es, pero sí equiparable a otras democracias occidentales: Carlos Salinas de Gortari.

Para poder entender lo que Salinas significaba y acceder a él, era preciso conocer antes al PRI y a la gente que lo dirigía, ardua tarea que exigía, entre muchas otras cosas, comidas que empezaban a las tres y media de la tarde y acababan a las diez de la noche, así como desayunos que empezaban a las ocho y acababan al medio día. Me ayudó a navegar por el PRI mi amiga Adriana Gómez, que llegó a las cinco de la tarde al almuerzo en que la conocí y que ella había fijado para las tres en punto. Con ese gesto, Adriana, que era la encargada de la prensa extranjera en la campaña de Salinas, trató de advertirme sobre las prácticas a las que tendría que habituarme a partir de aquel momento. Conocí a Otto Granados, que después fue ministro, gobernador y embajador, un hombre muy capaz que sabía proteger como nadie el espacio y el nombre de Salinas con ese hermetismo tan profesional y tan mexicano. Conocí brevemente a Colosio, de quien desde el primer día se habló como posible presidente. Conocí a otros muchos priistas, Jorge Medina y otros cuyos nombres no recuerdo que fueron introduciéndome poco a poco en las redes del partido, instruyéndome en el lenguaje correcto para no despertar suspicacias, enseñando a identificar el terreno peligroso, que era extenso, y a distinguir entre los coches que llevaba detrás aquellos que pertenecían a la temida policía judicial. Conocí a personajes relevantes que, sin ser formalmente del PRI, resultaban esenciales para entender la naturaleza del sistema político y la manera de moverse en él. Destaco a Jacobo Zabludovsky, quien durante décadas fue el hombre más importante de Televisa y por veintisiete años el conductor de su noticiero de la noche. Solía reunirme con él, a veces junto a otros periodistas españoles, en el restaurante El Cid del centro de la Ciudad de México, cuya especialidad culinaria se desprende de su nombre.

Zabludovsky era una leyenda del periodismo mexicano, un hombre listo y poderoso, con excelentes contactos que en ocasiones puso a mi disposición, y que me contaba algunas interioridades del gobierno, por supuesto una décima parte de lo que sabía. Y conocí a Salinas; no sé si bien, pero mucho.

Comencé a tratar con Carlos Salinas poco después de ser oficialmente denominado candidato del PRI. Para él era fundamental ofrecer una imagen de cambio en el exterior, presentarse ante el mundo como un presidente diferente a los anteriores, como un hombre que venía a realizar una reforma profunda en la política mexicana y a romper con un pasado de autoritarismo y corrupción. Y lo consiguió. Fue varias veces portada en las principales revistas de Estados Unidos, donde los medios más prestigiosos elogiaron la novedad que suponía la llegada de Salinas a la presidencia de México. También a mí consiguió convencerme de que era un hombre con sincera voluntad de modernizar su país y combatir los abusos que proliferaban en todos los niveles de la sociedad mexicana. Escribí, por lo general, de forma esperanzadora sobre Salinas y confieso mi sorpresa cuando su presidencia se tornó en un fiasco que acabó reproduciendo o multiplicando los vicios y lacras de los años anteriores del régimen priista. En mi descargo he de decir que también convenció a Gabriel García Márquez, que vivía en México en aquella época y estableció una buena conexión con Salinas, al menos públicamente, así como a una buena parte de la izquierda mexicana, que vio en él una alternativa para la evolución de un modelo político con el que no discrepaba del todo —el PRI siempre se ha presentado formalmente como un partido progresista y se jactaba de mantener muy buenas relaciones con Cuba y con partidos de la izquierda latinoamericana—, pero en el que era imposible negar sus grandes lagunas democráticas.

Salinas pertenecía a la especie de políticos seductores. Sabía crear con su interlocutor ese clima de complicidad que le permitía establecer una conexión en apariencia más estrecha y duradera. Hábil, inteligente, intuitivo, explotaba la vanidad inherente a cualquier ser humano y utilizaba el casi ilimitado poder de un presidente del México de entonces para atraer a su red a todo aquel que pudiera resultarle de utilidad. Cuando Salinas quería verte, toda la potencia del Estado mexicano se ponía a tu disposición para que pudieras acudir lo antes posible a la llamada: funcionarios del Estado Mayor presidencial te buscaban en casa, te conducían entre motoristas al hangar presidencial del aeropuerto Benito Juárez, te subían al avión

presidencial, donde hermosas azafatas te servían el menú presidencial y te atendían con bebidas y lecturas hasta el momento en que el presidente te reclamase en la cabina presidencial. Después, como siempre, el trato era cercano y respetuoso.

Salinas siempre me trató de usted, como yo a él, por supuesto, pero eso no era traba para la cordialidad y la apariencia de intimidad. Me contaba cosas supuestamente delicadas y reservadas con la petición de que no fueran publicadas, seguramente consciente de que no hay mejor forma de ganarse a un periodista. Y, en ocasiones, hasta fingía tener interés en mis propias opiniones sobre la situación política o las comidillas que circulaban entre los corresponsales extranjeros. Recuerdo que, unos días antes de un viaje que debía hacer a España, me convocó para consultarme sobre el momento político que vivía mi país y, particularmente, sobre cómo debía él abordar el asunto de ETA para no despertar reacciones adversas entre los españoles. En aquel momento, México era lugar de refugio de algunos etarras perseguidos y, aunque la línea oficial del gobierno mexicano era de clara condena del terrorismo, se cuidaban las formas a la hora de utilizar esa palabra y, en general, en todo lo referente a la actividad de ETA. Recuerdo que le dije que en España se agradecería llamar a las cosas por su nombre y calificar de terroristas a quienes lo eran. Pero imagino que Salinas ya sabía de sobra lo que iba a hacer y que esa conversación no tenía más propósito que el de conseguir que mi crónica sobre su visita resaltara, como creo que hice, las cualidades reformistas del nuevo presidente mexicano.

En algunas circunstancias, Salinas descargaba la labor de seducción en uno de sus más brillantes y astutos asesores, José Córdoba, que fungía como el Rasputín de su gobierno. Córdoba siempre parecía esconder secretos extraordinarios y manejar operaciones políticas sorprendentes. Era un ejemplo del tipo de personajes que suelen fascinar a los periodistas. En parte porque a veces proveen información valiosa que facilita el trabajo. En parte también porque satisfacen el deseo incontenible de un periodista de sentirse en el epicentro de la toma de decisión, dicho de forma castiza, de sentirse en la pomada.

No todo en Salinas fue una farsa. Se deshizo de uno de los personajes más corruptos y peligrosos del país, Joaquín Hernández Galicia, *La Quina*, el líder del sindicato petrolero, modernizó estructuras económicas anquilosadas, lo que permitió un ciclo de prosperidad y crecimiento, abrió México al mundo con una política exterior más dinámica e inauguró un periodo de mayor libertad

política. También hay que anotar en su haber la elección como sucesor de un hombre honrado, Ernesto Zedillo, a quien le tocó lidiar con una terrible crisis económica que le impidió el reconocimiento como el gran presidente que pudo ser. Pero la segunda parte del mandato de Salinas, durante la que yo ya no era corresponsal en México, sacó a la luz la criminalidad que escondía su gobierno y toda la podredumbre tapada durante años. Tras abandonar la residencia presidencial de Los Pinos, optó por un exilio voluntario en Irlanda. Hablé con él por teléfono un par de veces cuando vivía en ese país y volvimos a encontrarnos una vez en el aeropuerto de Barajas, donde me citó durante una escala suya para regalarme su libro de memorias. Imagino que esa súbita muestra de afecto tenía que ver con el hecho de que yo era entonces director de *El País*, pero igual me gustó hablar con él y lo recuerdo sin resentimiento porque el tiempo lima aristas y, después de todo, él siempre estuvo en su papel y yo en el mío.

Hubiéramos todos intuido antes la deriva final de la presidencia de Salinas si hubiéramos concedido más importancia a la forma en que resultó elegido, en esa esperpéntica noche en la que se cayeron las computadoras y resucitaron horas después para conceder la victoria predestinada al candidato del PRI, frente a dos políticos corajudos como Cuautemoc Cárdenas y, sobre todo, Manuel Clouthier, el líder del PAN, que murió un par de años después en un misterioso accidente de tráfico. Fue Ibarz, el corresponsal de *La Vanguardia*, quien me hizo reparar en los méritos de Clouthier, y es justo reconocer que Ibarz fue uno de los contados periodistas que no cayó en el deslumbramiento por Salinas y que siempre sospechó de sus verdaderas intenciones. Ibarz era el más veterano en México entre los corresponsales españoles y, sin duda, quien mejor conocía el país porque era también quien lo vivía más de cerca.

Hacer amigos

No era fácil vivir México por dentro. El México de la farra nocturna interrumpida a balazos, el México de las calles abarrotadas de desesperación, el México del fingimiento y la traición, el México intrigante de las ciudades y el México bronco del campo. No era fácil sumergirse en México evitando a ese país áspero que se esconde en él. Existía la tentación de esquivarlo —como esquivaba yo por las noches los coches de policía por miedo a ser atracado— y protegerse en el

confort de Las Lomas, de los modernos restaurantes de Masarick y las coloridas plazas de Coyoacán y San Ángel. Pero la primera obligación de un corresponsal es tratar de acercarse al alma del país en el que vive porque las noticias que ese país produce no son simples fogonazos para llamar la atención, sino señales de alerta sobre su estado emocional más profundo.

En mi viaje de llegada a México aproveché para leer *El laberinto de la soledad*, de Octavio Paz. Me lo habían recomendado como guía imprescindible para dar los primeros pasos en ese país, y efectivamente lo es; su descripción del carácter mexicano, su fatalismo y resignación, con el contexto histórico que lo explican, resulta una gran ayuda para adentrarse en un país difícil. A eso añadí después por mi cuenta numerosas visitas al Museo de Antropología de la Ciudad de México, donde, si no está el alma del país, flota por allí algo que se le parece. Entrevisté en alguna ocasión a Paz y lo visité un par de veces en su domicilio de la avenida de la Reforma. ¿Qué puedo decir? Que babeaba escuchándole. Conservo como oro en paño un texto manuscrito suyo en el que me transmitía algunas correcciones para un artículo que había enviado a *El País*.

Vivir un país supone también hacer amigos en él. Yo hice en México algunos que he mencionado y otros que he olvidado por el paso del tiempo y por la aparición de otros países a los que conocer y querer también. Mantuve buena relación con quienes entonces eran mis principales competidores, los corresponsales de *Diario 16* y *Cambio 16*, primero Ander Landaburu y, después, Román Orozco, ambos periodistas rocosos, solventes, como los de antes. Nos juntábamos con frecuencia, acompañados también por Manolo Alcalá, de quien ya hablé antes y de otros colegas. Con frecuencia, el punto de encuentro era la Agencia Efe, a cuyo frente estaba en aquel momento Paco Osaba, siempre tan cariñoso y divertido. Aunque nos disputábamos las exclusivas, colaborábamos para hacernos el trabajo y la vida más fácil.

Uno de los amigos que hice en México fue John Carlin, que entonces era el corresponsal en esa ciudad de *The Independent* de Londres. Llegué a él por medio de otro compañero británico, David Gardner, del *Financial Times*, probablemente el mejor periodista que había en ese momento en México. Durante años he seguido sus artículos y lo he recordado con cariño. Mientras escribía este libro leí una nota sobre su muerte repentina en la habitación de un hotel en un país del Golfo árabe.

Con Carlin la historia es diferente. Llegué a ser íntimo amigo de Carlin, amigos de los que comparten circunstancias relevantes de su

pasado y de su vida personal. Viajábamos muchas veces juntos y estábamos unidos por múltiples inquietudes, propósitos y aficiones, entre otros el periodismo, la política y el fútbol. Por eso es triste tener que recordarlo ahora como alguien que se puso en mi contra en un momento complicado de mi trayectoria profesional. Prefiero pensar que ese último Carlin no es el mismo que yo conocí. Prefiero pensar que un extraño virus contraído en la complicada Barcelona del año 2015 acabó con el periodista riguroso y el hombre sensato y ecuánime que yo conocí. Después de México, nos volvimos a encontrar en Washington, donde la complicidad personal se prolongó y reforzó. Aunque de ahí, él puso rumbo a Suráfrica para completar una brillante corresponsalía que lo convirtió en uno de los grandes expertos en Mandela y yo pasé un tiempo en Madrid, mantuvimos después contacto de manera frecuente.

John es hijo de escocés y española, y cada vez que pasaba por Madrid para visitar a su madre, nos encontrábamos y poníamos al día. Él siempre quiso vivir algún día en España y yo siempre desee que trabajara en algún momento para *El País*. Le hablé de ello varias veces a Jesús Ceberio, que se sentía tentado por la idea, pero tenía que encontrar la forma y la ocasión de hacerlo porque Carlin representaba un fichaje de un coste muy superior al habitual de un periodista español. Finalmente, lo conseguí y John dejó *The Independent* para convertirse en un corresponsal de *El País* para todo el mundo, una posición excepcional y privilegiada. Se le permitió viajar a cualquier punto del planeta que considerara apropiado y escoger su lugar de residencia. Decidió hacerlo en Sitges. Escribió al comienzo algunos reportajes formidables, que solía discutir conmigo.

Su estrella, sin embargo, se fue apagando con los años, entre otras razones porque, una vez que yo me fui de Madrid, no quedó nadie en la redacción capaz de tratar a Carlin con la sutileza que era preciso. Poco a poco se fue quedando aislado hasta que casi desapareció su firma. Cuando asumí la dirección en 2014, uno de mis propósitos fue devolver a Carlin al primer plano, y así se lo comuniqué. Pero lo que yo no sabía entonces es que llevaba ya muchos años en Barcelona y algunas cosas habían cambiado. Ya no era del Real Madrid, como en años anteriores, cuando llegó a establecer una estrecha relación personal con Florentino Pérez, sino del Barça. Y, hablando más en serio, había incorporado plenamente la tesis sobre el estado opresor español que ahogaba las ansias de libertad del pueblo catalán.

Ese giro me sorprendió al principio, entre otras cosas porque le había pedido escribir sobre otro tema de actualidad en aquel tiempo

—el referéndum de independencia de Escocia— y lo había visto pronunciarse claramente en contra de la independencia. Pero el caso es que el tono de sus artículos sobre el conflicto en Cataluña fue subiendo y haciéndose más insultante a medida que crecía también el volumen de la crisis catalana, hasta que llegó el momento en que envió uno que me pareció inaceptable y que decidí no publicar. La verdad es que lo hice pensando que, aunque le molestase, eso no pasaría de ser un pequeño encontronazo que en absoluto pondría en riesgo tantos años de amistad. Pero no fue así. Lo entendió como una censura intolerable y se pasó del todo al campo de quienes entonces en Cataluña me insultaban y desacreditaban mi gestión en *El País* por la contundencia de su línea editorial contra el independentismo. Sin mediar siquiera una conversación, al poco tiempo dejó *El País* y fichó por *La Vanguardia*, donde creo que sigue. Es un episodio amargo que me duele recordar aquí, pero creo necesario hacerlo porque la salida de Carlin de *El País* fue aprovechada por algunos adversarios en su campaña en contra del periódico y del trabajo que yo desempeñaba.

En contraste con estos últimos hechos a los que aludo, la etapa en México fue una época dorada. Quizá porque todos éramos jóvenes y despreocupados, nuestra vida fluía con entusiasmo en medio de los desastres que nos tocaba presenciar, y el periodismo hacía que esa vida valiera la pena. Éramos imparables, trabajábamos sin descanso porque teníamos mil historias que contar y millones de lectores que nos esperaban. Éramos corresponsales, la envidia de los compañeros, la cúspide del oficio, el título más hermoso que un periodista puede recibir. Y con esa energía y ese salvoconducto viajábamos por Centroamérica de guerra en guerra tan ligeros de equipaje como de sentido común.

V
LOS *SANDALISTAS* Y EL GENERAL

«Ay Nicaragua, Nicaragüita,
la flor más linda de mi querer
abonada con la bendita, Nicaragüita,
sangre de Diriangen».

Nicaragua. Ningún otro sitio como Nicaragua. Estar un día cualquiera de finales de los años ochenta en el bar del hotel Intercontinental de Managua tomando un ron con zumo de naranja era estar en el centro del mundo. Sin moverte de allí, podías asistir a un desfile de comandantes guerrilleros, milicianos y mercenarios, agentes secretos de medio mundo —de forma preferente, cubanos y norteamericanos, los más noveleros, los más codiciados—, religiosos, pacifistas, contratistas de toda índole, diplomáticos, voluntarios para cada faceta humanitaria y, por supuesto, periodistas, muchos periodistas. Los mismos que encontrabas allí durante el día, los volvías a ver por la noche en el restaurante Los Ranchos para seguir la eterna conversación: la guerra, la revolución, el imperialismo, la crónica de ayer… A Los Ranchos había que acudir, literalmente, con una bolsa cargada de dinero, no porque la cuenta fuese desproporcionada, sino porque la inflación había elevado el coste de un filete a varios millones de córdobas y el billete más alto, creo recordar, era de 1.000 córdobas. De modo que hacían falta muchos fajos para pagar la cuenta. También se hablaba allí de eso, del cambio de moneda y dónde encontrar el mejor lugar para hacerlo fuera del mercado oficial. Pero se hablaba sobre todo de cosas supuestamente más elevadas: de la moral del pueblo, de los errores del sandinismo, de los planes de la CIA, del mensaje subrepticio en el último discurso de Fidel Castro. Creíamos tener el mundo en la cabeza y lo exponíamos ante amigos y enemigos con determinación y sin un resquicio de duda.

El sandinismo había entrado en la historia y en nuestras vidas como una llamarada de esperanza. Los que no habíamos conocido Sierra Maestra, acogimos a aquellos muchachos de pañuelo rojinegro y a sus valientes compañeras como ídolos de nuestro tiempo. La imaginería guerrillera siempre ha sido muy atractiva, y aquella guerrilla que surgió de las montañas de Nicaragua para derrocar a un villano de la categoría de Somoza, aliado, además de Estados Unidos, cumplía todos los requisitos para merecer nuestra admiración.

El acceso a las fuentes en Nicaragua para un periodista de *El País* no era difícil, y conseguí pronto tratar en su ambiente natural a varios de los nueve comandantes que dirigían el país. Pude ver a Bayardo Arce a altas horas de la noche rodeado de mujeres en una fiesta en la casa de un amigo común. Visité varias veces en su despacho a quien se suponía el más duro y comunista de todos ellos, un poeta también, Tomás Borge, que mandó rotular en la puerta del Ministerio del Interior, que él dirigía, el texto: «Centinela de la Alegría del Pueblo». Aunque era el más retraído y discreto de todos, también llegué a conocer al comandante Humberto Ortega, hermano de Daniel Ortega, jefe del ejército en el que acabó convertido la guerrilla sandinista y considerado como el hombre fuerte del régimen en aquel momento. Los comandantes tenían establecido un sistema interno de equilibrio de poder para impedir que ninguno acabara imponiéndose a los demás, y dejaron el poder testimonial de la presidencia a Daniel Ortega, a quien consideraban el más incompetente y, por tanto, el menos peligroso.

Luego las cosas fueron evolucionando hasta el punto en que están hoy, pero en la segunda mitad de los años ochenta Nicaragua dejó de ser una dictadura personal para convertirse en un régimen militar autoritario cuya única justificación podría ser el hecho de que estaba siendo objeto de una agresión organizada por Estados Unidos e instrumentalizada a través de lo que se llamó la Contra, abreviación de Contrarrevolución. Desde luego, yo entonces no escribía estas cosas, que hubieran sido sorprendentes para el lector español y, tal vez, inaceptables en *El País*. Pero, la verdad es que, sin escribirlas, lo que iba viendo en Nicaragua aumentaba a diario mi decepción con el gobierno revolucionario. Debo decir que, también en esto, fui advertido previamente por Joaquín Ibarz.

Ese desengaño progresivo con la revolución no aminoró, sin embargo, mi amor por Nicaragua. La vida, en todo caso, era excitante. Una jornada regular de trabajo consistía en alquilar un jeep para viajar hasta la frontera con Honduras, en compañía de la colega

italiana Lucia Annunziata, en busca de soldados de la Contra. Para ello, había que conseguir un permiso del Ministerio del Interior, convencer a las patrullas sandinistas que encontrabas en el camino, cruzar ríos, evitar el barro y confiar, finalmente, en que los campesinos rebeldes armados con fusiles AK-47 y M-16 distinguieran el cartel de Press pegado en nuestro parabrisas. Luego, los contras no te contaban grandes cosas, pero podías comprobar si vestían buenos uniformes, si estaban bien alimentados, si sabían por qué estaban luchando, si aparecía por allí algún mando extranjero, preferentemente estadounidense. Toda aventura tiene un punto de vulgaridad cuando, de regreso, se pincha una rueda y tienes que esperar horas sentado sobre una piedra mientras en el transistor del buen hombre que se ha prestado a repararla suena «Cruz de navajas», de Mecano.

Nicaragua era seductora también por gente como Nelba Cecilia Blandón, formalmente un ogro, subcomandante, número dos del Ministerio del Interior, uniforme verde olivo con pistola al cinto, responsable de la censura de prensa. Pero, personalmente, un encanto, tierna, parrandera, diligente. O gente como Sergio Ramírez, vicepresidente, fiero orador contra el imperialismo en las celebraciones patrióticas y reparador de los desmanes sandinistas en la intimidad, revolucionario y diplomático, político y escritor. Ese contraste, tan habitual en ese momento, hacían ese país irresistible.

Nadie simbolizaba mejor la enorme paradoja que era Nicaragua que la familia Chamorro. El fundador de la dinastía, Pedro Joaquín, asesinado en Managua en 1978, fue el primer director del diario liberal *La Prensa* y adversario irreconciliable de Anastasio Somoza. Su viuda, Violeta Chamorro, fue presidenta desde 1990 a 1997. Su hijo mayor, Pedro Joaquín, fue uno de los dirigentes de la Contra; el menor, Carlos Fernando, director de *Barricada*, el órgano oficial del Frente Sandinista. La hija mayor, Claudia, fue embajadora sandinista en Cuba. El marido de esta, Edmundo Jarquín, fue embajador en España y, después, candidato presidencial. La hija menor, Cristiana Chamorro, fue directora de *La Prensa*, y su marido, Antonio Lacayo, fue ministro de la Presidencia con su suegra y el hombre que pilotó la transición del sandinismo a la democracia. En fin, si se han perdido en este laberinto, basta con saber que no hace falta salir de la casa de los Chamorro para conocer todos los detalles de la historia de Nicaragua del último siglo. Conocí a todos ellos, pero más que ninguno a Carlos Fernando, en parte porque es un colega y siempre le he visto actuar con una integridad fuera de lo común. Incluso cuando era director de

Barricada y le tocaba defender lo indefendible, lo hacía con una honestidad intelectual que merecía respeto. Después, se convirtió en uno de los principales antagonistas de Daniel Ortega y en el momento de redactar estas líneas vive exiliado en Costa Rica, donde dirige una publicación de gran calidad llamada *Confidencial*.

La familia Chamorro fue protagonista de un libro de la periodista norteamericana Shirley Christal, *La revolución en la familia*, en una época en la que Nicaragua era polo de atracción de los mejores periodistas de Estados Unidos y de otros muchos de diferentes partes del mundo. Era entonces portada frecuente en *The New York Times*, y era el país desde el que informaba Lucía Newman para la CNN. Admirable periodista, Lucía. Como muchas otras, atrapada siempre por el periodismo como forma de vida. He conocido tanto hombres como mujeres entregados en cuerpo y alma al periodismo, pero mientras los primeros eran capaces, por lo general, de mantener una familia en la distancia o de deshacerla y crear una nueva en su nuevo destino, las mujeres solían pagar el amor a su trabajo y la ambición de triunfar en él con la soledad y la renuncia familiar. Es un asunto complicado en el que, por supuesto, existe una casuística variada, pero, por mi experiencia, tengo la impresión de que las periodistas mujeres han tenido que hacer más sacrificios personales que los hombres para acceder a los puestos más codiciados del oficio, para viajar y ser corresponsales, por ejemplo.

Cito a Lucía Newman porque la conozco bien y he sido testigo del precio que ha tenido que pagar para ser la gran periodista que es. Pero también hago mención a su nombre porque en su día, con su trabajo en la CNN, representaba la prueba de lo relevante que era entonces Nicaragua en el ambiente periodístico mundial. Todos querían estar en Nicaragua. El país se llenó de cooperantes internacionales y de otros voluntarios de todo pelaje. Se les conocía popularmente en Nicaragua por el nombre de *sandalistas*, en una fusión del calzado que habitualmente usaban y la revolución que, como demostraban a diario, adoraban. Entre ellos se confundieron muchos que, disponiendo de acreditación como periodistas, estaban allí en realidad por amor a una causa.

Contra el activismo

Las sandalias eran parte de una indumentaria desaliñada que entonces

sorprendía en un periodista y hoy no tanto. Siempre he pensado que la forma de vestir no le debe de ser indiferente a un periodista. A los colegas de los que he sido jefe alguna vez siempre les he aconsejado vestir de una manera tal que el protagonista de la información o la fuente a la que vas a consultar no sea capaz de suponer por tu atuendo tus preferencias políticas. Siempre he recomendado a los periodistas vestir de forma neutra, en un estilo que te haga inclasificable para la persona a la que vas a entrevistar. Personalmente, siempre he procurado vestir para no llamar de ningún modo la atención de las personas a las que debía acceder. Casi siempre he usado camisa azul o blanca, pantalón «chino» de color beige y chaqueta azul marino. Prácticamente sin moverme de ese repertorio. Cuando me parecía adecuado, le añadía una corbata. La mayor parte de los colegas con los que me he cruzado a lo largo de mi carrera, sobre todo en Estados Unidos, hacían lo mismo. Puede parecer un tema menor, y quizá lo es, pero entiendo que una de las formas en que el periodista pierde el protagonismo —que ni merece ni necesita— es pasar inadvertido también en el aspecto.

Los sandalistas llamaban la atención por sus amplias camisetas y sus pantalones pirata o bermudas. No tenían dinero para alquilar un jeep o pagar una habitación en el hotel Intercontinental, pero sí contactos para alojarse con una familia local o encontrar apoyo en alguna institución oficial. Todo eso es irrelevante. Pero sí es importante que el atuendo y el estilo de vida solían coincidir con un punto de vista muy favorable al gobierno sandinista. Muchos de ellos acudían a Nicaragua atraídos, primero, por la revolución, a la que decidían servir desempeñándose como periodistas y ofreciéndose en esa condición a cualquier periódico, radio o televisión que precisara una firma en Managua. Eran la expresión del activismo que siempre ha existido dentro de la profesión y que, lejos de extinguirse, ha crecido en los últimos años gracias a la facilidad que ofrecen los nuevos medios de comunicación. Es un asunto sensible y difícil de delimitar, pero imprescindible de abordar porque se trata, en mi opinión, de una de las peores plagas que aquejan al periodismo y una de las principales razones de su pérdida de prestigio.

Los sandalistas tenían algunas buenas razones para defender a los sandinistas. Después de todo, los que gobernaban entonces Nicaragua no eran más que unos muchachos bien intencionados que trataban de sacar adelante un país pequeño y pobre en medio de una guerra organizada y financiada por la mayor potencia del mundo. ¡Cómo se les podía pedir democracia en esas condiciones! Los sandalistas sabían

cuáles eran las prioridades en esas circunstancias y criticaban la insistencia de otros periodistas en interesarse también por la situación de los presos políticos, por la confiscación arbitraria de propiedades, por la creciente presencia de asesores cubanos o por los posibles contactos de algunas figuras del régimen con el narcotráfico. La prioridad para los sandalistas era la guerra, ganarle la guerra a los contrarrevolucionarios y al imperialismo. Y no les faltaba una parte de razón. Este es uno de los problemas del activismo trasladado al periodismo, que frecuentemente defiende una causa justa. El activismo actual está vinculado a motivos tan nobles como la protección del medio ambiente, la igualdad de las mujeres, la eliminación del racismo, la paz. Y, aun así, desde mi punto de vista, ese activismo, a veces camuflado en la selección de las opiniones recogidas en un reportaje, es inaceptable y debe de ser combatido por la profesión. No digamos ya cuando, como ocurre con frecuencia, el activismo periodístico se cree justificado por la supuesta necesidad de contener el fascismo o lo que algunos tienen por tal.

Presentar como un trabajo periodístico lo que no es más que la defensa de una causa política, ideológica o social, por noble que sea, constituye una deshonestidad manifiesta y una violación del código ético de nuestro oficio. Existen organizaciones poderosas y reconocidas en las que luchar por la protección de la vida animal o contra el machismo, pero un medio de comunicación no está para eso. Un medio tiene una línea editorial y dispone de espacios de opinión para exponer sus puntos de vistas sobre esos y otros problemas, pero el periodista está obligado a abordarlos con distancia y rigor, lo que exige recoger puntos de vista contrarios, a veces las declaraciones más infames. Y hacerlo con honradez profesional, no para cubrir el expediente con un párrafo crítico en medio de una historia que sienta de forma irrefutable un criterio dominante.

Entiendo que esto es más fácil decirlo que hacerlo. Sobre todo hoy en día. Asistimos a diario a la cancelación —utilizando el término importado del inglés— de opiniones que nos resultan odiosas y que el periodista se toma la atribución de evitar al lector con el propósito de no herir su sensibilidad. Es una grave deslealtad con el lector, es un uso pernicioso de la libertad de expresión que se nos ha encargado gestionar como periodistas. Igual que algunos políticos confunden el activismo con la política y, una vez en el poder, se dedican a agitar o a imponer su ideología cuando lo que les corresponde es gestionar los problemas de todos, muchos periodistas se comportan como activistas que impulsan su causa, no el interés informativo de los ciudadanos.

El activismo en el periodismo conduce inexorablemente al sectarismo, porque la defensa de una causa exige la descalificación de otros que se le oponen y, por tanto, al periodismo partidista. Decía, en una entrevista hace poco tiempo, Amelia Castilla, amiga y colega en *El País* y antes compañera de estudios en aquella penosa facultad de Ciencias de la Información de la Universidad Complutense, que el activismo es lo que distancia a los periodistas del público. Es por esa razón por lo que el incremento del activismo en la profesión ha conducido también en gran medida a su desprestigio.

Llevo muchos años defendiendo en público este criterio y con frecuencia encuentro a gente, incluidos muchos periodistas, que discrepan, que entienden que, entre sus obligaciones, están las de tratar de cambiar las cosas y denunciar las injusticias. Tengo la impresión de que el problema se ha agudizado con las nuevas generaciones de periodistas. Cuando empecé en esta profesión había, ciertamente, una mayoría que defendía el sistema democrático naciente frente a la dictadura. Existía en el oficio, por así decirlo, una fuerte militancia democrática y una posición combativa contra los restos de la dictadura.

Las agendas políticas

Asumiendo la parcialidad de enfoque a lo que eso pueda conducir en algún caso, la defensa de la libertad está implícita en nuestro trabajo, que no se puede realizar de veras en dictadura o bajo un régimen autoritario. Entiendo, por tanto, que defender la democracia no pone en riesgo la rigurosidad del periodismo, sino, por el contrario, constituye una garantía de que se desarrolla en las condiciones adecuadas. Cosa diferente es que un periodista asuma como parte de su labor la defensa de una determinada agenda dentro de esa democracia. Creo, por ejemplo, que una democracia es más perfecta si existe plena igualdad entre hombres y mujeres, pero hay que admitir que existe un debate intenso sobre la mejor manera de alcanzar esa meta. Ese debate incluye a quien piensa que las mujeres ya han alcanzado la cota de la igualdad adecuada y que ahora toca defender los derechos de los hombres. No coincido con este punto de vista, pero la obligación de un periodista es incorporar respetuosamente todas las opiniones, incluida esta.

Considero, igualmente, que una nación es más humana y más

grande si está abierta para acoger personas que sufren persecución en otros países, así como a jóvenes extranjeros que intentan construirse una nueva vida. Pero sé que muchos de mis compatriotas no opinan igual, que entienden que existe un riesgo de que la inmigración desordenada ponga en peligro nuestra economía y nuestra forma de vida. No lo comparto, pero es deber de un periodista tenerlo en cuenta de forma correcta y respetuosa. Creo, por citar un último ejemplo, que el mundo sería más habitable si mostramos más respeto al medio ambiente y que existe un riesgo considerable de que el cambio climático llegue a afectar gravemente la vida en la Tierra. Pero sé que millones de personas no lo comparten y, aunque me parece una actitud peligrosa, es mi deber como periodista prestarles atención.

Como digo, me parece que hemos retrocedido en este aspecto. Muchos jóvenes se dedican hoy al periodismo con la esperanza de mejorar la sociedad en la que vivimos. Me parece una actitud noble, pero su único instrumento para hacerlo desde el periodismo es el compromiso de imparcialidad y la honestidad intelectual. No hay más. Si por mejorar la sociedad se entiende la defensa de causas como las que he citado antes u otras, el periodismo no es el lugar para hacerlo. En las sociedades democráticas, afortunadamente, existen otros espacios para esa dedicación, pero no el periodismo. La única causa de un periodista ha de ser la verdad. Se han escrito miles de páginas sobre la verdad y la objetividad en el periodismo. No voy a extenderme aquí al respecto. No sé si existe la objetividad, pero sí creo que existe una forma objetiva de aproximarse a los hechos, que consiste en contarlos sin retorcerlos hasta que se ajusten a nuestras convicciones. Y sí creo que existe la verdad, una verdad; cada periodista sabe en conciencia dónde está y solo a esa conciencia cabe apelar para resolver este difícil asunto.

He encontrado colegas más jóvenes que han tratado de explicarme que, así como mi generación defendió la democracia, también los periodistas de ahora tienen la obligación de contener una nueva amenaza de extrema derecha o antidemocrática. Creo que es un argumento muy débil que oculta una posición política previa. España es una democracia sólida que protege el derecho a la información y el trabajo de los periodistas. Si existe una amenaza contra esa democracia, un intento de sublevación, un complot golpista o un plan terrorista, se investiga y se cuenta. Punto. El resto es entrar en un juego que le corresponde a los diputados y a los partidos políticos, no a los periodistas.

También he escuchado con frecuencia que era obligación de los

periodistas denunciar las injusticias y hacer pedagogía entre los lectores. Las denuncias, en comisaría, como decía Miguel Ángel Bastenier, de quien mucho aprendí. Y la pedagogía, dejémosla para los maestros. Nosotros somos una profesión humilde que bastante hace con llegar a tiempo a un sitio, enterarse de lo que pasa y contarlo de forma comprensible. Atribuirnos, además, la labor pedagógica o formativa de nuestro público me parece un exceso. No dudo de que existe una responsabilidad social de los periodistas y de que tenemos entre manos un poder que puede llegar a ser extremadamente destructivo. Pero la forma de manejar esa responsabilidad es, precisamente, la humildad, no intentando ir más allá de la mera labor de informar.

Volveremos a abordar otros aspectos del debate ético en el periodismo en capítulos sucesivos. Quiero finalizar por ahora con una última reflexión sobre la amenaza del activismo. La sociedad nos ve de forma creciente como una profesión sometida a los vaivenes políticos, observa nuestros artículos, nuestros análisis y, sobre todo, nuestros comentarios en las tertulias televisivas o radiofónicas como voces que responden a una ideología o a una determinada opción política. Puesto que el periodismo es insostenible sin la credibilidad de quien lo ejerce, es imprescindible combatir esa impresión con el fin de garantizar la supervivencia de nuestro oficio. Y es preciso hacerlo desde abajo. Es más importante atajar el activismo que se aprende en nuestras aulas y se extiende en nuestras redacciones que pedir contención a este o aquel tertuliano. No hay periodista que no tenga aspiraciones de grandeza. No hay periodista que no se haya sentido alguna vez tentado de intervenir, de lanzarse al ruedo, de usar su poder para poner algunas cosas donde deben de estar. Yo también me he creído alguna vez parte de la historia que me tocaba contar. Panamá, de lo que hablo a continuación, es un ejemplo de ello. Todos nos sentimos movidos por la épica de nuestra profesión y deseamos ser parte de alguna gesta. Pero hoy, en la España de hoy, en el mundo actual, no hay mayor gesta para un periodista que la de intentar contar las cosas con la mayor imparcialidad.

Panamá

«Contra esa situación se levantó la pasada semana una cofradía de banqueros, médicos e ingenieros, blancos impolutos, apellidos

tradicionales, nuevos burgueses y gente bien en general de la sociedad panameña, con la oferta de arrebatar el poder a los militares y ponerlo en manos de un hombre de ochenta y seis años, Arnulfo Arias Madrid, tres veces presidente de la república, derrocado por Torrijos en 1968, exnazi, exmasón, autor de leyes para prohibir el voto a los negros, ciego e incapacitado física e intelectualmente para mantener una simple conversación coherente. En su entorno figura toda una pléyade de políticos a tiempo parcial que, desde las seis de la tarde, concluido ya el trabajo en su empresa de *import-export*, su negocio inmobiliario o su agencia de seguros, conspiran en torno a un *whisky* sobre el futuro de un país con 130 bancos extranjeros donde hacer dinero más que una ambición es un sacerdocio».

Esto escribía yo en junio de 1987 en una crónica muy mala, pero de gran repercusión en su momento en Panamá. Se titulaba «La revolución de los Mercedes» y pretendía resaltar la situación acomodada de los promotores de la revuelta ciudadana que entonces empezaba contra el general Manuel Antonio Noriega y que acabó provocando una invasión militar por parte de Estados Unidos dos años después. El texto fue reproducido por la prensa local, leído por la televisión y comentado por todo el mundo con quien me encontraba. Como es lógico, me ocasionó algunos enemigos entre la oposición y me abrió algunas puertas en el gobierno y en el ejército, a los que resultó muy útil una versión tan maniquea de los acontecimientos.

Lo cierto, como comprobaría poco después, es que las protestas estaban más que justificadas y, aunque conducidas por una élite blanca, contaban con gran respaldo en el pueblo, harto de los abusos de los militares y de la farsa de un sistema populista y antidemocrático. El fundador del régimen, el general Omar Torrijos, había sido al menos un hombre brillante y movido por buenas intenciones. Pero la deriva que había tomado con Noriega hacía olvidar cualquier virtud inicial y lo dejaba expuesto como un burdo sistema clientelar, autoritario y corrupto. No era Panamá una dictadura brutal de la naturaleza de las que conocimos en otros lugares de América Latina, pero sí un régimen perverso y despótico que llegó a ser aliado del narcotráfico internacional.

En todo caso, yo disfruté por un tiempo la fama adquirida por aquel artículo y conseguí avanzar rápidamente por las interioridades del régimen y del país hasta llegar a conocerlo bastante bien y disfrutarlo mucho. Conocía Panamá desde años anteriores. Cubrí las elecciones de 1984 en las que los militares le robaron el triunfo al viejo Arnulfo Arias para darle la presidencia a Nicolás Ardito Barletta,

un buen hombre que aceptó ser títere de Noriega durante dos años, hasta que le contradijo en un par de decisiones y fue bruscamente expulsado de su cargo. Seguí yendo con cierta frecuencia a Panamá porque la crisis fue creciendo y despertando mayor interés en Washington, lo que equivale a decir que se había convertido en una crisis internacional. Panamá había sido a lo largo de toda su historia un país tutelado por Estados Unidos, que mantuvo instalaciones militares y tropas después de entregar el canal, y que vio en aquel conflicto interno una oportunidad de recuperar la influencia perdida desde el golpe de Torrijos y, al mismo tiempo, devolver la estabilidad política a un país en una posición geográfica tan estratégica para la seguridad del continente. Recuerdo haber pasado horas observando el Puente de las Américas, que cruza el canal en su entrada por el océano Pacífico, y especulando sobre el tiempo que tardarían los soldados americanos asentados al otro lado en movilizarse para imponer el orden.

Durante meses, sobre todo a partir de 1987, el cálculo sobre cómo y cuándo se produciría la invasión era el tema de conversación en todas las reuniones, también en las que manteníamos en la Agencia Efe —siempre el lugar de encuentro—, los periodistas españoles que andábamos en constante peregrinación por Centroamérica, con su delegado, Andreu Claret, como informadísimo anfitrión. Cada ruido nos ponía alerta, cada avión militar que cruzaba el cielo nos hacía pensar que había llegado el momento, cada llamada de teléfono a hora inhabitual nos parecía destinada a avisarnos de que la invasión había comenzado. Se compartían rumores, se cruzaban apuestas, se dibujaban mil escenarios posibles sobre lo que parecía inminente. Las advertencias de George Bush así lo hacían pensar. La desesperación de Noriega parecía confirmarlo en cada una de sus intervenciones.

De tanto en cuando, cruzábamos la carretera abierta al tráfico en la base norteamericana de Howard para observar con cuidado si se apreciaba algo extraño, una presencia de aviones superior a la habitual, cualquier cosa que llamara la atención y que sirviera para engordar la crónica del día. Es difícil escribir cuando no ocurre nada diferente a lo del día anterior, pero el interés de la redacción central no decae y la presión por una nueva crónica persiste. Tuvo especial gracia un recorrido por Howard en compañía de Luis Báez, un amigo cubano acreditado en Panamá por la agencia oficial de prensa cubana, Prensa Latina. No le digo periodista porque no lo era, y nunca nos engañamos al respecto; yo sabía que era un agente cubano y él estaba al tanto de que yo lo sabía y jamás trató de disimularlo. Cuando yo iba

a Cuba, le pedía al Gordo Báez, como le llamaban, el tipo de favores que se le piden a un empleado de alto nivel del régimen y, a cambio, le invitaba a comer en algún restaurante que él no podía pagar. Difícil olvidar el gesto de asombro de Báez al cruzar aquel día esa gigantesca base militar de su enemigo, en un recorrido que no había querido hacer solo por temor a ser detenido. Báez era en cualquier lugar un buen termómetro sobre la política cubana, y en aquel momento en Panamá, una prueba constante del apoyo que Cuba estaba prestando a Noriega. Desde que los rumores de la invasión se hicieron más insistentes, no volvió a aparecer por allí.

La invasión

Cuando finalmente se produjo, la invasión americana me pilló en México. A la carrera, me fui al aeropuerto en busca del primer vuelo. Coincidí en la terminal con varios colegas con la misma intención, entre ellos Manolo Alcalá, su cámara y su técnico de sonido. Tras comprobar que el único vuelo previsto ese día había sido cancelado y que no había previsiones de cuándo sería el próximo, decidimos alquilar a medias un avión privado y se nos ocurrió añadir al pasaje, para reducir la cuota de pago de cada uno, a un equipo de la televisión japonesa que nos pidió consejo sobre cómo llegar a Panamá.

Eso fue, al menos, lo que nos prometieron los pilotos mexicanos cuando firmamos el contrato: que tenían permiso para aterrizar en Panamá y que lo conseguiríamos sin duda en poco más de cinco horas. Sin embargo, transcurrido ese tiempo no se vislumbraba ningún aeropuerto ni el avión había emprendido el descenso. Tras un rato de inquietud, uno de los pilotos nos comunicó que tendríamos que desviarnos hasta Costa Rica porque no habían recibido autorización para descender en Panamá. Irritados por lo que presumíamos con acierto una estafa perfectamente calculada y frustrados por no poder llegar al destino que pretendíamos, a punto estuvimos Manolo y yo de emprenderla a golpes con los tripulantes, que se escondían en excusas baratas sobre papeleo y trámites de navegación que nos resultaban incomprensibles. El cruce de gritos y amenazas no fue suficiente para despertar a los compañeros japoneses, que seguían durmiendo plácidamente en la última fila de asientos.

Ese percance retrasó nuestra llegada a Panamá. Tuvimos que alquilar una camioneta en San José y hacer por carretera más de 400

kilómetros, lo que resultó lento y peligroso en un país que acababa de ser invadido. Aquello nos dio la oportunidad, no obstante, de comprobar de primera mano el estado en el que se encontraban otras ciudades y el caos que reinaba en varias agrupaciones militares panameñas lejos de la capital. Una vez allí, lo primero fue acudir al hotel Marriott, donde un día antes, el 21 de diciembre de 1989, mi compañero de *El País* Juantxu Rodríguez había muerto por un disparo de los soldados norteamericanos que ocupaban el edificio. A Juantxu le había sorprendido la invasión cuando acompañaba a Maruja Torres en la elaboración de un reportaje sobre los jesuitas en América Latina. Ambos se pusieron al instante, como manda el criterio profesional de un periodista, a trabajar sobre la noticia que se había cruzado en su camino.

Ese aciago día, Maruja y Juantxu habían acudido al Marriott para recoger sus equipajes cuando se vieron envueltos en un tiroteo en el que el fotógrafo perdió la vida. Nunca se supo exactamente lo ocurrido, pero no puede descartarse que Juantxu fuera asesinado a propósito como medida disuasoria contra otros periodistas. Durante muchos años, aunque así lo pidieron la familia, el periódico y varias asociaciones profesionales, Estados Unidos no investigó las circunstancias de su muerte ni aceptó pagar ninguna compensación, escudado en una legislación norteamericana que protege a los soldados ante cualquier hecho ocurrido durante una misión de combate. Hoy, su asesinato es un hecho reconocido por Estados Unidos y declarado como tal por la Corte Interamericana de Derechos Humanos.

Maruja salió del país sin poder llevarse las pertenencias de nuestro compañero, y me tocó a mí entrar en la habitación en la que se había alojado y, por mediación del embajador, Tomás Lozano, que fue un gran aliado en todo aquel suceso, enviar al periódico el equipaje de Juantxu para que le fuera devuelto a su familia.

Yo no le conocía personalmente, pero descubrí que tenía mi misma edad y escuché comentarios muy cariñosos de otros compañeros que habían coincidido con él o lo habían tratado en otros momentos. La muerte de Juantxu marcó todo nuestro trabajo durante bastante tiempo. Nos metió a todos el miedo en el cuerpo; más a mí, por ser del mismo periódico. Y nos condujo a reflexiones colectivas amargas respecto a la dureza de nuestro oficio, sobre nuestra inconsciencia y nuestra fragilidad en el entorno en que habitualmente nos movíamos. Una atmósfera dramática y pesimista se apoderó de todos nosotros, agravada por el hecho de que estábamos en Navidad,

sin familia, lejos de casa y en una ciudad a oscuras, silenciosa, en la que una parte maldecía y otra celebraba la llegada de militares extranjeros, pero en la que todos recordarán esa Nochebuena como un momento de zozobra y desconcierto. Bajo el toque de queda, esa noche nos juntamos una docena de periodistas de varios países en la terraza del hotel Continental y no nos fuimos a dormir hasta acabar literalmente con las existencias de alcohol del establecimiento.

Los periodistas solemos exagerar sobre nuestros propios méritos y el efecto de nuestro trabajo. Esa tendencia es mayor entre los que se llaman corresponsales de guerra o quienes cubren acontecimientos que encierran peligro. La verdad es que no somos ni mucho menos la única profesión que asume riesgos personales considerables en el cumplimiento de su labor. Otros profesionales de diferentes ámbitos pierden la vida con cierta frecuencia sin lograr similar trascendencia. Me disgusta el comportamiento, entre guerrillero y mártir, que algunos compañeros adoptan en el cumplimiento de su deber. Dicho esto, también es cierto que en algunas ocasiones no se valora lo suficiente la valentía de un periodista que entra en una zona de peligro cuando el resto de la población sale, el sacrificio de un periodista que asume riesgos tan altos con una compensación casi exclusivamente moral. No hay duda de que algunos colegas se sienten atraídos por el lucimiento personal; la vanidad es una de las fuerzas que nos empuja hacia el éxito. Pero es ese un pecadillo menor en comparación con el beneficio que supone que alguien nos cuente las atrocidades que se pretende ocultar.

Lo hemos visto en Ucrania, donde, en el momento de cerrar esta edición había ya dos periodistas y una productora local muertos por disparos en combates en los que se vieron envueltos cuando trataban de hacer su trabajo. Afortunadamente, hoy los periodistas y el público contamos con la ayuda de miles de espontáneos que con las cámaras de sus teléfonos obtienen imágenes a las que los profesionales no podemos acceder. Aun así, siempre es recomendable la actuación de un periodista que certifique que lo que se presenta como una revelación no sea en realidad una manipulación. Hasta hace poco no existía esa opción. Si un periodista no estaba, la realidad no existía. Si Juantxu no hubiera arriesgado su vida por una fotografía, no habría imágenes de la invasión de Panamá.

La guerra de Ucrania ha vuelto a poner en valor el papel de los periodistas en zonas de conflicto, algo devaluado en los últimos años por la crisis económica de los medios —mantener a un reportero un periodo largo en un lugar lejano es costoso— y por la expansión de las

tertulias y el periodismo de opinión. Es pronto para hacer un análisis apropiado de la cobertura periodística de la invasión rusa iniciada a finales de febrero. Se escribirá mucho sobre ello y habrá que estar atentos a lo que cuenten los principales protagonistas. Algunos detalles ya comenzaban a vislumbrarse al redactar estas líneas. La fuerza del espectáculo que exigen las televisiones acaba imponiéndose sobre todo. Es más importante aparecer en directo con casco y chaleco, aunque sea desde la terraza de un hotel a varios kilómetros de la batalla más cercana, que dejar tiempo para buscar a las víctimas y las pruebas de la matanza ordenada por Putin.

La acción de los *amateurs* con teléfono ayuda a ofrecer una visión que, en muchas ocasiones, resulta inaccesible para un periodista, aunque también genera una competencia incorrecta por la imagen de mayor impacto, desdeñando a veces otras de mayor valor informativo. Es indudable que Ucrania ha vuelto a demostrar la importancia actual de las redes sociales para facilitar la comunicación entre las personas con una rapidez y una facilidad que los medios de comunicación tradicionales no son capaces de ofrecer. Twitter, Instagram y Facebook sirvieron en Ucrania, al igual que lo hicieron en otros conflictos en años anteriores, para prevenir de amenazas próximas, para convocar a los ciudadanos y facilitarles al instante las pautas que debían seguir para su supervivencia. Parte del papel que cumplen puede considerarse periodismo, periodismo de inmediatez, periodismo de urgencia. Pero, en otros aspectos, las redes sociales son enemigas del periodismo.

No es preciso ser Rambo

El periodismo, como cualquier actividad bien hecha, requiere también reposo, tiempo. Es indudable que, en circunstancias como una guerra, la prioridad es el acceso al punto de conflicto y la transmisión del material obtenido. Pero, incluso en esos casos de gran adversidad, es necesario tener en cuenta que el espectáculo no puede imponerse a la información. Como decía antes, he conocido algunos colegas que han hecho del periodismo de guerra una profesión casi paramilitar; poseen un código de comportamiento en el campo de batalla y algunos hasta reciben instrucción militar. Es preciso, por supuesto, adoptar todas las precauciones cuando se trabaja en una zona de guerra, pero conviene no extralimitarse; no es preciso ser Rambo, es mejor actuar con

sentido común y tratar de comprender las cosas con cierta distancia que competir en heroísmo con los profesionales de las armas.

En Panamá hubo momentos de riesgo tras la invasión americana de 1989, como la muerte de Juantxu nos demostró. Pero, desde un punto de vista personal, viví muchos más peligros en El Salvador. El grado de salvajismo y desprecio por la vida humana que se alcanzó en aquel conflicto no tiene muchos parecidos en la historia contemporánea. De alguna manera, El Salvador sigue aún inmerso en la violencia generada en esa época. Panamá era diferente. Panamá exigía trasladarse despacio y con mucha prudencia, detenerse, levantar los brazos e identificarse al cruzarse con una patrulla militar, pero al menos existían esos códigos, que no estaban vigentes en El Salvador o en otros lugares.

Una de las grandes amenazas que los periodistas encontraron en Ucrania es el desconocimiento de los códigos de las tropas enviadas por Putin. Los muertos conocidos hasta la fecha lo fueron en ataques contra los vehículos en los que viajaban los reporteros identificados con la palabra Press. ¿Dispararon intencionadamente contra ellos para impedir su actividad? Es posible. Un soldado en el campo de batalla siente miedo, está confundido; si es un invasor, desconoce el terreno que pisa, el idioma en el que le hablan. En Panamá aprecié ese desconcierto en algunos soldados a los que me dirigí y descubrí el riesgo que entrañaba ese muchacho asustado recién llegado de Arkansas, en mitad de una calle centroamericana, armado con un fusil de asalto.

El clima bélico se tranquilizó en pocos días en Panamá. Lo cierto es que, pese a la violencia de la agresión militar y, salvo pequeños reductos de resistencia, los invasores encontraron un terreno bastante favorable en el país después de muchos meses de protestas contra el régimen de Noriega, cuya captura fue el móvil o el pretexto de la invasión, que por esa razón se llamó oficialmente *Nifty Package* (paquete valioso). Los soldados americanos se centraron en su búsqueda y para ello ocuparon enseguida los lugares en los que sospechaban que podía encontrarse. Nadie podía imaginar que, finalmente, Noriega apareciese donde lo hizo: en la residencia del nuncio del Vaticano en Panamá, monseñor Sebastián Laboa.

Yo había tratado bastante a Laboa antes de ese momento decisivo en su vida y en la de Panamá. Era un vasco muy simpático y el hombre mejor informado del país; no había complot que se le pasara por alto ni figura nacional o extranjera que no consultara sus decisiones con él en algún momento. Lo sabía todo y contaba un poco.

La primera parada en cada visita a Panamá tenía que ser forzosamente la nunciatura. Desde que Noriega decidió una noche buscar refugio allí, Laboa se convirtió en un personaje aún más cotizado, aunque también de más difícil acceso.

Los soldados americanos rodearon la sede diplomática, que no podían legalmente tomar al asalto, y, entre otras tácticas destinadas a forzar a Noriega a abandonar ese lugar, colocaron frente a las fachadas enormes altavoces en los que todas las noches hacían sonar a muchos decibelios el rock más duro posible. Cada cierto tiempo cruzaba la barrera alguno de los oficiales americanos o diplomáticos extranjeros envueltos en las negociaciones que se llevaban a cabo para conseguir la rendición del general. Pero, en realidad, todo el mundo sabía que la única persona que sería capaz de convencerle de su desesperada situación era monseñor Laboa. Un día, en medio de sus discretas gestiones, el nuncio consiguió autorización para que yo entrara en la nunciatura y pudiéramos hablar con calma. Me explicó que mantenía un diálogo fluido con Noriega, sin revelar detalles del contenido, más allá de lo que tenía que ver con el apoyo emocional y humanitario que le prestaba. Me contó que unas monjas le hacían la comida y atendían con la limpieza de su habitación y sus ropas, y me enseñó la colada que acababan de tender en el patio, en la que me llamó la atención la abundancia de calzoncillos de color rojo.

Era difícil no sentir cierta compasión por ese hombre cuyo encierro en aquella residencia era el preludio de un encierro mucho más inhumano hasta el día de su muerte. Nadie lamentó el destino que Noriega tuvo y se ganó con creces, pero era inevitable en ese momento de su grotesco descenso hasta el infierno recordar otro tiempo en el que lo conocí con su impecable uniforme de general impartiendo órdenes entre un cortejo de aduladores acobardados, con un vaso de vodka en la mano, despatarrado en un sillón, escuchando con displicencia las sugerencias de una mujer en cuclillas ante él, una mujer más, en una celebración más de la orgía que en muchos sentidos fue su mandato. Lo había conocido en la intimidad de instantes como esos y sufrí después su ira, como tantos otros que osaron obstaculizar su poder absoluto.

Operación rescate

Durante mucho tiempo, en plena crisis interna en Panamá a finales de

los ochenta, Noriega intentó mantener las formas y dejar trabajar a los periodistas extranjeros. Después de todo, el país era formalmente una democracia y no era recomendable provocar más a Estados Unidos. Eso no significa que nuestra labor pasara inadvertida para el régimen y que el gobierno no enviara de vez en cuando señales sobre el malestar causado por determinada información. El mensajero de ese malestar solía ser el coronel López, un tipo de malas maneras y muchos kilos a quien le gustaba comer con *whisky* y que envolvía sus amenazas en un discurso incoherente y vacuo que podía extenderse hasta la madrugada.

Un día, sin ese protocolo al que estaba habituado y a una hora desacostumbrada —alrededor de las tres o las cuatro de la tarde— sonó el teléfono de mi habitación del hotel Caesar con el anuncio de que el coronel López me esperaba en el *lobby*. Las circunstancias inusuales de la cita y el hecho de haber recibido desde días antes amenazas telefónicas por el contenido de mis crónicas, me puso en alerta. En lugar de acudir a la convocatoria del oficial panameño, llamé al embajador de España, Tomás Lozano, que era también un gran amigo, para contarle la situación en la que estaba y los antecedentes que me aconsejaban reclamar su intervención. Lo entendió al instante. Inteligente y generoso como era, el embajador tuvo la astucia de enviar a un hijo suyo con el coche oficial y el banderín de España desplegado por la entrada principal del hotel, mientras que él mismo aparcaba su automóvil más discreto en una puerta trasera del edificio. Desde allí, consiguió subir a mi habitación sin ser detectado por los matones de Noriega que, efectivamente, me esperaban en el *lobby* con intenciones fáciles de imaginar. Mientras la banda del régimen controlaba el vestíbulo con el fin de impedirme el acceso al coche de la embajada, Lozano me llevaba por las cocinas del hotel hasta el vehículo que él había dejado estacionado en lugar seguro. A toda velocidad conseguimos llegar a la residencia del embajador sin ser alcanzados por los vehículos de los malhechores —a buen seguro, militares vestidos de civil—, que ya habían reparado en la treta y nos perseguían.

Tuve que permanecer encerrado en la embajada varios días —algo menos de una semana, creo recordar— mientras el propio Lozano y el gobierno español hacían las gestiones necesarias para que las autoridades panameñas me permitieran abandonar el país. Como decía anteriormente, esos días allí cimentaron una amistad inolvidable con Tomás Lozano, que me dio todo lo que podía darme —información, consejos, protección, techo, compañía— a cambio de

nada. Nos vimos después alguna vez en Madrid, cuando ya estaba jubilado, y seguimos hablando de Panamá y de lo mucho que, después de todo, añorábamos aquel tiempo. La noticia de su muerte, que recibí a través de su hijo, me dolió como si hubiera sido la de un familiar cercano. Compartí después su recuerdo con sus descendientes y quedé desde entonces y para siempre a su disposición para que la memoria de Tomás Lozano permanezca viva en la diplomacia española.

Aludía antes a las ocasiones en las que un periodista se siente parte de la historia que está cubriendo. Panamá lo fue para mí. Por muchas razones de carácter personal y profesional. Por la revolución de los Mercedes, por mi conflicto con Noriega, por monseñor Laboa, por Tomás Lozano, por muchas otras circunstancias inconfesables aquí. Es un momento peligroso ese para un periodista. Y, de hecho, Panamá es una de las misiones profesionales que recuerdo con más emoción y nostalgia, pero no de las que mejor cumplí. En demasiadas ocasiones la pasión me nubló el conocimiento. Una cierta implicación afectiva del periodista en el acontecimiento del que informa suele ser recomendable, pero es importante saber dónde está el límite, porque, si se rebasa, todo el esfuerzo puede verse seriamente comprometido. Esta advertencia es más relevante a medida que uno está personalmente más cerca del hecho sobre el que se escribe; la contención y la distancia son más necesarias en la información nacional que en la internacional.

El protagonismo individual de un periodista es a veces inevitable. La historia reciente de España está llena de nombres de periodistas que tuvieron papeles fundamentales en el desarrollo de los acontecimientos. Pero siempre es recomendable tratar de evitarlo. Una cosa es que la realidad coloque inevitablemente al periodista en primer plano y otra muy distinta que el periodista busque el protagonismo y acomode la realidad a su propia voluntad de lucimiento.

VI
NÓMADA Y SOLITARIO

El lugar del mundo que me resulta más reconocible es la sala de embarque de un aeropuerto. Ese ha sido el terreno que más he pisado. Esos han sido el taller y la oficina en los que he hecho mi carrera. Durante años, estar en un aeropuerto equivalía a acudir al trabajo, porque durante años he actuado como apagafuegos, he estado a disposición del periódico siempre y sin someterlo nunca a ninguna circunstancia personal. No he sido el único. He conocido muchos periodistas que vivían esta profesión con entrega sacerdotal y que han viajado sin parar, en ocasiones a lugares infectos, con el convencimiento de que en eso, precisamente, consistía su profesión. Nos hicimos periodistas para viajar y jamás había que poner un pero a la ocasión que se presentaba.

Hoy los periodistas viajan menos. Son varias las razones. Las empresas están mucho más escasas de recursos y han limitado los viajes a los mínimos imprescindibles. La información internacional ha perdido influencia; se ha reducido la vocación por esa especialidad entre los jóvenes periodistas, aunque esto puede cambiar después de Ucrania, y ha menguado la curiosidad del público por lo que ocurre fuera de las fronteras, que también puede crecer tras haber conocido una guerra tan próxima. En la España en la que yo crecí profesionalmente, en cambio, todo lo que sucedía en el extranjero parecía atractivo y crucial. Los españoles sentían una necesidad perentoria de ser parte del mundo y querían también conocerlo. Yo estaba personalmente en esa misma onda y ni siquiera me preguntaba si valían la pena los sacrificios a los que me obligaba ese constante peregrinaje. Los periodistas que encontraba en mis desplazamientos me parecían, además, los mejores, los más audaces, los más cosmopolitas y seductores, aquellos a los que quería parecerme. Es

verdad que, al menos en esa época, creo que menos ahora, los periodistas que viajaban gozaban de un reconocimiento superior al de los compañeros de la mesa de edición, por injusto que esto sea en realidad.

Hasta mi llegada a Washington, viajar era lo que mejor hacía. Incluso después, pasaron varios años hasta que me convirtiera en un periodista de mesa. Esa disposición para agarrar los bártulos y salir corriendo en cualquier momento me convirtió durante años en un trotamundos, que llegó a cruzar del Perú a Filipinas para escribir un día sobre Sendero Luminoso y al siguiente sobre el derrocamiento de Marcos. No voy a mencionar todos los países que he conocido porque no merece el lector semejante tortura. Me interesa más destacar a través de algunas experiencias personales la importancia que tiene en el periodismo el conocimiento directo de los hechos, insustituible por la lectura o cualquier otra forma de saber sobre determinado acontecimiento o país. Cuando miras a los ojos de las personas sobre las que vas a escribir ves cosas que no eres capaz de descubrir cuando hablas con ellas por teléfono. Además, lo que se aprende en Perú o Filipinas no vale solo para Perú o Filipinas. Cada esfuerzo realizado para obtener una noticia en un lugar hace más sencilla la siguiente búsqueda, cada crónica mala tiende a hacer mejor la siguiente. La práctica lo es todo en este oficio. Incluso los periodistas que gozan de una escritura más brillante harían mal en confiarse en que sus recursos literarios sirvan para evitarles las imprescindibles horas de investigación y reporterismo.

Antes de viajar a Ayacucho, Perú, en 1986, había leído bastante sobre un episodio ocurrido en las cercanías de Uchuraccay en enero de 1983, cuando ocho periodistas y dos guías locales que les acompañaban fueron asesinados mientras dormían. Es un suceso siniestro y oscuro que podía haber sido obra tanto del ejército peruano como de Sendero Luminoso, puesto que ambos competían en crueldad y vileza en ese momento. Después se descubrió que los culpables habían sido los habitantes de la aldea, aparentemente aleccionados por los soldados para que matasen a cualquiera que se acercara a pie ante el riesgo de que pudiera tratarse de enemigos. Acorde con el sentido de la justicia impuesto aquellos años en la región de Ayacucho, años más tarde Sendero Luminoso mató a todos los habitantes de Uchuraccay.

Como digo, yo había leído el informe que Vargas Llosa elaboró, junto a un equipo de expertos, sobre esa matanza, así como otros materiales que discrepaban con sus conclusiones y que cargaban más

directamente la responsabilidad sobre el ejército. Lo cierto es que, por mucha impresión que ese episodio provocase en su momento y por mucho espanto que causase lo que sucedía en Ayacucho, no comprendí de verdad la dimensión de la tragedia hasta que me encontré cara a cara en la prisión de esa ciudad con los acusados del múltiple asesinato. Un escalofrío me recorrió el cuerpo al verlos allí de pie, frente a mí, en fila, como dispuestos para una sesión de reconocimiento, forzados a escuchar mis preguntas sin responder ninguna más que con unos breves susurros en quechua que los vigilantes presentes decían no entender. Su mirada no era humana, tampoco animal, era misteriosa, no encerraba odio, más bien una implacable indiferencia. Confieso que sentí pavor, y que no conseguí sacarlo del cuerpo ni en ese ni en ningún otro viaje posterior a Ayacucho, que para mí quedó siempre como el símbolo más brutal del terror.

Nadie que no haya estado en la región de Ayacucho en los años ochenta puede asegurar que conoce el miedo en toda su dimensión. Intentaba sobreponerme y recorrer la zona a primeras horas de la mañana, cuando la luz y el despertar te insuflaban cierto ánimo, para comprender la razón de ese miedo en cada esquina, en esos rostros torturados y huidizos, en los perros colgados de los postes como señal de advertencia, en las estremecedoras pintadas con rojo exigiendo lealtad al presidente Gonzalo o muerte. El encuentro con una patrulla de militares embozados no era tranquilizador. Todos estaban allí para matar o ser muertos. Y nadie quería testigos.

Rumbo a Manila

Salir de Ayacucho era siempre un motivo de gran felicidad, aunque en una ocasión tuviera que hacerlo, sorprendentemente, con rumbo a Lima para abordar un avión con destino a Tokio y enlazar allí con otro a Manila, donde me esperaba un momento de entusiasmo desbordado por la caída del dictador Ferdinand Marcos. Quienes conozcan la capital de Filipinas sabrán que no es necesario celebrar la ocasión de haber acabado con un régimen totalitario para que sus calles sean un hervidero de gente, ruido y tráfico desordenado. Comparado con el silencio espeso y gris del altiplano peruano, Manila era un derroche de vida, de sol, de mar. Como en tantos países sobre los que informaba en aquellos años, los filipinos se desangraban en el combate contra

una guerrilla musulmana fanática y soportaban los abusos y la corrupción de las autoridades, que no desaparecieron del todo por el final del dictador. Manila era una ciudad invadida por la criminalidad y el narcotráfico, donde la pobreza y la desigualdad se manifestaban en cada esquina. Pero, al menos en esos primeros días de democracia, predominaba el entusiasmo por un tiempo nuevo, que yo seguramente vi aumentado por el contraste, que aún vivía en mi cerebro, entre los cadáveres de Sendero Luminoso y el embrujo de la *People Power Revolution* en Filipinas, que llevó al poder a Corazón Aquino.

Es inevitable la superficialidad de las primeras crónicas después de un cambio tan brusco de escenario informativo. Reconozco que no sabía sobre Filipinas mucho más que lo que fui capaz de reunir y leer a lo largo del viaje. Era un asunto relevante de la actualidad porque era un país clave en la estrategia de seguridad de Estados Unidos en Asia y había seguido con relativa cercanía los acontecimientos desde que en 1983 asesinaron a Benigno Aquino, líder de la oposición y marido de Corazón. Estados Unidos era el verdadero poder en la sombra y, de hecho, se supo pronto que Marcos accedió finalmente a dejar el poder después de recibir una llamada de Ronald Reagan en la que le dijo: «*Mr. President, you have to leave*». Conocía, por tanto, la generalidad de la crisis, pero no su fondo. Mi receta para evitar traspiés en este tipo de situaciones era siempre la de limitarme a relatar lo que veía y a reproducir lo que me decían, sin entrar en especulaciones. En caso de duda, es mejor atenerse a los hechos, sin más.

Poco a poco fui entendiendo algo más, descubrí que los filipinos pronuncian la «f» como «p», que las huellas de España son casi inexistentes, más allá del plato típico del país, el lechón, y el recuerdo que algunas personas citaban de las historias que les contaban sus mayores. Manila era una ciudad endiablada donde cada desplazamiento costaba horas y sudor. A veces era más rápido utilizar un yipni —un pequeño autobús pintado de múltiples colores— o un triciclo que un taxi. Cuando la humedad y el calor se hacían insoportables, era recomendable un descanso en el bar del hotel The Manila, donde podías obtener información de los colegas más veteranos mientras se fumaban un puro que les encendían de forma pausada y sugerente las camareras del local.

Nunca regresé a Filipinas, pero su recuerdo me lleva a otro país al que se asemeja en mi memoria y al que sí visité en varias ocasiones: Haití. No es que haya grandes semejanzas entre los dos, pero conservo una imagen de ambos como lugares coloridos y exóticos, peligrosos y

caóticos, dos países sin duda fascinantes que han conseguido seducir a muchos viajeros y periodistas, pero con los que yo nunca llegué a sentir conexión; el primero, por falta de tiempo, el segundo, por falta de interés. No hay nada peor para el cumplimiento de la tarea de un periodista que el desinterés por el tema que le corresponde cubrir. Alertaba en páginas anteriores sobre el riesgo del exceso de implicación, pero puede ser aún más grave el desapego.

Por razones que no vienen al caso, nunca llegué a conectar con Haití. Y eso que lo intenté. Viajé cada vez que me tocó hacerlo, me esmeré en conseguir fuentes y en recorrer sus calles y sus mercados tratando de penetrar en su cotidianeidad y en su drama, pero no lo conseguí. Llegué a tener una relación bastante fluida con uno de sus personajes más carismáticos, Jean-Bertrand Aristide, que se hizo famoso como opositor al siniestro Duvalier a finales de los años ochenta, en los que sobrevivió a varios intentos de asesinato, y que llegó a la presidencia en 1990. Reanudé la relación con él más tarde, en Washington, a donde llegó exiliado tras ser depuesto en 1993. Era un personaje extraño, introvertido, indescifrable. Era también una figura muy cotizada entonces entre los periodistas. Pero ni siquiera Aristide consiguió que mi interés por Haití creciese. Estaba dispuesto a aceptar riesgos en mi trabajo, pero no en Haití.

Podía aceptarlos, por ejemplo, en Chile, que era como estar en casa, siempre rodeado de amigos, conversando apasionadamente hasta la hora del toque de queda sobre cuándo y cómo caería Pinochet. No es preciso recordar aquí el significado que tiene Chile en España y entre mi generación. Yo también tuve un póster de Víctor Jara en mi habitación y es fácil imaginar mi emoción cuando recorrí minuciosamente el Palacio de la Moneda de la mano de mi amigo Pablo Halpern, que era entonces uno de los principales asesores del presidente Eduardo Frei. Desde la ventana de mi habitación en el hotel Carrera —otro albergue de viejas connotaciones entre periodistas—, no dejaba de mirar los muros de ese palacio e imaginar el lugar exacto en que impactaron las bombas que lanzó la aviación el 11 de septiembre de 1973. Me tocó cubrir para *El País* el atentado que sufrió Pinochet y la dura represión que le siguió. Nunca accedió a una entrevista, pero llegué a estar a un par de metros de él tras un acto político en el que apareció con la capa y el resto de la parafernalia castrense que usaba para acentuar su imagen intimidatoria. A Pinochet le gustaba infundir miedo, no tanto como amenaza a sus opositores políticos, sino a sus compañeros de armas, de donde creía que procedía el verdadero peligro.

Llegué a conocer muy bien Chile, a donde viajé muchas veces, tanto por razones profesionales como personales. Es un país que estará por siempre en mi corazón porque me dio mucha felicidad y tuvo incluso el detalle de otorgarme la medalla Bernardo O'Higgins, la máxima distinción oficial a un ciudadano extranjero. Eso fue ya durante la democracia y por intermediación de los muchos amigos que hice allí y que después alcanzaron posiciones relevantes. He de admitir que también durante la dictadura escribí lo que quise, sin pasar por la censura ni recibir ninguna advertencia ni sanción, más allá del completo bloqueo del acceso a las fuentes del gobierno. Nunca me amenazaron de forma directa, aunque ocurrió un hecho sorprendente que dejó en evidencia que el régimen sí hacía un cuidadoso seguimiento de mi trabajo.

Un ángel de la guarda en Telefónica

En uno de los viajes a Chile había programado una visita posterior a Paraguay. La verdad es que no recuerdo con qué motivo. Solo sé que había dedicado unos días en Asunción para hablar con dirigentes locales sobre la situación política del país, donde se intuía el inminente final de la dictadura del general Alfredo Stroessner, y a escuchar las orientaciones de los colegas de *ABC Color*, el mejor periódico del momento en Paraguay. Siempre he procurado, sobre todo en los lugares en los que no cuento con fuentes previas, acudir cuanto antes a un periódico local. No hay mejor aliado de un corresponsal o un enviado especial que un buen periodista del lugar en el que uno se encuentra. Creo que fue, precisamente, en *ABC Color* donde recibí la llamada del periódico en la que me conminaban a salir urgentemente de Paraguay y no regresar a Chile. Hasta que no llegué a Buenos Aires en el primer avión disponible, interrumpiendo bruscamente el trabajo que me ocupaba en Asunción, no supe el motivo de la alarma.

Según me contaron, una empleada de Telefónica había escuchado una conversación entre un funcionario de la Embajada de Chile en Madrid y otro del gobierno en Santiago en la que se comentaba en términos muy difamatorios mis crónicas y se mencionaba la necesidad de tomar medidas de represalia. La avispada operadora añadió que uno de los dos interlocutores había mencionado la posibilidad de hacer desaparecer al periodista. Con esa información, se puso

enseguida en contacto con *El País*, donde llegó a hablar con el subdirector, Augusto Delkáder, quien inmediatamente se interesó por mi ubicación y, al descubrir que me encontraba en Paraguay, donde los agentes chilenos podrían haber actuado con la misma tranquilidad e impunidad que en su propio país, dio instrucciones de que saliera cuanto antes. Lo hice con rumbo a Buenos Aires.

La capital argentina, como otras veces que había estado, me pareció un paraíso, mucho más por el motivo por el que ahora llegaba. Y la casa de Martín Prieto, donde me alojé, me pareció el Palace, por el delicioso trato que recibí. Descubrí, entre otras intimidades del admirado colega, su hábito de escribir por las noches hasta bien entrada la madrugada. Martín Prieto, que había sido expulsado de Chile un año antes, me sugirió que tardase algún tiempo en regresar a ese país.

Hablé en aquellos días de otras muchas cosas con él. Me contó algunas indiscreciones de su trabajo antes y durante su estancia en Argentina, y hablamos mucho de *El País* y de periodismo. Las opiniones sobre el periódico las voy a omitir porque son cosa suya. Tengo más presentes sus referencias entre románticas y escépticas a nuestra profesión. Suele haber un poso amargo en algunas conversaciones entre periodistas. Es el nuestro un oficio apasionante, pero al mismo tiempo extenuante. Vivimos en un entorno enormemente emocional en el que nuestros movimientos están muchas veces dominados por la pasión y en el que, además, nos encontramos con frecuencia en el perímetro de las emociones de otros. El triunfo y la frustración se suceden con demasiada rapidez, cada día está dominado por un gran afán y todo cambia en un instante. Ese es el modelo de actividad en casi cualquier faceta del periodismo.

Si hablamos de los nómadas, hay que añadir a eso la soledad. Decía al principio que mi hábitat natural fueron durante años los aeropuertos, y no lo decía con nostalgia. Todavía siento algún sobresalto al pisar una terminal y recordar las horas de angustia que muchas veces pasé allí, solo, sumido en la incertidumbre por lo que venía, en tránsito entre mi vocación y mi obligación, pero con mi mente puesta en lo que había dejado y el temor de no encontrarlo al regreso. Han sido muchas horas de habitaciones vacías, de cenas tristes, de no ver más cara sonriente que la del camarero de un bar y de no escuchar más voz amiga que la de la amable secretaria de *El País* a la que dictabas la crónica. Porque hubo un tiempo en que las crónicas se dictaban por teléfono. Explica todo esto en parte que se atribuya al periodista una personalidad particular y no siempre

sencilla.

He conocido figuras irrepetibles en este oficio, personajes que yo creo que ya no existen. He visto el drama que a veces rodea esta profesión. Imposible olvidar el momento en que nos comunicaron la noticia de que Juan Carlos Gumucio se había pegado un tiro en su casa de Cochabamba, en Bolivia. Conocí por primera vez a Gumucio en el bar del hotel American Colony de Jerusalén, que era el hotel al que iban los periodistas de raza, los que querían vivir el conflicto de cerca, porque estaba situado en el lado palestino de la ciudad y, por tanto, mucho más expuesto a la agitación de la zona. Con barba tupida, pelo negro rizado, fuerte complexión y voz ronca, era el prototipo del arrojo. Además, un tipazo. Era el periodista más famoso de Oriente Medio. Trabajaba entonces para algún medio británico; no recuerdo cuál. Estaba ya entonces divorciado de una periodista del *Sunday Times*, Marie Colvin, una leyenda del oficio, que murió con las botas puestas en la ciudad de Homs, mientras cubría la guerra en Siria. Se hizo una película sobre ella en 2018 titulada *A Private War*, dirigida por Matthew Heineman, en la que Rosamund Pike hace el papel de Marie.

A Juan Carlos le costó siempre en *El País* adaptarse a la disciplina del trabajo diario y a la dictadura del horario de cierre, pero se le perdonaba todo porque era un artista del oficio y bastante lujo era tenerlo a nuestro lado. Un día, de repente, decidió parar y regresar a su tierra en el valle boliviano. Y poco después se fue del todo, a su estilo. También me impactó mucho cuando supe de la muerte de Juan González Yuste, de un infarto, en un hotel de Barcelona, en una pausa entre un viaje y otro. Lo había conocido en Buenos Aires durante la guerra de Las Malvinas y había sido antes el primer corresponsal de *El País* en Washington. Cuando llegué años después a esa misma corresponsalía, todavía estaba la primera silla que Juan había comprado para su escritorio. Mandé repararla y guardarla como reliquia. Todavía estará por allí, si alguien no ha decidido tirarla.

Desgraciadamente, he perdido a muchos compañeros a lo largo de estos años. No voy aquí a mencionarlos uno por uno. Solo pretendo recalcar un aspecto con el que también hay que contar en el periodismo, el desgaste emocional que produce. Tampoco en esto los periodistas tenemos la exclusiva. ¡Qué nos podrían contar médicos, policías, pilotos…! Pero justo es señalar que la imagen frívola que a veces se ofrece en televisión o la versión romántica que nos ha mostrado el cine no son toda la verdad del oficio.

Narcotraficantes

Cuando me enteré de la muerte de Gumucio en Cochabamba traté de imaginar en dónde se habría producido exactamente, qué tiempo haría en ese momento, quién estaría alrededor. Sentí que entendía un poco mejor que otros aquella noticia absurda y terrible por el simple hecho de que yo había estado pocos años antes en Cochabamba. Corresponde aquello a un capítulo de mi carrera que tiene que ver con mis tratos con el narcotráfico. Poco pueden extraer periodistas más jóvenes de esta experiencia excepto la obviedad de que hay que andarse con pies de plomo cuando se pisan ciertos terrenos, pero quizá es bueno saber cómo se siente alguien cuando comprueba que se ha metido en la boca del lobo, en las mismísimas entrañas del monstruo.

«Nadie te garantiza la seguridad si intentas visitar Zinahota, antigua capital de una región turística a la que los cochabambinos iban hasta hace seis años a pasar sus fines de semana». Así empieza una crónica que yo firmaba en *El País* en julio de 1984 desde la región de Chapare, que era entonces el mayor centro de producción de pasta de coca que existía en América Latina. Nunca había estado allí el ejército, la policía o cualquier representante del gobierno. La zona estaba bajo el control exclusivo de los jefes del narcotráfico, que administraban a los campesinos del lugar y dictaban las leyes. Por supuesto, eran grupos poderosos con contactos políticos importantes en La Paz. Uno de ellos fue quien me organizó el traslado hasta allí desde Cochabamba y quien me facilitó un recorrido insólito por las rudimentarias factorías en las que elaboraban el producto que después enviaban a Colombia para la fabricación de cocaína.

Como está algo remoto en mi memoria, creo que es mejor reproducir lo que escribí entonces: «Cualquier campesino de esta región boliviana dispone en su pequeña finca de un primitivo laboratorio para la producción de sulfato de cocaína. Con las hojas de coca que cultiva, el queroseno y algún ácido —que habitualmente suele ser cal—, el campesino elabora la pasta mediante un proceso que recuerda algo al del vino: varias personas pisan durante una noche entera esos tres productos, mezclados en un recipiente de plástico denominado batea. Una vez filtrado, se obtiene una pasta de color blanco verdoso denominada sulfato de cocaína. Casi todos los hombres disponibles de la región han sido en algún momento *patas verdes* —como se les conoce popularmente por el color que adquieren sus piernas al pisar la cocaína descalzos—, a cambio de un salario de unos 40 dólares diarios (unas 6.500 pesetas). Este proceso se está

empezando a mecanizar, aunque todavía de forma muy primaria, y ya se ha introducido alguna *vibrocompactadora*, que probablemente sustituirá en el futuro a los pisadores. La mayor parte del producto elaborado se exporta a bordo de las 10 o 12 avionetas que diariamente aterrizan y despegan de los aeropuertos clandestinos del Chapare. Con dramática frecuencia se dan a conocer asesinatos misteriosos. Siempre son casos que quedan sin esclarecer: cuerpos descuartizados de los que se negaron a convertir su casa en un laboratorio, cadáveres en la cuneta de quienes no pagaron la mercancía».

Por allí me moví durante unos días con el compromiso de no hacer fotos —compré después algunas en La Paz— y, desde luego, de no reportar mi viaje a la policía, cosa que ni pensaba hacer ni hubiera servido de nada porque tuve que hacer el viaje desde Cochabamba con los ojos vendados. Aunque no era fácil hablar con ellos, recuerdo la naturalidad con la que los campesinos cumplían su trabajo, que eso era lo que hacían, su trabajo. Estaban rodeados de gente armada, algo con lo que habían convivido siempre, y sufrían condiciones de semiesclavitud que también les resultaban bastante familiares. Jamás hubieran pensado esos hombres que aquello que ellos elaboraban resultara tan cotizado en Nueva York o Madrid y fuera el motivo de un conflicto político y militar que involucraba a las mayores potencias del mundo.

Quienes sí lo sabían eran otros que recuerdo por el lugar contando y almacenando fajos de billetes para pagar a los campesinos y comprar los insumos. Intuía que la visita al Chapare podría despertar sospechas en La Paz y preferí no hablar de ella con las fuentes políticas de las que disponía en la capital. Yo era amigo en Madrid de un boliviano con muchos contactos en su país, del que había tenido que huir para evitar las represalias de Hugo Banzer, pero donde aún conservaba contactos e influencia. Llegué por tanto bien arropado a La Paz en mi primer viaje para informar sobre uno de sus múltiples golpes de Estado en esa época, un intento de secuestro del presidente Hernán Siles Zuazo. Los golpistas aprovecharon para la ejecución de su plan un viaje al exterior del vicepresidente del país, Jaime Paz Zamora, con quien entablé una amistad que aún perdura. Cuando dirigí *El País* me pidió la publicación de un artículo, a lo que accedí con mucho gusto. A comienzos de los años ochenta sufrió un atentado en el que salvó la vida milagrosamente, pero que le dejó quemaduras graves en su rostro y parte de su cuerpo. Es un hombre íntegro y de izquierdas de quien me consta que ha sufrido mucho al comprobar la deriva que su ideología ha sufrido en América Latina en

los últimos años.

Son complicadas las relaciones entre políticos y periodistas. En ocasiones es inevitable entablar amistad. En el caso que cito, por ejemplo, acabé siendo amigo de Jaime Paz Zamora por la ayuda que Jaime me prestó en circunstancias difíciles, por proximidad afectiva o cultural —su mujer es española y él, un amante de España— en un entorno extraño. Otras veces por la cantidad de tiempo que un periodista llega a pasar con un político, con quien habla por la mañana en busca de novedades, lo encuentra al mediodía en una rueda de prensa y lo vuelve a ver por la tarde en el Congreso. Es inevitable que se creen lazos de afecto, de confianza que, lo queramos o no, acaban viéndose reflejados en nuestras crónicas. Confieso que me hubiera sido muy difícil escribir mal sobre Paz Zamora y de algunos otros con los que me he cruzado en el camino. Afortunadamente, la mayor parte de ellos están fuera de España, pero también tengo algunos amigos políticos en mi país. Como los jueces, lo ideal sería que un periodista pudiera declararse incompetente en algunos casos en los que la necesidad de imparcialidad se estrella con el cariño a un amigo. Como eso no es posible y, con el paso de los años en la profesión, son muchos los amigos que se acumulan, cada cual toma las medidas que estima más apropiadas para solventar ese obstáculo. No estoy seguro, sin embargo, de que estemos haciendo suficiente. Percibo entre el público un disgusto por lo que se aprecia como exceso de camaradería entre políticos y periodistas. Muchas veces esa percepción no se corresponde con la realidad, pero otras, sí.

Mi reportaje sobre el Chapare y mis contactos con Bolivia me convirtieron precipitadamente en un experto en esa región y en el tema del narcotráfico. Entiéndanlo, los periodistas no necesitamos un máster de cada materia para conseguir la especialidad ni sería razonable exigirlo. Un periodista tiene que manejar muchos registros y saltar con destreza de un tema a otro. Así es el oficio. Si es serio, procurará adquirir el conocimiento necesario a través de lecturas y contactos, pero hay que partir de la realidad de que un periodista no es un académico. El hecho es que mi modesta pericia en asuntos de narcotráfico me facilitó el acceso a un abogado en Madrid que se dedicaba a esos asuntos y que a finales de 1984 formaba parte del equipo que defendía a Jorge Luis Ochoa, miembro del cártel de Medellín y socio de Pablo Escobar. Ochoa fue detenido en España junto a Gilberto Rodríguez Orejuela, el jefe del cártel de Cali. El general Noriega me dijo en una oportunidad que fue él quien delató a Ochoa y Rodríguez Orejuela a la CIA y esta la que informó de su

paradero a la policía española.

La captura de Ochoa y Rodríguez Orejuela se convirtió en un problema político mayúsculo en España, porque el gobierno tenía que decidir si eran extraditados a Colombia, su país natal, o a Estados Unidos, donde estaban reclamados por la justicia. No era un dilema menor porque en el primer país se corría el riesgo de su pronta liberación, dadas las circunstancias políticas internas, mientras que en el segundo era segura una larga condena de prisión. Pero, al mismo tiempo, su entrega a Estados Unidos podía ser interpretada por la opinión pública española como una concesión excesiva a Washington de parte del joven gobierno socialista. Finalmente, ambos fueron entregados a Colombia y escaparon de prisión poco tiempo después. Años más tarde, un contable del cártel de Medellín confesó en una investigación que se había pagado un millón de dólares en España para conseguir esa extradición.

Este asunto causó bastante revuelo y yo aproveché el contacto con el abogado que había trabajado en la defensa de los narcos para preparar un reportaje que puse en marcha con muy pocas esperanzas de éxito y que, una vez obtenida la luz verde, se convirtió en uno de los trabajos más emocionantes de mi carrera. Quería ver a Jorge Luis Ochoa, el amigo de Escobar. Sabía que estaba huido y en paradero desconocido desde su fuga, pero imaginaba que no debía de estar muy lejos, tal vez en el mismo Medellín, quien sabe si en su propia casa. El abogado no me garantizó nada, pero me recomendó viajar a Medellín y esperar. Eso hice. Me alojé en un hotel de esa ciudad, comuniqué mi ubicación al abogado y esperé.

En una finca de Envigado

No había estado antes en Medellín, pero me parecía conocerla por lo que hablaba de ella mi amiga, la periodista de televisión española Ana Cristina Navarro, que había nacido allí, y por lo mucho que entonces aparecía ya en las noticias como epicentro del narcotráfico mundial y de la violencia. Esto era 1987 y el cártel de Medellín, del que la familia Ochoa y Escobar eran principales dirigentes, gozaba del mayor poder que haya conocido jamás una banda criminal: tenía recursos económicos ilimitados, poder político, influencia social y una falta de escrúpulos que les permitía imponer su ley como fuera menester. La simple estancia en Medellín en ese momento, la simple consciencia de

que pisaba uno el mismo suelo que aquellos gángster de tanta notoriedad internacional, que se encontraba uno bajo el mismo cielo en el que alguien en ese instante estaba ordenando o ejecutando una matanza, resultaba sobrecogedora. Sin olvidar el temor a que una de las batallas callejeras tan frecuentes le pillara a uno en el medio o a que aquella invitación a Medellín no fuera más que una trampa montada por el abogado para intimidar o deshacerse de un periodista molesto.

Afortunadamente, no fue así. Una mañana sonó el teléfono del hotel para anunciar la llegada en un rato más del eficiente abogado con el propósito de trasladarme a visitar a unos amigos. Llegó puntual y nos dirigimos en su coche hacia el centro de Medellín, donde estacionamos y caminamos unos metros a pie hasta un café en cuyo porche de entrada estaba, rodeado en semicírculo por media docena de hombres en los que apenas me fijé, Fabio Ochoa Restrepo, el jefe de la familia, un hombre de mucho dinero y raigambre en la ciudad. Lucía una guayabera blanca muy elegante y un sombrero panamá que le daba mucha prestancia. Era un hombre ya mayor, pero no viejo, que reposaba su enorme corpulencia sobre un fresco sillón de anea. Fabio Ochoa había estado en prisión en un par de ocasiones con anterioridad; la última de ellas, poco tiempo antes, en 1984, en relación con el asesinato del ministro de Justicia. Se le consideraba uno de los fundadores del negocio del narcotráfico en Medellín, en el que educó y después cedió el mando a sus tres hijos. En ese momento él estaba apartado del primer plano y podía moverse con cierta libertad.

Tras el ritual de la presentación y la explicación, seguramente innecesaria, por parte del abogado sobre los antecedentes que justificaban mi presencia allí, intercambié unas palabras con Fabio Ochoa sobre mis primeras impresiones de Medellín y mi lugar de procedencia en España. Le gustó saber que era andaluz de nacimiento. Al poco rato, él se subió a un vehículo todoterreno de gran volumen y nosotros le seguimos en el del abogado, escoltados por delante y por detrás por otros vehículos de los que no recuerdo más detalles. Sobra decir que me encontraba en un estado de excitación que me impidió vivir el trance con la concentración y el esmero que requería. Salimos de Medellín, pero no tardamos mucho en recorrer los diez kilómetros que lo separan de la localidad de Envigado, donde estaba la finca de los Ochoa, así como la de Pablo Escobar. Nada más cruzar el portón que daba acceso a su propiedad entendí su satisfacción al conocer mi origen: aquello era un pedazo de Andalucía en el corazón de

Antioquía, con mosaicos, geranios y albero por todos lados. La finca estaba dedicada a la cría de caballos y proliferaban por allí hombres afanados en la atención de los animales. Ese era, según ellos, el único negocio familiar. Fabio Ochoa era un gran aficionado a los toros y había hecho construir una plaza en el interior de la finca en la que, de vez en cuando, ofrecía corridas para sus amigos. Palomo Linares fue uno de los toreros invitados. Fue gente del mundo de los toros, entre ellos, según me contaron, Pepe Dominguín, quienes les ayudaron y acompañaron durante los años en los que su hijo Jorge Luis estuvo preso en Madrid, donde compraron una casa, en Pozuelo, para el alojamiento de la familia cuando se trasladaban a visitarlo o seguir su situación judicial.

Jorge Luis no estaba en la casa de Medellín en el momento de mi visita, como tampoco estaban sus dos hermanos, también reclamados por Estados Unidos, Juan David y Fabio. Este último había sido un rejoneador destacado que llegó a torear en España junto a los hermanos Peralta. Sí estaba su madre, doña Margot, que me extendió la mano desde la hamaca en la que se mecía en un patio de la mansión, y sus cuatro hermanas, Marta Nieves, María Isabel, Ángela y Fresia. Paseamos un rato por la finca, comimos ajiaco y hablamos de la situación de su familia, que ellos consideraban injusta. El narcotráfico, desde su punto de vista, era una actividad penalizada por razones económicas, como lo fue en su día el alcohol en Estados Unidos, y mostraban más resentimiento que arrepentimiento por la persecución a la que estaban sometidos, que les impedía, según decían, llevar la vida tranquila y hogareña que ellos querían. No lo podían hacer ahora. Las mujeres se quejaban de que sus hijos no eran admitidos en los colegios locales, por lo que el abuelo tuvo que construir uno propio y contratar sus propios maestros para sus 17 nietos.

Fue una reunión agradable, con gente hospitalaria y cariñosa, tengo que decir, aunque flotara en todo momento en el ambiente la presión del lugar en el que exactamente nos encontrábamos: en Envigado, el centro neurálgico del cartel de Medellín, sentado frente a uno de sus fundadores, Fabio Ochoa, probablemente al lado de los tres miembros del clan más buscado del mundo, que estarían escuchando desde una habitación contigua, y a pocos minutos a pie de la mansión del gran icono universal del crimen organizado, el Al Capone de nuestra era, Pablo Escobar.

Me tocó informar muchas veces desde Colombia de las atrocidades cometidas por Escobar y sus compañeros del cartel de

Medellín. Bombas, asesinatos, secuestros formaban parte de la actualidad diaria en esa época, en la que se empezó a hablar también del nexo establecido entre los narcotraficantes y la guerrilla de las FARC. Unos y otros lo desmentían, entre otras razones porque no existía la menor afinidad ideológica, pero los intereses acabaron confluyendo en la medida en que el narcotráfico necesitaba grandes extensiones de terreno, que las FARC le proporcionaba a cambio del dinero en abundancia que los cárteles de las drogas le suministraban.

Las FARC estaban dirigidas entonces por un personaje anacrónico y singular llamado Manuel Marulanda, alias *Tirofijo*. Había dirigido las FARC desde su fundación, en los años sesenta, y ya antes se conocía su vinculación a la violencia organizada por el Partido Comunista. Era un mito para la izquierda radical, una verdadera pesadilla para la sociedad y una leyenda para todos. Hacía décadas que no bajaba de las montañas, nadie lo había visto sin su uniforme militar. Así es que a las montañas había que ir para encontrarlo.

Organicé el viaje junto a Ana Cristina Navarro, que conocía bien el terreno. El punto de reunión concertado era la casa de madera con tejado de chapa pintada de color verde que los guerrilleros utilizaban en las negociaciones que, tan periódica como infructuosamente, mantenían con el gobierno. Se conocía el lugar como la Casa Verde, en realidad una granja con unos pocos animales y algunos cultivos que servía de reposo legal a los líderes guerrilleros. Aquel día estaba allí el triunvirato al pleno que dirigía la organización: Marulanda, Jacobo Arenas y Alfonso Cano. Los tres han muerto ya, pero en aquel momento existía un duelo por el liderazgo entre los dos últimos. Tirofijo era una figura puramente testimonial y apenas habló durante ese encuentro.

Ese reportaje fue en 1986 y todavía el peso sentimental de los uniformes guerrilleros se hacía sentir en el corazón de un joven reportero español criado en el final del franquismo. Aquellas montañas no eran la Sierra Maestra, pero lo parecían y Tirofijo empezó a ganarse su apodo casi al mismo tiempo que los guerrilleros de Fidel Castro avanzaban sobre La Habana. Nicaragua, Colombia y otros muchos puntos en América Latina habían servido para rememorar las hazañas revolucionarias originadas en Cuba. Pero nada era como en la verdadera Cuba. La auténtica revolución tenía acento cubano. Y la verdadera decepción, también.

Un máster en Cuba

Nada se puede descubrir a estas alturas sobre Cuba. Todo el mundo es ya consciente de que la revolución que Castro capitaneó, y cuyo reflejo aún era visible en 1986 sobre el tejado de chapa que protegía a Tirofijo en Colombia, ha fracasado. Todos sabemos que, como consecuencia de ese fracaso —o, tal vez, como razón— Cuba es una dictadura de la que huye el que puede y, quien no, trata de sobrevivir con una combinación de picardía y resignación. La falta de libertad se extiende también a quienes visitan la isla, autorizados solo a divertirse y gastar o invertir dinero sin hacer preguntas. Y afecta, como es natural, al trabajo de los periodistas extranjeros, que tienen que ingeniárselas para encontrar la realidad tras un relato impuesto por el régimen, y hacerlo con pies de plomo para no arriesgar la acreditación ni poner en peligro a nadie en Cuba. Tan difícil como eso resulta poner distancia frente a la seductora fachada tropical que el gobierno despliega con suma habilidad ante el visitante extranjero.

Cuba es en sí mismo un máster de periodismo. He oído decir en alguna ocasión que México y el Vaticano son las mejores escuelas de ciencia política del mundo porque, si consigues hacer carrera allí, el resto es pan comido. Eso mismo puede decirse de Cuba y el periodismo: si consigues sacar una noticia allí, no hay exclusiva que se te resista en ninguna parte del planeta. El gobierno, más que un obstáculo, es un fabulista; no es que te impida el acceso a la verdad, es que construye a diario decenas de verdades alternativas perfectamente consumibles, más aún si se encuentra con alguien en predisposición ideológica a hacerlo. No existe oposición como tal. Las únicas fuentes críticas al alcance de un periodista son activistas de derechos humanos, de los que, en ocasiones, no puedes tener la certeza de que sean verdaderos opositores y no agentes del régimen plantados con intención de crear confusión. De encontrar a alguien de confianza y en poder de información de cierto valor, el periodista debe evitar a toda costa visitarlo en su casa o entablar una conversación en cualquier lugar público a riesgo de meterlo en serios problemas. No hay, por supuesto, medios de comunicación independientes. Los diplomáticos extranjeros saben, por lo general, poco más que rumores: un chisme que han oído en la fiesta nacional de no sé qué embajada, una ausencia llamativa en la última recepción oficial, poca cosa. En la calle, sí, en la calle se encuentra gente que se atreve a contar sus penurias, incluso algunos que, con gestos y ademanes más que con palabras, no temen señalar a los responsables directos de su precaria situación.

Al periodista no le queda más remedio, por tanto, que cocinar

todas esas versiones parciales, intencionadas y de dudosa credibilidad y, añadiendo su propia visión con el mejor criterio y sentido común, elaborar una historia que se aproxime a la realidad. Me tocó cubrir la visita de Gorbachov y resultó fácil porque, por una vez, la cortesía obligada, aunque hipócrita, del gobierno ante el líder de la Unión Soviética, se correspondía con el entusiasmo popular ante los cambios que esta vez se prometían desde Moscú. Como siempre en Cuba, los discursos —lo que decían, lo que medio decían y lo que omitían— eran lo más importante.

Los grandes discursos en las grandes celebraciones son parte de la historia de Cuba. Nunca conseguí entrevistar a Fidel Castro, a quien conocí en algunos actos y con quien hablé brevemente solo en una ocasión, durante una recepción en la embajada de Francia, coincidiendo con los días en los que se celebraba el juicio del general Ochoa. Nadie se atrevía en los corrillos a plantearle ese tema. Cuando lo hice yo, se volvió hacia mí con una sonrisa y se limitó a comentar que todo iba muy bien y que los jueces estaban trabajando mucho y con acierto. Ochoa era el general al que habían detenido bajo la acusación de corrupción, narcotráfico y enriquecimiento ilegítimo. En el juicio, confesó su supuesto crimen —«creo que traicioné a la patria y la traición se paga con la vida», dijo ante el tribunal— y fue fusilado junto a tres de sus compañeros. El proceso fue una farsa del principio al final, con preguntas como «¿qué quería decirle usted al pueblo viajando en una moto tan cara?» y sin la más mínima posibilidad real de defensa por parte de los acusados. Pero Ochoa, un héroe oficial de las guerras en África, ganó el juicio en la calle, donde era apreciable la admiración que había despertado y la rabia que produjo su muerte. Por primera vez se vieron en algunos muros de La Habana pintadas hostiles al régimen, un simple 8A.

La cobertura diaria del juicio era frustrante porque equivalía a repetir una sarta de mentiras con conciencia plena por parte del periodista de que eran mentiras, pero sin instrumentos ni información para rebatirlas. Esta es una situación bastante frecuente en la profesión, la transmisión de declaraciones o documentos sobre los que el periodista tiene la convicción de que no se corresponden con la realidad, pero carece de datos para demostrarlo. En Cuba no había mucho margen para presionar por la verdad, pero en una democracia sí. En una democracia el periodista debe agotar todos los recursos para comprobar si la información oficial se ajusta a los hechos. Si lo consigue, lo mejor sería facilitar al público las dos versiones explicando el origen de ambas. Si, después de todo, resulta imposible

encontrar una versión que desmienta la oficial, creo que es nuestra obligación informar de esta última, aun con todas las reservas que pueda generarnos.

En Estados Unidos, los medios discutieron mucho sobre este asunto durante la presidencia de Donald Trump. Era bien conocida su propensión a ocultar la verdad con bruscas descalificaciones, construir verdades alternativas o, incluso, descalificar a sus adversarios con calumnias y difamaciones. Durante mucho tiempo, los periodistas reprodujeron al milímetro sus palabras, al principio con una insistencia y tratamiento desmesurados. Una vez en la presidencia, sus mentiras y manipulaciones acabaron por incomodar a los encargados de la cobertura de la Casa Blanca, que decidieron hacerle frente y se negaron a reproducir aquellas declaraciones de Trump de cuya falsedad creían tener constancia. Los principales periódicos y televisiones, entre ellos *The New York Times*, *The Washington Post*, la CNN y la NBC, rechazaron reproducir en directo algunas conferencias de prensa o comparecencias del presidente, advirtiendo al público que lo hacían para prevenir la difusión de mentiras. En otras ocasiones, la declaración de Trump iba acompañada de una nota aclaratoria sobre todas las frases en las que, de acuerdo a la investigación periodística, había distorsionado la realidad o mentido abiertamente.

Cada colega puede tener un punto de vista sobre esta práctica. No hay una norma ética indiscutible al respecto. El mío es que los compañeros de Estados Unidos se excedieron. Creo que el periodismo norteamericano cruzó el límite de sus responsabilidades al arrogarse el derecho de decidir qué información ponían al servicio del público. Entiendo que en una democracia madura, como las de Estados Unidos o España, los lectores y espectadores tienen capacidad y recursos a su alcance para comprobar si una información oficial es cierta o no, al menos disponen de instrumentos para poder hacerlo. Por lo demás, no somos fiscales ni nos corresponde limitar la libertad de expresión de otros o censurar sus discursos, incluso cuando intentan mentir. Un funcionario público tiene el deber y el derecho de comunicarse con los ciudadanos y tiene el derecho a hacerlo a través de los periodistas. Los periodistas no tenemos el monopolio de la verdad ni podemos garantizar que solo nuestra versión es la cierta. Por último, creo que la mejor prueba de que esa práctica de cuidado preventivo de la verdad era incorrecta es que ha dejado de hacerse bajo la presidencia de Joe Biden.

En Cuba no hay periodistas propiamente dichos porque el ejercicio del periodismo exige la existencia de una democracia liberal

o, como mínimo, de una dictadura que deje espacios de libertad. No es ese el caso de Cuba. Toda la información está bajo el control del ministerio que lleva ese nombre, y cualquier periodista está sometido a las reglas que ese ministerio marque. Los periodistas locales lo saben de sobra y actúan en consecuencia. Los extranjeros mantienen un pulso constante con la autoridad, en el que los primeros ganan a veces pequeñas batallas, pero en el que el gobierno siempre acaba ganando la guerra. Asistí a la expulsión de varios periodistas de Cuba. En los años ochenta, cinco corresponsales de la agencia AFP tuvieron que dejar el país sucesivamente por orden del gobierno.

A mí me tocó hacerlo en mayo de 1991 tras la publicación de un reportaje sobre la prostitución, oficialmente inexistente en Cuba, pero en realidad abundante y miserable, como cualquier turista ha podido comprobar. Era una historia que le robaba el título a una canción de Silvio Rodríguez, «Flores de la Quinta Avenida», y que incluía afirmaciones tan inaceptables para el gobierno como que muchos jóvenes «están dispuestos a cambiar su lealtad revolucionaria por un buen par de zapatos». Al funcionario encargado eso le pareció de mal gusto, me conminó a dejar la isla en el primer avión y, para mi desgracia, no he regresado.

Conservo, sin embargo, grandes obsequios de Cuba, un país inolvidable, de esos que se te meten en la sangre y se quedan para siempre. El mejor de todos ellos es la amistad de Juan Jesús Aznárez, que fue el corresponsal de la Agencia Efe en La Habana durante todos aquellos años y a quien después yo ayudé a entrar en *El País*. Uno de los periodistas con mejor prosa y más talento que conozco, Aznárez posee el carácter idóneo para moverse entre los laberínticos pasillos de la política de Cuba y la paciencia necesaria para soportar las visitas intempestivas de los funcionarios del régimen a cambio de unas migajas informativas.

Juntos, Aznárez y yo, cortejamos a Luis Báez, el agente con credencial de Prensa Latina, que nos facilitaba al menos una interpretación que echarnos a la boca mientras él devoraba a dos carrillos el jamón que Aznárez se hacía enviar desde España. Algún purista puede llamarle a esto soborno, pero no lo era. Nunca he sobornado a nadie a cambio de información ni he pagado nunca por una noticia. No juzgo a quien lo haga. Cada periodista tiene su historia, la casuística es muy variada porque son muchas las circunstancias en las que un profesional puede llegar a verse para obtener información. En Cuba, nosotros estábamos muy necesitados de información y nuestras fuentes, de comida. Una cosa por la otra, sin

darle más vueltas al asunto. Diferentes son los casos de personas que sacan a subasta la información que poseen. Es más frecuente en las revistas y los medios que abordan los espectáculos y la información que llamamos del corazón, pero también ocurre con la información política, con fotos y datos difíciles de obtener. No me opongo por principio a esa práctica, pero es recomendable reducirla al máximo y cerciorarse bien de la calidad de lo que se compra. En todo caso, siempre es un riesgo publicar la información cuyo origen no se conoce del todo. No hay mejor garantía de veracidad que el reportaje obtenido por un periodista con su propia tenacidad y criterio.

La información sobre Cuba tiene habitualmente el contrapeso de Miami. Yo intercalé algunas visitas a la isla con otras a la comunidad cubana en el sur de la Florida. El relato oficial es igualmente fantasioso, la manipulación y la distorsión de la verdad no se alejan mucho de lo que ocurre en La Habana. La única ventaja es que en Miami las posibilidades de un periodista para contrastar versiones son mayores. El núcleo duro de la oposición cubana en Miami vivía en una realidad paralela, no muy distinta a la de Fidel Castro y los suyos, pero también era posible encontrar gente prudente y cargada de buenas intenciones, como Carlos Saladrigas, que empleó muchísimo tiempo y dinero en buscar un final pactado a la dictadura en Cuba.

El plan de Saladrigas sonaba tan atractivo que fue una de esas veces que el periodista siente la tentación de ir más allá, de echar una mano. No lo hice y, como era de esperar, a la postre ese proyecto, crecido en torno al centro Cuba Study Group, demostró ser tan hermoso como inviable. No obstante, durante un tiempo mantuve contacto con él, lo entrevisté y reproduje información que me facilitaba. El asunto debió llamar la atención de quienes lo vigilan todo desde La Habana porque, en uno de esos artículos larguísimos que publicaba Fidel Castro en la portada de *Gramma*, mencionó mi nombre y mi relación con Saladrigas, antes de cargar furiosamente contra él, de quien recuerda que es hijo de un exprimer ministro de Cuba en los años cuarenta.

Cuba, como escuela de periodismo, es un gran aprendizaje para controlar las emociones y distinguir la realidad en un laberinto de pasiones. Es imposible aproximarse a Cuba sin un criterio previo. Tengas la edad que tengas, pero más aún si has rebasado el medio siglo de vida, Cuba es uno de esos temas a los que un periodista español llega en posesión de un prejuicio. Es, por tanto, el lugar ideal para combatirlos. A mí me resultó muy útil. Ya había sido capaz antes de contar que había corrupción en la Nicaragua sandinista. Poder

escribir después que había una dictadura en Cuba resultó enormemente liberador para poder asomarme al resto de mi carrera con los ojos abiertos y la mente despejada.

VII
EL PIANO DE TRUMAN

En el último piso del National Press Building, en la confluencia de las calles 14 y F, en pleno centro de Washington D. C., se encuentra uno de los locales más emblemáticos de la ciudad, el National Press Club. Allí, en la esquina de una pequeña sala con chimenea, amueblada con sofás de cuero beige, se conserva un piano que nadie se atreve a tocar. Está apoyado en una pared sobre la que cuelga una foto del presidente Harry Truman, feliz, aporreando con energía sus teclas, mientras, recostada sobre el instrumento, le acompaña, con un espectacular despliegue de piernas y media sonrisa, la actriz Lauren Bacall. La foto fue tomada en febrero de 1945, poco antes de que Truman, entonces vicepresidente, fuera ascendido a la presidencia tras la muerte de Roosevelt. Desde sus años como senador, Truman era un asiduo del bar del National Press Club, como lo eran la mayoría de los políticos de su tiempo y otra mucha gente de influencia y poder que proliferan en una ciudad como Washington. Con Lauren Bacall, en cambio, se hizo una excepción aquella noche porque las mujeres tenían entonces prohibido el acceso al club.

Fundado a comienzos del siglo XX, cualquiera que quisiera labrarse un futuro en Estados Unidos o evitar problemas innecesarios tenía que acudir el National Press Club para entenderse con los periodistas que allí pasaban las horas muertas entre vasos de *whisky* despellejando sin piedad a cualquier incauto disponible. Frank Capra capturó a la perfección esa realidad en una escena de su película *Mr. Smith Goes to Washington* en la que James Stewart, senador novato y sin formación, irrumpe enojado en el bar del Club para reprochar a sus socios el ensañamiento con el que tratan en sus crónicas sus bienintencionadas pero torpes iniciativas políticas. «¿Por qué no dicen por una vez la verdad?», les reprocha el protagonista entre las risotadas de aquellos

viejos zorros del oficio, que le responden, con cinismo, que ellos no están allí para elogiar la honestidad de los políticos sino para exigirles competencia en el desempeño de su labor. Stewart aprende la lección y, desde ese momento, se esfuerza por conocer a fondo la legislación y los instrumentos políticos que le permitan sacar adelante sus propuestas.

Era un tiempo en el que los periodistas de Washington tenían literalmente la sociedad a sus pies. A medida que la influencia de Estados Unidos creció tras la Segunda Guerra Mundial, aumentó también el poder de ese reducido club acreditado en la capital del nuevo imperio y, junto a senadores y presidentes, desfilaron por el último piso de la esquina de 14 y F mandatarios extranjeros y reyes de todo el mundo. Washington se convirtió en el centro de la Tierra y estar allí permitía ser testigo, aunque fuese en segundo, tercero o cuarto plano, de los principales acontecimientos de la actualidad. Cualquier noticia producida en alguna parte del mundo encontraba eco en el ala Oeste de la Casa Blanca y entre las columnas del Capitolio. Ser corresponsal en Washington significaba llegar a la cumbre, codearse con los mejores del oficio, asistir en directo a la discusión de las leyes por las que se regía la Humanidad. Si hablaba Washington, todos callaban, lo que equivalía a decir que el corresponsal en Washington tenía prioridad sobre cualquier otro.

Ser corresponsal en Washington había sido, por supuesto, un sueño desde que empecé a leer, con el diccionario al lado, los números semanales de *Time* aún en el instituto. Y lo fue más a medida que me iba cruzando con colegas y amigos que habían pasado por allí o aspiraban a hacerlo. Paco Basterra, que me llevó a *El País*, había sido corresponsal en Washington. Lluís Foix, a quien aprendí a admirar en Buenos Aires, había sido corresponsal en Washington. Foix recuerda que su llegada a Washington, tras haber sido corresponsal en Londres, significaba «el acceso al poder real mientras que en Inglaterra se vivía de un poder que ya era residual». Después de haber recorrido medio mundo contando historias de paso, con un conocimiento rápido y superficial, llegar tan pronto a Washington —cosa que debo a la audacia del director de entonces, Joaquín Estefanía, a quien siempre estaré agradecido—, significaba un antes y un después en mi carrera. Recuerdo como si fuera ayer un momento del recorrido por un pasillo del monumental aeropuerto O'Hare de Chicago, vestido con traje y gabardina, después de tantos años de atuendos ligeros para recorrer Centroamérica, en el que tomé conciencia exactamente de dónde estaba y grité para dentro: «*¡The Master of the Universe!*».

Estados Unidos puede ser un destino tedioso para otros colegas, y Washington una ciudad desapacible y un lugar aburrido para trabajar. He conocido a muchos que nunca tuvieron el deseo de ser corresponsales allí o lo fueron y lo dejaron en cuanto les fue posible porque jamás se hicieron a la rutina de las ruedas de prensa diarias y las dificultades de acceso a las fuentes, o bien no consiguieron congeniar con una ciudad que hasta hace poco tenía una vida urbana escasa y muy diferente a la europea. No es mi caso. Desde el primer paseo que me ofreció, con su habitual derroche de entusiasmo, Albert Montagut, que era corresponsal en Estados Unidos para *El País*, me enamoré de Washington y supe que sería un sitio en el que lo pasaría muy bien. Mi prioridad era entonces la profesión, y estaba claro que, en ese terreno, mi paso por Washington valdría la pena. Pero, también en el ámbito personal, que entonces me importaba menos, encontré con el transcurso de los años muchos motivos para que Estados Unidos sea hoy mi segundo país —seguido, por este orden, por Chile, México y Colombia— y Washington, mi segundo hogar.

Durante algunas semanas, mi principal ocupación en Washington se llamaba Carlos Mendo. Yo había ido a sustituirlo porque él había decidido regresar a España después de dos años en Estados Unidos. Montagut se quedó conmigo y me ayudó mucho en mis comienzos. Era un periodista cargado de ideas que triunfó después por todo lo alto en Barcelona. Sustituir a Mendo con solo treinta y cuatro años suponía, más que un reto, una osadía. Mendo lo había sido todo en el oficio. Como contaba anteriormente, había sido incluso director *in pectore* de *El País*. Conversar con él consistía más bien en escucharle, lo que yo hacía con mucho gusto y provecho. Me dio algunas orientaciones para moverme por la ciudad, pero sobre todo, acertó a trasladarme su mística. Supo transmitirme el significado de estar allí y el alcance de mi responsabilidad como corresponsal de *El País* en Washington. Como dice Lluís Foix, los corresponsales somos como embajadores de nuestro periódico en un país. Y yo era nada menos que embajador de *El País*, lo que, desde mi punto de vista, me obligaba a estar a la altura, no solo con mi trabajo, sino también con mi apariencia. Acudía a diario con corbata a una excelente oficina en el National Press Building, algo que ningún otro periodista español se podía permitir. Conseguí, después de pelear bastante, una acreditación para entrar cuando quisiera a la sala de prensa de la Casa Blanca, lo que tampoco estaba al alcance de cualquiera. Había visto esa sala en mil películas, pero la primera vez que estuve dentro me pareció poca cosa, pequeña y desorganizada, con los cables de televisión tirados por

todas partes, y los periodistas y técnicos comiendo a cualquier hora y en cualquier posición.

Las ruedas de prensa, en cambio, se atenían escrupulosamente a un ritual que se cumplía desde años atrás. Yo me sentaba siempre al fondo de la sala, como correspondía a mi posición en aquella sociedad restringida y brutalmente jerarquizada, y rara vez se me concedía la oportunidad de hacer una pregunta, solo muy al final de la sesión y con personajes de segunda fila. Años después se fueron relajando las costumbres, pero en aquellos comienzos de los noventa, la verdad es que un periodista español no significaba gran cosa en Washington y apenas se visualizaba su presencia en el imponente e insigne White House Press Corp.

Una cura de humildad

Acostumbrado a que el nombre de *El País* abriera puertas, no solo en España, sino también en Europa y América Latina, resultó un golpe duro comprobar que apenas servía para conseguir acceso a la segunda división de las fuentes políticas en Washington. Ya me lo habían advertido mis antecesores, pero igual fue difícil acostumbrarse a la necesidad de deletrear el nombre del periódico en cada llamada de teléfono o a explicar a la mayoría de los interlocutores que hablaba en nombre del periódico más leído de España. Después, aprendí algo del pragmatismo y desenvolvimiento de los americanos y me limité a presentar mi periódico como el *New York Times* de España, lo que resultó mucho más eficaz.

La dificultad de acceso a fuentes propias hacía casi imposible la obtención de exclusivas y dificultaba también la elaboración de historias de peso. Siempre quedaba el consuelo de un reportaje de vez en cuando en el que, ahí sí, era posible hablar con la gente involucrada, porque los americanos suelen ser extrovertidos y locuaces, así como con expertos y académicos, que exponían teorías originales y situaban brillantemente los hechos en su contexto. ¡Qué útil es esa ayuda académica para los periodistas! ¡Qué lástima no contar con ella en España!

La noticia política diaria surgía, sin embargo, en las ruedas de prensa —en la Casa Blanca, el Departamento de Estado y el Pentágono — o aparecía ya impresa en la portada del *New York Times* o el *Washington Post*. Yo tenía siempre al alcance en el cajón de mi

escritorio los libritos editados por varias universidades con la lista de sus profesores divididos por la materia de su especialidad y los números de teléfonos en los que poder comunicarse con ellos. Los recursos a mi disposición en Washington ayudaron a mi crecimiento como periodista de análisis. Pero, al mismo tiempo, me alejaron del reporterismo en directo del que había disfrutado tanto hasta aquel momento.

Esta es una de las grandes controversias del periodismo: ¿qué vale más, la información obtenida de primera mano o el análisis escrito en un cómodo despacho? Manolo Alcalá aborrecía a los segundos, pero lo cierto es que se trata de dos facetas necesarias y complementarias. El asunto, creo yo, no consiste en sobrevalorar el reporterismo y desestimar el análisis, sino en comprobar la calidad de cada cual. El reporterismo puede hacerse con tal ligereza y artificiosidad que quede convertido en mero espectáculo, así como el análisis puede no ser más que un refrito.

No sé si los lectores que no sean periodistas caerán de inmediato en el significado de la palabra refrito, pero quien sea del oficio la conoce bien y, muy probablemente, la ha sufrido con frecuencia. En sustancia, para los neófitos, hacer un refrito consiste en darle la vuelta a una información ya publicada para hacerla parecer nueva y publicarla en otro medio. Todos los periodistas lo hemos hecho alguna vez, en la redacción, con una nota de agencia, con una noticia de la competencia de la que era imposible prescindir. Ha sido hasta ahora un mal asumido y asumible en la profesión. Me temo que los hábitos impuestos por las nuevas tecnologías, unidos a la escasez de recursos de las empresas, han ayudado a extender ese mal hasta proporciones que deberían ser motivo de preocupación en el oficio.

Tuve que escribir bastantes refritos en Washington. Hubo días en que la actualidad estaba tan imperiosamente marcada por la primera página del *Post* o el *Times* que era inútil resistirse a la presión de la central en Madrid para escribir sobre aquello que ya estaba publicado. Siempre he tratado de hacerlo de la forma más digna posible, incorporando algo de mi propia cosecha, los antecedentes y el contexto que hicieran la noticia más comprensible para el lector español. Pero no dejaban de ser refritos. Mi tendencia, como la de cualquier periodista, era la de dedicar mi tiempo a un reportaje, a una historia que no aparecía en el *Times*, pero que *El País* pudiera presentar como propia. Sin embargo, hay que tener en consideración otros valores. Un buen periódico de información general no puede permanecer ajeno a la actualidad dominante, puesto que, aunque vaya

cargado de grandes reportajes, priva al lector del conocimiento de hechos de los que necesita estar al tanto. Eso exige en ocasiones el sacrificio de un periodista que tiene que renunciar a la exclusividad de su historia para refritar otra que no le pertenece originalmente. Entre otras virtudes, los periodistas solemos estar guiados por un sentido feroz de la competencia que nos hace de difícil digestión el reconocimiento del éxito ajeno.

El refrito empieza a ser una grave distorsión del periodismo cuando su uso por parte de un medio o una redacción se hace mayoritario o exclusivo, cosa más frecuente en la actualidad. Cuando yo llegué a Washington en 1991, escribía como mucho una noticia al día, a veces ninguna. Hoy cualquier corresponsalía en esa ciudad hace media docena de noticias diarias, a veces más del doble. Es imposible alcanzar esas cifras sin recurrir constantemente a los refritos. Los periódicos se están convirtiendo en máquinas de producir noticias, a toda velocidad, sin orden ni criterio, y los periodistas en meros transcriptores y técnicos que se limitan a colocar en los editores digitales el material que se les reclama antes de ponerse inmediatamente con otro, como en una cadena de montaje.

Antes de la revolución digital, los medios se dividían en aquellos que primaban la inmediatez (radio y agencias de noticias) y los que se ocupaban de jerarquizar y contextualizar de forma más reposada la información (los periódicos y revistas). La televisión ocupaba un poco el espacio de ambos. Internet situó a todos al mismo nivel. Ahora todos compiten en rapidez y en volumen, puesto que la audiencia de cada uno está condicionada por el número de historias que publica.

Un día en la vida de un corresponsal hace años comenzaba con la lectura pausada de los periódicos, seguía con la asistencia a algún evento político noticioso, continuaba en un almuerzo con una posible fuente informativa y culminaba por la tarde en la oficina con unas llamadas telefónicas y la redacción final de una crónica de estilo personal y, habitualmente, de libre elección. El día de un corresponsal hoy está casi íntegramente entregado a cumplir las peticiones de la redacción central, que suelen ser múltiples, variopintas y, normalmente, influidas por lo que ya han leído en otros medios de comunicación.

Como tampoco hay dinero, los viajes se limitan al máximo y se realizan en condiciones precarias, lo que también reduce el arco de historias propias al que un periodista puede acceder. Una de las grandes ventajas de ser corresponsal en Washington era la de poder viajar con el equipo de prensa de la Casa Blanca en las giras del

presidente de Estados Unidos. Era un privilegio al alcance de unos pocos corresponsales que podían permitírselo, tanto porque sus empresas disponían de recursos para afrontar los gastos, como porque pertenecían a medios que daban la suficiente relevancia a la información internacional como para hacer ese sacrificio económico. Guardo un recuerdo agridulce de esos viajes: dulce porque permitían asistir de cerca al despliegue de la maquinaria de la política norteamericana en todo su esplendor y grandeza, pero también agrio porque se acentuaba en esos viajes el aire clasista de la prensa norteamericana de élite. La competencia habitual entre colegas, necesaria e inevitable, adquiría allí un nivel casi homicida que convertía aquellos días de convivencia en una verdadera pesadilla. Por lo que sé de otros compañeros, esta es una circunstancia exclusiva de los medios en Estados Unidos que no se reproduce, al menos en ese grado, en otros países.

Air Force One

En todo caso, los viajes con la Casa Blanca representaban un extraordinario aliciente profesional. Desde la llegada a la base de Andrews, en Maryland, normalmente a una hora intempestiva, para coger el primer avión, hasta el regreso a ese mismo punto días después, formaba uno parte de una verdadera burbuja de la que no se podía salir jamás y en la que cada movimiento estaba estrictamente programado y calculado por los servicios de seguridad. Quien haya viajado en cortejos oficiales en alguna ocasión sabrá a lo que me refiero, con la diferencia de que en el caso de Estados Unidos el rigor en la aplicación de las medidas de control llega a ser asfixiante.

Viajar con la Casa Blanca no equivale a hacerlo a bordo del Air Force One, el avión del presidente. Solo un grupo reducido lo hace: normalmente, los representantes de una agencia de noticias, un periódico, una radio y un canal de televisión que constituyen lo que se llama un «pool», un equipo que suministra información al resto de los compañeros de viaje. Solo un periodista acreditado para ese recorrido está autorizado a usar como propia la información procedente de ese «pool». Digamos que, con el precio del billete del avión que nos llevaba por delante del Air Force One pagábamos también por ese derecho.

Todo era precipitado y urgente. Llegabas a un país, te lanzabas

sobre las mesas previamente dispuestas para el trabajo, conectabas el ordenador y empezabas a procesar la información que te habían facilitado en el avión, a la espera de la aparición del presidente para completar la crónica. Inmediatamente después, había que recoger con rapidez el equipo para subir a tiempo al autobús hacia el aeropuerto para abordar el avión con rumbo a otro país. Fueron tantos países y a tanta velocidad que algunos ni los recuerdo.

Viajé con tres presidentes de Estados Unidos: George Bush hijo, Bill Clinton y Barack Obama. El anecdotario es tan extenso que es mejor dejarlo para otra ocasión. Solo voy a destacar, del primero de ellos, el encuentro que mantuvo con Lula en Brasilia en 2007, del que me llamó la atención el derroche de elogios y de muestras de afecto que el presidente brasileño dedicó, para sorpresa de todos los que nos encontrábamos allí, a quien se suponía que era su antagonista ideológico.

Me impactó en su día y adquiere mayor significado ahora la visita en la que acompañé a Bill Clinton a Kiev en 1995, que entonces servía como gesto de agradecimiento a Ucrania por haber desmantelado el arsenal nuclear que le quedó de la Unión Soviética y del que devolvió voluntariamente 350 cabezas nucleares a Rusia. «Este es un país muy importante desde el punto de vista estratégico para el futuro de Europa central. Nuestra relación con ellos y su fortaleza e independencia son muy importantes. Una Ucrania segura, estable y próspera puede convertirse en un gran generador de democracia para Europa central y en un gran socio económico para Estados Unidos», dijo entonces Clinton; unas palabras que explican mucho de lo ocurrido después.

El más inolvidable de los viajes con Obama fue el que hizo, antes siquiera de ser presidente, a Berlín, cuando la obamamanía estaba en su furor en todo el mundo y el carismático líder fue capaz de reunir a decenas de miles de personas en junio de 2013. «Vengo hoy aquí, a Berlín, para decir que la complacencia no es el carácter de las grandes naciones. Hoy las amenazas no son tan espantosas como eran hace medio siglo, pero la lucha por la libertad, la seguridad y la dignidad humana, esa lucha, continúa. Vengo hoy aquí, a esta ciudad de esperanza, porque las pruebas a las que nos somete nuestro tiempo exigen el mismo espíritu de lucha que definió a Berlín hace medio siglo», recitó Obama.

Es sabido que Obama fue un extraordinario orador, aunque lo cierto es que su presidencia dejó, después de ocho años, un saldo más bien regular. Fuera de los progresos hechos en la mejora del sistema

sanitario, claramente insuficientes, no queda de su paso por la Casa Blanca una memoria de grandes realizaciones. Su política exterior fue, acorde con sus mejores cualidades, excesivamente retórica, y cometió errores groseros como el de la intervención en Libia sin un plan de salida y, sobre todo, el de dejar Siria en manos de Rusia por su falta de respuesta en el momento adecuado.

Eso lo digo ahora, con la perspectiva de los años, pero reconozco que, en su momento, yo también caí bajo el embrujo de Obama y se puede observar en mi trabajo de esos años una tendencia a justificar sus errores y magnificar sus aciertos. La figura era cautivadora y el mejor momento de contemplarla de cerca era, precisamente, en los viajes de la Casa Blanca. Me gustaba sentarme cerca en las ruedas de prensa y prestar atención a todos los detalles, como el de sus agentes de seguridad sustituyendo los vasos de agua que le ponían en cada lugar junto al podio por otros que ellos traían en sus maletines con agua de Estados Unidos. Tuve ocasión de conversar con él algunas veces, siempre en un grupo con otros periodistas. Después de varios intentos infructuosos, accedió finalmente a concederme una entrevista que contestó por escrito.

Muchas veces el lugar en el que más noticias se obtenían en los viajes de la Casa Blanca era en la cabina del avión entre dos etapas del recorrido. Ahí había oportunidad de acercarse a los colegas que habían viajado antes en el Air Force One o que habían mantenido alguna conversación privada con algún alto funcionario. No era fácil hacerlo con los norteamericanos, que solían mirarte desde lo alto de su pedestal, cuando te miraban, porque los representantes de los medios más destacados de Estados Unidos se sentaban en la cabina de primera clase, mientras que el resto lo hacíamos en la de turista. Era más sencillo con los ingleses y, desde luego, con el resto de los europeos. Recuerdo, ya con humor, algunos detalles ridículos de colegas americanos, como aquel que me preguntó la hora para, dudoso de mi credibilidad al comprobar mi acento, volvérsela a preguntar acto seguido a uno de sus compatriotas para cerciorarse de que yo le había dicho lo correcto. Si, ni para saber la hora confiaban en un extranjero, ¡cómo iban a seguir mi consejo cuando les recomendé los mejores lugares para comer en una de nuestras escalas en Madrid! Esa noche acabaron yendo al Hard Rock Café.

Quienes no solo sí atendían mis consejos en Madrid, sino que colaborábamos y nos hacíamos compañía en todo momento eran los colegas de los medios italianos. Ellos eran un clan de seis o siete medios al que yo me sumaba y en el que me hacían sentir en casa. En

los últimos años llegué a entablar una buena amistad con dos de ellos, Mario Calabresi y Maurizio Molinari, de quienes ya he hablado, y a quienes, poco después de que me nombraran director de *El País*, nombraron, respectivamente, directores de *La Repubblica* y de *La Stampa*. Calabresi dejó la dirección a los pocos meses de que yo lo hiciera para ser sustituido, precisamente, por Molinari. Pasamos muy buenos ratos juntos en esos viajes y volví a verlos a ambos en nuestras nuevas responsabilidades posteriores. Con Calabresi compartimos información sobre la renovación que cada uno de nosotros estábamos llevando a cabo en nuestros respectivos medios.

La vuelta a Washington después de cada uno de esos viajes constituía un alivio. Retomar la rutina del despacho en el National Press Building representaba una magnífica alternativa al ajetreo y los nervios de las giras presidenciales. Había descubierto el valor del periodismo de despacho. Después de muchos años de constante vagabundeo, había descubierto el mérito del periodismo reposado y consistente que se puede hacer con un teléfono, un ordenador y un escritorio. Redactar crónicas complejas y sesudas, reportajes largos y construidos meticulosamente durante días, entrevistas cuidadas, esa era otra forma de hacer periodismo que consiguió atraparme y a la que dediqué ya casi el resto de mi carrera. Aquel despacho sirvió también para dar mis primeros pasos como jefe de un equipo, al principio muy reducido. Estaba conmigo José Manuel Calvo, que llegó como corresponsal de la Ser e hizo ese puesto compatible con su dedicación a *El País* cuando se fue Montagut. La oficina creció en mi segunda etapa en Washington, pero esa primera experiencia al frente de una delegación resultó muy útil para lo que me esperaba en el resto de mi carrera.

El Newseum

El último día del año 2019 cerró sus puertas definitivamente el Newseum, el único museo del mundo dedicado al periodismo y los medios de comunicación. Era un edificio imponente de siete pisos en la mejor calle de Washington, en la avenida Pennsylvania, casi a mitad de trayecto entre la Casa Blanca y el Capitolio. Se había trasladado allí en 2008 desde su ubicación original en Arlington (Virginia) con el propósito de codearse con las grandes instituciones museísticas que abundan en esa zona, la National Gallery, el National Museum of

American History o el National Air and Space Museum. La prensa americana merecía estar allí, junto a otras grandes proezas del país: la guerra de independencia, la expansión al Oeste, la conquista del espacio, el arte contemporáneo. Merecía estar allí porque la prensa americana ha ido avanzando a la par que la sociedad y creciendo hasta lo más alto a la par que Estados Unidos se convertía en la superpotencia mundial.

La prensa estuvo presente en la mente de los Padres Fundadores (editor de periódicos uno de ellos, Benjamin Franklin, tal vez el más lúcido de todos) al redactar la Constitución que consagró la libertad para publicar lo que se quisiera. La prensa caminó junto a los pioneros que iban asentando territorios nuevos y engrandeciendo la nación. Uno de los personajes más repetidos en los buenos wéstern es el del periodista que se deja matar para defender la independencia de su modesto diario. La prensa participó en las mayores batallas que tuvo que librar el país: el 6 de junio de 1944 Robert Capa estaba con su cámara Leica junto a las tropas que desembarcaron en Omaha Beach, en Normandía. Y cientos de periodistas presenciaron los sangrientos combates en las selvas de Vietnam y escribieron, fotografiaron y filmaron las escenas que estremecieron al público americano y, en última instancia, obligaron a parar esa guerra.

El periodista americano de un gran medio nacional goza de una posición social respetable, gana un buen sueldo y puede codearse en estatus con cualquier otra profesión liberal. A cambio, se atiene a un código de conducta muy estricto. No se le permite participar en manifestaciones políticas o de cariz político. Mientras pertenece a la plantilla de un medio, debe actuar en redes sociales de acuerdo a las normas que ese medio marque. En conferencias y cualquier acto público está obligado a guardar respeto a todas las ideas, sin expresar las suyas de forma que comprometa su imagen de imparcialidad ante los lectores. Antes de llegar a ocupar un puesto destacado en un medio relevante, un periodista americano recibe, por lo general, buena formación en un centro académico de primer nivel y un largo entrenamiento en el medio que lo contrata. Hasta hace pocos años, cualquier periodista del *New York Times* era obligado a pasar dos años en la sección de local antes de ocupar ninguna otra posición, bajo la filosofía, que comparto, de que un periodista que no sabe contar un incendio en el Bronx, malamente podrá contar la guerra en Ucrania.

Sí, la prensa americana merece un espacio, sin duda, en el Mall de Washington, donde se rinde homenaje a los símbolos nacionales. Por eso, el cierre del Newseum fue un mazazo para las aspiraciones

del periodismo y una señal de que tal vez había comenzado un inexorable declive. Era 2019. Los periódicos luchaban, con mayor o menor éxito, según el caso, por impulsar sus plataformas digitales para tratar de compensar las brutales pérdidas por la reducción de las ventas del papel y de los ingresos publicitarios. Nuevos medios habían aparecido en Internet, algunos de gran calidad, pero su difusión, principalmente en redes sociales, creaba un nuevo vínculo periodista-público cuyas consecuencias todavía era difícil pronosticar. La presidencia norteamericana estaba ocupada por un hombre, Donald Trump, que había hecho de los ataques a la prensa una de sus principales bazas políticas y que ponía en circulación, sin ningún miramiento, falsedades que la mayoría de los suyos creían y que anulaban el valor de la verdad y la objetividad. El cierre del Newseum podía interpretarse como la derrota de la prensa ante las múltiples plagas que la venían acosando desde hacía un par de décadas.

En realidad, no lo era. Al menos, no todavía. La prensa americana goza aún de vigor y de influencia. Pero sí es cierto que se encuentra en medio de un proceso de reconstrucción cuyo final es aún incierto. Cerca de 2.000 periódicos desaparecieron en Estados Unidos entre 2004 y 2019. La prensa local, una de las mejores tradiciones del periodismo norteamericano, sufrió una auténtica hecatombe. Muchas ciudades se quedaron sin el único periódico con el que contaban. Históricas cabeceras regionales tuvieron que ser vendidas, fusionadas o drásticamente reducidas para sobrevivir. Al mismo tiempo, han emergido nuevos periódicos en Internet y las ediciones digitales del *New York Times* y el *Washington Post* han ido ganando suscriptores de forma bastante exitosa. Con todo, la audiencia total de periódicos digitales y tradicionales en Estados Unidos estuvo en 2020 ligeramente por encima de los 24.000.000, lo que equivale a una caída de 40.000.000 respecto a cualquiera de los años noventa del siglo pasado. Parte de esa audiencia se ha trasladado a las principales redes sociales, que hoy sirven al público como un verdadero medio de comunicación, aunque sin las reglas que deben cumplir los periodistas. Los grandes popes de la televisión informativa de la televisión de los ochenta y los noventa, Dan Rather, Peter Jennings y Tom Brokaw, han sido sustituidos por youtubers. Ver las noticias de las seis en la NBC, CBS y ABC ya no es una necesidad ni siquiera para los periodistas.

Estos mismos problemas se reproducen casi por igual o de forma incluso más grave en muchos otros países, pero he querido centrarme en Estados Unidos porque, en la medida en que Estados Unidos es el origen de esos problemas, también debería de ser el motor de su

solución. En gran medida, de lo que ocurra allí en la próxima década, de las posibilidades finales de éxito del modelo de suscripción digital, de la supervivencia o no de las ediciones impresas, de la consolidación o no de los periódicos exclusivamente digitales, de la evolución de las redes sociales, de la fortaleza de la nueva industria de comunicación, de la repercusión que esto tenga en la situación política… De lo que ocurra en Estados Unidos en los próximos años en estos aspectos va a depender el futuro de la prensa y del periodismo en todo el mundo.

La prensa norteamericana siempre ha sido un modelo de referencia y no solo por su calidad. A lo largo de su historia ha sido capaz de generar poder y dinero. Desde el célebre duelo entre William Randolph Hearst y Joseph Pulitzer a finales del siglo XIX, siempre han estado al frente de los principales medios de comunicación poderosas familias y apellidos que fueron capaces de convertirlos en industrias muy rentables y potentes. Siguiendo la tradición americana de mecenazgo, parte de esos beneficios revirtieron en la sociedad en apoyo de un periodismo de más altura y rigor. El dinero de Pulitzer, por ejemplo, sirvió para la creación de la escuela de periodismo más reputada del mundo, en la Universidad de Columbia, en Nueva York, así como los premios periodísticos más afamados, que llevan su nombre. Una condición imprescindible para aspirar a esos premios es realizar el trabajo en inglés, otra, quizá la decisiva, razón de que el periodismo americano sea, junto con algunas marcas británicas, el único periodismo sin barreras.

El idioma es una frontera natural insuperable para que el periodismo pueda rebasar los límites del propio país. Aparte de que el periodismo, como servicio a la sociedad, resulta más propio y eficaz en una comunidad reducida, el idioma impide la expansión de cualquier medio de comunicación fuera de su territorio lingüístico, excepto en el caso del inglés, que es el idioma universal. A veces tengo la impresión de que el periodismo se inventó para ser escrito en inglés; ningún idioma como ese se adapta a los rigores sintácticos y limitaciones de espacio del periodismo. El inglés permite títulos de una brevedad y una precisión insuperables. Es un arma que ha ayudado mucho a convertir a la prensa americana en la referencia que es desde hace años. No es posible combatir contra eso con traducciones. En mi experiencia, una buena crónica es casi imposible de traducir a otro idioma porque pierde casi por completo su carga emocional, su alma. O bien, cada traducción debería ser hecha por un profesional de ese oficio con la meticulosidad y la calma que se dedica a un libro, algo absolutamente fuera del alcance y del estilo de trabajo

de un medio de comunicación.

Pero el idioma no es, por supuesto, la única condición que explica la universalidad del periodismo americano. Ni la prensa francesa ni la española tienen en los países del mismo idioma una influencia similar a la americana. *El País* es una marca internacional reconocida y todavía con cierto prestigio en América Latina, sin embargo, nunca llegó a alcanzar el peso del *New York Times*, el *Washington Post* o el *Financial Times*. Hablaré después de la edición que *El País* creó para América bajo mi dirección, que fue un éxito de audiencia y que gozó de un grado muy satisfactorio de proximidad al público, pero que al final se ha visto lastrada por las debilidades que el periódico mostraba en España. La solidez de la prensa americana, la continuidad de su modelo, el academicismo de su estilo son razones también de que sea el único periodismo sin fronteras.

Existen decenas de libros que explican con detalle ese modelo y ese estilo. Voy a mencionar uno muy conocido que me resultó especialmente útil en su momento y que considero todavía muy recomendable: *The Elements of Journalism*, escrito por dos famosos periodistas norteamericanos, Bill Kovach y Tom Rosenstiel, y editado por primera vez en 2001. En él se citan, junto a valiosas reflexiones sobre la práctica y la ética de la profesión, diez preceptos obligatorios para que «el periodismo pueda cumplir su deber de suministrar al público la información que necesita para ser libre y autogobernado»:

1. La primera obligación del periodismo es con la verdad.
2. Su primera lealtad es con los ciudadanos.
3. Su esencia es la disciplina en la verificación.
4. Quienes lo practican deben mantener la independencia respecto a aquellos a los que cubren.
5. Tiene que servir como monitoreo del poder.
6. Tiene que servir como foro para la crítica y el compromiso público.
7. Tiene que esforzarse por convertir lo importante en interesante.
8. Tiene que presentar las noticias de una forma profunda y equitativa.
9. Quienes lo practican tienen la obligación de actuar en conciencia.
10. Los ciudadanos tienen también derechos y obligaciones respecto a las noticias, especialmente en la medida en la que se están convirtiendo ellos mismos en productores y editores.

Martin Baron

He conversado sobre periodismo americano con alguien a quien considero una autoridad en la materia, aparte de un buen amigo, Martin Baron, que fue hasta mediados de 2021 director del *Washington Post* y antes lo había sido del *Boston Globe* y el *Miami Herald*. Quienes no sean del oficio, lo conocerán más como el protagonista, interpretado por el actor Liev Schreiber, de la película *Spotlight*, que cuenta la investigación del *Globe*, bajo su dirección, que destapó el escándalo de los abusos sexuales cometidos por miembros de la Iglesia católica de Massachusetts.

Martin no está seguro de que el periodismo americano sea el mejor del mundo y dice conocer medios en otros países con altos niveles de calidad. En todo caso, explica que «hay una filosofía tradicional del periodismo americano a la hora de contar las noticias que consiste en su independencia respecto a las ideologías políticas y los partidos». «Esto, combinado con el hecho de que se mantiene una estricta separación entre el departamento de noticias y el departamento de opinión, contribuye a la credibilidad y la integridad de nuestra cobertura de las noticias».

«Al mismo tiempo», sostiene, «existe una tradición de varias décadas de periodismo en profundidad, con reporteros que a veces dedican meses a trabajar una historia, así como una larga experiencia en contar las historias con más precisión. Por último, hay una larga tradición también de periodismo de investigación, en el que personas poderosas e instituciones de todo tipo se ven obligadas a rendir cuentas por sus actos. En mi opinión, todo esto está en el corazón de nuestra función como periodistas. Esto no significa de ninguna manera que nuestro periodismo sea el mejor del mundo, pero sí creo que contamos con sólidas tradiciones para hacerlo bien».

En los últimos años, con la revolución digital, las cosas han cambiado para mejor y para peor. «Para mejor», en opinión de Martin, «en el sentido de que contamos con más recursos para contar las historias, combinando texto, vídeo, audio, gráficos interactivos, animación y más. Somos comunicadores de información más valiosos y eficaces, llegamos a más gente. También creo que en los últimos años hemos prestado más atención a las necesidades informativas del público y hemos estado menos inclinados a elaborar el periodismo que nos produce satisfacción a nosotros mismos. Mucho del periodismo que se hace hoy es intenso y atractivo».

Al mismo tiempo, el periodismo actual es peor, como añade, «en

el sentido de que muchas empresas informativas han perdido, debido a las presiones financieras, una gran parte de sus redacciones. Tenemos menos reporteros buscando información, esos reporteros tienen menos tiempo para hacer su trabajo y cuentan con menos apoyo de edición. Todo esto es malo. Tenemos que publicar las noticias más rápido, lo que aumenta la posibilidad de errores, tanto de errores en los hechos como en la valoración. La escasez de personal ha reducido el periodismo en profundidad. Junto a todo eso, la revolución digital ha dado lugar al nacimiento de muchas páginas web que son, en realidad, fuentes de mala información, cuando no de desinformación. Mucha gente se informa por periódicos digitales que simplemente refuerzan sus puntos de vista preexistentes. Nadie quiere que sus ideas se vean contradichas. Prefieren que les digan que tienen razón. Esto ha conducido a modelos comerciales en el periodismo que simplemente refuerzan los puntos de vista de ciertos lectores, incluso aunque esos puntos de vista no estén basados en ningún hecho cierto».

En el caso de Estados Unidos, ese problema se ha agudizado con la polarización política de los últimos años. «Me preocupa», dice Martin, «que la gente de ambos lados del espectro político se ha hecho cada vez más intolerante de los puntos de vista del contrario. Es necesario que seamos capaces de compartir un determinado número de hechos que todos aceptamos, pero en una democracia hay que esperar discrepancias muy fuertes sobre las políticas. Si las discrepancias políticas son catalogadas simplemente como "esparcir el odio" (como hace la izquierda) o "pertenecer al movimiento woke" (como hace la derecha), no estamos respondiendo reflexivamente ni discutiendo las ideas en sí mismas. Y si tratamos de prohibir, silenciar o "cancelar" (mediante críticas que acaban con la carrera de una persona) las ideas con las que no estamos de acuerdo, estamos socavando un pilar fundamental de la democracia, la libertad de expresión».

El activismo político se ha hecho sentir de forma clara en el periodismo americano con ocasión de las protestas convocadas por el movimiento Black Lives Matter, pero, según Martin Baron, su origen es anterior, su origen es Donald Trump. «Su intolerancia, incivismo, falsedad, autoritarismo y desdén general por las normas y valores democráticos resultaron enormemente ofensivos y preocupantes para muchos miembros de la prensa tradicional. La prensa, además, era su enemigo número uno. Trump presumía de estar en guerra con la prensa y nos calificó de "enemigos del pueblo". Ante eso, muchos periodistas se vieron a sí mismos en guerra contra él. Las protestas por

la justicia racial de 2020 extendieron e intensificaron la naturaleza del activismo. Su punto era que la sociedad americana estaba plagada de injusticias y que era necesaria la aplicación inmediata de reformas concretas, eficaces y prolongadas, incluido en los medios de comunicación. La preocupación era que Estados Unidos, no solo no estaba haciendo progresos en cuanto a los derechos civiles, sino que estaba retrocediendo». La conjunción de todos estos factores en las últimas décadas —revolución tecnológica, polarización política, activismo— ha arrastrado a la prensa americana a una situación de incertidumbre similar a la que se puede vivir en España y en otros países. Hasta el punto de que Martin expresa su «preocupación de que esas sólidas tradiciones en las que se asienta, particularmente su independencia de las ideologías políticas, se están empezando a erosionar».

No sé si será exagerado decir que, si el sectarismo político acaba invadiendo los medios de comunicación americanos como lo hace en otros lugares, sería el final del periodismo, al menos con las reglas y principios con que lo hemos conocido hasta ahora —con ese decálogo que enumeré antes—. Confío en que tal cosa no suceda. Las tradiciones de las que habla Martin serán capaces de resistir el acoso del fanatismo. Pero el peligro existe y obliga a estar alerta.

VIII
LAS VERBENAS DE *EL PAÍS*

Para mí, el momento apoteósico de la historia de *El País* está marcado por sus verbenas de verano. Durante los años ochenta y quizá también en parte de los noventa, una noche del mes de julio se cerraba cada año al tráfico la calle Miguel Yuste para que los empleados de *El País* bebieran, bailaran y se divirtieran como los amos del circo que eran en esa época. Se instalaban quioscos, farolillos y guirnaldas, se contrataba una orquesta y se compraba toda la bebida y comida necesaria para la satisfacción de todos. Que no faltara de nada. Los periodistas y el resto del personal del periódico se iban sumando a la fiesta a medida que iban cerrando sus páginas y terminando sus tareas. Venían también los que no trabajaban ese día y algunos de fuera de Madrid.

Con el tiempo, la verbena fue ganando lustre y relieve. Las orquestas iniciales fueron sustituidas por los mejores grupos musicales del momento. Junto a los redactores y los trabajadores del taller, empezaron a tomar parte también destacadas personalidades que venían a reconocer la importancia del evento. El instante cumbre de la noche siempre lo constituía la llegada de Polanco y Cebrián, que compartían una copa, charlaban con quienes se les aproximaban y hasta se echaban un baile. Éramos felices, disfrutábamos de un éxito nunca imaginado, el mundo se rendía a nuestros pies, no existía un poder que se nos resistiera. En alguna ocasión se informó en las páginas de *El País* de la fiesta nocturna. El 17 de julio de 1987, por ejemplo, se publicó esta breve nota:

«Varios miles de personas, entre las que destacaban personalidades de la cultura, políticos y famosos del espectáculo, acudieron anoche a la fiesta anual de *EL PAÍS*, celebrada junto a la sede del diario, en la calle de Miguel Yuste. La fiesta se prolongó hasta

altas horas de la madrugada.

»El poeta Rafael Alberti; el teniente general Manuel Gutiérrez Mellado; el alcalde de Madrid, Juan Barranco; el expresidente de AP, Manuel Fraga; el diputado europeo del CDS Raúl Morodo, y el presidente de la Asociación Pro Derechos Humanos, Antonio Martín Pallín, fueron algunos de los invitados más *madrugadores*. El ministro de Asuntos Exteriores, Francisco Fernández Ordóñez, y el embajador estadounidense, Reginald Bartholomew, coincidieron también al inicio de la velada. El grupo La Década Prodigiosa abrió la verbena con música *retro*. La Orquesta Platería, Cantantes de Híspalis y Los Marismeños actuaron a lo largo de la noche».

En algún momento, sin saber bien por qué, se dejaron de hacer las verbenas. Quizá el periódico y su gente se habían ya sofisticado mucho y aquellas celebraciones populares y anacrónicas se nos hacían inapropiadas. Pero, en el fondo, con el paso de los años la convivencia en la empresa se había deteriorado. No se había perdido del todo el orgullo de pertenencia, que estaba vinculado también a los mejores salarios y el mayor reconocimiento social, pero la mística se había disipado. Hubiera sido hipócrita y antiestético celebrar una verbena de verano en la segunda mitad de los noventa o ya en el siglo XXI. El ambiente había cambiado. Aún se rememoraba de vez en cuando el espíritu de las verbenas con ocasión de alguna cena de despedida de un compañero, pero incluso esto se fue haciendo cada vez más minoritario y excepcional hasta casi desaparecer por completo. Diríamos que el periódico maduró y se profesionalizó. Pero, sin duda, también perdió ese carácter de comunidad elegida que alguna vez tuvo.

Cuando regresé de Washington a finales de 1997 para cumplir el encargo de Jesús Ceberio de ser redactor jefe de la sección de Internacional, encontré un periódico muy diferente al que dejé una década antes. Ya no había verbenas. Ya no cerraban Miguel Yuste para que *El País* exhibiera su éxito. La calle ya no era nuestra. La competencia mostraba mayor brío. Felipe González dejó ese mismo año el mando del PSOE en manos de Joaquín Almunia. Y el gobierno, presidido por José María Aznar, utilizaba a Telefónica, presidida por Juan Villalonga, para tratar de reducir el peso y la influencia de Prisa con la creación de una empresa, Canal Satélite Digital, que le disputase el mercado. Era a todas luces una operación política, si no ilegal como mínimo indecente, porque Prisa había adquirido su poder mediante su propio esfuerzo —con algunas ventajas en la compra de la cadena Ser—, mientras que el grupo al que Aznar colocaba en

frente contaba con todo el apoyo del Estado.

Aquello dio lugar a lo que se conoció como la guerra del fútbol, el caso de los codificadores y otras batallas de las que se ha escrito mucho y que a punto estuvieron de costarle injustamente la cárcel a Polanco y a Cebrián. Lo relevante del asunto en estas páginas es el daño que aquello produjo en la imagen y la reputación de *El País*. Durante meses, el periódico se movió como un ejército en una guerra, con un enemigo bien conocido y una causa sobre la que no cabía la menor discrepancia. Ante determinadas informaciones relacionadas con esa guerra, se actuaba por órdenes y sin rechistar. Aparte del daño que esto causó en el prestigio del diario, fue también la primera vez que surgieron tensiones en el interior de la redacción, tensiones silenciosas que se resolvían discretamente en la cafetería o en los pasillos, pero que reflejaban los primeros síntomas de incomodidad por ser periodistas de *El País*.

Siempre es difícil el papel de un periodista ante los conflictos de intereses de su empresa. Nunca he tenido la menor duda de que, pese a todo, no existe mejor garantía de un periodismo independiente y libre que aquel que se realiza al amparo de una empresa privada sólida y exitosa. El periodismo con financiación pública solo puede cumplir un papel complementario, pero nunca puede llegar a ser el dominante. Dicho esto, es indiscutible que en ocasiones los intereses de la empresa pueden chocar con la imparcialidad y rigor que cabe exigirle a un periodista. Ocurrió en esos episodios que menciono de la guerra del fútbol y los decodificadores, donde era evidente que los periodistas de *El País* no podían contar por igual ambas versiones, y ha ocurrido otras muchas veces a lo largo de la historia. Recuerdo, por ejemplo, la prudencia con la que *The Washington Post* abordaba los temas relacionados con Amazon y Jeff Bezos desde que este era su propietario, en comparación con la insistencia y combatividad con que lo hacía *The New York Times*. Y eso que la intervención del propietario en las labores del periódico es mucho menor en Estados Unidos, donde también son mayores las garantías que protegen al periodista.

El País libró varias guerras empresariales desde su nacimiento, pero ninguna hasta aquella contra Aznar llegó a afectar tan profundamente al trabajo de la redacción. Hubo otra muy relevante después, cuando José Luis Rodríguez Zapatero, igual que antes Aznar, tras su llegada a la Moncloa, intentó crear su propio grupo de comunicación, que le fuera fiel y sirviera de contrapeso a Prisa. De ahí surgió el nacimiento de La Sexta y del diario *Público*, cuyo propietario, Jaime Roures, cerró el periódico cuando ya no le era de utilidad

política. Tampoco hay mucho más que decir de ese repugnante ataque a *El País* y a Prisa excepto recordar que estuvo dirigido por Miguel Barroso, quien precisamente hoy es el representante en el Consejo de Administración de Prisa de su actual presidente, Josep Oughourlian. Esa era la primera vez que *El País* se enfrentaba a una agresión desde su izquierda, por llamarle de alguna forma, y era por tanto la primera oportunidad en que el corazón de una parte de los redactores se dividía entre sus simpatías políticas y su lealtad a la empresa.

Viví esa transición de *El País* del cielo a la realidad desde cargos de responsabilidad. El primero, el de redactor jefe de Internacional, lo asumí con mucha ilusión. No es sencillo volver a la redacción central después de unos años como corresponsal. Algunos jamás lo consiguen. El puesto de corresponsal te acostumbra a una libertad de movimientos, de horarios y de toma de decisiones a la que resulta muy difícil renunciar para reintegrarse a la rutina y las normas impuestas en una redacción. En algunos periódicos casi era tradicional que los corresponsales lo fuesen de por vida. Hemos conocido algunos en *La Vanguardia* y en *ABC*. También en *El País* ha habido casos de compañeros que siempre permanecieron como corresponsales. Yo volví más por la curiosidad de conocer la vida interior del diario que por verdadero interés, porque sabía de sobra lo mucho que perdía al salir de Estados Unidos y lo difícil que sería alcanzar un reconocimiento similar al que suponía ser corresponsal en Washington.

La redacción

En todo caso, no cabía entonces en mi escala de valores rechazar una propuesta personal del director, así que asumí con gusto el nuevo destino. Por lo demás, el cargo de redactor jefe era de gran relevancia dentro del oficio. Toda la vida ha sido uno de los cargos más importantes. Los periódicos han estado gobernados tradicionalmente por un director, un subdirector y un determinado número de redactores jefes en función de su tamaño y del número de secciones que incluyesen. Ser redactor jefe era llegar cerca de la cúspide. Cuando yo asumí el puesto en *El País* ya no era así, ya había un director adjunto y varios subdirectores, aunque todavía no se había producido la eclosión actual, en la que proliferan los directores adjuntos, los adjuntos a directores y los subdirectores de tal manera

que el puesto de redactor jefe ha quedado totalmente devaluado, convertido en un mero ejecutor de órdenes múltiples que le llegan por canales diversos, casi siempre irrebatibles y difíciles de entender.

Solicité como ayuda para mi labor el fichaje de José Manuel Calvo, entonces todavía en la Ser, quien desde el principio se convirtió en mi mano derecha en Internacional y después se quedó al frente de la sección cuando fui nombrado subdirector. Pasamos buenos años juntos e hicimos un gran equipo con algunos que aún permanecen en el diario y otros que se fueron. Parte de ese equipo era Javier Moreno, que después fue nombrado director. Cuando llegué a Madrid, Moreno estaba pasando una mala época en la sección de Economía. Él mismo me contó que se encontraba incómodo y que le gustaría venir a trabajar conmigo. Convencí a Ceberio de que pusiera a Moreno al frente de un proyecto incipiente que cayó bajo mi responsabilidad: la elaboración de unas páginas especiales para la edición del periódico que se vendía en México. Eso obligaba a Moreno a trabajar a horas tardías y yo, en alguna ocasión, le acompañaba y salía a tomar algo con él después. Hicimos una buena amistad, que se extendió a nuestra vida personal.

Seguí después muy de cerca su carrera y, por supuesto, voté por él cuando fue propuesto como director. Yo no estaba en Madrid el día de la votación y Berna Harbour me llamó para recordarme que había que hacer todo lo posible para que Moreno, que no era muy popular en la redacción, tuviese el mejor resultado posible, cosa que no era necesaria porque yo había hecho ya todo lo que estaba en mi mano. No tengo duda de que todos mis amigos, así como el equipo de colaboradores que empezamos a trabajar juntos en Internacional, votaron por él.

Durante aquellos años como redactor jefe detecté los primeros síntomas de mi falta de sintonía con lo que podríamos llamar «la cultura de *El País*». Es complicado describir esto. Sería inadecuado atribuir a toda la gente que ha trabajado o trabaja en *El País* un comportamiento similar que responde a un determinado patrón. No es así. He conocido en el diario gente de muy diferente procedencia, estilo y pensamiento. Es verdad que el propio carácter de Cebrián y sus decisiones marcaron mucho el modelo de redacción en los primeros años, pero ya desde entonces, y mucho más con el transcurso de los años, han ido pasando por el diario periodistas de todo tipo que hacen difícil encasillar a su redacción en un molde preciso. Eso no nos impide, sin embargo, echar mano de vez en cuando de un cliché que nos permite identificar un colectivo, en este caso la redacción de un

periódico, para distinguirlo de otro. Todo el mundo da por hecho, por ejemplo, que, mientras la redacción del *New York Times* está integrada por un personal culto, arrogante y educado, la del *New York Post* la constituyen periodistas descarados, desaliñados y rudos. Por supuesto que no es así en todos los casos, pero ese es el estereotipo.

En sus primeros años, la redacción de *El País* reunió a lo mejor de la profesión en España. Su rápido éxito profesional y empresarial atrajo de inmediato a buenos periodistas y permitió consolidar un grupo de élite en el periodismo español. Pocos ponen en duda que, durante los años ochenta, *El País* hacía el mejor periodismo en nuestro país, como fruto de una sintonía perfecta entre una empresa bien gestionada, un director con ideas claras y una redacción con grandes profesionales. La ambición era extrema y las expectativas, muy altas. Con el paso de los años, todo eso se fue relajando. También los controles para la incorporación de nuevos periodistas. Los veteranos empezaban a sentir sobre sus hombros el peso de los años de éxito y los noveles ya no destacaban tanto.

El periódico dejó casi por completo de buscar savia nueva en el mercado y se limitó a rejuvenecer la redacción con las sucesivas promociones de la Escuela de Periodismo, creada en 1986. Sin minusvalorar la labor académica de ese centro ni restar mérito al trabajo de sus profesores, en la Escuela se reprodujeron, como ocurre en las juventudes de los partidos políticos, algunos de los peores vicios de una redacción ya consolidada y experimentada. Los alumnos más avispados de la Escuela descubrían rápidamente los trucos que permitían sobrevivir y ascender en *El País*, identificaban con astucia las personas con las que había que llevarse bien, así como el comportamiento y la actitud con los que tenían más posibilidades de ser premiados. Se incorporaron a la Escuela varios hijos de empleados del diario, lo que fortaleció su carácter endogámico y cerrado. Entre todo ello, el perfil elitista y brillante de la redacción de los primeros años se fue transformando en otro más gris y algo autosuficiente. Igual existía la conciencia de pertenecer al mejor colectivo periodístico de España, pero ese sentimiento ya no se correspondía con la realidad.

Gran parte de esa jactancia se explicaba por la sensación de seguridad que otorgaba la creencia de pertenecer a un periódico de izquierdas. No voy a entrar de lleno en el debate espurio sobre si *El País* ha sido o es un periódico de izquierdas. Encuentro absurda y antiprofesional esa definición, jamás la he utilizado ni consentí que se utilizara cuando fui director. Uno de los pocos periodistas que dejó el diario en esos años me explicó que quería irse porque quería trabajar

en un periódico de izquierdas, a lo que le respondí que, en ese caso, debía emprender, por supuesto, otros rumbos, puesto que *El País* ni lo era ni lo sería. Aunque eso no aparezca en sus principios definitorios, es una realidad que quienes trabajábamos en *El País* teníamos la sensación de estar en el lado correcto de la historia, en el lado progresista.

En los primeros años, ese lado estaba más concurrido y era más pluralista porque *El País* era el periódico de la democracia casi en su totalidad. Posteriormente, con la confluencia de intereses ocasionales entre la empresa, el periódico y el gobierno del PSOE, pero, sobre todo, a raíz de la guerra desatada por Aznar, el lado progresista, tal como se definía orgánicamente en *El País*, se estrechó: ya solo cabía en él la izquierda y, además, debía de ser frontal y totalmente anti Partido Popular. A partir de ese momento, siempre ha existido una enorme confusión entre la independencia del periódico, su papel institucional, su línea editorial y la posición política de sus redactores. No es que esto fuera motivo de conflicto. De hecho, no lo fue casi nunca. En general, la redacción ha aceptado sin rechistar el rumbo editorial que se marcaba y la definición de progresismo que se iba haciendo desde la cúpula conforme cambiaban las circunstancias. Esa combinación de buenos sueldos, amenazas externas y convicción de superioridad moral permitió que durante muchos años la redacción de *El País* y la vida interna del periódico fuesen un remanso de paz. Un periodista de *Le Monde* que pasó varios días con nosotros para escribir un reportaje sobre *El País* lo expuso en estos términos: «Es un periódico en el que el director aprieta un botón y todo el mundo se cuadra».

Durante mi etapa como redactor jefe tuve oportunidad de visitar en varias ocasiones la redacción de *Le Monde* con motivo de algunos proyectos que compartíamos. Desde la primera vez tuve claro que me gustaba más el clima que observaba en la redacción del periódico francés que en Miguel Yuste. *Le Monde* tenía una línea editorial similar a la nuestra, pero en su redacción convivían periodistas de pensamiento político diverso, lo que daba lugar a debates intensos y apasionados. Las reuniones desembocaban frecuentemente en ásperas disputas sobre el tratamiento adecuado de las noticias, lo que servía para mejorar el enfoque y la escritura. Gracias a su particular estructura empresarial, la redacción de *Le Monde* disponía de un poder envidiable y sus periodistas gozaban de un reconocimiento y un prestigio social que los de *El País* ya habían perdido en España.

Siempre traté de trasladar a la redacción de *El País* algunas de

esas ideas, así como las que había aprendido durante mis años en Estados Unidos. Intenté abrir el debate aportando puntos de vista infrecuentes y, a veces, provocadores. Procuré que los redactores fueran escuchados y que estos no se conformaran con cumplir las instrucciones de sus superiores sin debatirlas y cuestionarlas. Como el *statu quo* estaba definido en la izquierda —por llamarle de alguna forma a esa pose tan interiorizada—, cualquier tipo de objeción era entendida de derechas. Y ahí empezó un sambenito que traté de llevar con dignidad y sin que ello ofuscara mi mente ni anulara mi acción. Siempre que tuve ocasión, defendí mis puntos de vista, habitualmente en solitario. Trasladé al reducido ámbito de la sección de Internacional el clima de discusión y polémica que hubiera deseado para todo el periódico. Y, sin pretenderlo, formé un equipo de colaboradores, entre los que entonces estaba Javier Moreno, que se identificaban con mis criterios y los defendían en sus diferentes ámbitos, por lo que pagaron en su momento el precio de compartir la fama que a mí me perseguía entre algunos. Pese a todo eso, siempre mantuve por encima de todo mi lealtad al periódico y al director. Cuando me tocó hablar sobre *El País* con los colegas de *Le Monde*, ponía el énfasis en la capacidad de sus directivos y la calidad de su información, lo mismo que hacía en la relación frecuente con corresponsales extranjeros y colegas de otros medios españoles.

Creo que Jesús Ceberio sabía que podía confiar en mí, y quizá por eso se decidió a nombrarme, pese a que ya era en cierto modo un elemento exótico dentro de su equipo, subdirector de la edición dominical. Bien es verdad que lo hizo con ciertas precauciones o, al menos, incluyendo un doble mensaje. Decidió dividir la responsabilidad de ese cargo en dos: un subdirector, que era yo, se ocuparía de la información que contenía el periódico del domingo, y otro, Alex Martínez Roig, se ponía al frente de la revista *El País Semanal*. Me pareció bien esa división, entre otras cosas, porque yo no tenía gran interés por los contenidos de la revista, pero entendí que Ceberio había tratado de hacer más digerible para algunos de sus más estrechos colaboradores mi designación con el nombramiento simultáneo y al mismo nivel de otro compañero a quien quizá veían con menos reticencia.

Mis años como subdirector confirmaron mi posición singular dentro del equipo directivo y la cultura de *El País*, pero eso fue lo de menos. Lo recuerdo como un periodo en el que aprendí mucho de los excelentes periodistas que me acompañaron en la aventura, especialmente José Miguel Larraya, y en el que pude poner en marcha,

pese a algunas trabas y dificultades, ideas sobre lo que entendía que debía hacer un periódico de las características de *El País*.

Feliz domingo

Una de las señas de identidad de la edad de oro del periodismo eran los dominicales. El periódico se incorporó en los años ochenta, junto a los pasteles y la visita a los suegros, como una de las tradiciones dominicales en España. La prensa británica y norteamericana habían impuesto esa costumbre décadas antes. Los domingos se levantaban en los quioscos enormes columnas de periódicos voluminosos —llegaban a pesar varios kilos cada uno—, repletos de secciones, cuadernillos y revistas. Y cargados de publicidad. Era proverbial el tamaño inmanejable de la edición dominical del *New York Times*. Durante su etapa en Nueva York, Antonio Muñoz Molina me comentó alguna vez que cada domingo tenía que elegir entre vivir y leer el *New York Times*. En el caso de Inglaterra, algunos periódicos salían los domingos con cabeceras distintas elaboradas por redacciones completamente diferentes, como *The Observer* respecto a *The Guardian* y *The Sunday Times*, el hermano dominical de *The Times*, aunque estos últimos nacieron por separado y se juntaron posteriormente.

En *El País* se pretendió hacer algo similar, aunque menos drástico, y se creó una redacción específica para la producción del periódico del domingo, pero nunca se prescindió de la participación del resto de los periodistas. Me puse al frente de ese proyecto en el año 2000, en un momento descollante de la bonanza económica de *El País*. En esos años se vendía un promedio superior al millón de ejemplares cada domingo y era frecuente rechazar páginas de publicidad —a millón de pesetas cada una— por un exceso de anunciantes. El modelo dominical había acompañado al éxito de *El País* casi desde el comienzo, y se había ido robusteciendo cada año hasta ese momento culminante en el que editábamos más de cien páginas por cada ejemplar, no recuerdo exactamente cuántas, todas las que permitía la moderna rotativa que la empresa acababa de comprar.

Era un placer trabajar en esas condiciones, con recursos ilimitados, con posibilidades de dedicar a cualquier periodista a elaborar un reportaje durante el tiempo que fuera necesario en cualquier lugar del mundo. Yo tuve la suerte de contar con la ayuda de dos maestros del oficio: Larraya, a quien ya mencioné, y Julián

Martínez, que poseía una larga trayectoria y nutría a los más jóvenes constantemente de buenos consejos, con un humor castellano que no todos entendían. Juntos, movíamos un equipo de redactores de diferentes edades y especializaciones que nos ayudaron a hacer un periódico, creo, entretenido y con una identidad ligeramente distinta a la del periódico diario. Fue un gran tiempo, profesionalmente. Pero también un tiempo en el que se acentuaron esos síntomas que mencionaba en el capítulo anterior sobre mi posición algo disidente respecto al equipo directivo. Se apreciaba en cada una de las comidas que los martes teníamos todos los subdirectores y el director adjunto, José María Izquierdo, con el director.

Eran frecuentes en esas comidas los momentos en los que yo pretendía abrir otro ángulo de discusión, introducir algún elemento que rompiera la unanimidad tan habitual en la mayoría de los temas. Esos intentos de extender el abanico del pensamiento y el debate me obligaban a veces a defender —al menos, a mencionar— puntos de vista conservadores o que no encajaban en la ortodoxia ideológica de la izquierda de entonces. Entiéndase que, en ese contexto, no eran conservadores sino abiertamente revolucionarios. En más de una ocasión, aquello derivaba en discusiones o en reprimendas, sobre todo por parte de Izquierdo, quien raramente compartía mis ideas. He de decir que nunca llegué a tener un conflicto con él ni discutí jamás sus órdenes en público. Pero es innegable que veíamos el periódico y otras muchas cosas de forma diferente y no tuvimos una buena relación de cooperación. También tengo que confesar que ninguno de los otros que se sentaba en aquella mesa solía ponerse de mi lado.

Uno de los momentos en los que la convivencia fue más compleja fue durante la guerra de Irak. No estuve a favor de la guerra, pero es verdad que tuve dudas al principio y defendí en el periódico adoptar una posición algo más prudente, menos combativa, a la espera de que se fueran conociendo las pruebas que Estados Unidos decía tener sobre la existencia de armas de destrucción masiva. En la medida en que esas pruebas se fueron demostrando falsas, mi posición se inclinó definitivamente en contra de la guerra, pero mantuve reservas sobre la utilización que se estaba haciendo de ella en la política española. Comprendía y me parecía bien que el PSOE aprovechara la ocasión para desgastar al gobierno de Aznar; así es la política —aunque años después supe que Rubalcaba también mostró dentro de su partido algunas dudas sobre el uso político de ese conflicto—. Lo que no me parecía tan bien es que el periódico se sumara con tanta pasión a esa causa, no solo en su línea editorial sino en el tratamiento informativo

del tema.

En ningún momento objeté nuestro rechazo a la guerra, que me parecía correcto, simplemente traté de frenar la euforia informativa, que entendía antiprofesional. Ya he explicado antes que estoy en contra del activismo en el periodismo, y en la cobertura de esa guerra se hizo mucho activismo entre periodistas de distinto signo. También por parte de los partidarios de la guerra, sobre todo en Estados Unidos, donde se produjeron casos memorables de operaciones periodísticas montadas desde el gobierno para tratar de justificar una guerra que acabó siendo indefendible.

La guerra de Irak fue tal vez el punto de arranque del periodismo activista que hemos conocido después. Con la excusa o la razón de oponerse a un conflicto cruel e indeseable, algunos periodistas se pasaron al lado de los propagandistas y otros se dejaron contagiar por la emoción que se respiraba en las manifestaciones de protesta, de las que una que se celebró en Madrid sobrepasó, según cifras oficiales, el millón de participantes, quizá la mayor de todas las que se convocaron en el mundo.

Ha sido todo muy diferente años después con ocasión de la guerra en Ucrania. Ni se han producido esas gigantescas manifestaciones de protesta ni he detectado mayor activismo en el periodismo que los legítimos puntos de vista expuestos en los artículos de opinión y la reacción de los periodistas que llevan años trabajando para medios de propaganda rusos. Hay que anotar que alguno de los colegas que denunciaron con tanta beligerancia atrocidades cometidas en Irak han guardado ahora silencio o incluso han buscado razones que justifiquen el ataque de Rusia. La guerra en Ucrania ha venido a esclarecer las intenciones políticas que se escondían detrás de la movilización masiva contra la guerra de Irak. Con un gobierno de izquierdas y sin tener a Estados Unidos, sino a Rusia, enfrente, ciertos grupos han estado menos interesados en convocar concentraciones y protestas.

Periodistas y gobierno

La guerra de Irak marcó de alguna forma el inicio de un deterioro del clima político, de la convivencia —que se extendería después con otras protestas sociales, como la del *Prestige*, y el 15-M—, que afectó a la calidad y a la reputación del periodismo y que es preciso tener en cuenta para entender todo lo que ha sucedido después. Creo que se

puede fijar en ese episodio el momento en el que una parte de la prensa considera que hay que pasar a la acción y que no basta con contar la cosas con ecuanimidad y distancia, sino que hay que implicarse en combatir las injusticias. Ha contribuido a eso, desde luego, la actuación de la izquierda, que, sobre todo desde que existe Podemos, ha ejercido presión sobre los periodistas para que aborden los hechos desde su esquema de valores e intereses, pero también la derecha, con comportamientos execrables y tramposos como el del 11-M.

El atentado terrorista del 11 de marzo de 2004 me encontró todavía como subdirector de la edición dominical. Empiezo aclarando que mi posición aquí no mostró ninguna disidencia respecto a la línea del periódico, excepto, tal vez, un cierto reparo a esa tendencia de cargar las tintas cuando era posible. Pero en este asunto me sentí tan engañado por el gobierno como el propio Ceberio, que ha explicado muchas veces cómo una llamada del presidente Aznar le llevó a cambiar el titular de primera página para atribuir a ETA la responsabilidad de lo que había sido un salvaje ataque del terrorismo islámico. Inmediatamente después del atentado me puse a trabajar en un cuadernillo especial que recogía las biografías de cada uno de los 193 muertos, con la intención de que no quedaran convertidos en una simple cifra. «Vidas Rotas», se titulaba.

Trabajaron en su elaboración decenas de periodistas que, en la mayoría de los casos, tuvieron que simultanear ese trabajo con el que les reclamaban para la edición diaria. Creo que quedó bastante bien y guardo la satisfacción de que varios familiares de los muertos llamaron después al periódico para darnos las gracias. En esos días, además de ese cuadernillo, me tocó hacer labores de relaciones públicas con muchos periodistas extranjeros que llegaron a España para cubrir el atentado y que se acercaban a *El País* en busca de noticias y explicaciones. Yo tenía instrucciones, como es lógico, de no desviarme de la versión del periódico, lo que me obligó durante todo un día a sostener la tesis de la autoría de ETA, en la que ni yo creía ni era posible convencer de ella a los colegas de otros medios. Un día después, yo mismo llamé a los que tenía a mano para corregir mi versión anterior y apostar por la que desde el primer momento parecía la más lógica y verosímil, la atribución del atentado a terroristas islámicos.

Aquello no solo fue una burla a los medios y a la opinión pública por parte del gobierno de Aznar, sino una lección sobre cómo debe de ser la relación de los periodistas con los gobiernos. Como es natural,

ciertos redactores de un periódico deben mantener una relación fluida o, al menos frecuente, con los ministros del área de su especialidad o con los portavoces del gobierno. No siempre es así, porque en España suele ocurrir que esa relación solo se produce o es verdaderamente intensa y eficaz con los periódicos que cada gobierno entiende que le son más próximos. Desde siempre he detectado en los medios españoles una tendencia a dar por buena la versión que suministra el gobierno de turno, incluso cuando la ideología de este no coincide con la línea editorial del periódico. Se da por hecho con demasiada ligereza que la información que facilita el gobierno, bien sea sobre su actividad o cualquier otra cosa que no sea de su directa competencia, ha de ser por fuerza cierta, y, por lo general, se traslada a los lectores sin previa comprobación o contraste.

Siempre llamé la atención sobre eso cuando fui director y reprendí a los redactores que publicaban una noticia facilitada por el gobierno sin aclarar en el titular cuál era la fuente. Suele publicarse en nuestros periódicos titulares como «España tendrá…» o «Europa aceptará que España…», cuando en realidad es un ministro que dice que «España tendrá…» u otro miembro del gobierno que adelanta que «Europa aceptará que España…». No se hace así en la prensa norteamericana. Cuando un funcionario público expone cualquier aseveración, el titular siempre aclara, como debe de ser, «El gobierno dice que…».

Los periodistas no deben dar por buena jamás la información que facilite el gobierno y, si bien es lógico su interés y su publicación, el titular debe de dejar claro que se trata de un dato, un hecho o cualquier circunstancia suministrada por ese poder, que, a veces, es un agente más en la guerra de la desinformación. Quizá por nuestra escasa tradición de prensa libre, en España existe mucha confusión sobre este asunto. Los periodistas tenemos una predisposición a creer a la autoridad mayor que en otros países y, por supuesto, en Estados Unidos, donde la predisposición es exactamente la contraria. Estoy convencido de que la inducción al error que Aznar provocó el 11-M en toda la prensa española —llamó a todos los medios, no solo a *El País*— no se hubiera producido en Estados Unidos, simplemente porque no le habrían creído y porque, aunque así fuese, se hubieran tomado un tiempo en comprobar esa hipótesis. En último caso, hubieran publicado que Aznar o el gobierno atribuye a ETA el atentado contra los trenes. «El gobierno dice que ETA es responsable del atentado». Ese hubiera sido el titular en Estados Unidos y ese debería de haber sido el que se publicara en España.

Pero no lo hicimos, en parte porque la llamada era del propio presidente del gobierno y esto, admito, todavía impresiona a los periodistas y al director de un periódico. Siempre me ha parecido que en España el gobierno tiene mucho poder, más que en otros países similares, y eso también se refleja en conductas como la que menciono. Yo mantuve varias conversaciones durante mi etapa como director de *El País* con Mariano Rajoy, el único presidente con quien me tocó lidiar, si se exceptúan los cinco días en los que coincidí en la dirección con Pedro Sánchez al frente del Ejecutivo. Algunas de esas conversaciones fueron en solitario, otras con el resto de mi equipo directivo y otras junto a directores de otros medios. Por lo general, estas últimas se producían al término de algún almuerzo o acto oficial, mientras que varias de las conversaciones privadas fueron por teléfono. Salvo una en la que me reprochó de muy malas formas y a altas horas de la noche una información publicada por Javier Casqueiro tras una visita suya a Guinea Ecuatorial —lo que no impidió que me ratificase en lo publicado y defendiera a nuestro redactor—, siempre mantuve una relación cordial con Rajoy, que tampoco es amigo del conflicto ni se le puede reprochar falta de educación y de modales exquisitos.

Casi todas las charlas con Rajoy fueron a iniciativa suya. Yo, por lo general, hablaba primero con su responsable de comunicación, Carmen Martínez Castro —muy amable siempre conmigo, incluso al transmitir sus quejas— y ella, si lo creía oportuno, me pasaba con el presidente. El propio Rajoy me dijo varias veces que le llamara cuando así lo estimase, pero nunca quise establecer una relación demasiado estrecha, prefería preservar la distancia y el trato respetuoso pero lejano que creo que debe de tener el director de un periódico con el presidente del Gobierno. Cierto es que Rajoy es una persona que invita a la cordialidad y al apego; es un hombre simpático y divertido a su manera con quien se pasa bien el rato, pero incluso los llaveros y bolígrafos con el escudo de la presidencia del Gobierno que me dio para mis hijos después de una entrevista me parecieron un exceso que debería haber rechazado. Quizá esto sea un poco exagerado, pero no lo es el hecho de que un periodista tenga siempre en cuenta cuál es su posición en estos casos.

Sé que ha habido otros directores de periódico más intervencionistas, por llamarlo de alguna forma, otros directores que se han sentido parte de la historia y que no han tenido inconveniente en actuar en consonancia. Como contaré más adelante, a mí me tocó también vivir en la dirección algunos acontecimientos que me

obligaron a tener un mayor protagonismo del que hubiera querido, pero, por lo general, intenté mantener cierta distancia con los principales protagonistas de la información que publicábamos.

En el caso de Rajoy, nuestras conversaciones —a iniciativa suya, como decía— estuvieron siempre relacionadas con la situación política española. Me explicó muchas veces sus planes en Cataluña o las razones por las que no daba los pasos que le reclamábamos constantemente en los editoriales de *El País*. También le interesaba que yo escuchara de su boca la interpretación de los datos económicos, de los que se sentía muy orgulloso como presidente del Gobierno. Me pasó algunos informes y documentos que yo después trasladé a mi equipo para que nuestros periodistas trabajaran con ellos. Nunca me pasó un papel para que yo lo publicara tal cual en forma de exclusiva periodística. Ni él lo intentó ni yo lo hubiera aceptado, cosa que probablemente Rajoy sabía. No digo que no me hiciera alguna que otra confidencia, que no revelaré aquí porque fueron hechas precisamente con la condición de no ser reveladas, pero nunca tuve la impresión de que estuviera aprovechando nuestra buena comunicación para colar en el periódico alguna historia a su favor. Fuera de la actualidad, sí hablamos a veces de su forma de ver la política y de mi forma de ver el periodismo. Él no ahorró críticas a *El País* ni yo al PP o a su propia gestión. Confieso que me irritó la forma en que dejó la presidencia, en parte porque era consciente de que esa decisión sellaba definitivamente mi destino. Hemos mantenido, sin embargo, buena relación después, unidos, como estamos, en nuestro aprecio por Alfredo Pérez Rubalcaba y una determinada forma de entender la política.

Traté menos a la vicepresidenta del Gobierno durante mi etapa como director, Soraya Sáenz de Santamaría. Cuando me nombraron escuché muchos rumores sobre el papel que ella había tenido en la gestión del plan de rescate económico del grupo Prisa que Telefónica, Banco Santander y La Caixa llevaron a cabo en 2012. Los competidores de *El País*, sobre todo algunos confidenciales, hablaban de Sáenz de Santamaría como una especie de poder en la sombra en el periódico, la persona que hacía y deshacía por encima de todos. Puedo asegurar que nunca fue así, al menos durante los cuatro años en los que yo fui director. Sabía que la vicepresidenta, como el propio Rajoy, se había mostrado a favor del plan de rescate diseñado por Cebrián, tal como él mismo me contó a mí y ha contado a otros en varias ocasiones. Pero jamás hablé con Sáenz de Santamaría sobre *El País* ni el grupo Prisa. Creo que nos reunimos solo en dos ocasiones, ambas

para hablar sobre Cataluña, en un momento en que ella era la encargada del gobierno para negociar con los partidos catalanes. Recuerdo que, en una ocasión, ante mi escepticismo más absoluto, trató de convencerme de las posibilidades que existían de atraer a Esquerra Republicana hacia posiciones más moderadas para romper el bloque independentista.

Solo en una ocasión Sáenz de Santamaría me llamó para quejarse de una información publicada por el periódico. Fue el 14 de julio de 2015, cuando publicamos en la edición digital una información por el posible conflicto de intereses sobre el hecho de que su marido trabajase en Telefónica. La crónica iba titulada «Justicia permite a Santamaría tratar asuntos de Telefónica, donde trabaja su marido». En su opinión, la información era incorrecta y ponía en duda su reputación. La escuché, le discutí algunos aspectos de la noticia, pero decidí mantenerla en la web y en la edición impresa del día siguiente. En la mañana del día 15, el asunto provocó cierto escándalo. No recuerdo si la propia Sáenz de Santamaría o algún portavoz del gobierno hicieron declaraciones en la radio diciendo que, aunque el informe de Justicia le permitía, tal como publicábamos nosotros, tratar asuntos de Telefónica, ella había decidido voluntariamente abstenerse. De modo que decidí cambiar el titular que llevábamos desde la noche anterior por otro que decía: «Santamaría se abstiene en los asuntos de Telefónica pese a no estar obligada», mientras el contenido de la información se mantenía íntegro sin ninguna alteración. Después de ese cambio de título, dos de los firmantes de la noticia pidieron retirar su firma. Hablé con ellos, les expliqué que, quizá el titular que yo puse el día 15 no era el adecuado, pero que era absurdo aducir mala fe o censura cuando la noticia se había publicado el día anterior con el titular que ellos mismos eligieron, se trasladó posteriormente a la edición impresa exactamente igual y se mantenía aún, un día después, en la página web con idéntico contenido, un nuevo titular y una nueva foto. Si alguien ve en esto un caso de censura o una prueba del enorme poder que Sáenz de Santamaría tenía en *El País*, francamente es que tiene la piel muy fina o desconoce las reglas básicas de nuestro oficio, que incluyen la de escuchar a la gente a la que criticamos y no causar más perjuicio a las personas que el estrictamente necesario para mantener informado al público con el necesario rigor.

Ningún otro episodio hubo a lo largo de mis años como director que permitiera demostrar esa enorme influencia sobre *El País* que algunos le otorgaban a Sáenz de Santamaría. Si la ejerció con Cebrián

sin que él me lo dijera, lo desconozco, pero lo dudo, porque no puedo reprocharle a quien entonces era presidente de Prisa que actuara a mis espaldas ni que decidiera nada sobre *El País* sin hablarlo conmigo previamente. De Cebrián se podrán decir muchas cosas, pero conoce el valor institucional del cargo de director de *El País* y lo ha respetado siempre. Mejor dicho, porque no quiero hablar por otros: siempre lo respetó conmigo.

Dream team

Los periodistas saben trabajar deprisa. Algunos solo saben trabajar deprisa. Yo mismo nunca hubiera acabado este libro si no me hubieran acuciado sobre la fecha de entrega. Soy incapaz de sentarme a redactar cualquier cosa sin un *deadline*. Tal vez porque empecé en una agencia de noticias, donde se valora la inmediatez por encima de todo, o porque me dediqué muchos años al reporterismo estrictamente pegado a la actualidad, siempre me ha gustado trabajar con prisa. Incluso cuando dejé de cubrir noticias y me dediqué a escribir artículos, esperaba hasta el último minuto para que la ansiedad de la entrega inminente contribuyera a darle al texto tensión y frescura. Me consta que le sucede lo mismo a muchos colegas. Vivimos un momento, sin embargo, en el que el periodismo se hace con demasiadas prisas, con verdadera precipitación, sin el tiempo necesario para la imprescindible corroboración de los datos y el reposo de las ideas que se tienen en la cabeza. Es esta una de las peores consecuencias del periodismo digital.

Los periódicos se han convertido, en cierta medida, en fábricas de producir noticias, muchas veces sin ton ni son, con el único propósito de ampliar el abanico de lectores potenciales y alcanzar audiencias masivas, una de las vías más socorridas para compensar la brutal pérdida de ingresos por la caída de la publicidad y de la venta de la edición de papel. Los redactores de mesa elaboran una noticia tras otra sin el tiempo mínimo para documentarse al respecto o aportar al menos un dato o un ángulo propios. Cuando fui director de *El País*, la redacción del periódico producía por encima de 300 historias al día. Estoy seguro de que ahora, con una redacción más pequeña, se supera esa cifra si se incluyen pódcast y otros tipos de productos digitales.

Aunque, como digo, el problema se ha agudizado recientemente, su origen se remonta a varios años atrás, cuando los periódicos

comenzaron a rediseñar sus páginas para hacerlas más atractivas a los lectores, lo que habitualmente suponía un mayor espacio de ilustración y un menor espacio de texto. Las historias más cortas se fueron poniendo de moda desde antes del periodismo digital y, salvo ilustres excepciones, constituyen ya el grueso del periodismo escrito. Se da por hecho que el público tiene menos tiempo y menos interés para la lectura y se le suministra, por tanto, un producto acorde con esa presunción.

En mi etapa como subdirector de la edición dominical de *El País* adquirí el gusto por las historias más largas, elaboradas con más tiempo y más recursos. No solo eso, sino que tuve la impresión de que el futuro del periodismo escrito de alguna forma debería de pasar por cumplir esas condiciones, incapaz, como se ha ido viendo que es, de competir con otros medios en rapidez y agilidad. Por esa razón, cuando dejé ese cargo —en circunstancias apacibles, pero que confirmaban mi paulatino distanciamiento con el resto del equipo directivo— propuse a Ceberio crear una nueva sección que denominamos Investigación y Análisis y en la que se publicaría cada lunes una historia de un mínimo de dos páginas que debía ser original en su tema, atractiva en su enfoque y esmerada en su redacción.

Elegí a quienes consideraba los mejores periodistas de *El País* para esa labor: José Luis Barbería, José María Irujo, Juan Jesús Aznárez y Joaquín Prieto, un auténtico *dream team*, el primer *dream team* al que me tocaría dirigir. Prieto, Irujo y Barbería estaban especializados en información nacional, mientras que Aznárez y yo nos dedicamos principalmente a la internacional. El propósito, tal como le expliqué a Ceberio, que lo aceptó de inmediato, era garantizar la publicación una vez por semana de una historia propia, diferenciadora con la competencia. En ese tiempo, el periódico ya se había burocratizado bastante, adolecía de noticias exclusivas y había casi abandonado la investigación, que se mantenía con mayor vigor en *El Mundo*. Con esta sección no se podía asegurar una revelación escandalosa cada semana, pero sí al menos un reportaje en profundidad y de calidad. Uno de los más notables reportajes publicados en esa sección fue el titulado «La secta yihadista del 11-M» en el que se ponían al descubierto los nombres y los métodos de la trama que se encontraba detrás del mayor ataque terrorista de la historia de España.

El periodismo de investigación nunca ha sido un género estelar en la prensa española, como lo ha sido, por ejemplo, el periodismo de opinión. A veces se confunde el periodismo de investigación con la mera publicación de un papel que alguien hace llegar a la redacción o

a un periodista y que, con más frecuencia de la debida, acaba en las páginas de un periódico sin haber sido sometido al debido proceso de comprobación y contraste. Eso es más habitual aún cuando quien filtra el papel es el gobierno de turno. El verdadero periodismo de investigación puede surgir de una filtración —cada periodista de investigación tiene su «garganta profunda»—, pero solo alcanza esa categoría cuando el hecho o los datos filtrados han sido confirmados por otras fuentes, situados en el contexto que los explica —incluidos aquellos que exponen el interés de quien filtra la información— y matizados y contrarrestados con los puntos de vista de las personas que resultan afectadas por la información que se publica. Son muy pocas las veces que se cumplen todos estos requisitos para publicar una noticia de cierto impacto, pero es importante recordar que así es como debe de ser.

Como todo lo demás en nuestra profesión, el periodismo de investigación ha cambiado bastante en los últimos años. Incluso en Estados Unidos, desde mi punto de vista la meca de ese género, se hace hoy menos periodismo de investigación y de inferior calidad. Las empresas, también las norteamericanas, han perdido capacidad económica y se han visto obligadas a reducir gastos y a recortar plantillas o, como en el caso de las dos o tres cabeceras más relevantes, dedicar parte de ellas a labores necesarias en el periodismo digital, pero que no tienen que ver directamente con la elaboración de artículos. El periodismo de investigación, que, por su consumo de tiempo y recursos, es el que resulta más caro de producir y genera menor rendimiento, ha sido la principal víctima de esos recortes.

El lugar del periodismo de investigación clásico, el que dio lugar al Watergate y los Papeles del Pentágono, ha sido ocupado en ocasiones por *start up* y organizaciones sin ánimo de lucro que reúnen a periodistas de diferentes países para hacer el trabajo que ya no pueden abordar las empresas periodísticas tradicionales. Una de las más reconocidas es el Consorcio Internacional de Periodistas de Investigación, que consiguió los Papeles de Panamá. También Wikileaks actuó en el pasado como canalizador de datos para el periodismo de investigación, como los Papeles Diplomáticos. Y ha seguido habiendo alguna famosa «garganta profunda» capaz de sacudir al *establishment*, como Edward Snowden.

Siento un gran respeto por estas organizaciones, que llenan como pueden un vacío muy importante y ayudan a los periódicos en tiempos difíciles. Pero, desde mi punto de vista, nada puede sustituir al trabajo de la redacción de un periódico buscando la verdad en competencia

con otros. Me tocó trabajar en los Papeles Diplomáticos. Aunque residía entonces en Washington, me trasladé a Madrid para coordinar el equipo que se ocupó de leer, analizar y seleccionar la ingente cantidad de documentos que Wikileaks pasó a varias publicaciones del mundo. Fue interesante, pero no sentí que el periódico vibrara de emoción por esa exclusiva compartida. Era, de alguna forma, un trabajo burocrático, se trataba de poner en orden papeles que otros habían obtenido y de los que nosotros no teníamos siquiera constancia de cómo habían sido conseguidos. Creo que el periodismo de investigación es algo más complejo que publicar papeles secretos.

Además de eso, lo que más se echa en falta en el periodismo no son grandes hitos periodísticos que tienen gran resonancia pero escasas consecuencias —en realidad, ¿qué efectos han quedado de los Papeles de Panamá?—, sino historias de investigación más modestas, pero de mayor impacto en la vida ciudadana, historias de medios regionales que sacan a la luz la corrupción local. Los periódicos regionales se han visto aún más afectados por la crisis que los nacionales. Algunos sobreviven en condiciones de precariedad alarmante, pagando sueldos ridículos y con limitaciones extremas para la realización de los trabajos más básicos. Las escaseces son tantas que, aunque algunas cabeceras subsisten, no cumplen ya el papel fiscalizador y de contrapoder que se les debe de exigir a los medios de comunicación.

En eso tiene que ver también, como en todo, la plaga de sectarismo que asuela la profesión. Una visión romántica de nuestro oficio permite pensar que allí donde hay un periodista y una imprenta, se puede cumplir con la misión de informar a los ciudadanos de aquello que se pretende ocultar. Pero lo cierto es que, cada vez más, la orientación ideológica de un medio, que debería limitarse a su página editorial y una porción de sus artículos de opinión, se extiende ya casi por todas sus secciones y noticias, sin contención. De tal manera que cualquier pretendida investigación se ve afectada por el tufo político del periódico y sometida a las comprensibles dudas por parte de los lectores. Es impensable hoy en España la publicación en determinados periódicos de investigaciones perjudiciales para los partidos políticos y las ideas que apoyan sin reparos. Los periodistas, que lo saben y que, en el caso de los más activistas, lo comparten, automáticamente buscan el escándalo en el bando político contrario, sin molestarse siquiera en indagar los indicios sospechosos que puedan surgir en el propio.

De vuelta a casa

No digo que esa fuera la razón por la que la sección de Investigación y Análisis de *El País* desapareció solo un año después de su nacimiento, pero sí puedo asegurar que el grupo que la constituía —muy diverso en su origen y pensamiento— no hubiera sido dócilmente conducido hacia los temas que la dirección hubiera considerado más acordes con determinadas posiciones políticas. Y la dirección lo sabía. El caso es que ese equipo fue disuelto el primer día que Javier Moreno se puso al frente del periódico en 2006. No fue él quien me lo comunicó, sino su director adjunto, Vicente Jiménez. Más tarde entendí que las reservas de Moreno, más que ideológicas, eran personales, tenían que ver con su forma de ver el periódico y su miedo a la existencia de focos de oposición o firmas de referencia que pudieran servir para cuestionar su autoridad o discutir sus decisiones. Ese estilo de dirección se reflejó de alguna forma en un periódico anodino y romo que fue perdiendo interés y audiencia.

El caso es que, cuando era obvio que no contarían conmigo, solicité mi regreso a Washington, donde había pasado los mejores años de mi carrera y donde había sido feliz. Era un riesgo porque, como me dijo Pedro Rodríguez, el compañero de *ABC*, en una pequeña fiesta de bienvenida que me organizaron, «segundas partes nunca fueron buenas». Estaba dispuesto a aceptar ese reto. Ni quería ser un estorbo en Madrid ni me interesaba el papel de ofendido por los desplantes del director. Quería seguir haciendo periodismo en primera línea y dedicarme a lo que más me gustaba: reportear y escribir.

Más maduro que la primera vez que fui corresponsal en Estados Unidos, en esta ocasión intenté profundizar más en la sociedad americana, acudí a conferencias y eventos inhabituales, salí del círculo de *think-tanks*, políticos y diplomáticos que domina Washington y me desplacé con más frecuencia a poblaciones remotas de lo que se conoce como la América profunda. Es verdad que cuanto más se conocen esos lugares, más se quiere a Washington y Nueva York. Nunca podré acostumbrarme al brutal contraste cotidiano en ese país entre el desarrollo y vanguardismo de un lado y el primitivismo y la vulgaridad del otro.

Fue de esa manera que empecé a calibrar el impacto histórico que tendría la elección como presidente de Barack Obama, un impacto que resuena aún hoy y que perdurará mucho tiempo, no porque su obra fuera grandiosa, sino porque su victoria removió las placas tectónicas de la sociedad norteamericana de tal manera que tardarán mucho en

volver a ajustarse.

Obama fue elegido presidente en pleno trauma por las guerras de Irak y Afganistán, que habían extenuado al país, no solo política, militar y económicamente, sino, sobre todo, moralmente. La crisis financiera de 2008, que estalló públicamente solo tres meses antes de la fecha de las elecciones, fue el último clavo en el ataúd de su rival, el gran John McCain, pero la victoria de Obama estaba ya decidida antes de eso como consecuencia de la degradación que había supuesto el comportamiento de la Administración de George Bush en aquella guerra contra el terrorismo. Ese sentimiento estaba muy extendido en los núcleos urbanos de ambas costas, pero no en los ambientes rurales del interior. La candidatura de Obama supuso un reclamo extraordinario para la movilización del primer grupo, ante la pasividad y el recelo del segundo. Esa división se mantuvo y profundizó con el paso de los años, hasta reproducirse, pero en sentido inverso, en 2016, cuando los que se movilizaron fueron los sectores rurales y conservadores, ante la llamada de Donald Trump, mientras que los grupos urbanos y progresistas mantuvieron cierta apatía ante la candidatura de Hillary Clinton.

La movilización por Obama fue algo sin precedentes. Ningún candidato presidencial en la historia había generado nunca semejante entusiasmo. Jóvenes, viejos, hombres, mujeres, blancos, negros, latinos, ricos, pobres, izquierda, derecha, miles y miles de personas en todas las ciudades constituyeron comités de apoyo, repartieron propaganda electoral y participaron en los mítines del aspirante del Partido Demócrata, hechizados por la oratoria de ese espigado mulato con una historia personal conmovedora y un futuro tan prometedor. Muchos que nunca habían participado en política, lo hicieron por primera vez y no lo volverían a hacer más. Obama era el bálsamo perfecto para curar los malos años vividos desde el ataque a las Torres Gemelas y el hombre enviado por la Providencia para reconducir al país hacia la élite moral a la que pertenecía.

Era imposible resistirse al encanto de Obama. Y muchos periodistas, yo entre ellos, fuimos incapaces de hacerlo. Estuve con Obama en pequeñas localidades de Florida y en el gigantesco mitin del estadio de fútbol de Denver. Escuché tantas veces sus frases contra la América roja y la América azul que era capaz de repetirlas de memoria. Aún me retumba en los oídos el célebre *¡Yes, we can!* Me resultaba tan atractivo su mensaje contra la intolerancia y por la conciliación, era tan estimulante su optimismo, su voluntad de progreso, su respeto al adversario… que hubiera deseado poder votar

por él. De alguna forma lo hice, rompiendo cualquier deber de imparcialidad y escribiendo abiertamente a su favor. Es verdad que traté de hacerlo salvando la cara, poniendo algún límite a mi admiración con algunas advertencias sobre los múltiples obstáculos que Obama tendría que sortear como presidente. También encontré una buena razón para equilibrar mis crónicas en John McCain, un hombre muy valioso, con un historial heroico y una conducta intachable. Quién sabe si a la postre no hubiera sido mejor presidente que Obama, que tampoco destacó por una gestión que vaya a pasar a la historia.

Unos meses antes del inicio de la campaña electoral, visité por unos días la base norteamericana en Guantánamo, una buena oportunidad de comprender la degradación moral sufrida por el país que tanto admiraba. Entrevisté al responsable de los interrogatorios y del equipo de interrogadores, Paul Rester, quien me explicó su trabajo y sus objetivos, y que insistía en que todo lo que allí ocurría era en beneficio de la seguridad nacional de Estados Unidos. Por eso me merecía aún más respeto McCain, porque, siendo conservador y militar, tuvo también el coraje de pronunciarse contra Guantánamo y contra las torturas, que él mismo había sufrido como prisionero de guerra durante la guerra de Vietnam.

Despidos, huelga y Chávez

Moreno me felicitó por el reportaje de Guantánamo, lo que yo recibí como una prueba de que nuestra relación se había normalizado. Por mi parte, vivía bastante ajeno a la marcha del periódico en Madrid y no guardaba el menor rencor hacia el director. Me dolía la brusquedad con la que había liquidado las páginas de Investigación y Análisis, en las que yo había puesto tanto esfuerzo, pero entendía su derecho a hacerlo y tampoco me parecía eso un gran asunto. Durante esa segunda etapa como corresponsal en Washington tuve dos oportunidades de demostrar con toda claridad que, no solo no guardaba ningún resentimiento hacia Moreno, sino que podía contar, como todos los directores anteriores, con mi lealtad.

Una de ellas fue durante la mayor huelga que ha sufrido *El País* a lo largo de su historia. En noviembre de 2012, en plena crisis económica, el periódico anunció el despido por el procedimiento de ERE de 149 trabajadores de la plantilla. Fue un tiempo muy difícil en

El País, el peor que puedo recordar. Cada tarde, se levantaban los periodistas y se ponían frente a la sala de reuniones, en el momento en que el director discutía la primera página con su equipo, y recitaban en voz alta los nombres de cada uno de los despedidos. Hubo tres días de huelga en los que el periódico salió a la calle gracias al trabajo únicamente del equipo directivo, en el marco de muchas semanas de asambleas y tensión.

Sin conocer muy bien las circunstancias exactas del conflicto, me sentí obligado como subdirector a situarme al lado del director. Mantuve mi firma en los artículos cuando otros decidieron retirarla a petición del comité de empresa y, sin que nadie me lo pidiera, decidí participar por teléfono en una de las asambleas más agitadas para hacer oír mi voz a favor de Javier Moreno. Lo hice contra corriente, en condiciones muy difíciles —algunos de los participantes en la asamblea se oponían a que yo hablase— y plenamente consciente de que con esa intervención me ganaría muchos enemigos entre los componentes de la redacción, por no decir en el comité de empresa. Sin embargo, sentí que era un momento crítico en la historia del periódico, que el director y la propia empresa se encontraban al borde del precipicio y que todos los años de gloria vividos antes en *El País* exigían de mí ese sacrificio.

En el otro episodio al que aludía anteriormente actúe con mucha menos convicción, pero con la misma disciplina. Me refiero al momento, también muy complicado en la historia de *El País*, de la publicación en portada, con un enorme despliegue, de una foto falsa de Chávez, supuestamente tumbado sobre la mesa de quirófano. Todos la recuerdan. Era una imagen muy sórdida en la que se veía a alguien que parecía ser el presidente venezolano, entubado, en lo que pretendía ser la sala de un hospital. Fue en enero de 2013.

Yo era entonces corresponsal en Washington y sabía que estaba circulando una foto de Chávez de características similares a la que se publicó porque, unos días antes de que apareciese en *El País*, alguien se había puesto en contacto conmigo para ofrecérmela. Como digo, no sé si era esa misma u otra similar, puesto que nunca llegué a verla. En aquellos días existían muchas especulaciones sobre la salud de Chávez, que llevaba tiempo enfermo de cáncer y estaba siendo tratado en Cuba. Circulaban rumores sobre su muerte y se decía que los cubanos lo mantenían en secreto bajo su custodia para manejar los tiempos políticos en Venezuela. Era ese un tema constante de conversación en los círculos latinoamericanos entre los que me movía en Washington.

Una tarde me llamó un hombre que dijo ser fotógrafo y que

aseguraba poseer una foto de Chávez enfermo. La condición para verla era adelantar una determinada cantidad, que no recuerdo con precisión, pero que ascendía a varios miles de dólares. No me gustaron las respuestas que dio a las preguntas que le hice. Aun así, realicé algunas llamadas a colegas y uno de ellos me comentó que a él también se la habían ofrecido y la había rechazado. Sin más, descarté la oferta y no creí necesario siquiera consultar al periódico porque el asunto me olía bastante mal. Por lo demás, *El País* había sido tradicionalmente reacio a pagar por fotos de ese tipo, no solo por el riesgo de ser estafados, sino porque tenía el prurito muy justificado de no pagar por la información, un recurso tradicional de medios sensacionalistas.

Mi sorpresa fue mayúscula cuando vi la foto publicada en *El País*, aunque, cuando me desperté en Washington, había sido ya desmentida y retirada de la edición digital. Llamé de inmediato a Moreno, que se encontraba en la conferencia de Davos en ese momento, y le comenté lo que me había sucedido, añadiendo una educada queja por no haberme llamado antes de tomar una decisión. Me contestó que el asunto se había decidido dentro de un círculo muy restringido y que no habían querido hacer más consultas con el fin de no alertar a la competencia. Moreno era consciente de la gravedad de lo sucedido y me garantizó que tomaría medidas severas, lo que finalmente no hizo.

Aquel error tuvo resonancia mundial y alcanzó, por supuesto, a Washington, donde tuve que soportar durante algún tiempo las llamadas de pésame de los medios de la competencia. Ninguna de ellas me puso en una situación tan embarazosa como la que tuve que vivir unos días después en un acto público sobre el momento político en América Latina en el que yo era uno de los oradores. En el espacio de preguntas del público, uno de los presentes interrogó sobre la foto, con comentarios bastante mordaces sobre *El País* y su calidad contrastada. Como no podía ser de otra forma, justifiqué por completo la decisión de publicar aquella imagen, defendí el juicio de la dirección del periódico y ofrecí garantías de que ese error no empañaba en absoluto la magnífica cobertura que *El País* hacía de la situación en Venezuela y de toda América Latina.

Vuelvo a unos párrafos anteriores y a aquella advertencia de Pedro Rodríguez —un excelente periodista a quien, en un momento dado, yo quise fichar— de que «segundas partes nunca fueron buenas». Esta segunda etapa en Washington sí lo fue para mí. Viví lo que probablemente ha sido la batalla política más gloriosa que me ha tocado conocer en toda mi carrera: el duelo Obama-Clinton en las

primarias del Partido Demócrata de 2008. Era imposible apartar la atención de aquel intercambio de golpes que día a día durante diez meses mantuvieron dos de los políticos más brillantes que ha producido Estados Unidos en el último medio siglo. Fue una guerra sin cuartel decidida como se deben de resolver estas cosas en un país civilizado y democrático, con un acuerdo en el que los dos salían ganando: Clinton ayudaría a Obama a ganar esas elecciones y, después, a mejorar su Administración, a cambio de que Obama ayudara a Clinton a ser candidata ocho años más tarde. Y así fue. Sin embargo, la razón principal de mi magnífico recuerdo de esta segunda etapa en Washington no fue ese legendario duelo político ni las muchas experiencias de esos años en Estados Unidos, sino la posibilidad de poner en marcha el proyecto más bonito que he emprendido jamás: la edición de *El País América*.

IX
EDICIÓN AMÉRICA

A estas alturas es probable que el lector ya haya deducido que América Latina ha sido mi pasión a lo largo de casi toda mi carrera, una pasión contrastada y ratificada durante mis años en Estados Unidos, que también es América. Desde mis primeros trabajos en Argentina, he aprovechado cualquier oportunidad de regresar a ese continente, donde he tenido la suerte de acabar conociendo todos los países que lo componen, así como algunas de las islas que conforman el conjunto de la región. Nunca me he dedicado al estudio académico de América Latina ni puedo presumir de un conocimiento profundo de su historia. Mi aproximación a esos países ha sido más directa, personal y afectiva, quizá también más superficial: la de un periodista.

Desde hace años, me han preocupado las circunstancias políticas de América Latina y he tratado a decenas de sus gentes. He aprendido a distinguir sus acentos y sus estilos, a disfrutar de sus comidas y sus festejos, a intuir sus intenciones y a compartir sus preocupaciones. Profesionalmente, es en América Latina donde mi trabajo ha tenido mayor impacto. Una de las cosas que más me apenan del periodismo español actual es su desinterés hacia América Latina, sin apreciar que ese es el único lugar del mundo en el que los periodistas españoles son escuchados con atención. Nuestro punto de vista tiene escasa relevancia en todas las demás regiones del mundo, incluida Europa, donde nuestros medios de comunicación ocupan un papel secundario respecto a los de Inglaterra, Francia, Alemania o Italia.

Por todo esto, siempre intenté, todavía viviendo en Washington, mantener contacto con América Latina. Frecuentaba a los periodistas de ese origen, conversaba con sus embajadores y, cuando era posible, participaba en programas de televisión o de radio de Colombia, México, Chile o Argentina. Gracias a eso, me sentía al tanto de la actualidad y conservaba mis vínculos emocionales con esos países. Fue

así como alumbré la idea de crear una edición especial de *El País* para América Latina. No era nada muy original. Casi desde su nacimiento, *El País* había mirado hacia esa región y había tenido presencia de diferente forma a lo largo de los años, incluida una edición de papel. Pero esos intentos, incluido el más ambicioso de todos, la compra por parte de Polanco de un diario vespertino en México con el propósito de fundamentar ahí el crecimiento del grupo en ese país y en América Latina, sucumbieron o quedaron en poca cosa ante las enormes dificultades logísticas, económicas y culturales que suponía llevar *El País* a aquel territorio.

El nacimiento del periodismo digital reducía drásticamente gran parte de esos problemas. Internet permitía hacer una edición para América Latina a un coste razonable, sin mover grandes recursos humanos y con la agilidad suficiente como para dar marcha atrás, si fuese necesario, sin un desgaste inasumible. Yo pretendía iniciarlo —y así se lo conté a Javier Moreno— de forma modesta, con la gente que ya teníamos desplazada en el área, y quería dirigirlo sin abandonar mis otras funciones como corresponsal en Washington. Mi oferta al director era casi de riesgo y coste cero y la aceptó sin objeciones.

La primera redacción de *El País América* estaba constituida por un grupo de becarios que el diario había enviado a México para cubrir desde allí el turno de la noche de todo el periódico. Cuando dormían en Madrid, ese equipo tomaba las riendas y mantenía actualizada la edición digital. Todos eran estudiantes de la Escuela de *El País*, incluido uno más veterano y con contrato fijo que ejercía de jefe, Bernardo Marín. Por encima, el corresponsal del periódico en México, Luis Prados, actuaba como asesor y supervisor. Tanto Luis como Bernardo tenían mucha fe en las posibilidades del periódico en México y se sumaron con entusiasmo al proyecto en cuanto se lo conté.

Cuando llegué por primera vez a la oficina que aquella redacción tenía entonces prestada por la editorial Santillana en la Ciudad de México, a finales de 2012, comprobé que los redactores presentes estaban escuchando la cadena Ser. Tenía sentido, puesto que su labor consistía en actualizar el periódico una vez que lo dejaba la redacción central en Madrid. Pero les advertí que, a partir de ese momento, no volverían a escuchar la Ser sino alguna radio mexicana o la BBC en español. «Este va a ser nuestro garaje», recuerdo que les dije. Aquí vamos a poner en marcha un proyecto en el que, si lo hacemos bien, debe basarse la sostenibilidad de *El País* en el futuro. El periodismo digital exigía extender el producto hacia millones de nuevos lectores, y esos lectores, en español, solo podían encontrarse en América Latina.

Nos pusimos a trabajar deprisa en el nuevo producto, su concepto y su diseño. Prados se convirtió en el responsable de toda la operación, quitando tiempo a su trabajo como corresponsal. Marín renovó su entusiasmo y dedicó al proyecto muchas más horas de las que le pagaban. Yo viajaba con frecuencia entre Washington y México para seguir de cerca el progreso de los trabajos. Descubrí que aquel equipo al que encontré un poco despistado la primera vez estaba constituido en realidad por periodistas de gran potencial, la mayoría de los cuales está haciendo y hará una gran carrera en *El País*. Todos compartían una gran ilusión por lo que tenían entre manos, que era, verdaderamente, atractivo por su novedad y ambición. Los becarios del turno de noche se iban a convertir de repente en atrevidos reporteros que recorrían las calles de la Ciudad de México.

Desde México para todos

México era el mayor país hispanohablante del mundo y el lugar en el que se asentaba nuestra redacción. México iba a ocupar, por tanto, el grueso de nuestra edición. Pero no pretendíamos que la información se redujera a México ni queríamos que el resto de los países se sintieran excluidos. Uno de los obstáculos que ha existido siempre, en todos los campos, para construir cualquier tipo de proyecto en América Latina es la diversidad de sus países y la escasa conexión que existe entre ellos. Es muy escaso el interés de un argentino sobre lo que sucede en México, y viceversa. Era necesario, por tanto, elaborar un periódico que los mexicanos encontraran de valor, sin que resultara completamente ajeno a un argentino o a un colombiano.

Buscamos corresponsales en las principales capitales del continente, en muchos casos los mismos que ya cubrían, aunque de manera mucho más esporádica, la información para *El País* en Madrid. Y pusimos a trabajar a los miembros de la oficina en Washington en asuntos que fueran de interés, no solo en España, sino también en América Latina. De tal manera que, a partir de entonces, la visita de un ministro peruano a Washington era cubierta por un periodista de nuestro periódico. Le trasladé al resto del equipo la máxima de que lo que más interesa a un lector en Argentina o Colombia es lo que sucede en su propio país, lo segundo es lo que sucede en Estados Unidos, lo tercero es lo que sucede en el mundo y solo lo cuarto es lo que ocurre en el resto de América Latina.

Tuvimos la suerte de que nuestra salida coincidiera exactamente con la elección de Bergoglio como papa Francisco, una noticia que unía todos los focos de interés de nuestro público potencial. El 14 de marzo de 2013 *El País América* echaba a andar con la magnífica crónica de Pablo Ordaz sobre la elección del cardenal argentino y las múltiples reacciones que esa noticia suscitó en toda América Latina. Los comienzos no fueron sencillos. El público de los periódicos, incluso de los digitales, no es amigo de los cambios de formato y diseño. El lector se acostumbra a un orden determinado en el acceso a su periódico y le disgusta que se lo cambien. El nacimiento de la Edición América suponía que todas las personas que accediesen a la web de *El País* desde el continente americano lo hacían por defecto al nuevo producto, lo que desconcertó a algunos lectores e irritó a otros, en su mayoría españoles residentes en América que leían *El País* fundamentalmente para estar al tanto de las novedades en España.

Sabíamos que necesitaríamos un tiempo para que el lector habitual se acostumbrase a navegar en la nueva edición y, sobre todo, para atraer nuevos lectores, que era el objetivo primordial. Como no teníamos dinero para campañas de promoción y *marketing*, lo suplimos con esfuerzo e imaginación personal. Cada cual, en su área de influencia, hablaba de *El País América* e intentaba que su círculo de gente más próximo actuara como difusor. A través de contactos personales y con la ayuda de Luis Prados en México y otros colegas en otros países, conseguí que me entrevistasen en algunas radios y televisiones americanas para hablar de nuestro proyecto. Solo hicimos un acto formal de presentación, en el teatro de Bellas Artes de México, al que acudieron Cebrián y Moreno y en el que estuvieron algunos representantes de la política y de la cultura mexicanas. Allí conocí, por ejemplo, a Miguel Ángel Mancera, que poco tiempo después sería elegido alcalde de la Ciudad de México, un cargo muy relevante en ese país, y que sonaba entonces como posible candidato presidencial.

El éxito de *El País América* acabó siendo rotundo. A los pocos meses de su aparición, empezó a ser competencia directa de las principales cabeceras mexicanas. Tres años después llegó a estar en tercer lugar entre los periódicos más leídos y durante mucho tiempo se mantuvo entre los cinco primeros. Costó más trabajo en otros países, lo que era lógico puesto que habíamos concentrado al menos dos terceras partes de nuestros recursos en México, pero también llegamos a estar entre las diez webs de periódicos más visitadas en Colombia y en Argentina, sobre todo desde que en 2016 destinamos dos redactores más a la cobertura de las noticias de este último país.

Obviamente, todo esto ya no era mérito exclusivo de quienes pusimos aquello en marcha. Todo el periódico acabó tomando conciencia de la trascendencia de esa edición, que añadía millones de lectores diarios a nuestra audiencia, y también la redacción en Madrid sumó esfuerzos para hacerla avanzar.

La razón principal de ese éxito, en todo caso, radica en el enorme poder de penetración y la magnífica reputación con que contaba el diario *El País* en América Latina. Tal vez sería presuntuoso decir que, para las personas más ilustradas de la región, *El País* es el *New York Times* en español, pero no hay duda de que su imagen de diario riguroso y cosmopolita, ganada desde los años ochenta, fue el factor decisivo para que aquella edición digital triunfase. A eso hay que añadir un fenómeno excepcional y, desafortunadamente, en regresión, que es el vínculo histórico y sentimental entre España y sus antiguas colonias, a lo que me he referido en anteriores capítulos.

Es un milagro que un periódico extranjero triunfe en cualquier país del mundo. El periodismo es una actividad que nace de las inquietudes de un colectivo preciso —sea local, regional o nacional— y responde a las preocupaciones de ese mismo colectivo. El lector necesita identificarse en y con el periódico que lee, independientemente de que este sea bueno o malo. Y no existe una identidad internacional o universal, por mucho que todos seamos integrantes de la especie humana. Por esa razón —porque la mayoría prefiere leer un periódico malo en el que se reconoce que uno bueno al que considera exótico— no existe un gran periódico internacional, o los que existen tienen una influencia relativa y responden a circunstancias excepcionales.

Hablábamos anteriormente de que el periodismo inglés y americano ha impuesto reglas profesionales y éticas que son válidas para los periodistas en cualquier lugar del mundo. Eso, sin embargo, no equivale a que los periódicos ingleses o americanos triunfen en cualquier parte del mundo. En cierto modo, lo consigue *The New York Times*, al que, desde que es accesible en Internet, acuden las élites de todos los países del mundo para estar al tanto de los grandes sucesos mundiales. Algo similar ocurre con *The Wall Street Journal* o *Financial Times*, aunque en un círculo aún más elitista y limitado al ámbito económico.

Hubo en el pasado un intento de las grandes cabeceras norteamericanas de utilizar su prestigio para vender periódicos en Europa y Asia. De ahí nació el *International Herald Tribune*, un producto de éxito durante un tiempo, pero que fue perdiendo

audiencia y que acabó cerrando. En el presente, el diario digital *Politico*, surgido en Washington y trasladado años después a Bruselas, ha gozado de la buena acogida que merece su información de calidad y rigor, pero nunca ha sido capaz de salir del ámbito de los lectores especializados, funcionarios, diplomáticos y periodistas.

Es indudable que cuando cualquiera de los periódicos mencionados y otras varias cabeceras internacionales publica algo sobre un determinado país, consigue un impacto notable en ese país. En cierto modo, la opinión pública reconoce la autoridad de determinados periódicos y le da a lo que publican un valor superior a lo de sus periódicos nacionales. Pero esto no va acompañado nunca de un trasvase de lectores hacia esas marcas internacionales. Y este es uno de los grandes dramas del periodismo en la actualidad, que se requieren audiencias gigantescas para sobrevivir, pero esas audiencias están limitadas al campo de identidad de cada periódico.

Al calor del éxito de *El País América*, *The New York Times* lanzó poco tiempo después una edición en español, que todavía se mantiene. Desconozco las cifras sobre esa edición, pero no sé de nadie que la lea. Está compuesta principalmente de los artículos de su edición en inglés traducidos al español. Recuerdo que, poco tiempo después de dejar la dirección de *El País*, participé en una reunión en *The Washington Post* con su consejero delegado, su director y otros miembros de su equipo directivo. El propósito era sondear las posibilidades de seguir los pasos de su principal competidor y lanzar una edición en español. Les dije lo que digo aquí sobre los periódicos y la identidad nacional, y añadí que, a diferencia de los libros, los artículos periodísticos no se pueden traducir. Entiéndanme, intento decir que, al traducirlos, permanece su valor informativo, pero se pierde su fuerza comunicativa, su carácter. Les aconsejé que, de seguir adelante con su idea, estarían obligados a contratar una redacción de periodistas mexicanos y, si querían ser escuchados, dejar colgado en la entrada de la oficina el distinguido sombrero de *The Washington Post* para descender al terreno fangoso que pisa el periodismo mexicano. Creo que ya antes eran escépticos con ese proyecto, pero lo cierto es que la edición en español de *The Washington Post* nunca llegó a nacer.

Lo mismo que decimos para los periódicos puede decirse para la radio y la televisión informativa. Solo el mundo del espectáculo se ve liberado de esa esclavitud identitaria que acompaña al periodismo. Por eso, cuanto más espectacular sea el periodismo, en sus documentales y reportajes, más posibilidades tendrá de cruzar fronteras hacia audiencias masivas.

El salto al portugués

El País América contó con las ventajas de un idioma que se lee sin apenas variaciones desde Estados Unidos hasta la Patagonia y una predisposición cultural entre el público destinatario que no existe en ninguna otra parte del mundo. Su éxito inmediato nos animó a intentar una incursión aún más difícil en un territorio en el que no se daban ninguna de esas dos condiciones: Brasil.

Hay que confesar de antemano que el proyecto de la edición brasileña se aceleró porque Prisa había recibido garantías del presidente Lula de que podría contar con respaldo económico para su aventura, cosa que, hasta donde sé, nunca llegó a cumplirse. Seguramente, nos habríamos lanzado de cualquier modo, pero aquella invitación nos puso a trabajar precipitadamente en una operación que se veía extraordinariamente compleja desde el principio. Se repitió el modelo utilizado en México. Luis Prados, que había conducido con tanto éxito el producto anterior, se trasladó a São Paulo para ponerse al frente del naciente *El País Brasil*, y yo continué en Washington, viajando de vez en cuando a la descomunal ciudad brasileña para supervisar y aconsejar. En noviembre de 2013 estaba en circulación *El País* en portugués, que no era una mera traducción a ese idioma de nuestros artículos en español, sino un compendio de noticias elaboradas originalmente en portugués, seleccionadas para el público brasileño y redactadas por periodistas, en su mayor parte, locales.

Fue bien, teniendo en cuenta los enormes obstáculos con los que se encontró y la fortaleza de sus competidores. Las empresas periodísticas brasileñas tienen, o tenían, un gran poder económico y político, y no solían ser muy tolerantes con la presencia en su territorio de rivales foráneos. Varias marcas americanas de gran prestigio habían intentado a lo largo de los años penetrar en el mercado brasileño, atraídas por el valor potencial de su enorme volumen de lectores y anunciantes, para acabar doblando las rodillas y regresando a casa. *El País* contrató una redacción de periodistas casi exclusivamente brasileños y trató de camuflarse en el paisaje periodístico de ese país tanto cuanto pudo.

El crecimiento de la audiencia en Brasil nunca fue, sin embargo, tan rápido como lo había sido en México, Colombia o Argentina, y la rentabilidad económica y política de esa operación nunca llegó a compensar la inversión, modesta, pero excesiva para los medios con los que un periódico cuenta hoy en día. La empresa acabó cerrando esa edición en diciembre de 2021. Se puede discutir si un periódico

como *El País* está obligado a mantener un producto como ese, aun siendo deficitario. Así lo pensaban, según me consta, algunas de las personas que lo leían. Pero es innegable que el periodismo de calidad está asociado por fuerza a la rentabilidad de las empresas editoriales. Lo contrario obligaría a la aceptación de subsidios que pondrían en duda la veracidad de la información publicada.

El País América se pensó para un tiempo en el que se buscaban audiencias masivas, no solo para mejorar la rentabilidad de la publicidad digital, sino para sentar una sólida base de lectores de cara a la futura imposición de muros de pago y modelos de suscripción. Gracias a ese producto, entre otras iniciativas, *El País* alcanzó en octubre de 2017 la cifra histórica de más de 100 millones de usuarios únicos, el objetivo que nos habíamos marcado para poner en marcha las suscripciones. Ignoro cuál ha sido la respuesta de los lectores de América Latina a la exigencia del pago, pero me temo que la obligatoriedad de un desembolso económico para acceder a determinados artículos habrá resucitado los prejuicios contra los medios extranjeros.

Lo que sí me consta es que la edición americana de *El País* dejó el terreno sembrado para cualquier actuación profesional y empresarial en ese continente. Personalmente, disfruté en la elaboración de ese producto como nunca lo he hecho en este oficio. La pasión que derrochaban los periodistas, sin horarios ni reclamaciones, la acogida entusiasta de los lectores, que se hacía patente en cada acto público, la trascendencia desmesurada de nuestras informaciones, todo eso eran cosas que ya no resultaban habituales en *El País* en España.

No tengo ninguna duda de que fue el éxito de la edición de América, no solo por su difusión sino el modelo de elaboración, lo que me catapultó a la dirección de *El País*. Era razonable y justo que quienes me acompañaron en ese proceso se vinieran conmigo a Madrid.

X
UNA TARDE DE INVIERNO EN EL HOTEL ALGONQUIN

Febrero de 2014 fue uno de los peores meses de invierno en muchos años en Nueva York. Central Park llegó a acumular hasta 75 centímetros de nieve, junto a temperaturas que alcanzaron los 20 grados bajo cero. Cuando llegué el día 3 para la reunión a la que había sido citado, habían transcurrido ya un par de días de la última tormenta y, lo que había sido un hermoso manto blanco sobre la ciudad, comenzaba a derretirse y transformarse en montañas ennegrecidas por el alquitrán, acumuladas junto a las aceras, y en charcos de hielo y agua que hacían enojoso el tránsito a pie por las calles de Manhattan.

Yo había aterrizado en Nueva York la noche anterior, mal provisto de ropa para ese clima porque procedía de Miami, donde me encontraba preparando un reportaje cuando recibí la llamada de Juan Luis Cebrián. Ni de lejos podía imaginar de qué se trataba. Dándole vueltas, llegué a la suposición de que fuese algo relacionado con *El País América*, que era entonces uno de los proyectos estrella de la empresa y para el que yo tenía previsto reclamar más recursos. No era habitual que Cebrián me llamase cuando viajaba a Estados Unidos, lo que ocurría con mucha frecuencia durante esos años. Nunca fuimos amigos y, aunque, por supuesto, habíamos coincidido en varias ocasiones por los muchos años que llevábamos trabajando juntos, nuestra relación nunca había salido del ámbito estrictamente profesional. Ni yo había visitado nunca su casa ni sabíamos uno del otro el menor detalle personal. Bueno, yo sabía algo más porque él era un personaje público, pero él, desde luego, no sabía nada de mí, al margen del juicio que tuviera sobre mi trabajo.

De tal manera que nuestro encuentro el 4 de febrero en el *lobby*

del hotel Algonquin, en la calle 44, fue desde el principio formal y directo al asunto. Solo un breve comentario inicial sobre el hotel en el que yo me alojaba, a pocas manzanas de allí, y una recomendación por mi parte de probar —estaba cayendo la tarde—, el «manhattan» que preparaban en el bar de ese célebre local en el que ahora buscábamos un rincón discreto, sirvieron de preludio a la conversación en la que Cebrián me ofreció ser director de *El País*.

Como no estaba preparado para ello, imagino que reaccioné de forma estúpida, con algún gesto de incredulidad y algunos balbuceos infantiles. Como decía, yo no había tenido antes trato personal con Cebrián, y su figura me infundía un respeto que solo era sobrepasado por el que sentía hacia el cargo que acababa de poner a mi disposición. Aquello era mucho más de lo que yo podía soñar, por lo que no tenía mucho que decir. Me limité a beber agua y café tratando de disimular mi confusión y azoramiento.

Con cierta pereza y en el bajo tono de voz que Cebrián suele emplear y que, a veces, lo hace difícil de entender, pasó a enumerar las razones por las que había decidido nombrar un nuevo director y por qué era yo la persona elegida. Dijo que llevaba varios meses pensando en un relevo en la dirección. Entendía que el periódico hacía tiempo que había perdido fuelle, que se había hecho rutinario y aburrido, que no había sido capaz de subirse adecuadamente a la ola digital y que, de seguir así, el futuro de *El País* se veía sombrío. En su opinión, el periódico requería una fuerte sacudida —un impulso disruptivo, creo que fueron sus palabras— y mencionó los nombres de un par de compañeros, como para que yo entendiera el grado de disrupción del que estaba hablando. Incluso mencionó la idea de una dirección colegiada. Los nombres, más que disruptivos, eran insensatos. Tengo la impresión de que confesé esa misma impresión con mi sonrisa al escuchar la mención a esos dos candidatos descartados. De inmediato me aclaró que, tras haber desechado las opciones más extremas, pensó que yo reunía el perfil idóneo de alguien que, conociendo la casa y habiendo recorrido casi todo el escalafón, conservaba un punto de distancia respecto a la cultura y el estilo de *El País* que me permitiría cumplir el papel agitador que él quería encomendarle al nuevo director. *El País América* era, según comentó, una prueba de todo ello.

Apenas interrumpí su monólogo más que para pedirle repetir algunas frases que no conseguía entender o reafirmar con la cabeza las partes en las que más énfasis ponía él. Cuando parecía obvio que su explicación había terminado, me atreví a hacerle un par de

observaciones que, vistas con el tiempo, resultaban bastante innecesarias. La primera fue la de si él era consciente de que yo tenía fama —absolutamente inmerecida, añadí— de discrepar de la línea editorial de *El País*. «¿Que eres un poco de derechas? Sí, algo he oído. ¿Es verdad?», me dijo. «No, no es verdad, pero tampoco soy de izquierdas, y creo que esta es la posición adecuada para ser periodista», le contesté. Sin poder dar fe de la literalidad de sus palabras, me respondió algo así: «Todo eso me importa bastante poco; eso de derechas o izquierdas creo que tiene poco sentido hoy en día». Y enseguida dio este tema por zanjado.

Mi segunda observación fue una prudente solicitud de garantías de que contaría con independencia para hacer el periódico y para formar mi equipo. En este punto, Cebrián se extendió sobre la crisis financiera que desde hacía al menos dos años sufría el periódico. Compartió algunos detalles sobre la forma en que se había gestado el plan de rescate en el que participaron el Banco Santander, La Caixa y Telefónica, así como de sus relaciones personales con Botín, Fainé y Alierta. Opinó sobre el grave momento político que vivía España y sobre el comprometido papel que *El País* tendría que jugar en aquella coyuntura. Me aseguró, en fin, que, como director del periódico, yo tomaría las decisiones, pero me advirtió de que tendría por delante una tarea muy compleja en la que iba a necesitar ayuda y consejo. Antes de levantarnos le pedí, como cumplimentando un formulario, un tiempo para pensar una respuesta. «Tienes hasta mañana por la mañana», me dijo. «Me sobra», le contesté.

Un par de martinis

Ya había anochecido cuando salí del Algonquin. Antes de llegar a mi hotel hablé por teléfono con mi mujer, que lloró desconsoladamente al conocer la noticia, y con mi hermana, que también la recibió con sumo pesar. Ambas intuían que, aunque sonara como un gran logro profesional, aquella promoción me traería más disgustos que alegrías y me sugirieron la posibilidad de decir que no. Éramos felices en Washington y teníamos dos hijos pequeños de los que apenas podría ocuparme si aceptaba el cargo que me proponían. Obviamente, yo no contemplaba de ninguna forma la opción de rechazarlo. Ser director de *El País*, no solo es la meta soñada por cualquier periodista, sino que yo había realizado casi toda mi carrera en ese diario, le había

literalmente entregado mi vida, que siempre se vio supeditada a mi profesión, y nunca me había negado a cumplir con lo que el periódico me encomendaba. Esta vez no iba a ser la primera. Era consciente de las circunstancias difíciles por las que atravesaba *El País* y la complicadísima situación en la que se encontraban prácticamente todos los periódicos del mundo. Sabía que me llegaba esa oportunidad en el peor momento posible, pero aun así había que tirar para adelante. Paré un rato en un bar enfrente de mi hotel y me bebí dos martinis, lo suficiente como para calmar los nervios y dormir decentemente.

La reunión de la mañana siguiente con Cebrián fue ya diferente. Estaba más relajado, más cordial, quizá porque estaba más descansado, pero sin duda, consciente o inconscientemente, estaba inaugurando un nuevo modelo de relación conmigo, la misma que se prolongaría durante los más de cuatro años que trabajamos juntos: respetuosa, cordial y creo que sincera. Siempre mantuvimos la distancia aconsejable entre dos profesionales unidos coyunturalmente, pero, al margen de pequeños detalles de suficiencia e indolencia que suelen acompañar a las personas que llevan muchos años en lo más alto del poder, solo puedo decir cosas positivas de mi trato con Cebrián, que respaldó mi trabajo siempre, sin más interferencias que las que le permitía su cargo, y que me mantuvo constantemente informado de todo lo que necesitaba saber para el desempeño de mi labor.

Esa colaboración estrecha, que nos obligó a compartir muchas horas durante varios años, me permitió, además, descubrir algunos detalles humanos de Juan Luis —siempre le llamé así, aunque sus amigos y gente más próxima le llaman Juan—, que me resultaban sorprendentes y que me sirvieron para ganar aprecio personal por quien hasta entonces solo había sido un símbolo. No me corresponde, por supuesto, emitir aquí un juicio sobre el papel de Cebrián en la historia, aunque hasta sus más enconados enemigos reconocerán sus méritos para llevar a *El País* hasta la cúspide de la prensa mundial. Existe ahora un esfuerzo inocultable entre quienes gestionan *El País* por reducir el peso de Cebrián, y de otros que estuvieron a su lado, en la historia de esa cabecera. Al margen de la opinión que cada quien tenga sobre él, es ese un esfuerzo suicida. Reescribir la historia y borrar la memoria, como hacía Stalin con las fotos de los disidentes, conduce a la destrucción de cualquier colectivo social, mucho más de una entidad intelectual.

Sobra decir que, en el desayuno que compartimos el día 5 en el

Algonquin, no fue necesario cumplir con el ritual de decirle a Cebrián que aceptaba su oferta. Nos limitamos a repasar algunas de las cosas que habíamos hablado el día anterior y a establecer un calendario para los días sucesivos. Él quería hacer el relevo cuanto antes. Entendía que la transformación que *El País* requería debía de hacerse lo más rápidamente posible, y que yo debería de trasladarme a Madrid de forma urgente. Le expliqué que así sería, desde luego, pero que quería coordinar todo de forma respetuosa con Javier Moreno, con quien le dije que tenía una buena amistad. Me encargó que, antes de llegar a Madrid, le enviase un escrito con mis impresiones sobre el estado del periódico y las medidas que consideraba más apremiantes.

Acabada la reunión, todavía en el taxi que me conducía a Pennsylvania Station para coger el tren de regreso a Washington, recibí una llamada con la primera felicitación por mi nombramiento. Era Antonio Navalón, con quien me había reunido meses antes en México, donde era muy influyente y manejaba mucha y buena información, para pedirle que escribiera una columna para la edición americana de *El País*, la misma que después publicó en la edición española. Yo ya sabía que Navalón tenía una relación muy estrecha con Cebrián —como la había tenido antes con Polanco—, pero no estaba aún al tanto del papel importante que estaba jugando en la búsqueda de capital para hacer frente a la crisis del grupo Prisa.

En la mañana después de llegar a Washington acudí, como de costumbre, a la oficina de *El País*. No recuerdo si aún ese día escribí algo para el periódico, pero, aunque fuese así, mi cabeza estaba ya centrada en redactar el informe que Cebrián me había solicitado. Rompiendo el compromiso de confidencialidad que había asumido con él, hice ese mismo día una llamada de la que me he arrepentido mucho posteriormente. No sé por qué me sentí en la obligación de comunicar personalmente la noticia a Javier Moreno. Habíamos sido muy amigos en el pasado. Yo me sentía mal actuando a sus espaldas. Me incomodaba dar los pasos para sustituirle sin que él lo supiera. Así es que, por un sentido de lealtad mal entendido, cogí el teléfono y se lo conté. «Esto es lo que tenían que haber hecho hace siete años», fue su primera reacción. Nunca lo olvidaré. Añadió un agradecimiento por el detalle y quedamos en seguir hablando.

El informe que redacté para Cebrián no se alejaba mucho del diagnóstico que habíamos compartido en el Algonquin. *El País* no estaba bien. La crisis económica, el conflicto por los despidos del ERE habían hundido la moral de toda la organización. Desde el punto de vista periodístico, el momento no era mucho mejor. El periódico

languidecía en una rutina aplastante. La parcialidad de algunas noticias y el sectarismo de algunos de sus responsables eran solo una parte del problema. A todas luces hacía falta una inyección de vigor y de frescura intelectual. El escrito estaba concebido para la exclusiva lectura del presidente de la compañía, por lo que incluía un lenguaje franco que no hubiera utilizado en otro contexto. Pero, por desgracia, el texto, enviado por correo electrónico, acabó en manos de otros destinatarios. Cebrián sospechaba que el grupo estaba siendo víctima de un hackeo, pero yo me temo que fue culpa de mi falta de destreza. El caso es que, sin quererlo, enseguida trascendieron mis propósitos y mi nombramiento, por lo que hubo que anunciarlo oficialmente de inmediato.

Llegué a Madrid a mediados de febrero con el espíritu y la disposición de quien acude a cumplir una misión. Mentiría si dijera que estaba cargado de ánimo y optimismo. En realidad, no pensaba mucho en eso. Había adoptado una actitud casi militar: se me requería para una tarea y yo acudía y trataba de cumplir de la mejor manera posible. Punto. Unos días antes había leído un libro de un militar muy famoso en Estados Unidos, el general David Petraeus, en el que describía su paso por Afganistán y su fórmula para acometer los trances más complicados, que me resultó muy útil para infundirme fuerzas ante aquel reto.

Un polvorín

La España de comienzos de 2014 era un polvorín. Yo miraba por las noches las tertulias de la televisión y me echaba a temblar. Fue una verdadera conmoción comprobar que los gritos y los insultos se extendían en la televisión durante toda la noche del sábado hasta bien entrada la madrugada del domingo. Fue allí donde vi por primera vez a un personaje con coleta y una retórica que me recordó la de las asambleas de mis años universitarios. Se hablaba de él por todas partes. Las noches en las que no estaba en esos debates, ocupaba su lugar alguno de sus lugartenientes en el naciente partido Podemos.

Todo el mundo parecía ser de Podemos. Mi propia familia se había hecho de Podemos. Viejos amigos conservadores me explicaban el soplo de aire fresco que, al parecer, Podemos había traído a la política española desde el 15-M. Por más que intentaba, yo no observaba ninguna novedad en lo que decían aquellos personajes que

con tanta frecuencia aparecían en la televisión. Era la misma ristra de ensoñaciones y lugares comunes que había escuchado a populistas de diferente género en muchas partes del mundo, lo mismo que había escuchado años antes en Nicaragua y en Cuba. Pero, era evidente que, en España, en ese preciso momento de 2014, aquellas fantasías huecas sobre la necesidad de un sistema político «al servicio de la gente» habían prendido en la conciencia de la sociedad, especialmente en los más jóvenes.

Lo que sí me resultó más novedoso y, al mismo tiempo, más peligroso, era el modelo de política que traía Podemos. Todo debía conseguirse a través de la agitación y la protesta. Todo había que alcanzarlo en la calle. Las instituciones estaban corrompidas y al servicio de los poderosos, entendiendo como «poderoso» a todo aquel que se opusiera a esos métodos. Después fueron corrigiendo el tiro, pero en aquel momento también la Unión Europea era una de esas instituciones inservibles y Angela Merkel, su principal guardián contra los intereses de los pueblos. Ese modelo se había extendido a todos los ámbitos. Cualquier reivindicación de cualquier índole había que defenderla a gritos y por las bravas, puesto que el sistema, al parecer, ya no era capaz de responder adecuadamente a las reclamaciones de los ciudadanos. La España de 2014 era un país de agitadores y de activistas.

Ese clima resultó una sorpresa para mí. Aunque seguía, por supuesto, la actualidad política de España, mi mundo de referencia era otro. Recuerdo que alguien me advirtió al recibirme en el periódico: «Bienvenido, vas a pasar de *60 Minutes* a *60 seconds*», en alusión al prestigioso programa de la televisión norteamericana y a otro que entonces hacía furor en la televisión española y en el que se exigía a los intervinientes —que también eran contendientes— que expusieran su argumento en solo un minuto, y, si se extendían de ese tiempo, sonaba una sirena y les desconectaban los micrófonos.

Me entristeció la acogida que mi nombramiento tuvo en algunos periódicos digitales de los que yo entonces nunca había oído hablar y con los que nunca había hablado. Sin conocerme de nada, puesto que nunca antes había tenido exposición pública, decían que yo era próximo a los intereses económicos de Estados Unidos, que era proisraelí, que estuve a favor de Bush, que siempre respaldé a reaccionarios en América Latina… En fin, cosas terribles que procuré despachar como parte de mi nueva responsabilidad y que intenté que no me distrajeran de la misión encomendada.

Mi primer contacto en Madrid, aparte de Cebrián, con quien ya

despachaba casi a diario, fue con Moreno. En una imprudencia más, compartí con él algunos de los nombres que estaba barajando para integrar mi equipo. Él me pidió un favor que, a la larga, me supuso un desgaste adicional. Quería permanecer en la dirección hasta el 4 de mayo, con el fin de que el relevo fuese exactamente en la misma fecha en la que él había asumido el cargo siete años antes, con la coincidencia de que ese era también el día del aniversario de la aparición del periódico. A Cebrián no le gustó la idea, pero aceptó que se hiciera lo que yo quisiera. El consejero delegado de *El País* en aquel momento, José Luis Sainz, me desaconsejó insistentemente ese retraso.

En opinión de Sainz, dejar un espacio de más de dos meses en el que yo era reconocido como nuevo director, pero en el que las decisiones no las tomaba yo, sino Moreno, era regalarle tiempo a quienes estuvieran en contra de mi nombramiento. Sainz conocía bien *El País* y era consciente de que toda la campaña de esos días contra mí podría perjudicarme e hipotecar mi gestión. En su opinión, cuanto más tardara en asumir el cargo, más tiempo dejaba para que esa campaña cuajase. Pese a todo, accedí a la petición de Moreno y, aunque mi nombramiento oficial como director por el Consejo de Administración de *El País* se produjo el 26 de febrero, no asumí el cargo hasta el 4 de mayo.

Antes hicimos un acto formal de presentación a la redacción, junto a Cebrián y Moreno, y ese mismo día por la tarde convoqué una asamblea para dirigirme a todo el periódico y responder preguntas. Aun tratando de transmitir optimismo y confianza en la capacidad de aquel colectivo para sacar las cosas adelante, no resté gravedad al momento por el que atravesaba el periódico. Las ventas de la edición de papel se habían reducido prácticamente a la mitad con respecto a 2007 y seguían descendiendo a un ritmo en torno al 15 por ciento mensual. Los ingresos por publicidad habían caído más del 70 por ciento. El escenario era similar en el resto de la prensa española y en gran parte de la prensa internacional, lo que ponía de relieve una crisis de modelo de negocio que amenazaba la existencia misma de los periódicos. Si descontamos los ingresos que se registraban gracias a la presencia de Santillana dentro del Grupo Prisa, *El País* era, de hecho, una empresa en quiebra. Los salarios de los empleados ya se habían ido ajustando a esa realidad en los últimos años, pero las reducciones serían aún mayores para los periodistas que se incorporaran en el futuro. Se habían hecho ya en aquel momento varios intentos de construir una edición digital que fuera capaz de compensar las pérdidas del producto tradicional, pero ninguno de ellos había

conseguido cuajar. La web de *El Mundo* era en ese momento la más leída en España.

En cuanto a los aspectos estrictamente profesionales, dibujé un panorama menos alarmante, pero también motivo de inquietud. El periódico latía a un ritmo muy bajo, llevaba tiempo sin aportar una exclusiva y dejaba la sensación de ser incapaz de competir. Había que descender del olimpo al que nos llevó el éxito de años anteriores y volver a pelear cuerpo a cuerpo por la noticia con nuevos competidores digitales que, podían parecer insignificantes entonces, pero estaban en mejores condiciones de ganar la batalla por el futuro del periodismo. También eran necesarios algunos ajustes en cuanto al enfoque y tratamiento de los temas. En mi opinión, había que hacer un periódico más abierto, que diera cabida a un abanico más amplio de ideas y que estuviera destinado a un sector más extenso de la sociedad. Creía y sigo creyendo que un periódico líder en el mercado que, además tiene la necesidad de crecer en audiencias en su edición digital, está obligado a evitar todo sectarismo y tratar de conectar con el mayor número de lectores posibles. La idea fundacional de *El País* no nos obligaba a estar constreñidos a la izquierda. En tiempos de polarización y tensión política, esa era además una responsabilidad editorial.

Estas ideas fueron después interpretadas maliciosamente en algunos confidenciales como el anuncio del giro a la derecha que yo pretendía hacer. Lo que más preocupación dejó en ese momento entre mis compañeros fue, no obstante, mi pronóstico pesimista sobre el futuro del periódico de papel. Creo que muchos aún querían creer que, si caíamos en los quioscos, era por errores propios perfectamente subsanables. Un tiempo después, algunos seguían pensando que la pérdida de ejemplares era atribuible a la supuesta derechización del periódico. Desgraciadamente, no era así. *El País* perdía ejemplares antes de que yo fuera nombrado director, los siguió perdiendo en mi etapa y continuó haciéndolo tras mi salida.

Más o menos eso mismo fue lo que transmití en aquella asamblea, que la crisis de los periódicos de papel era irresoluble y que estábamos ante la disyuntiva de apostar decidida y totalmente por la edición digital o desaparecer. Advertí que sería necesario modificar los hábitos de trabajo que habíamos tenido durante décadas, los horarios, la organización interna, la estructura de la redacción, incluso su diseño físico, todo. Alerté de que sería preciso contratar a periodistas de perfiles que nunca habíamos conocido en la redacción de *El País* y que, nosotros mismos, deberíamos de abrirnos a nuevos

conocimientos. Teníamos la obligación de acometer una transformación como pocos sectores industriales habían conocido antes —creo que mencioné el ejemplo de la siderurgia en los años ochenta— y que eso supondría para todos una auténtica revolución cultural.

En varias ocasiones tuve que aclarar, en esa asamblea y en intervenciones sucesivas, que yo también prefería el periódico de papel, que yo también me había criado con ese producto en las manos y sentía un vértigo atroz ante la nueva perspectiva. Tuve que asegurar que, en ningún momento, mi intención era la de acabar con la edición impresa, que la sostendríamos mientras fuera industrialmente posible, pero que eso no debería de distraernos de la misión principal: construir una versión digital alternativa que nos garantizase el futuro. Admito que se trataba de un proceso muy complejo y comprendo las resistencias que encontré a lo largo de todo el camino. Pero yo entendía que esa era mi función: hacer las cosas que había que hacer, al margen de las dificultades que aparecieran.

Tiempos revueltos

Se especulaba mucho en esa época sobre la fecha en la que los periódicos de papel desaparecerían por completo. El propio Cebrián había pronosticado ya su defunción. Yo no quise nunca marcar un límite porque, mientras fuera mi responsabilidad, iba a hacer todo lo posible para que la muerte de la imprenta se retrasara al máximo. Por lo demás, nadie sabía cómo iba a ser ese final y en qué medida eso acabaría afectando al periodismo y a las empresas. Era el momento de seguir dando pedales para no caer de la bicicleta. No sabíamos bien hacia dónde íbamos y, mucho menos, cuándo llegaríamos o lo que nos encontraríamos una vez allí. Pero lo que sí estaba claro es que permanecer inamovibles, apegados a las costumbres y las reglas que nos habían permitido triunfar en el pasado, nos condenaba a la desaparición.

La situación no ha cambiado mucho desde entonces —estoy hablando del año 2014—. La incertidumbre sigue siendo enorme. Los diarios de papel siguen ahí. Han conseguido rebasar el límite que habían fijado los más pesimistas. Todavía se pueden comprar periódicos en quioscos callejeros o recibirlos cada mañana en la puerta de la casa. Están, pero ¿verdaderamente están? Están en las

redacciones de las televisiones y las radios, que los utilizan —creo que cada vez menos— para elaborar sus propios programas. Tal vez están todavía en los despachos de algunas empresas e instituciones —muy pocas ya—. Y quizá sobrevivan en algunos centros sociales, hoteles o entidades culturales —tampoco los he visto últimamente—. Pero, desde luego, lo que es evidente es que los periódicos de papel no están ya en las manos de los lectores. El periódico más leído en España vende cada día en todo el país menos ejemplares que las personas que caben en un campo de fútbol de capacidad media. La suma de los seis periódicos más vendidos en toda España hoy equivale a la mitad de lo que solo *El País* vendía en un día antes de 2008. *El País* vendía ese año en un domingo lo que todos esos periódicos juntos venden hoy en una semana. Se pueden encontrar muchas cifras y estadísticas que ilustran con claridad la dimensión de la catástrofe.

La realidad es que los periódicos de papel ya han dejado de existir, aunque el final no ha sido cómo se pronosticó. No se ha producido —no aún— ese día D en el que se anunciaba el cese de la producción de periódicos. Han ido languideciendo en su distribución e influencia hasta quedar reducidos a lo que son en la actualidad, un mero vestigio cultural, muy lejos de la función de medio de comunicación que tuvo en el pasado, más lejos aún del medio de comunicación de masas que llegó a ser. El público no se informa hoy a través de los periódicos impresos. Es discutible si conservan aún influencia dentro de las élites y que, de esa manera, acaban penetrando en el pensamiento colectivo. Personalmente, lo dudo. Pero está claro que sí lo creen muchos de quienes pertenecen a esas élites y de quienes elaboran los periódicos. A los primeros todavía les satisface el instante de vanidad que supone su aparición en un diario físico. Los profesionales aún siguen tomando medidas que demuestran que conceden atención prioritaria a las ediciones impresas. Así es en España, no en Estados Unidos, donde las élites son ya completamente digitales y donde la transformación de los diarios ha sido más profunda y acertada.

Los diarios de papel han desaparecido del paisaje de las ciudades. El mundo del primer cuarto del siglo XXI es ya un mundo sin periódicos impresos. Aún se pueden ver unos cuantos ejemplares apilados en los supermercados de Estados Unidos o escondidos detrás de productos turísticos en los quioscos de España, pero también algunas personas siguen escribiendo con pluma estilográfica y, en muchos países, se siguen usando coches de caballos en los actos más solemnes o en los paseos más románticos. El periódico de papel no existe, y si mañana

dejara de estar disponible, una enorme mayoría de personas ni siquiera repararía en ello.

Las empresas han decidido conservarlos como seña de identidad, como homenaje a su historia o por respeto a sus lectores más fieles. Lo comparto, aunque sospecho que, en muchos casos, a esas razones se une el miedo al vacío que representa para una marca dejar de fabricar el producto por el que se dio a conocer. Es un miedo atávico, sin fundamento en las cifras ni en los cálculos más rigurosos, pero perfectamente comprensible. Muchas de las cabeceras más rentables e influyentes, tanto en España como en Estados Unidos, carecen de una versión impresa, sin que ello reduzca lo más mínimo su prestigio ni capacidad de penetración.

No estoy abogando aquí por la supresión inmediata de los periódicos impresos. A mí también me gustan y, siempre que puedo, los prefiero sobre los digitales. Lo que trato de decir es que es muy probable que su desaparición se complete en el momento en que las empresas superen los prejuicios que aún justifican su existencia. Es una pena, desde luego. Para los que somos de ese oficio o los lectores muy aficionados, no hay sensación más satisfactoria que el olor a tinta fresca sobre el papel al abrir por las mañanas las páginas de un periódico. La desaparición de los periódicos es triste para los nostálgicos y es dolorosa para quienes dedicamos una vida a buscar titulares para la primera página. Pero, aparte de eso, ¿qué otras cosas significa? ¿Qué supone para nuestra vida, nuestra convivencia, nuestra democracia la desaparición de los periódicos de papel?

A primera vista, nada. Las noticias que se publicaban en una versión impresa se publican ahora en una versión digital. Incluso con ventajas, porque en esta última se puede hacer antes, sin límite de espacio, con actualizaciones constantes y con acceso inmediato y sencillo por parte de los lectores. Las ediciones digitales pueden, además, acompañar las noticias con abundancia de gráficos, fotografías, archivo… Pueden añadir contenidos de vídeo y audio para hacerlas más atractivas y facilitar su consumo. Los lectores pueden ahora «leer» el periódico mientras caminan, conducen o montan en bicicleta. Pueden, incluso, aportar su propia opinión y entablar, en el mismo periódico o en las redes sociales, encarnizadas polémicas con otros lectores o con los propios redactores de los periódicos.

Todo parecen ventajas, y lo son, en cierta medida. Como se ha dicho muchas veces, la información se ha democratizado. Los ciudadanos poseen hoy más información que nunca y tienen a su disposición una oferta de productos con la mayor diversidad

ideológica y de contenidos que se ha conocido jamás. Cuentan también con la capacidad de interactuar con esa información, exponer dudas y solicitar aclaraciones. Pero ¿significa esto que están mejor informados? Más importante aún, porque esta es la razón última de los medios de comunicación: ¿están hoy los ciudadanos en mejores condiciones para tomar sus decisiones con libertad?

Es un debate complejo que abro aquí, por supuesto, sin intención de cerrarlo. Como profesional del periodismo me he hecho muchas veces esas preguntas. Y como director de *El País* esas eran las preguntas a las que trataba de responder con mi trabajo de cada día. La prensa había tenido en España un papel fundamental en la Transición y, sin duda alguna, contribuyó, con su independencia y sentido institucional, a la exitosa culminación de ese periodo tan trascendental de nuestra historia. A mí me tocaba dirigir *El País* en un momento muy diferente, en el que la palabra consenso había pasado a mejor vida y una nueva generación, no solo ignoraba los méritos de aquella época, sino que crecía rodeada de reproches a aquel periodo. La lógica ambición de cambio de los jóvenes se juntaba con un entorno político que invitaba a la destrucción de todo lo establecido. Nada era sólido, como escribió Antonio Muñoz Molina.

En mi caso, a todo eso se sumaba la propia desaparición paulatina de *El País*, el de toda la vida, el que se vendía en los quioscos. Hice forrar toda la pared de enfrente de mi despacho con una reproducción de la famosa fotografía tomada en las escalinatas del hotel Palace tras el golpe del 23 de febrero de 1981 en la que se ve a un montón de personas leyendo con ojos ávidos una edición especial que sacó *El País*. «*El País* con la Constitución» fue la mejor portada en la carrera de Cebrián. Lo hice para tener siempre presente que, cualquier transformación tecnológica que fuera necesario emprender, debería hacerla teniendo permanentemente en consideración el valor imperecedero de aquel periódico y de aquella portada.

Lo que el papel se llevó

He hecho esta introducción para explicar que, pese a esa voluntad con la que en mi caso aposté por la versión digital ante el ocaso de la versión impresa, creo que algo importante, intangible pero valioso, se perdió con la desaparición de los periódicos de papel. La experiencia de la lectura de un periódico en papel es completamente diferente a la

de un digital, como lo es el vínculo que se establece entre el lector y el periódico. Como han advertido algunos expertos, la disposición, la actitud del lector, el efecto que la lectura tiene en su comportamiento es distinto si se trata de una pantalla o de una hoja de papel. Esto puede tener consecuencias que no soy capaz de anticipar, tanto en el comportamiento de cada individuo como en la relación entre las personas en toda una comunidad.

Como periodista, en todo caso, todo eso es lo menos importante o, al menos, el terreno en el que menos podemos actuar. Nuestra obligación es conseguir las noticias que el público necesita conocer y ponerlas a su disposición en el dispositivo al que mayoritariamente acuda a leerlas, que actualmente son los teléfonos móviles y los ordenadores. Sí es responsabilidad nuestra, sin embargo, que esas noticias cumplan con las reglas del buen periodismo que eran exigibles antes de la revolución tecnológica. Y aquí es donde, en mi opinión, se ha retrocedido más. La era digital ha restado rigor y ecuanimidad al periodismo; lo ha hecho más superficial, más sensacionalista y más sectario. Esto es, desde luego, una observación general, compatible con el hecho de que siguen existiendo buenos periódicos y siguen apareciendo buenos productos periodísticos.

La tecnología digital ha ampliado enormemente las posibilidades de lectura. Las grandes cabeceras con artículos de fondo, reposados e impecablemente escritos siguen estando a disposición de los lectores. En Internet encontramos las mejores revistas literarias, científicas, culturales… Nadie puede alegar que el consumo a través de móviles y ordenadores le obliga a consumir exclusivamente contenidos livianos o de baja calidad. Sin embargo, por alguna razón, el uso de las pantallas empuja al lector hacia ese tipo de productos, y así parecen entenderlo las empresas periodísticas, que han incrementado notablemente en los últimos años su producción de temas ligeros, convencidos de que son esos los que más lectores atraen. Como la competencia en Internet es de todos contra todos, sin barreras de género o calidad que los separen, casi todas las cabeceras tradicionales han tenido que descender al campo del sensacionalismo y la superficialidad.

Luego está la producción masiva de artículos —a la que nos hemos referido anteriormente—, las prisas por ser los primeros —que elimina o reduce los controles de calidad y el necesario contraste de ideas—, y la voracidad angustiosa del mundo digital, con un consumo tan acelerado que convierte en vieja una noticia a las pocas horas de su publicación, lo que genera un frenesí destructivo para el buen

periodismo. Todo ello son inconvenientes a los que, hasta el día de hoy, ni los periodistas ni las empresas hemos sido capaces de encontrar una solución.

La mayor parte de los periódicos han emprendido en los últimos años la vía de las suscripciones de pago como remedio para esos y otros problemas, especialmente el de la falta de ingresos. Es una solución que contradice un poco el espíritu de libertad que se predicaba en los primeros tiempos de Internet, cuando los llamados «muros de pago» eran satanizados por los grandes creadores de ese sistema, pero que responde a la realidad de que la elaboración de noticias cuesta un dinero que alguien tiene que pagar. Además, si se consiguen clientes dispuestos a pagar por las noticias, quizá algún día no será necesario añadir en la cola de cada web esa ristra de crónicas vulgares destinadas a ganar *clicks*.

Creo que es pronto para saber si las suscripciones serán, efectivamente, la solución a la crisis de los periódicos. Para los que nacieron digitales y poseen, por tanto, una estructura empresarial e industrial adecuada a ese mercado, será más fácil. Lo tienen más complicado los periódicos tradicionales que siguen en transición de su pasado impreso a su nueva realidad. Las suscripciones surgieron muy fuertes en Estados Unidos, pero se han ralentizado después. En España, el proceso es todavía incipiente. Aunque las principales cabeceras resaltan sus primeros meses como un éxito, lo cierto es que todavía no parecen confiar del todo en esa fórmula y apuestan más bien por soluciones híbridas en las que mantienen en abierto un alto porcentaje de la información que ofrecen y no se han desprendido de la información masiva y superficial con el fin de no perjudicar sus ingresos publicitarios.

El éxito inicial del modelo de suscripción en Estados Unidos respondió a una reacción defensiva por parte de los lectores contra las noticias falsas, *fake news* o verdades alternativas, vinculadas sobre todo a la llegada de Donald Trump a la presidencia. Se ha escrito mucho sobre ese fenómeno, que resulta absolutamente vital para el periodismo. Si no se puede garantizar la veracidad de ninguna noticia, es mejor abstenerse por completo de leerlas. Lo menciono aquí en el sentido de cómo en Estados Unidos el público vio amenazada su libertad por un presidente y una corriente política que negaba los hechos y devaluaba toda la información, y acudió en masa a los medios tradicionales, en cuya independencia e imparcialidad confiaba, para protegerse de lo que veía como un ataque contra su democracia. Si ese fenómeno, ocurrido en 2016 y 2017, fue coyuntural e

irrepetible, lo ignoro. Pero nos sirve, en todo caso, para poner en valor la única arma definitiva para salvar al periodismo: su independencia e imparcialidad. Y también en este apartado, en mi opinión, hemos retrocedido con el periodismo digital.

En la era del papel el periodismo era una actividad elitista. Los periódicos y los periodistas decidían lo que el público debía conocer. La ventaja es que, como élite que era, cumplía su labor sin dejar de prestar atención a los equilibrios necesarios para proteger la convivencia y el sistema. Si los periodistas eran buenos profesionales y el sistema era democrático, el modelo funcionaba de maravilla. En la era digital el periodismo es del pueblo. Cualquiera con un teléfono móvil puede conseguir la noticia más vista del día. Los profesionales, no solo tienen una competencia universal, sino que están sometidos constantemente a la inspección y la crítica de cualquiera. Puede sonar muy democrático, pero es una pesadilla para el periodista y una desgracia para el periodismo. Las empresas siguen al instante el impacto que sus noticias tienen entre sus lectores y reaccionan de inmediato, corrigiendo el rumbo bruscamente, sin razón ni debate. En demasiadas ocasiones lo que buscan los periodistas y las empresas no es tanto la aprobación de sus lectores, sino el aplauso de Twitter.

Este proceso de supuesta interlocución entre periodistas y público ha generado una dinámica endiablada en la que ya no se sabe quién decide y para quién trabaja cada cual. La consecuencia más evidente y peligrosa es el aumento del sectarismo y del activismo político dentro del periodismo. Acosadas por la crisis económica y de audiencias, las empresas se refugian entre los más puros de sus fieles con el fin de no perderlo todo. Acobardados ante la jauría en las redes sociales, los periodistas se resisten a plantear asuntos que presuponen incómodos para sus lectores. Unos y otros estimulan el aplauso de los suyos, repiten una y otra vez los argumentos y las noticias que saben que tendrán buena acogida y evitan los cuestionamientos que les harían perder seguidores. No es solo un problema de vanidad; con menos seguidores, un periodista se cotiza menos en el mercado laboral.

Siempre ha habido periodistas sensibles a los halagos de sus lectores y a la orientación política de sus empresas. Pero, como decía antes, eso se producía dentro de un equilibrio en el que era el periodista quien tomaba las decisiones sobre su información, mientras que la línea editorial de las empresas no resultaba incompatible con una cobertura extensa y diversa que le permitía al lector disponer de una visión completa y veraz de su tiempo. Hoy cada periódico parece a diario un frente de batalla, y el periodista, un soldado pertrechado

para el combate.

Es muy difícil en este clima conservar la imagen de independencia e imparcialidad —quizá sería más preciso decir ecuanimidad— que decía que se requiere para salvar al periodismo de sus actuales enemigos.

Ya era ese el clima cuando asumí la dirección de *El País* para acometer la renovación interna que se me había encargado. Mi diagnóstico no era tan preciso entonces, pero ya intuía que el cambio debía ser un poco gatopardiano: era preciso cambiarlo todo para conservar lo fundamental. Por eso coloqué la foto del 23-F, porque entendía que, cualquiera que fuera nuestra situación económica o por grande que fuera nuestra desorientación respecto a las nuevas tecnologías o incertidumbre sobre nuestro futuro, nada, absolutamente nada, debía desviarnos del cumplimiento de nuestra obligación institucional de contribuir con nuestra información a la protección y mejoramiento de nuestra democracia. Nunca pude imaginar hasta qué punto eso iba a ser necesario.

Veintidós días después de mi debut como director, Alfredo Pérez Rubalcaba anunciaba su dimisión como secretario general del PSOE y el comienzo de un proceso para la selección de su sucesor. Una semana más tarde, el rey Juan Carlos abdicó en favor de su hijo Felipe. Cuatro meses después, el presidente de la Generalitat, Artur Mas, convocaba un referéndum de independencia en Cataluña. Esos acontecimientos, decisivos en la historia reciente, marcaron también de una forma determinante mi gestión al frente de *El País*. Yo había venido para intentar sacar el periódico adelante en un momento crítico para la industria de la prensa y me encontraba con que todo lo que existía puertas afuera de Miguel Yuste también se desmoronaba. El momento político de España exigía que *El País*, aquel *El País* —«*El País*, con la Constitución»—, estuviera a la altura de las circunstancias. Nuestro periódico había sido un pilar en el crecimiento de la democracia española, a cuyo rescate acudió cuando fue necesario sin escatimar riesgos, y debía seguir siéndolo ahora que esa democracia se veía empantanada y acosada. Paradójicamente, me había tocado a mí, que había desarrollado casi toda mi carrera fuera de España y bastante alejado de la política española, una tarea que seguramente hubiera cumplido mejor otro. Estoy convencido de que mi trayectoria internacional pesó en mi designación como nuevo director por parte de Cebrián, quien seguramente pensaba que mi experiencia en otros países, sobre todo en Estados Unidos, me ayudaría a modernizar el diario de forma más adecuada. Quizá no sabía que, además de

intentar cumplir con ese objetivo, me tocaría lidiar con una crisis política de tanta trascendencia.

En los primeros meses de 2014, yo tampoco fui capaz de adivinar la gravedad de la situación. Muy pronto pude contar afortunadamente con el asesoramiento de Rubalcaba, que se vino al periódico sin cobrar un solo euro después de dejar la política. Pero al comienzo, nadie creía que las cosas llegarían hasta donde lo hicieron pocos años más tarde. En próximos capítulos me extenderé en mis recuerdos como director durante la crisis catalana y los problemas internos vividos en el PSOE, así como las circunstancias políticas que rodearon ambos episodios. Pero hasta que el conflicto catalán y el caso Sánchez no estallaron definitivamente, tuve algún tiempo para poner en marcha mi equipo y tomar las primeras medidas para garantizar que *El País* se convirtiera en un periódico digital.

XI
EL MURO

El hotel NH Príncipe de Vergara es un local correcto, funcional, luminoso, sin lujo alguno, pero con las comodidades suficientes como para trabajar en calma durante el día y descansar confortablemente por la noche. Situado en un punto de fácil acceso a la carretera de Barcelona, por la que se llega a *El País*, y, al mismo tiempo, cercano a los restaurantes y tiendas del barrio de Salamanca, me pareció, aunque no fui yo quien lo elegió, un lugar apropiado para un semiextranjero como yo. Esa fue mi residencia en Madrid durante varias semanas desde mi llegada a mediados de febrero. Me habían habilitado una oficina en la planta noble del periódico, la tercera, pero la verdad es que quedaba poca nobleza ya a esas alturas y mi despacho, pequeño y sin ventanas, me resultaba asfixiante, por lo que utilicé el hotel, donde también tenía más privacidad, para muchas reuniones y sesiones de trabajo.

En la cafetería del hotel tuve mi primera conversación con David Alandete, que era entonces corresponsal en Jerusalén, y a quien tenía reservado un papel importante en mi equipo. Además de un periodista valiente y brillante, Alandete es un hombre de gran formación académica, con un máster en la Universidad George Washington, y profesionalmente criado en Internet. No solo conocía todo lo que se estaba haciendo en ese momento en periodismo digital, sino a muchos de quienes estaban implicados en ello en Estados Unidos. Sin las ínfulas de muchos de quienes habitan en ese mundo, Alandete era la combinación que buscaba entre el periodista y el tecnólogo. Con él vinieron otras de las personas con las que había trabajado en Washington y en México, Eva Saínz, Luis Prados, Bernardo Marín. A ellos se sumaron un viejo conocido y amigo, José Manuel Calvo, en cuya experiencia y buen criterio confiaba, y otros a quienes conocía

menos, pero cuyas ideas me parecía necesario incluir en el proyecto, Maite Rico, que aportaba el atrevimiento y vitalidad de su periodismo, y un poco más tarde se incorporó Nacho Torreblanca, a quien yo llevaba tiempo siguiendo y leyendo con admiración y que se confirmó como el mejor jefe de Opinión que ha tenido *El País* desde Javier Pradera. Volveré a hablar de ellos más veces a lo largo de las líneas que siguen, pero quería mencionarlos en el comienzo para dejar claro que, sin su aportación, hubiera sido imposible todo lo que relataré a continuación.

Existía una gran frustración en el periódico por la marcha de la transformación digital. Existía, al menos, en la empresa, y también me pareció detectarla en la redacción. La empresa había gastado antes mucho dinero en la contratación de un asesor extranjero que no produjo los resultados que se esperaban de él. Poco antes de mi llegada había arrancado otro proyecto, que incluía la creación de un *software* propio y que tampoco acababa de consolidarse, de acuerdo con los datos y explicaciones que me dieron. El problema principal consistía en que el periódico no acababa de ver el producto digital como prioritario y mantenía las rutinas y la organización propias de un periódico tradicional. El objetivo de nuestro equipo era revertir esa situación, convertir el papel en un producto secundario y conseguir que el esfuerzo de los redactores y del resto del personal de la redacción estuviera centrado en el digital.

Era una misión titánica porque eso exigía cambiar una cultura imperante durante cuarenta años. Necesitaba para ello toda la ayuda y complicidad disponible. Esa es una de las razones por las que, una de las primeras cosas que hice al llegar a España fue reunirme con los tres directores que me habían antecedido. Con Moreno el contacto era más frecuente, puesto que, como ya he contado, permaneció aún varios meses en el cargo después de mi nombramiento. Quería, sobre todo, hablar con Joaquín Estefanía y Jesús Ceberio. Ambos estuvieron atentos conmigo. Les conté de forma somera mis ideas y ellos me dieron algunos consejos y orientaciones. Siempre había gozado de una magnífica relación con los dos, que habían sido importantes en el desarrollo de mi carrera, y quería seguir manteniéndola. Además, creo que es muy importante en una empresa periodística la conservación del legado, sea cual sea. Cada director de un periódico representa una aportación en la construcción de la gran obra que es una cabecera de trascendencia histórica. No importa cómo de acertada haya sido su gestión, cada director fue capaz al menos de mantener el edificio en pie hasta traspasar la responsabilidad a su sucesor, y eso ya es un

mérito. Les dije esto mismo a algunos miembros de mi equipo cuando, posteriormente, se quejaron de alguna columna o expresaban dudas sobre la lealtad de equipos anteriores.

Ni quería ni tenía tiempo para batallitas políticas o luchas de egos. Teníamos que convencer a los integrantes del periódico más exitoso de la reciente historia de España de que el mundo que ellos conocían iba a desaparecer. La ambición de todo periodista durante décadas había sido firmar una noticia en la portada, y lo seguía siendo aún en 2014, cuando lo digital se veía como un simple complemento, si no una carga de la que había que librarse de la mejor manera posible. Era necesario tomar medidas que incomodarían a los redactores porque dificultarían y multiplicarían su trabajo y que, además, eran difíciles de entender porque costaba trabajo visualizar un futuro digital. Mi insistencia en que, como periódico de papel fracasaríamos, pero, como periódico digital teníamos el triunfo al alcance de la mano, no conseguía superar el muro de escepticismo que se había levantado. Quizá fuera porque mis compañeros intuían mi propia falta de convicción. Para mí aquello también era, de alguna forma, una operación contraintuitiva. Yo también pertenecía al mundo impreso y sentía pavor ante aquel salto al vacío que estábamos forzados a dar.

Fue una transformación muy difícil por muchas razones. La plantilla de *El País* era consciente de que las cosas no iban bien, pero todavía quería creer que podían mejorar sin necesidad de medidas drásticas, solo con algunas correcciones. El miedo y el desconcierto se adueñó de la profesión, no solo en nuestra cabecera. Se empezó a convertir el periódico de papel en un tótem al que adorar. Los integrantes de la religión verdadera exhibirían con claridad su fe en el viejo periódico impreso, los herejes apostarían por las endiabladas pantallas. Cada paso hacia la renovación parecía una traición al glorioso pasado. Hasta la pérdida de los archivadores en los escritorios —para desincentivar el uso de papel— se interpretaba como una intolerable violación de nuestras tradiciones. Los periodistas estaban en estado catatónico, atónitos al comprobar la desafección de los lectores hacia nuestro producto, pero incapaces de dar un paso en cualquier dirección por temor a perder lo que aún tenían.

La empresa

Para superar ese estancamiento hacía falta, no solo toda la energía y destreza de mi equipo y de todos a los que pudiéramos reclutar para la causa —que fueron muchos—, sino la colaboración y la complicidad de la empresa. Afortunadamente, la hubo. A Cebrián todo lo que hacíamos le parecía poco. Hablaba de una refundación del periódico. Nos reclamaba abordar la situación como una auténtica emergencia y actuar sin consideración con ninguna de las anteriores pautas de trabajo. Al mismo tiempo, Cebrián hacía frente a las turbulencias internas en la empresa, que fueron constantes y graves desde aquellos años y que contribuyeron a hacer más difícil aún nuestro trabajo.

Mi interlocutor directo con la empresa era el consejero delegado de *El País*, aunque tenía acceso fluido a cualquier otro cargo directivo sin restricciones. Ese puesto lo ocupaba a mi llegada José Luis Sáinz, que tenía fama de mal carácter, pero que siempre fue atento y respetuoso conmigo. Duró poco porque, a comienzos de octubre, fue ascendido a consejero delegado del grupo Prisa en sustitución de Fernando Abril-Martorell. Lamenté la salida de Fernando. Me entendía bien con él y, sin conocer a fondo su gestión económica, tengo la impresión de que aportaba sensatez y buen criterio. Cuando Sáinz pasó a ocupar el puesto de Abril-Martorell, Manuel Mirat fue nombrado consejero delegado de *El País*. No lo conocía de nada. Solo habíamos coincidido una vez en una sesión de trabajo de directivos de Prisa, pero nunca habíamos hablado, al margen de los saludos de cortesía.

Mirat llegó a *El País* con una energía y un positivismo que supusieron una inyección de confianza para toda la organización, también para mí. Desde el primer minuto conectamos. Sin ignorar los obstáculos que teníamos por delante, nos sentíamos capaces de hacer grandes cosas juntos. Él se comprometió a sacar dinero de debajo de las piedras si era preciso y yo le garanticé que no me detendría ante nada para conseguir que *El País* fuera un periódico digital, la única tabla de salvación posible para una empresa al borde de la bancarrota. A ninguno de los dos nos faltaba coraje y ambición. En octubre de 2014 *El País* tenía algo más de 8 millones de usuarios únicos; en noviembre habíamos elevado esa cifra por encima de los 13 millones. Pero el objetivo que nos marcamos, el número mágico que, de acuerdo a los cálculos que realizamos, nos permitiría empezar a cobrar suscripciones y ver el final del túnel era el de 100 millones de usuarios únicos, algo que entonces nos parecía francamente irrealizable. Alcanzar esa cifra, que finalmente logramos tres años después, representó una verdadera gesta que, sin falsa modestia, permitió que

El País siguiera existiendo sin necesidad de mayores recortes y despidos masivos. Fue la consecución de esa enorme cifra de lectores, la que sirvió después para pasar al modelo de pago en condiciones más favorables.

La relación con Mirat era tan estrecha en lo personal como en lo profesional. Conseguimos una gran complicidad en todos los aspectos, lo cual nos facilitaba resistir las presiones de los demás. Ninguno de los dos poníamos barreras para la incursión del otro en nuestras competencias directas. Con la debida cortesía, ni él me ocultaba —creo— ningún dato sobre la marcha del negocio ni yo le restringía el acceso a lo que hacíamos en la redacción. Algunos miembros de mi equipo se quejaron amablemente sobre un exceso de injerencia por parte del consejero delegado, pero a mí nunca me pareció así.

Por lo demás, creo que una empresa periodística moderna debe dirigirse con una colaboración muy estrecha entre el área de negocio y la puramente periodística. En un periódico digital la separación entre el contenido informativo y el comercial es mucho más difusa que en los periódicos tradicionales, en los que estaba muy bien delimitado el espacio de noticias y el de publicidad. En los periódicos digitales todo está orientado a la generación de beneficios, puesto que cada noticia, al margen de su valor informativo, representa una oportunidad de ingresos. Quizá a algún lector le pueda escandalizar este comentario, pero no debería ser así. Los periódicos son hoy industrias muy débiles desde el punto de vista financiero. Su primera obligación es conseguir recursos para seguir publicando. No hay peor censura que la del periódico que se ve obligado a cerrar. Y, dado que los ingresos no se obtienen hoy mediante la venta en un quiosco, es necesario poner en valor las noticias de las que se dispone para hacer viable el negocio.

Esa es la razón por la que los viejos escrúpulos del sector periodístico hacia el comercial sobran en la actualidad. Entendiendo que ambos están movidos por la misma causa, la de mantener un medio informativo que pueda pagar un sueldo a sus profesionales, es imperativo que periodistas, gerentes y técnicos trabajen juntos para la elaboración de un periódico de calidad y, al mismo tiempo, razonablemente rentable.

Así lo entendíamos Mirat y yo cuando nos pusimos a trabajar. Éramos conscientes de las resistencias por parte de la redacción y tratamos de crear un entorno de comunicación que permitiera mantener a todo el mundo al tanto de nuestros planes y tratar de sumar la mayor cantidad posible de gente al proyecto. Trasladé mi despacho a la segunda planta, la de la redacción, y dejé la tradicional

oficina de la tercera solo para recibir algunas visitas. Mi objetivo, obviamente, era el de estar más cerca de la gente, poder responder sus dudas sin protocolo y conocer mejor su manera de trabajar y sus quejas.

El paso más importante en esa etapa fue la construcción de una redacción completamente nueva en esa segunda planta. Fue un tiempo muy duro, que obligó a todos a un gran sacrificio, porque, a las dificultades de los nuevos horarios y métodos de trabajo, hubo que añadir las molestias de una obra gigantesca que tuvo que hacerse al mismo tiempo que el periódico seguía operando a pleno rendimiento. Los responsables de la obra, que se hizo con el asesoramiento de una firma externa especializada en transformación digital, Prodigioso Volcán, dividieron el espacio de la redacción en dos mitades separadas por un muro, de tal forma que, mientras se construía en una de ellas, se podía seguir trabajando en la otra y viceversa. Esto significa que, durante varios meses, el espacio de la redacción de *El País* estaba reducido a la mitad, con el consiguiente y justificado cabreo de todos. Yo no sabía qué hacer para levantar el ánimo. Intenté que el muro de separación sirviera como un lienzo sobre el que cada cual descargara con pinturas su enojo o frustración. Acabó lleno de dibujos a los que los redactores y colaboradores más diestros dieron forma para crear un mural muy expresivo y simpático. Cuando acabó la obra, mandé conservar aquellos dibujos como símbolo de aquel doloroso proceso.

Como digo, buscaba fórmulas que sirvieran para subir el ánimo de la plantilla y estimular su implicación en el proyecto. Me propuse celebrar en nuestra naciente televisión de *El País* un debate electoral de cara a los comicios convocados para el 20 de diciembre de 2015, lo que acabó siendo un hito que logró hacer patente el progreso de la transformación digital de *El País* a los ojos de todos. Al principio parecía una locura, porque jamás se había hecho algo semejante fuera del espacio de un canal tradicional de televisión. El nuestro había que seguirlo en nuestra página web o en las redes sociales. No fue fácil convencer a los participantes, para lo que recurrí al viejo truco de asegurarle a cada uno que el otro ya había aceptado. Lo hicieron, finalmente, Pedro Sánchez, Albert Rivera y Pablo Iglesias. Rajoy no accedió. Alberto Garzón se quejó por no haber sido invitado. Moderó el debate Carlos de Vega, que lo hizo muy bien. Alquilamos para su realización unos estudios profesionales grandes a las afueras de Madrid, ya que el nuestro de Miguel Yuste se quedaba pequeño para una producción así. Tuvimos un gran éxito: un millón de personas entró en nuestra página web y dos millones más lo siguieron en redes

sociales, sin contar con el impacto lógico que un acontecimiento así tiene en las tertulias radiofónicas y en las páginas de los diarios de la competencia.

Lo más satisfactorio de aquella jornada fue, sin embargo, el aplauso con el que Carlos de Vega y el equipo que había trabajado con él fueron recibidos al regresar esa noche a Miguel Yuste. Por primera vez, después de tantos meses con aquel muro de separación y más de un año de martillear en el otro muro de resistencia mental a la transformación digital, tuve la impresión de que estábamos por fin consiguiendo el respaldo mayoritario a lo que se estaba haciendo.

No tardé en descubrir que fue una impresión precipitada. La transformación digital tenía un puerto de salida, pero no de llegada. Tras cada etapa cumplida, se abría otro reto con el que no contábamos. Cuando habíamos desarrollado el vídeo, se ponía de moda el audio. Cuando avanzábamos en YouTube, surgía Facebook. Siempre se añadía una incertidumbre nueva y siempre había que exigir un esfuerzo más a una redacción que llevaba años de vacas flacas y no acababa de verlas engordar.

Sinceramente, entendía la frustración de unos y el escepticismo de otros, pero me revelaba contra la actitud obstruccionista de quienes, ante la evidencia diaria de la catástrofe que se avecinaba, se negaban a dar el paso hacia la transformación. Decidí dejar mis intenciones por escrito y de forma pública, con el propósito de que no hubiera malos entendidos sobre ellas. Fue un mensaje con el que, en cierto modo, venía a quemar las naves a la vista de todos. Reproduzco aquí la carta que envié a toda la plantilla de *El País* el 3 de marzo de 2016 porque creo que resume, mejor que cualquier otra explicación que dé, el contexto de mi principal labor como director de *El País*:

> Querido compañero:
>
> Hemos conversado esta mañana sobre la dura realidad a la que se enfrentan nuestro oficio y los periódicos en todo el mundo. En *El País* hemos venido haciendo ajustes desde hace tiempo y hemos conseguido llevar a cabo la transformación digital paliando, en la medida de lo posible, los daños que esta ha provocado en nuestro sector. Afortunadamente, y pese a las dificultades, seguimos siendo el periódico impreso más vendido en España con bastante distancia con respecto a nuestros competidores, y nuestras ediciones digitales han conseguido en los últimos dieciocho meses crecimientos espectaculares hasta convertir *El País* en el medio de comunicación más visitado y leído en el mundo.
>
> Gracias a vuestro sacrificio y colaboración nos encontramos en una posición competitiva y en condiciones de prolongar el liderazgo de *El País*.

Pero eso no significa que la batalla esté ganada ni que nuestra supervivencia esté garantizada. La revolución que afecta a los medios no ha concluido aún, el panorama es todavía muy confuso. La crisis, probablemente, no ha tocado fondo todavía. El trasvase de lectores del papel al digital es constante. Se puede dar ya por hecho que el hábito de la compra del periódico en el quiosco ha quedado reducido a una minoría. La mayoría de las personas, fundamentalmente los más jóvenes, buscan la información en otros soportes y la consumen de forma diferente.

También en el ámbito digital la situación sigue siendo aún incierta. La masiva transferencia de lectores de la web a los teléfonos móviles, así como la aparición de nuevos dispositivos portátiles y de amenazas recientes como los bloqueadores de publicidad, junto a otras más conocidas como la instalación de la cultura de la gratuidad, hacen muy complejo también el horizonte en el terreno de los nuevos medios. Empiezo a tener la impresión de que el paso del papel a lo digital es solo uno y no el más grande de los muchos pasos que los periódicos tendremos que dar hasta alcanzar nuestro verdadero espacio futuro.

Estos cambios, como todos, tienen grandes ventajas. La primera y más importante es que millones de personas en todo el mundo muestran hoy interés y tienen capacidad para acceder a nuestros productos. Pero, sin duda —y esto es lo que más nos angustia hoy—, este nuevo tiempo supone también un gran desafío para todos nosotros. Y una severa amenaza para quienes duden o se resistan al avance incontenible de la transformación de nuestro trabajo y del negocio que lo soporta.

En *El País* hemos decidido no solo no tenerle miedo al cambio, sino adelantarnos en la medida de lo posible para estar a la vanguardia de este cambio, igual que lo estuvimos en el nacimiento de la prensa independiente en España y en el de la información de calidad y competitiva en español.

Es bueno echar por un momento la vista atrás y recordar cómo empezó todo y cuál es la razón primera por la que estamos aquí. El 4 de mayo celebraremos el 40 aniversario de nuestra aparición. En ese primer número, Juan Luis Cebrián aseguraba que este diario se había soñado siempre a sí mismo como un periódico independiente, capaz de rechazar las presiones que el poder político y el poder del dinero ejercen de continuo sobre el mundo de la información.

Vamos a cambiar, sí, pero no vamos a renunciar a aquellos valores de libertad e independencia que han conseguido traernos hasta aquí. Incorporaremos nuevas dinámicas de trabajo que consigan incrementar la calidad y cantidad de los contenidos y productos que *El País* ofrece y que hoy pueden leerse en papel, a través de aplicaciones móviles, televisores inteligentes o redes sociales. Pero vigilaremos que en todas esas plataformas esté la huella de *El País*. Tras más de año y medio de trabajo y discusiones, nos acercamos a un momento clave en la historia de *El País*. En los próximos días concluirá la primera fase de la obra que habilitará una nueva redacción, y con ello llegará el momento de la conversión de *El País* en un periódico

esencialmente digital; en una gran plataforma generadora de contenidos que se distribuyen, entre otros soportes, en el mejor periódico impreso de España. Asumimos el compromiso de seguir publicando una edición impresa de *El País* de la mayor calidad durante todo el tiempo que sea posible. Pero nos adentramos a la vez en la construcción de un gran medio digital de cobertura global que pueda responder a las demandas de los nuevos y futuros lectores. El eje de ese medio será la información. Sus herramientas serán todas aquellas que la tecnología ponga a nuestra disposición. Por el momento, como ya estáis viendo, apostamos por la imagen y el vídeo como un gran instrumento de comunicación masiva. Ese medio es y será cada vez más americano, pues es en América donde nuestro crecimiento es mayor y nuestra expansión más prometedora.

Para todo ello, como hemos comentado, estamos haciendo unas obras que nos faciliten el tránsito del trabajo de ayer al de mañana. Vamos a pasar de lo que el sector ha denominado «integración de redacciones» a un nuevo sistema de sincronización de equipos y canales. Vamos a implantar modernas herramientas de comunicación que puedan atender con rapidez y calidad las demandas de información transparente de una sociedad cada vez más exigente con la tarea que nos ha encomendado.

Será una redacción sin despachos, abierta a la colaboración y al intercambio de ideas, en la que los equipos se entremezclarán para construir nuevas historias. A partir de ahora, en el corazón de la planta principal se instalará un moderno espacio abierto dedicado a la creación y coordinación de información y a su distribución en los diferentes canales. El centro de esa redacción contará con un moderno puente de mando, en el que habrá perfiles periodísticos, de desarrollo tecnológico, de edición gráfica y de vídeo, de diseño, de producción, de medición de audiencias, de redes sociales, de SEO y de control de calidad. Desde allí se crearán nuevas narrativas y nuevas formas de comunicar que seguirán manteniendo a este diario en la vanguardia del periodismo global.

Todo este cambio tiene un objetivo principal: mantenernos conectados con cada uno de nuestros lectores. *El País* ha sido siempre una organización periodística enfocada hacia sus siempre atentos e informados lectores. Hoy lo ha de ser más aún: debemos seguir siendo un periódico que atiende las necesidades y demandas de aquellos que nos consultan, que nos leen, que confían en nosotros. No trabajamos para nadie más importante que el lector, pero sabemos que los lectores de hoy se han transformado en usuarios que están en muy diversos lugares y llegan a nosotros no solo comprando un ejemplar cada día sino también a través de nuestra web, mediante su teléfono móvil o de sus perfiles de redes sociales.

Este nuevo espacio quiere seguir siendo el mejor lugar para que publiquen los más importantes periodistas, escritores, ilustradores, fotógrafos, diseñadores y otros creadores de información y cultura en lengua española, pero hoy es tan importante el contenido como la manera de hacerlo llegar a

nuestro público. Por ello, además de las firmas, estamos dotándonos de nuevos sistemas de trabajo y ampliando nuestros planes de formación para poder moldear los contenidos periodísticos de tal manera que sean fáciles de encontrar y de leer o de ver, porque cada vez los lectores consumen con más avidez los contenidos multimedia. En esta línea el lanzamiento de *El País Vídeo* ha sido uno de los últimos éxitos. Experiencias de las cuales aprendemos muchas cosas.

Para facilitar la puesta en marcha de todo esto, hemos reforzado nuestro equipo de dirección con perfiles nuevos y más ajustados a las necesidades actuales. Aunque no dudo de su capacidad y esfuerzo, ni ellos ni ninguno de nosotros conseguiremos el difícil objetivo marcado si no nos acompañas, si no nos ayudas con tus sugerencias, con tus críticas, con tu trabajo en busca de la excelencia. Creo que tenemos la visión, las capacidades y el conocimiento necesarios, pero queremos escuchar con humildad tus ideas y las demandas de nuestros lectores y de toda la comunidad que ha hecho de este periódico esa referencia que nos hace sentir orgullosos. Únete a la Conversación, resumimos en nuestra comunicación a los lectores. Este periódico necesita a todos aquellos que aporten creatividad y buen oficio. Tenemos que hacer un esfuerzo colectivo para cambiar siendo fieles a nosotros mismos y para hacerlo aún mejor, y ojalá que sea disfrutando y siendo felices mientras realizamos este apasionante viaje.

El País sigue su camino para celebrar sus próximos cuarenta años más vivo que nunca. Estás invitado a participar en la hermosa aventura de inventar el futuro desde esta casa que has construido y que es nuestro periódico.

Muchas gracias por tu confianza y esfuerzo.

Un abrazo

Esta carta tuvo más eco del que yo esperaba, sobre todo fuera de España. Pocas semanas antes, un ilustre diario británico, *The Independent*, había anunciado la eliminación de su edición impresa y existía una gran expectación en todo el mundo por el futuro de los periódicos. Me llamaron colegas de diferentes países para conocer más detalles de lo que estábamos haciendo en *El País*. Aunque no pude atender a todos, sí accedí a que mi amigo Mario Calabresi, director de *La Repubblica*, viniera a Madrid para recabar información acerca de nuestro proyecto y dejara con nosotros a un equipo de seguimiento.

El final de los trabajos de construcción hizo emerger una redacción luminosa y amplia, llena de rincones acogedores y de espacios variados de trabajo. En realidad, no era muy distinta a otras que yo había visitado en Estados Unidos y que, en cierto modo, sirvieron de guía para la nuestra. Tenía un puesto central de control

del trabajo, flanqueado por emplazamientos para las nuevas tareas que sumaban a la redacción: diseñadores, equipos de redes sociales, de tráfico web, última hora… Todo frente a una pantalla en la que se podía seguir al instante nuestra audiencia y la de nuestros competidores. Teníamos un bonito estudio de televisión y cabinas de radio. Hicimos una sala para el descanso o el almuerzo, y varias otras en las que poder trabajar en equipo o conversar fuera de la rigidez de la mesa de trabajo.

Tuvimos en ese tiempo muchas visitas de empresas que estaban en la misma tesitura de transformación que la nuestra y elogiaron mucho el trabajo que habíamos hecho. Sin embargo, dentro predominaron las quejas. Que si no había cajoneras, que dónde están las papeleras, que hay pocas impresoras, que faltan teléfonos, que se echan de menos los escritorios individuales… Yo no soy digital. Leo libros de papel, tomo notas en cuadernos y llevo siempre un bolígrafo en el bolsillo de la chaqueta. Pero entendía —y había visto en otros lugares— que la digitalización de un periódico no puede hacerse sin la digitalización de quienes lo hacen. Era consciente del sacrificio que eso suponía, por lo que no me sorprendieron mucho las quejas, pero no estaba en condiciones de elegir. No nos encontrábamos ante la disyuntiva de ser un periódico digital o de papel. Estábamos obligados a ser un periódico digital porque ya habíamos dejado de ser un periódico de papel capaz de pagar los sueldos de los que allí se sentaban.

En Menlo Park

El esfuerzo periodístico diario para adaptarse a los tiempos sin abandonar el papel ni dejar de cumplir con otras tareas informativas e institucionales que se esperan de un periódico como *El País*, hubo que hacerlo al mismo tiempo que buscábamos desesperadamente recursos para mantener el barco a flote. Eso era, por supuesto, tarea principal de Cebrián y Mirat, pero, como he explicado antes, en la nueva realidad del periodismo, el director debía implicarse en el proceso, entre otras razones, porque algunas de las fuentes del dinero que buscábamos querían conocer de boca del director los detalles del proyecto que teníamos en marcha.

Así era, por ejemplo, en lo que respecta a algunas de las principales empresas tecnológicas a las que acudimos en busca de

ayuda, de forma destacada Google y Facebook. Me reuní varias veces en Madrid con representantes de ambas compañías para establecer las condiciones de nuestra colaboración. Y tuve que viajar también a sus sedes en Estados Unidos, en ocasiones acompañado de Mirat, para hablar con sus ejecutivos de más nivel y exponer nuestras ideas. Con Facebook, me tocó hacerlo tanto en Nueva York como en Menlo Park (California). En una reunión con Google y otras empresas tecnológicas y periodísticas en Italia estaba precisamente el día de la moción de censura que ganó Pedro Sánchez, pero de eso hablaremos más adelante. Hay que admitir que, aunque en ese momento algunos de nuestros intereses divergían —y fueron divergiendo más con el paso del tiempo—, las tecnológicas, especialmente Facebook, fueron un buen sostén y nos facilitaron recursos para mantener con vida algunos de nuestros planes.

Una de las características de la época digital es la de que los periódicos estamos en ocasiones condenados a trabajar en equipo. Teníamos reuniones frecuentes con diarios de otros países en busca de ideas y sinergias, a lo que me ayudó mucho mi amistad con Martin Baron y con los directores de *La Repubblica* y *La Stampa*. Tratábamos de coordinar también con *The Guardian* y otros medios extranjeros estrategias conjuntas para lidiar con las tecnológicas, lo que en aquellos momentos era una repetición de la pelea entre David y Goliat.

La relación con los gigantes de Internet exigía, a cambio de su apoyo a algunos proyectos, aceptar varias exigencias que, de alguna manera, condicionaban nuestro trabajo. Estábamos obligados, por ejemplo, a elaborar una producción permanente de vídeo para llenar los canales de distribución de Facebook. Es cierto que, gracias a ello, mejorábamos nuestros medios de televisión y podíamos incorporar nueva gente con perfiles más adecuados. Pero, al mismo tiempo, eso incrementaba nuestra dependencia de las tecnológicas. Era un círculo vicioso muy difícil de resolver: por un lado, necesitábamos dinero de forma urgente, mientras que, por el otro, la búsqueda de ese dinero impedía nuestro desarrollo autónomo.

En el periodismo actual, los grandes editores han dejado de ser las cabeceras tradicionales. El mayor contenedor de noticias del mundo actual es Google News, que en abril de 2022 registró un total de 1.632.112.000 páginas vistas. Como periódico tradicional, solo el *New York Times* se cuela entre los cinco medios más vistos (sin contar los medios chinos) y solo *The Washington Post* se le suma entre los diez primeros. Eso, en cuanto a visibilidad. En cuanto a distribución e

impacto, los periódicos y los periodistas están sometidos a la dictadura de las redes sociales. Cuando trataba con Facebook, más de la mitad de la distribución se hacía a través de ellos; es decir, más de la mitad de las personas que leían las noticias de *El País*, lo hacían desde Facebook.

El porcentaje no era ni muchísimo menos tan alto en Twitter, con la diferencia de que en Twitter están los políticos y los periodistas, así como los lectores más interesados, y se ha convertido en una plataforma de exposición y de debate que condiciona mucho la actuación de los periodistas y los periódicos.

El periodismo es hoy inseparable de las redes sociales. Millones de personas se informan a través de ellas, lo que las convierte en un medio de comunicación más, aunque sin las reglas éticas ni normas de conducta a las que deben de atenerse los medios de comunicación tradicionales. Esto genera una distorsión enorme. Las redes permiten técnicamente a cualquier persona dar una noticia sin que el lector tenga garantía alguna de su veracidad. Como se sabe, varios gobiernos y organizaciones usan robots para elaborar y difundir masivamente noticias falsas con propósitos políticos, ideológicos o comerciales. Pese a todo, aun en condiciones tan desfavorables, los profesionales del periodismo se ven obligados a defender y promocionar su trabajo en Twitter como una forma de ganar el impacto que no tiene ni de lejos el medio en el que publican.

Esto ha hecho que la mayoría de los periodistas sientan hoy una doble lealtad: a su medio, por un lado, y a sus seguidores en Twitter, por el otro. La consecuencia visible es que muchos profesionales construyen en Twitter, mediante comentarios y preferencias, un perfil propio, en ocasiones diferente a la línea editorial del medio en el que trabajan, que de alguna manera acaba condicionando su imagen de imparcialidad. Como respuesta a esa realidad, los principales periódicos del mundo han elaborado normas de comportamiento de sus periodistas en las redes sociales, con el fin de hacer compatible su uso con la necesidad de preservar su imagen y la coherencia editorial del medio.

Durante mi dirección intenté elaborar un código similar en *El País*, pero lo sometí a votación en la redacción —cosa que no había ocurrido en *The Guardian* o *The Washington Post*, por ejemplo— y la idea fue rechazada por una enorme mayoría. La redacción interpretó que aquello era un intento de coartar su libertad de expresión. Sin compartir ese argumento, acepté el criterio de la mayoría y retiré la propuesta.

La confusión entre el trabajo en el medio que te paga y la actividad en Twitter y otras redes sociales ha crecido desde entonces. Los periódicos, ahora siendo en su mayoría de pago, se leen menos, mientras que las redes se visitan más, por lo que la promoción propia o de los amigos y compañeros ocupa cada vez más tiempo. Ignoro cuál será el desenlace de esto, pero la tendencia actual favorece al individuo, al intruso, al espontáneo, y perjudica a las empresas de comunicación en las que siempre se ha fundamentado el buen periodismo. Por un lado, las empresas pagan por periodistas a los que puedes leer gratis en Twitter. Por el otro, el lector paga por artículos que acabas leyendo, parcial o íntegramente, gratis en Twitter. No existe ninguna regulación al respecto y no es fácil que exista. La convivencia entre periódicos y redes sociales es compleja, y se me antoja que pasará todavía un tiempo hasta que esas dos placas tectónicas encajen, si es que lo llegan a hacer alguna vez y no ocasionan un terremoto que acabe con alguna de ellas o ambas.

Aunque la relación con las tecnológicas era lo que más tiempo nos exigía, no olvidábamos el contacto con las empresas de otros sectores que habían sido siempre los grandes anunciantes y, por tanto, el soporte principal de los periódicos tradicionales. Aunque de eso se ocupaba más Mirat y su equipo, con el fin de preservar la independencia del área editorial, yo tenía que involucrarme a veces en reuniones y comidas de trabajo con empresarios interesados en conocer la marcha de *El País*, o bien, con otros cuya opinión sobre la situación económica y política en España me interesaba.

Existe cierta mitología respecto a la influencia de las grandes empresas sobre los periódicos, a veces favorecida por los propios periodistas, a los que les fascina presumir de secretos y de contactos con las altas esferas, y a los que les gusta aún más exhibirse como fieros guerreros que resisten las presiones de los poderosos. Creo que hay mucha exageración en todo eso. No digo que los grandes empresarios y gente con poder en general no intenten ejercer presión sobre los periódicos a fin de que estos se orienten a favor de los intereses que ellos defienden. Pero no creo que esa presión llegue a ser de un tamaño que ponga en riesgo la libertad e independencia de la prensa en España. Conozco algún caso de algún empresario que empujó tanto como para conseguir el relevo de un director de periódico. También tengo sospechas de que empresarios relevantes fueron, al menos, informados de los planes para mi sustitución en la dirección *El País*. Pero, ni en mi caso ni el de ningún otro que conozca, puede decirse que los grandes empresarios hayan decidido por su

cuenta el destino de un periódico. Siempre se han dado una serie de circunstancias políticas y otras que tienen que ver estrictamente con la evolución del negocio y que pesan más que las presiones de los poderosos. En mi caso, como contaré más adelante, pesaron más las razones políticas, según lo veo. Pero a ellas se unieron también motivos empresariales internos perfectamente legítimos, aunque personalmente discrepe de ellos.

Periodistas y empresarios

No osaré hacer aquí un análisis global de las relaciones entre los periódicos y las grandes empresas, entre otras razones porque carezco de información suficiente. Me limitaré a contar mi experiencia, sin garantías de que sea extrapolable, pero con la esperanza de que ayude a entender que, siendo ese un problema al que es necesario estar atento, no es ni mucho menos el mayor problema al que hoy hacen frente los periodistas y los medios de comunicación en España.

Empecemos diciendo que todos tratan de ejercer presión sobre los periódicos. Lo hacen las grandes empresas, pero también lo hace Greenpeace. Puede que los métodos sean diferentes, pero el grado de intimidación que pueden llegar a ejercer sobre el trabajo de un periodista no es necesariamente menor en unos casos u otros. Yo me pregunto si la presión que en su día era capaz de ejercer Podemos sobre los periodistas de medios que se suponen situados en la izquierda era menor que la de un banquero. El banquero podía llamar al director de un periódico y quejarse por el trabajo de un periodista, ciertamente, pero también lo hacían los dirigentes de los partidos. No creo que en ninguno de los casos eso haya conducido al despido de un periodista. No es, al menos, algo que se produzca con asiduidad.

Todos presionan, insisto. Las empresas, los sindicatos, las ONG, los jefes de comunicación de los hoteles y de los clubes de fútbol, los directores de cine y los organizadores de ciclos culturales, los alcaldes y los representantes de artistas. Ese es el juego de la prensa libre. Todas aquellas personas que se ven afectadas por las informaciones de un periódico tienen el derecho a que su voz sea escuchada y su argumento llegue hasta el centro de toma de decisiones de ese periódico. Le corresponde a los directivos de la publicación administrar esas presiones de tal forma que el resultado que llegue a los lectores refleje los hechos y la verdad de la forma más aproximada

posible.

Reconozcamos, no obstante, que la presión de aquellos con cuyo dinero se sostiene un periódico puede tener un valor superior a cualquier otra. Es indudable que cuando un gran anunciante gasta cantidades multimillonarias en la promoción de sus productos en las páginas de los periódicos, automáticamente se convierte en alguien de quien los periodistas saben o intuyen o se les ha dicho que hay que tratar con cuidado. Siempre se ha hablado de los años en los que el principal anunciante de la prensa española gozaba, sin pedirlo siquiera, de completa impunidad en los medios de comunicación.

En mis años la situación era diferente, sobre todo porque no existían los anunciantes que gastaran cantidades multimillonarias en publicidad. En realidad, apenas existían anunciantes, y el dinero había que obtenerlo, a veces de forma algo mendicante, rompiéndose la cabeza con proyectos y fórmulas originales que pudieran resultar atractivas a las empresas. La mayoría de los periódicos no generaban entonces —ni generan hoy— recursos suficientes para su mantenimiento. Necesitábamos dinero para sobrevivir y solo podíamos acudir a quien lo tenía. En colaboración con algunas empresas importantes, elaboramos algunos productos semi publicitarios que, sin perder el rigor informativo, satisficieran también los intereses de la empresa que pagaba por ellos. Siempre intentamos hacer un diseño que permitiera al lector distinguir con claridad esos productos de la pura información, pero hay que admitir que, en la versión digital, esa delimitación no es tan estricta como era la publicidad tradicional de los periódicos de papel.

Con algunas empresas existían ya antes de mi llegada a la dirección acuerdos corporativos globales que cubrían toda la colaboración y la publicidad durante un determinado periodo de tiempo. Otras se resistían a cualquier tipo de acuerdo porque temían que eso les obligara a establecer compromisos similares con todas las demás cabeceras del mercado. Algunos empresarios y directores de comunicación me hablaron de chantajes y amenazas que habían recibido de parte de ciertos confidenciales.

Nunca hice distinción de trato entre los directivos de empresas con las que teníamos colaboración y los que no. En todos los casos, mantenía contacto periódico para repasar los acontecimientos de la actualidad y escuchar las necesidades o quejas del sector y los intereses que representaban. Me gustaba estar casi siempre acompañado de algún periodista de *El País* especializado en los temas de los que íbamos a hablar. Lo hacía sobre todo para remarcar el

carácter profesional del encuentro y evitar que este derivase en una sesión de presión sobre nuestra cobertura periodística. Esto mismo podía ocurrir también en reuniones con personajes relevantes de la política o la cultura. Recuerdo las quejas de Almodóvar por las columnas de nuestro principal crítico cinematográfico, aunque reconozco que las presentó de forma educada, muy bien argumentadas y con pruebas difíciles de refutar. Y no olvidaré el encuentro muy tenso con Manuela Carmena, entonces alcaldesa de Madrid, en el que Jorge Rivera, director adjunto, estalló en cólera ante las críticas desaforadas contra toda nuestra sección de Local.

Ningún empresario me pidió jamás la cabeza de un periodista. Todos parecían conscientes de su papel y del mío. Nadie, ni siquiera los que yo sabía más próximos a nuestra propia empresa, intentó nunca inmiscuirse en mis decisiones y responsabilidades. Algunos pedían favores que no exigían un quebrantamiento inaceptable de nuestros principios, como la inclusión de una foto o la mención de algún dato anecdótico en una crónica sobre la presentación de resultados. Si se podía, se hacía; si no, no. Lo mismo que hacíamos con otros muchos que nos pedían atención para el estreno de su obra, para la aparición de su libro o para el mitin del fin de semana.

De manera mucho más categórica puedo negar la presión de la clase empresarial para conseguir una determinada actuación política. He leído con espanto tesis que hablan de una supuesta confluencia de intereses en España promovida por los poderes fácticos para contener a Podemos, precisamente en los años en los que dirigí *El País*. Si eso existió, yo no me percaté de ello. Pero, más bien me inclino a pensar que se trata de una fantasía. En algunas reuniones con empresarios se habló de Podemos, sí. Confieso que, en su mayor parte, no simpatizaban con la naciente fuerza en la izquierda, aunque algunos decían entender su surgimiento y no parecían mostrar el menor espanto. Nadie me pidió nunca nada sobre Podemos, en ningún sentido, y algunos hasta encontraban excesivas mis prevenciones hacia los principales dirigentes de esa organización. Igual que en otro momento hallaron también exagerado mi punto de vista sobre Pedro Sánchez, a quien mayoritariamente veían como un tipo vano que no representaba mayor peligro.

Otros directores de periódicos han descrito los complots en los que se han visto envueltos y la defensa que tuvieron que hacer de su independencia ante las presiones del poder económico. Tal vez eso era una cosa del pasado o tal vez yo era demasiado insignificante como para ser invitado a ningún complot. Lo más cerca que estuve de ello

fue la campaña para conseguir que Pedro Sánchez dejara la secretaría general del PSOE, de lo que hablaré más adelante. Pero todo lo que sostuve en ese momento fue fruto de mi propia decisión y juicio. Coincidí con otra gente, entre otros con relevantes figuras socialistas, pero ni coordiné nada con nadie ni recibí más mensajes que la información que requería para perfilar la línea editorial del periódico.

Mi experiencia en el trato con empresarios españoles me ha llevado a la conclusión de que son un sector muy profesionalizado que tiene escaso interés en la política, al menos por intervenir en la política. Otra manera de verlo sería la de que el empresariado español tiende a adaptarse a las condiciones políticas que le toca vivir y suele descartar actuaciones políticas que pongan en peligro los intereses de su negocio o su propia imagen personal. Muchos a los que nos referimos como grandes empresarios son, en realidad, altos ejecutivos muy bien remunerados que no van a poner en juego sus puestos por una actuación política errónea. Los que sí son verdaderamente dueños de sus empresas tratan, por lo general, de pasar inadvertidos y evitar polémicas políticas que los sitúen en el primer plano. Esa es una de las razones por las que, a diferencia de Estados Unidos, donde Jeff Bezos compró y salvó de la desaparición a *The Washington Post,* ningún empresario español acudió ni acudirá al rescate de un periódico en nuestro país. Debería de ser motivo de reflexión el hecho de que los dos periódicos españoles con mayor número de lectores, *El País* y *El Mundo*, cuentan con empresas extranjeras como accionistas de referencia.

Grandes fichajes

Si el dinero era importante para sacar *El País* adelante, más importante me parecía en aquel momento la renovación de la cultura interna del periódico. Según mi criterio, las resistencias de la plantilla a la transformación digital se debían, en parte, al predominio de una cultura obsoleta que vivía de los éxitos del pasado, que se había hecho más endogámica con la política de contratar exclusivamente a los alumnos de la escuela de *El País* y ahora era refractaria a todo lo nuevo y a todo lo externo.

Por esa razón, me pareció prioritario rejuvenecer la plantilla e incorporar perfiles profesionales y personales distintos a los que fueron dominantes por tantos años, gente diferente, con otras ideas,

que cuestionara un poco el pensamiento dominante e incorporara el acicate de la sana competencia entre los periodistas. Era necesario para ello contar con la ayuda de Mirat, que siempre fue muy colaborador en sacar dinero de donde no lo había e inventarse mil trucos financieros para afrontar las nuevas contrataciones. Fichamos a periodistas de otros medios que yo llevaba tiempo siguiendo. Uno de los primeros fue Manuel Jabois y, más tarde, Rubén Amón, que estaban en *El Mundo*. Incorporamos a dos corresponsales que aún me parecen hoy los mejores de *El País*: Marc Bassets, que estaba en *La Vanguardia*, y Macarena Vidal, que trabajaba para la Agencia Efe. Después de algún experimento fracasado en la sección de deportes, nos trajimos a David Álvarez, que había trabajado en *El Español* y *ABC*. Conseguí con dificultad y gran satisfacción contratar a uno de los periodistas que más valoro, Íñigo Domínguez, que trabajaba para el grupo Vocento en Roma. Ya en los últimos meses de mi dirección y, decidido a ser consecuente hasta el final, hice lo que debería de haber hecho mucho antes: contraté a Álvaro Nieto, que estaba en Bruselas con la revista *Tiempo*, para que ocupase el puesto de redactor jefe de la sección de Nacional.

También prescindimos de algunas firmas de muchos años, pocas, pero de ninguna me arrepiento más que de la de Miguel Ángel Aguilar, que se hizo de manera injusta y equivocada. Desde que llegué a Madrid para asumir la dirección, aprecié una fuerte corriente en la empresa para poner fin a la colaboración de este veterano periodista. Nunca lo entendí, porque sus columnas me interesaban y me parecían plenamente vigentes. Sin embargo, la presión no dejó de crecer y se hizo irresistible cuando Aguilar sacó un nuevo periódico que, sin decirlo abiertamente, venía a competir de lleno con *El País*. Era mi decisión y podía, por tanto, haber resistido esas presiones, pero lo cierto es que cedí y comuniqué a Miguel Ángel que poníamos fin a sus artículos. Después cesarían también sus colaboraciones en la cadena Ser. Fue un error.

Entre los muchos cambios, firmamos un acuerdo con la revista *Jot Down*, de extraordinaria calidad y originalidad, para incluirla como un suplemento mensual del periódico. Me gustaban mucho los artículos de esa publicación, al igual que sus autores, y me pareció que servía muy bien como contrapeso a la transformación digital, que obliga a hacer un periodismo más ligero. Con esa misma voluntad, creamos un nuevo suplemento dominical al que llamamos «Ideas», en el que se abría espacio para el pensamiento, la reflexión y el gran debate social, político o ideológico. Lo aplaudieron mucho nuestros colaboradores

más escépticos con las exigencias de la transformación tecnológica.

Era una obsesión constante la adaptación de nuestro trabajo a las características de la lectura en Internet sin renunciar al periodismo de calidad del que presumía *El País*. En ese sentido, sacamos un producto llamado «Verne», que hizo una extraordinaria labor de contar noticias aparentemente frívolas y superficiales de una forma rigurosa, ordenada y, al mismo tiempo, divertida. Me gustaba mucho y fue un gran éxito. También hicimos un acuerdo con una página web de noticias científicas, «Materia», para convertirla en la sección de ciencia del periódico. Igualmente, la apuesta funcionó y el nuevo producto le dio un gran empujón a nuestra circulación.

Tratamos de poner al día todos los productos tradicionales del periódico, haciendo versiones digitales y adaptando el diseño, los titulares y algunos contenidos a las necesidades de los tiempos. Todo se hizo con pocos recursos y gracias a la disposición de muchos periodistas jóvenes y mal pagados. La empresa realizó un gran esfuerzo para resolver la injusta situación de muchos compañeros que llevaban años como becarios, aunque cumplían funciones de redactores, y conseguimos hacer muchos nuevos contratos de periodistas que, en su mayor parte, eran nativos digitales o estaban más familiarizados que el resto con las nuevas tecnologías.

En la medida en que íbamos avanzando por nuestra cuenta, tratábamos de ir soltando amarras con las grandes empresas tecnológicas. Este es uno de los grandes obstáculos del periodismo en la actualidad: su dependencia, sobre todo para la distribución, de otras empresas, con otros intereses. Internet, supuesto imperio de la libertad, se ha convertido en el monopolio de tres o cuatro corporaciones, sin las cuales es prácticamente imposible sobrevivir en la red. Puesto que Internet es hoy el hábitat al que pertenecen los periódicos, toda nuestra actividad y desarrollo está condicionado por esas grandes firmas extranjeras. En el caso de *El País*, como decía antes, hubiera sido más difícil hacer lo que hicimos sin ayuda de las tecnológicas. Sin embargo, la transformación digital del periódico no fue mérito de ellas, sino de los periodistas que se involucraron en la redacción. Facebook y Google solo tenían interés en que produjéramos mucho —necesitaban contenidos para sus plataformas—, pero no les importaba cómo lo hacíamos ni con qué contenidos ni con qué consecuencias. De seguir sus consejos al pie de la letra, nos hubiéramos convertido en un mero recipiente de noticias cortas y llamativas. Fue un sentimiento conjunto de respeto al lector, aprendido de nuestra historia y nuestros mayores, lo que sirvió de

escudo contra esa tendencia tan poderosa en aquel momento.

Sabíamos que *El País* tenía que ser un producto digital a nuestro estilo y, en la medida de lo posible, con nuestros medios. Por esa razón era preciso incorporar a nuevos perfiles y reconvertir a muchos de los que ya teníamos, para no depender de nadie o depender lo mínimo. Como he señalado, fue, en conjunto, una considerable remodelación de nuestro personal, pero tal vez no tan profunda como hubiera sido necesario. Cuando hay que refundar un periódico, como quería Cebrián, es porque el que existía antes ya no sirve. Lo ideal en ese proceso hubiera sido partir de cero, como han hecho los medios digitales más exitosos: plantear nuestros objetivos, analizar nuestras necesidades y contratar a los periodistas adecuados, de los que solo algunos, probablemente, hubieran sido de *El País*. En nuestro caso, tratamos de tirar la casa y construir otra nueva sin perjudicar a la gente que seguía viviendo dentro, y eso es muy difícil.

Como pudimos, hicimos una fusión de la cultura tradicional analógica y de la nueva cultura digital. El experimento salió a medias. El periódico adquirió una pátina más moderna y digital, pero la cultura y los hábitos asociados a ese cambio tecnológico no se impusieron del todo sobre los anteriores. Esto no supone una derrota ni un menosprecio de nadie. En *El País*, como en tantos otros periódicos del mundo a lo largo de los últimos años, se planteó una batalla entre dos concepciones perfectamente legítimas: quienes se aferran a lo que nos hizo grandes frente a los que pretenden acelerar el tránsito a lo nuevo. Todo ello, ciertamente, muy aderezado de política e ideología. El primer grupo era más fuerte y contaba con una posición más consolidada en el periódico y en la empresa.

No obstante, se avanzó mucho. En todos los eventos internacionales en los que tuve que participar esos años comprobé que el progreso en la modernización de *El País* era motivo de admiración entre muchos colegas que lidiaban con dificultades similares a las nuestras. Pero tuvimos muy poco tiempo y escasos recursos. Los periódicos en los que más me fijaba, *The Guardian* y las principales cabeceras de Estados Unidos, habían empezado mucho antes y estaban contratando decenas de ingenieros y personal cualificado para los nuevos trabajos que existían en un periódico. Nosotros no podíamos hacer eso. Veníamos de un proceso interno muy turbulento, que no se podía contener con dinero, que no había, ni con promesas, que hubieran sido falsas. Conseguimos, al menos, derribar el muro con el que nos encontramos al llegar. Nadie más diría después —como se intentó durante un tiempo— que la desaparición del periódico

impreso era culpa de nuestra incompetencia. El papel siguió cayendo y cayendo hasta su absoluta irrelevancia. Y el periódico digital se consumó como la única esperanza.

XII
COMPRENDER CATALUÑA

El 1 de octubre de 2017 salí muy temprano del hotel porque quería recorrer con calma las calles de Barcelona y poner las ideas en orden antes de que empezara todo. Desde la primera vez que la visité, me había enamorado de esa ciudad. El trazado perfecto de sus calles entre el mar y la montaña, la elegancia de sus edificios, el estilo de sus cafés y comercios; siempre pensé que tenía algo, no sé qué, que la hacía más confortable y civilizada que Madrid. Durante años lamenté que mis padres no la hubieran elegido como lugar de emigración, como tantas otras familias de mi pueblo. Barcelona era el lugar en el que vivía la gente que podía elegir dónde vivir, y era también el primer destino por el que me preguntaban siempre los extranjeros que querían visitar España. Con mi cosmopolitismo de tres al cuarto, Barcelona era casi una ciudad mítica.

Aquella mañana, no obstante, toda la magia había desaparecido. Algo en el ambiente reflejaba recelo, confusión, miedo. En apariencia, todo estaba en su sitio. Los camareros desplegaban mesas y sillas en las terrazas de las avenidas. Los quiosqueros ordenaban publicaciones, *souvenirs* y chucherías. Alguno cumplía con su *running* matinal, mientras otros esperaban los primeros autobuses. Era una normalidad impostada. Se apreciaba que muchos habían querido actuar como si no pasara nada y otros tenían que cumplir con sus obligaciones a pesar de todo. Pero la abundancia de policías y la escasez de viandantes delataban lo extraordinario del momento. No, Barcelona no era la misma aquella mañana.

Tampoco los ojos con los que yo la miraba eran los mismos. Aquella mañana la recorrí despacio y atento, como había hecho tantas veces en lugares desconocidos en los que acecha el peligro o la sorpresa. Aquella mañana la recorrí como un paleontólogo, tratando

de buscar en cada esquina, en cada acera, el origen de lo que estaba pasando en Cataluña. La recorrí solo, sin música en los auriculares ni nada que me distrajera de mi esmerada observación. Buscaba algo, un indicio, una revelación que explicara de una vez la locura que se vivía. Estaba convencido de que era mi culpa, de que yo no había sido capaz de penetrar en el alma catalana y entender lo que sucedía. Era yo, sin duda, quien se había perdido algo. Era yo, madrileño pertinaz y andaluz de origen, quien estaba inhabilitado para comprender un fenómeno popular tan propio y complejo. Tenía que seguir mirando. Tenía que continuar andando y prestando atención. Había que encontrar respuestas para saber cómo actuar cuando se desatara la tormenta.

Comprender Cataluña había sido la mayor obsesión desde mi primer día como director de *El País*. En realidad, desde mucho antes. Recuerdo muy bien que, en el tren de regreso a Washington tras mi conversación con Cebrián en Nueva York, pensé en Cataluña, me asustó mi escasez de conocimientos sobre un tema que se me antojaba diabólicamente enrevesado. Llevé la mente atrás, a mis conversaciones con Lluís Foix en Buenos Aires, en las que me reprochaba mi ligereza con el asunto del nacionalismo catalán, y a otras más recientes con Lluís Bassets, en Washington, en las que me advertía de la gravedad de la situación y de la amplitud del movimiento independentista.

En ese mismo momento, me marqué la obligación prioritaria de comprender Cataluña. No podía ser director de *El País* en esa coyuntura histórica sin comprender Cataluña. El hijo de Lluís Bassets, Marc, estaba entonces en Washington como corresponsal de *La Vanguardia*, y las charlas con él me habían servido como preludio, pero necesitaba mucho más. Las lecturas no eran suficientes. Había que estar en Cataluña y conversar con los protagonistas para llegar al fondo del asunto. Me trasladé a Barcelona pocos días después de llegar a España, antes de comenzar mi trabajo como director. Lluís hizo de introductor. Hablé con muchos periodistas, académicos, escritores, y tuve una larga charla en el Palau de la Generalitat con Francesc Homs, que era entonces ministro de la Presidencia y mano derecha de Artur Mas. En los meses siguientes mantuve más reuniones de ese tipo y otras con empresarios catalanes. Especialmente significativas fueron las conversaciones, en Madrid y en Barcelona, con Jaume Giró, de La Caixa.

En todas esa reuniones, se producía, de una parte, una exposición de distintas versiones para explicar lo que ocurría en Cataluña, con distintos pronósticos sobre su conclusión, mientras que, de mi parte,

siempre había un esfuerzo por simpatizar con algunos aspectos de la teoría nacionalista —los que tienen que ver con la identidad propia, con su distinción respecto a otras regiones de España, con la necesidad de respetar su lengua y su cultura, con el acaparamiento de instituciones por parte de Madrid— y ofrecer colaboración desde *El País* para abordar esos problemas. Después he descubierto que es una estrategia común de todos quienes se aproximan a Cataluña, bien sea en la política o en los negocios: asumir parte de la agenda nacionalista para conseguir una buena acogida.

La tesis más extendida y la que con más frecuencia escuché era la de que el *procés* había comenzado como reacción a las correcciones que el Tribunal Constitucional introdujo en 2010 en el nuevo Estatuto de Autonomía de Cataluña. Había quienes precisaban que el movimiento independentista nació exactamente en la manifestación que, en el verano de aquel año, se celebró en protesta por la decisión del órgano que dirime los litigios constitucionales en España. Otros iban más atrás y recordaban que Jordi Pujol había ya sentado las bases desde las que se pudiera formar un Estado independiente. Y otros iban más adelante y aseguraban que el giro independentista fue una improvisación de Mas y Convergencia Democrática para camuflar los problemas políticos que les acuciaban. Hay que recordar que el 15 de junio de 2011, Mas se vio obligado a acceder al Parlament en helicóptero para evitar a una muchedumbre que se amontonaba a sus puertas en protesta por los recortes económicos que había impuesto el Govern.

Poco más de un año después de aquel episodio se celebró la multitudinaria Diada de 2012, que es la fecha universalmente aceptada como el comienzo de las movilizaciones populares que condujeron al referéndum del 1 de octubre y a la quiebra institucional, social y política que ocasionó. A lo largo de ese año, Mas comprobó con claridad que la elevación del listón reivindicativo del nacionalismo —reflejada en la reclamación de un pacto fiscal para Cataluña al estilo del que existe en el País Vasco—, era su única tabla de salvación. Después de esa Diada, la apuesta del propio Mas y de Convergencia por la independencia fue ya manifiesta e irreversible. Tanto como relegados fueron los problemas económicos que habían dado lugar a las protestas de un año antes.

Cuando llegué a España, en 2014, el conflicto estaba ya fuera de control. Las reuniones entre el gobierno central y el gobierno autonómico eran ya un simple trámite. Mariano Rajoy no podía satisfacer las demandas catalanas sin crear una crisis que hubiera

significado el final del modelo autonómico. Mas sabía de sobra que el presidente del Gobierno no tenía margen para responder a sus reivindicaciones y se lo jugó todo a una huida desesperada hacia adelante. Ese mismo año, Mas convocó un primer referéndum de autodeterminación para el 9 de noviembre.

Edición en catalán

Toda mi preocupación en ese momento era la de ayudar, contribuir, en la medida en que un medio como *El País* pudiera hacerlo, a recuperar la calma, a negociar una solución. Confieso que, en ese momento, defendía —y *El País* defendía, como cualquiera puede comprobar— el diálogo con las autoridades catalanas y todas las concesiones que cupieran dentro de la ley para satisfacer lo más posible sus aspiraciones. Recuerdo haberme pronunciado a favor en distintos foros y entrevistas del traslado de instituciones nacionales a Cataluña, del aprendizaje del catalán en otras regiones de España, incluso de la posibilidad de una cocapitalidad de Madrid y Barcelona.

El gesto más significativo en ese sentido fue el lanzamiento de una edición de *El País* en catalán. Venía de crear la Edición América y sabía que podía hacerse algo similar en versión digital sin necesidad de un gran esfuerzo económico. José Luis Sáinz no fue muy partidario porque entendía que, por poco que fuese, aquello nos costaría un dinero que no teníamos y que sería imposible rentabilizar. Cebrián, en cambio, respaldó por completo la idea. Como yo, pensaba que una edición en catalán beneficiaría a la imagen de nuestra empresa y nos permitiría acceder a ambientes en los que hasta entonces habíamos sido vetados. Luego no fue así, pero esa era nuestra ilusión en ese momento. También le pareció una buena idea al gobierno de Rajoy, que pensaba que esa iniciativa podría contribuir a facilitar en Cataluña una mayor simpatía hacia España. Al fin y al cabo, *El País* era el primer periódico de España y un símbolo de la Transición y de nuestra democracia. El respaldo del gobierno se manifestó en la presencia de la vicepresidenta Sáenz de Santamaría en el acto de presentación en Barcelona de la nueva edición, en el que también tomó parte Cebrián y yo mismo. En ese momento, estaba convencido de que aquello nos garantizaría una convivencia tranquila con la Generalitat, con el nacionalismo y con la redacción de Barcelona. Uno de sus integrantes se me acercó ese mismo día, entre evidentes

muestras de emoción, para agradecerme por una iniciativa que él creía que no llegaría a ver en toda su vida.

Por un rato, todo iba muy bien en Cataluña. Celebramos con éxito varios actos de promoción y hasta me hicieron una entrevista en Rac1. Todo iba bien hasta que llegó el momento de plantarse contra el cariz insurreccional que iba tomando el *procés*. Cada paso que daban las autoridades catalanas en contra de la ley y a favor de la independencia era respondido por un editorial de *El País* cada vez más contundente. Cataluña se convirtió en tema constante en nuestras discusiones de las mañanas de los martes en el comité editorial de *El País*, en el que apenas había fisuras. Los compañeros catalanes que allí se sentaban criticaban con tanta rotundidad como los demás, aunque con más amargura y dolor también, la deriva que iba tomando la situación política en Cataluña. Ellos fueron los autores de algunos de los editoriales más brillantes y consistentes.

Ayudó mucho Rubalcaba, que contaba con mucha experiencia propia en el asunto y supo siempre guiarnos para distinguir entre los intereses políticos, los del periódico y los del Estado. Era un verdadero gigante en esa materia. Su capacidad para analizar cualquier crisis desde el prisma de qué es lo más conveniente para España, resultó determinante en aquel momento en *El País*. Merece una mención también la actuación de José Ignacio Torreblanca, el jefe de Opinión, quien entendió muy bien la contradicción existente entre las reclamaciones del nacionalismo catalán y los principios progresistas que defendía la línea editorial del periódico. Esto fue un aspecto clave en todo este asunto. *El País* era visto, en Cataluña y en el resto de España, como el periódico de la izquierda española, al menos como el diario más próximo a las tesis de la corriente tradicional del PSOE. Por lo tanto, para que funcionara la coartada de que el movimiento independentista representaba los valores progresistas, como pretendían los nacionalistas catalanes, las fuerzas a la izquierda del PSOE, algunos en el PSOE y otros en los aledaños o dentro de *El País*, era precisa la complicidad del periódico.

Eso era más importante aún en un momento que coincidía con el control del gobierno español por parte del Partido Popular. Quizá algunos hubieran esperado que, siendo *El País* un periódico habitualmente crítico con la derecha y coincidente con propuestas de la izquierda, en esa ocasión también hubiera mostrado simpatías o, al menos cierta tolerancia y comprensión, con los postulados nacionalistas, aunque solo fuese para castigar a la derecha. Como mínimo, algunos hubieran preferido que *El País* no hubiera apoyado al

gobierno en las ocasiones en que lo hizo durante la crisis catalana.

Hubo gente que me lo pidió expresamente. Unas cuantas de las personas con los que hablé en aquellos días, algunas de ellas muy poderosas, me sugerían prudencia, mantener abiertos los canales con los independentistas. Me repetían la tesis de que este conflicto era culpa de los nacionalistas, pero también del PP, que lo había provocado. Me pedían equidistancia y contemporización. En un momento dado, cuando Soraya Sáenz de Santamaría estableció un canal de diálogo con Junqueras y Esquerra Republicana, hasta al gobierno le incomodaba nuestra firmeza editorial contra el *procés*.

He de decir que no fue así en los círculos ante los que yo estaba obligado a dar explicaciones como director de *El País*. Como he dicho, nunca hubo disidencias significativas en el comité editorial del periódico. Mucho menos las hubo dentro del equipo de dirección, que fue siempre una piña. Si las hubo, nunca se exteriorizaron en la redacción, tampoco en la de Barcelona hasta el 1-O. Yo era consciente de lo difícil que resultaba para algunos entender la posición editorial del periódico en relación con Cataluña, sobre todo porque eso equivalía a tener que apoyar en ocasiones a un gobierno del PP. Decenas de veces traté de explicar en grupo o de forma individual las razones por las que lo hacíamos. Traté de crear conciencia en toda la plantilla de la gravedad del momento que vivía España y de la responsabilidad que le correspondía a un periódico como *El País*, que había sido siempre el primero en la defensa de la Constitución, de nuestras libertades y de nuestra democracia. No sé hasta qué punto lo conseguí. Sin embargo, tenía claro que las dudas razonables de los compañeros que no compartían mis prioridades en Cataluña no podían impedirme cumplir con lo que entendía mi deber profesional y mi obligación como director de un periódico de la fuerza institucional de *El País*.

Sabía lo que me jugaba en esa apuesta. En cuanto *El País* dejó clara su posición contra el *procés*, comenzaron a circular las quejas por habernos convertido en un periódico de derechas. Ya no éramos bienvenidos en Cataluña, ya no nos entrevistaban en Rac1. Más bien, nos machacaban a diario, igual que en TV3 y en los medios que apoyaban a los independentistas. También la izquierda española que defendía el derecho a decidir nos puso en su punto de mira. Todos sus ataques tenían un argumento tan sencillo como falso: apoyábamos a Rajoy. Mentira, apoyábamos al gobierno de España sin tener en cuenta su color. *El País* no había tenido en cuenta el color del gobierno para jugársela en defensa de nuestra Constitución el 23 de febrero de 1981.

A veces, nuestra posición se entendía mejor fuera de España. Decidimos traducir al inglés nuestros artículos más significativos sobre la crisis catalana o los que resultaban más claros para entender lo que estaba sucediendo. Le resultó muy útil a los españoles que luchaban contra la incomprensión de sus amigos en otros países hacia los sucesos de los que oían hablar en España. Recibí llamadas de varios diplomáticos españoles que me agradecieron esa iniciativa y me animaron a continuarla y ampliarla.

En esa misma línea, organizamos un acto en el Parlamento Europeo, en Bruselas, con Felipe González y el entonces presidente de la Comisión Europea, Jean-Claude Juncker, para explicar las verdaderas intenciones de los independentistas catalanes y alertar sobre el peligro que amenazaba a la democracia española. Éramos conscientes del impacto y la credibilidad de *El País* fuera de España y lo aprovechamos al máximo para extender nuestros argumentos editoriales más allá de nuestras fronteras, donde se libraba una batalla diplomática tan importante como la del interior.

Felipe González fue tan colaborador en eso como lo había sido conmigo en todo momento que lo necesité. Nunca le he oído decir nada en privado distinto de lo que dice en público, pero sus intervenciones en el comité editorial de Prisa resultaban estimulantes y me conferían una seguridad que a veces me faltaba. No hablé mucho directamente con él, ni con ocasión de Cataluña ni durante la tormenta en el PSOE. Aunque sí lo hicimos a veces, yo asumí un reparto de poderes implícito por el que le correspondía a Cebrián el contacto personal con el expresidente del Gobierno. Por otra parte, tampoco me parecía elegante poner a González en una situación embarazosa con mis preguntas o inquietudes. Estaba convencido de que, si había algo de lo que yo debiera de estar al tanto, González tomaría la iniciativa, como hizo para alertarme antes que nadie de la intención del rey Juan Carlos de abdicar. Confío en que no se tome como indiscreción que revele que, después de todo lo ocurrido desde entonces, Felipe González sigue ahí.

Rusia de por medio

Contaba, como trataba de decir, con el apoyo suficiente dentro de la empresa para mantener la línea editorial que creía adecuada respecto a Cataluña, aunque, en mi fuero interno, no me hacía ilusiones; sabía

que, cuando el viento soplara en contra, tendría que ser yo quien respondiera, como es natural. Tenía, y esto fue lo más importante de todo, la lealtad y el sacrificio infinito de mi equipo de colaboradores más directo. Mencionaba antes a Torreblanca y su capacidad para teorizar sobre la incongruencia del apoyo de importantes sectores de la izquierda al nacionalismo más extremo, pero fue importantísima también la actuación de otros directivos y mandos medios —alguno de ellos, en ese preciso momento, también en Barcelona—, que se esforzaron constantemente por explicar y defender entre la redacción nuestra postura, responder a sus dudas y, cuando fue necesario, marcar el terreno de competencia de cada cual. Ellos también sabían el riesgo que asumían con esa lealtad, pero nunca llegaron a imaginar que sería tan elevado.

Fue especialmente ejemplar, no conmigo sino con *El País*, el trabajo de Alandete, que obtuvo una de las mayores exclusivas que el periódico había publicado en muchos años. Todo lo que se ha sabido últimamente respecto a los contactos de dirigentes independentistas catalanes con agentes rusos y amigos de Putin, ya lo contó *El País* bajo la firma de Alandete en una serie de artículos publicados a partir de septiembre de 2017. Los artículos provocaron tal impacto que el independentismo y sus aliados reaccionaron con una ferocidad inaudita. Nos llamaron de todo, dijeron que era la última prueba de la deriva que había tomado *El País* desde hacía tiempo, nos llamaron embusteros y atribuyeron la información a nuestra imaginación calenturienta y a nuestro odio al nacionalismo catalán. ¿Qué interés va a tener Rusia en Cataluña?, se preguntaban otros, tratando de ridiculizar y deslegitimar un trabajo periodístico hecho con rigor y a conciencia. Algunas de esas impresiones debían compartirlas el equipo que asumió la dirección de *El País* tras nuestra salida, puesto que el periódico nunca más volvió a informar sobre ese asunto hasta que, ya recientemente, las pruebas se han hecho tan abrumadoras y las fuentes tan insistentes y diversas que los contactos de representantes del gobierno de la Generalitat y del de Rusia han pasado a ser un hecho aceptado por todos.

En su momento, hasta el gobierno pareció sorprendido por nuestra información. ¿Estáis seguros?, fue la primera reacción de alguno de sus integrantes. El gobierno estaba algo confundido sobre cómo podía reaccionar a aquello. Por un lado, temía que nuestra información no pudiera ser confirmada. Por otro, de ser cierta, el tema le quedaba grande a nuestra raquítica política exterior. No tardaron mucho en certificar la realidad de lo que contábamos y en entender el

potencial de nuestra información de cara a la batalla diplomática que se libraba en Europa. El gobierno puso a gente a trabajar en el asunto y obtuvo datos complementarios que, en alguna ocasión, trasladó a *El País*. A esas alturas, nosotros teníamos ya una red de colaboradores en Londres y otras ciudades europeas y habíamos avanzado tanto en esa investigación que nos resultaba fácil comprobar con cierta rapidez si la información que nos suministraba el gobierno era cierta o no. Siempre lo fue.

Cuando hablo de los apoyos recibidos en aquellas circunstancias tan difíciles, es preciso recordar a Juan Luis Cebrián. Sin él, todo esto no hubiera ocurrido. Él tenía poder más que suficiente en Prisa en ese momento como para impedir que *El País* publicara lo que publicó y adoptara la línea editorial que adoptó. Yo podría haberme ido, quedado o hacer lo que me hubiera dado la gana, pero Cebrián tenía autoridad para imponer la línea editorial del periódico, si hubiera querido. Si me dejó hacerlo a mí, y garantizo aquí que me dejó hacerlo, fue porque estaba de acuerdo con lo que *El País* publicaba o porque respeta tanto la autonomía del director que se abstuvo de involucrarse en su labor, más allá de sus intervenciones en las reuniones del comité editorial de Prisa. Aclaro que Cebrián no participaba en el comité editorial de *El País*, que es donde se discutía la línea editorial del periódico.

Por supuesto, hablaba con él con frecuencia y en un par de ocasiones incluso lo invité a que me enviara unas líneas como sugerencia o borrador para editoriales. Nunca hizo eso por iniciativa propia. Una de las veces en las que le pedí ayuda con un editorial fue el día del referéndum en Cataluña, el 1 de octubre de 2017, a última hora de la tarde de un día infernal, cuando yo lidiaba, desde la oficina de Barcelona, con problemas profesionales y anímicos al mismo tiempo, en ese instante explosivo del cierre de la primera edición de un periódico.

Había querido pasar el 1 de octubre en Barcelona, junto a nuestra redacción en Cataluña. Eso representaba complicaciones técnicas y logísticas, puesto que perdía la estructura y el apoyo con el que contaba en Madrid. Tampoco representaba, en principio, una gran ventaja periodística, dado que yo confiaba plenamente en nuestros reporteros y mi trabajo en la calle no iba a mejorar el suyo. Luego me alegré, en este sentido, de haber ido, puesto que eso me permitió observar personalmente algunos de los sucesos ocurridos y valorar mejor su trascendencia.

Sin embargo, la razón principal por la que decidí pasar esa

jornada en Barcelona era para que nuestros periodistas allí apreciasen mi compromiso y mi apoyo a su trabajo. Había muy buena gente entre ellos, gente que, me constaba, había hecho un gran esfuerzo por defender la línea editorial del periódico en circunstancias muy difíciles, sin precedentes desde la aparición de *El País* en Cataluña. Había otros más atravesados y más estrechamente vinculados a círculos nacionalistas, pero la mayoría eran periodistas jóvenes que, aun simpatizando con alguna de las ideas del nacionalismo moderado, sufrían por lo que estaba sucediendo.

Aunque escasa de recursos para todo el trabajo que cubría —la edición en catalán y las ediciones digitales e impresas en español—, la redacción estaba bien organizada y dirigida, así es que no tuve que intervenir en ese aspecto. Dediqué la mañana, como he contado antes, a recorrer las calles para conocer el ambiente de Barcelona. Fui de un barrio para otro, tratando de descubrir las diferencias. Entré en un par de bares a tomar café y a poner el oído en las conversaciones entre los parroquianos. La ciudad estaba mucho más vacía de lo habitual y la tensión era ostensible; se apreciaba incluso en el silencio de los que miraban las escenas de la televisión mientras untaban mantequilla en el pan.

Era fácil distinguir la localización de cualquiera de los centros de votación por el ruido que procedía de la zona y la concentración de personas y policías. Visité tres de ellos, pero solo en uno pude alcanzar el punto preciso de votación porque en los otros dos me lo impidió la gente que se amontonaba en su entrada y los guardias que trataban de dispersarla. En todos ellos el desorden era considerable. A la hora que pasé por allí, entre las nueve y el mediodía, se podían ver grupos que trataban de introducir urnas en los colegios y otros que las colocaban sin más sobre el asfalto, ante la imposibilidad de llevarlas adentro. Me sorprendió la extensión de las colas en algunos lugares y la presencia en ellas de mucha gente mayor, incluidos muchos ancianos. Los jóvenes eran, desde luego, quienes dirigían la agitación y el trasiego de urnas, pero se notaba la complicidad y el apoyo de otra gente mayor.

Contemplé algunas escenas de violencia que me llamaron la atención. La gente empujaba con fuerza, los policías estaban muy nerviosos y utilizaron las porras con contundencia. No vi la actuación agresiva que más tarde pude comprobar en las imágenes de la televisión, pero no esperaba siquiera un comportamiento tan duro por parte de la policía como el que presencié en directo. En realidad, era la culminación del disparate en la organización de ese día. La

abundancia de urnas, el traslado de policías en unas condiciones indignas, el mismo hecho de que los colegios electorales abrieran sus puertas, todo lo ocurrido antes y durante ese día demostraron una completa improvisación, un manifiesto error de cálculo y abandono de responsabilidades por parte del gobierno. Tal vez Rajoy tenía en mente el otro referéndum convocado por Artur Mas y celebrado el 9 de noviembre de 2014, que no pasó de ser una jornada festiva. En todo caso, está claro que subestimó las capacidades de los independentistas y forzó una actuación policial que les dio bazas y dañó la imagen internacional de España.

¿Más de mil heridos?

Cuando regresé a la redacción de Barcelona tras mi recorrido encontré a un colectivo en estado de máxima excitación. Había gente que, con lágrimas en los ojos, me relataba el espectáculo salvaje que decía acabar de presenciar. Las expresiones eran de extrema indignación con el comportamiento de la policía y del gobierno de España. Algunos decían que nunca habían visto nada semejante, exigían denunciar con la mayor contundencia aquel atropello. Tuve que echar mano de toda la entereza de que fui capaz para tomar la palabra y pedir calma. No recuerdo con precisión mis palabras, pero sí que apelé a la condición de periodista de todos los allí presentes y a la necesidad, por tanto, de informar sobre aquellos hechos de la manera más rigurosa y desapasionada posible. Recordé que hacía tiempo que venía advirtiendo sobre la gravedad de la situación en Cataluña, así como de la obligación de las autoridades y de todos quienes creían en la España constitucional de abortar los planes del independentismo. Dije que lo que se había visto unas horas antes en las calles era la actuación de las fuerzas del orden de un país democrático intentando impedir el incumplimiento de la ley de forma muy grave. «¡Que hay más de mil heridos!», me contestó alguien. «¿Los hay?», le respondí. «Si los hay, nuestra obligación es preguntar en los hospitales para conocer sus nombres y contar sus casos».

Después se supo que no los hubo y que aquella cifra, como tantas otras cosas, formaba parte de una campaña de propaganda de los independentistas. Por supuesto que la policía, desbordada y confundida sobre su misión allí, actuó con una brutalidad innecesaria, como dijimos en nuestro editorial. Pero mi preocupación en ese

preciso momento en la redacción de *El País* era mantener la cordura entre los nuestros y el rigor de nuestras noticias. Para eso había ido a Barcelona. No sé si se entendió mi actuación aquel día. Tal vez, no mucho. Eso era secundario. Mi principal responsabilidad como director en ese momento era evitar que *El País* publicara el título de que había mil heridos por la intervención policial en Barcelona, a menos que eso fuera cierto. No lo era. Ya entiendo que, en el mismo debate sobre el número de heridos y la gravedad de la intervención policial, sufrí un desgaste que pude haber evitado quedándome en Madrid. Quién sabe qué hubiera sido mejor. En ocasiones, una actuación algo más discreta y desde la segunda línea puede ser más eficaz. Pero no fue esa mi estrategia durante mi tiempo como director de *El País*. Siempre soporté un alto grado de exposición y quise estar en primera línea. También en Cataluña.

El *procés* supuso un enorme desgaste para todos. Quizá sería mejor decir supone, puesto que los coletazos siguen enturbiando todavía mucho la actividad política en España y la convivencia en general. Uno de los daños más penosos causados fue el de aumentar la brecha de desconfianza que existe entre muchos catalanes y el resto de los españoles. En *El País* siempre hubo la lógica competencia entre quienes procedían de la redacción de Barcelona y los de Madrid. Esa competencia nunca dio lugar a grandes tensiones ni impidió que grandes periodistas catalanes, como Antonio Franco, Miguel Ángel Bastenier, Lluís Bassets o Xavier Vidal-Folch, entre otros, alcanzaran cargos relevantes en el conjunto del periódico. Pero sí hubo durante muchos años dos visiones algo distintas del periodismo, como corresponde a dos escuelas, las de Barcelona y Madrid, algo diferentes también. Siempre me ha parecido que la primera ganaba en rigor y formación, mientras que la segunda lo hacía en arrojo.

En todo caso, fuera de pequeñas disputas sobre el funcionamiento, la colaboración fue siempre buena. El periódico se enriqueció notablemente desde que inauguró su edición en Barcelona. Considero a Bastenier como a uno de los mejores compañeros y jefes que he tenido nunca, y los demás que menciono antes están entre los mejores colegas que he conocido. A Franco lo traté menos, pero admiro mucho su trabajo. En esos años turbulentos del *procés* hablé con él en un par de ocasiones y siempre me dio buenas ideas para el periódico.

Tampoco se puede hablar de disputas entre Madrid y Barcelona con motivo del *procés*, aunque sí es verdad que la redacción catalana estaba más a la defensiva. La comunicación era entonces constante

porque Cataluña era la noticia de cada día. Y, por lo general, esa comunicación se caracterizaba por la presión por parte de Madrid para que los compañeros de Barcelona fueran algo más lejos de lo que eran capaces de llegar. Siempre se les pedía un grado más de audacia. Siempre se les forzaba a una interpretación de los hechos más contundente y sagaz que la que ellos proponían. Casi siempre cumplían nuestros requerimientos. Pero es cierto que eso provocó un gran cansancio de su parte y un daño en la relación profesional.

El *procés* era una opción tan radical que hacía imposible combatirlo con moderación. Se intentó en la política sin éxito. Hay quien considera que una aplicación más drástica del artículo 155 de la Constitución hubiera surtido un efecto mucho más positivo que el que tuvo la versión descafeinada que se inventó Rajoy. En lo que a nosotros respecta, llegó un momento en el que entendí que ya no había espacio para la ponderación, que era necesario dejar absolutamente claro que *El País* ni respaldaría ni se mantendría neutral ante el intento de desmembrar España. El radicalismo del *procés* nos obligó a ser radicales en su contra, y, aunque me tengo por un moderado en cualquier área del pensamiento, tuve que recurrir al uso de los términos más duros para tratar de advertir del peligro que esa apuesta política encerraba.

Algo similar, aunque de mucha menor gravedad, diré en el capítulo siguiente en relación con la crisis del PSOE. Pero, afortunadamente, ambas crisis no convergieron, ya que, en el momento álgido del *procés*, en los días previos y sucesivos al referéndum del 1 de octubre, la posición de Pedro Sánchez coincidió con la línea editorial de *El País*, lo cual facilitó mucho mi trabajo, tanto hacia adentro como hacia afuera del periódico.

Desde que dejé *El País*, me han preguntado muchas veces por la actuación del periódico durante el *procés*. Yo mismo me he preguntado con frecuencia si hicimos lo correcto. La mayor parte de los mensajes de apoyo que recibí al abandonar la dirección incluían un agradecimiento por nuestro trabajo en aquel momento, que consideraban vital para el fracaso del proyecto independentista. No le atribuyo tanta importancia a un periódico como para jugar un papel decisivo prácticamente en ningún momento histórico. En el fondo, aunque se han escrito mejores interpretaciones de lo ocurrido, fue la fortaleza de nuestro sistema democrático y de nuestra sociedad la que derrotó al *procés*.

Es cierto, sin embargo, que *El País* contribuyó a conseguir que esa sociedad creyera en sí misma. *El País* ayudó mucho a evitar una

división entre izquierda y derecha en aquellas circunstancias tan delicadas, y eso resultó relevante a la hora de presentar un frente unido contra los independentistas y de cara a la opinión pública europea. Me satisface mucho lo que dice David Jiménez Torres en su libro *2017, la crisis que cambió España*: «Uno se encontraba de pronto con columnistas de *El Mundo* que recomendaban artículos de *El País*, y viceversa, en las redes sociales».

Sería mejor hacerse la pregunta al revés: ¿qué hubiera sucedido si *El País*, condicionado por la presencia de un gobierno de derechas en Madrid, hubiera adoptado una posición dubitativa o tímida ante la insurrección independentista? Algunos dicen que, en ese caso, el *procés* habría triunfado. Yo no lo creo. Lo que yo creo es que el *procés* hubiera fracasado igualmente, pero *El País* habría fracasado con él; se hubiera dejado, ante sus lectores y ante la sociedad de la que forma parte, jirones de credibilidad que nunca más hubiera sido capaz de recuperar.

En realidad, ese fue mi norte en todo momento. Yo pensé en *El País* y únicamente en *El País*. Evidentemente, era consciente de la trascendencia del momento, pero no me correspondía a mí encontrar las soluciones. Mi obsesión era que nuestro periódico estuviera donde tenía que estar, de manera que su prestigio se mantuviera incólume. Ignoro si lo conseguí. No, desde la perspectiva de los independentistas y de una parte de la izquierda, que arreciaron su campaña sobre la supuesta derechización del periódico. Sí, de acuerdo a otras personas con menos severidad ideológica. Como no he hecho una encuesta al respecto, me quedaré eternamente con la duda. De lo que sí tengo certeza es de que ni los intereses políticos ni los míos propios contaron en absoluto en las decisiones que tomé.

He vuelto a Barcelona varias veces desde entonces, sobre todo porque uno de mis hijos vivió allí durante algún tiempo. Siempre la observo ahora como el escenario de una batalla, con huellas de disparos en las esquinas y edificios en escombro por el impacto de los misiles. En alguno de nuestros paseos le contaba a mi hijo alguno de los episodios relatados aquí con la distancia y añoranza de algo ocurrido hacía décadas. A veces echo de menos la inocencia de mis primeros pasos en el tema catalán, y recuerdo con qué brusquedad cambió ese estado de ánimo. Tal vez mi mayor delito fue el de haber descubierto el juego al nacionalismo. Peor aún, haber revelado el embuste. El juego lo han descubierto muchos otros antes que yo. La diferencia es que yo lo conté. Y lo conté en *El País*.

XIII
EL INSENSATO SIN ESCRÚPULOS

Siempre me ha sorprendido la importancia que alguna gente concede a los periódicos, más que los propios periodistas. Los políticos, especialmente, viven obsesionados con los periódicos, y los políticos socialistas, en particular, pierden el sueño con *El País*. A mí me parece una exageración que, desde hace ya bastantes años, no se corresponde con la realidad de la sociedad española, pero, sin esta premisa, no puede entenderse el caso Pedro Sánchez.

Esto que digo no es válido solo para Sánchez, por supuesto. De hecho, voy a empezar este capítulo mencionando un episodio cuyo protagonista es un político de otra corriente política, pero que sirve de ejemplo de cómo un simple malentendido puede convertirse, por la trascendencia desproporcionada que atribuyen a los medios de comunicación, en el pretexto perfecto para justificar una decisión. O un fracaso.

En mi primer año como director mantuve una reunión en Miguel Yuste con Rosa Díez, cuyo partido, Unión Progreso y Democracia (UPyD), atravesaba por una crisis muy profunda. Escuché a Díez quejarse del trato que recibía por parte de los periodistas, a los que atribuía un desinterés por su formación que, en su opinión, no era casual. Creía que estábamos favoreciendo a Ciudadanos en detrimento de UPyD siguiendo instrucciones de los empresarios que, según ella, se encontraban detrás del nacimiento del partido de Albert Rivera e imponían su criterio en los medios. Traté de explicarle que las cosas no eran así, que los periódicos publican, por lo general, lo que creen que es noticia, que no son organizaciones humanitarias ni instituciones gubernamentales obligadas a repartir su espacio y su tiempo de forma equitativa. Le dije que hablábamos más de Ciudadanos porque era noticia y que lo hacíamos menos de UPyD

porque, por las razones que fuera, había dejado de serlo. Le puse como ejemplo que, si al día siguiente UPyD anunciara su fusión con Ciudadanos, con toda seguridad sería noticia en todos los periódicos.

Me debí explicar mal o Díez no acabó de entenderme porque, pocas horas después de aquella conversación, la líder de UPyD declaró públicamente que el director de *El País* la había amenazado con no volver a informar sobre su partido si no se unía a Ciudadanos. Aún peor, ponía aquello como un ejemplo de que la caída en picado de UPyD, partido por el que, por lo demás, siento gran respeto, se debía a la persecución de que era objeto por parte de los medios de comunicación. Me entristeció aquello, entre otras razones, porque sé que el asunto molestó a mi admirado Fernando Savater.

Esta anécdota palidece, desde luego, ante la verdadera guerra declarada por Pedro Sánchez contra *El País* durante mi etapa como director simplemente por criticar su gestión y sus propuestas. De forma verdaderamente obcecada, Sánchez situó a *El País* en el epicentro de una supuesta red que atentaba contra sus intereses y los de la izquierda en general, y no cejó hasta que consiguió eliminar sin dejar rastro a todas las personas responsables del periódico en aquella etapa. Tal comportamiento refleja la falta de convicciones democráticas profundas de un político. Pero es, además, una sobreactuación que no se corresponde ni con la importancia de cualquier periódico ni con el respeto debido a unos profesionales que se limitaron a ejercer el derecho a la crítica y que hubieran expresado opiniones distintas ante un comportamiento diferente. Por la conducta posterior de Sánchez, es obvio que no cabe más que ratificarse en el punto de vista expresado en aquel momento, pero no hubiera tenido ninguna objeción en cambiarlo si la realidad lo hubiera requerido.

En una entrevista que Sánchez concedió a Jordi Évole poco después de su sustitución como líder del PSOE, el 30 de octubre de 2016, el ahora presidente del Gobierno hizo, con ayuda del entrevistador, todo un despliegue de su victimismo y de la teoría conspirativa sobre su destitución. Confundió el derecho legítimo de *El País* a mantener su propia línea editorial con una presión inaceptable contra él, auspiciada, no por profesionales independientes que llegaron a sus propias conclusiones, sino por turbios intereses cuyo único objetivo era impedir que él alcanzara el poder. Sánchez acusó en esa entrevista a *El País* de haberle amenazado con no apoyarle si pactaba con Podemos. Y el entrevistador citó a Juan Luis Cebrián como cabeza de esa supuesta conspiración, en la que, llevando las sospechas a la paranoia habitual en estos casos, habrían participado

también las grandes empresas del Ibex.

Lamento decepcionar a los amantes de tan novelescas tramas, pero en el famoso editorial de *El País* contra Sánchez no estuvo Cebrián ni el Ibex, sino unos modestos periodistas de los que nadie se acuerda ya ni tiene por qué hacerlo. Nunca amenazamos a Sánchez con nada ni le advertimos de nada, simplemente opinamos que una coalición con Podemos era contraria a los intereses del PSOE y de España, y que buscar una mayoría parlamentaria con los partidos independentistas era un grave error que pagarían muy caro la izquierda y el país. Por supuesto, no teníamos ninguna posibilidad de impedirlo, como los hechos demostraron después, pero teníamos el derecho y la obligación de advertirlo.

Una vez asentada su patochada victimista y conspirativa entre la opinión pública y, muy especialmente, la de su propio partido, Sánchez recuperó el liderazgo del PSOE y aprovechó el primer hueco que la suerte le abrió para convertirse en presidente del Gobierno sin necesidad de pasar por el trámite de unas elecciones. Una vez en el cargo, Sánchez debió llegar a la conclusión de que su éxito en la Moncloa era incompatible con la línea editorial que en ese momento sostenía *El País* y con la presencia al frente del periódico del equipo que lo dirigía. Por suerte para él, encontró en la empresa editora del periódico y sus principales accionistas una actitud muy favorable para resolver cuanto antes ese inconveniente. Seguramente no es la primera ni la última vez que algo así sucede. Sin embargo, cada vez que se tiene constancia de ello ha de anotarse como un ataque a la libertad de información y a la democracia. No quiero concederle ni a ese equipo directivo de *El País* ni a Sánchez más importancia de la que merecen. Unos ya pasaron y el otro lo hará algún día. Pero creo que esta historia es ilustrativa de algunos de los problemas del periodismo y, tal vez, útil para futuros profesionales. Solo por eso merece ser contada.

El hombre de la mandíbula de hierro

La última vez que me reuní con Pedro Sánchez él acababa de salir del periodo de hibernación tras su destitución como líder del PSOE y vivía en una especie de clandestinidad política. Era el comienzo de la primavera de 2017. El partido había convocado elecciones primarias para mayo y Sánchez había decidido concurrir. Llevaba meses sin

hablar con él; en realidad desde los sucesos finales que provocaron su caída en octubre de 2016. Aunque yo tenía su teléfono y él el mío, la cita para ese encuentro se hizo por mediación de quien entonces era su jefe de Gabinete, Juan Manuel Serrano, que es presidente de Correos desde que su jefe llegó al gobierno. Serrano mantenía una relación fluida con el director adjunto de *El País* en ese momento, Jorge Rivera, un vínculo que servía para intercambiar mensajes entre ambos lados, al margen de los contactos profesionales que tenían los periodistas encargados del tema.

En una de esas conversaciones entre Serrano y Rivera, el primero propuso un encuentro a solas entre Sánchez y yo. Acepté de inmediato y les sugerí que eligieran ellos el lugar. Por desgracia, no he encontrado en mis anotaciones el nombre del restaurante en el que se fijó el encuentro, pero sí recuerdo que me extrañó su singularidad, fuera de lo que podríamos llamar el círculo de tránsito habitual de políticos y periodistas en Madrid. Me llamó aún más la atención la forma en la que fui recibido. Nada más identificarme, fui invitado a seguir a un camarero, con el que, tras recorrer el salón principal, crucé las cocinas y una pequeña oficina para acabar en una espaciosa sala que parecía destinada a almacén, aunque ese día tenía una gran mesa en el centro para dos únicos comensales. Sánchez me esperaba de pie, muy serio, con la mandíbula apretada, y vestimenta informal: vaqueros y una cazadora de piel de color beige que me parece haberle visto usar después en algunos actos políticos. Fue una reunión muy tensa, cargada de reproches que sorteé como pude y sin que el distinguido político relajase en ningún momento el gesto áspero con el que me recibió. No digo que me sintiera amenazado, pero la verdad es que resultó muy incómodo.

Mis conversaciones anteriores con Sánchez, sobre todo en el tiempo en el que fueron más frecuentes, habían sido siempre amistosas. Desde que el periódico empezó a criticar sus decisiones, apenas volvimos a hablar. Todo el contacto fue a través de otras personas. Nunca había conocido, por tanto, el lado hosco del hombre que tenía delante en aquel entorno tan peculiar.

Sin embargo, también quedó claro desde el principio que el encuentro le incomodaba a él mucho más que a mí, para quien, al fin y al cabo, aquello no era más que un trance del trabajo. En cambio, para Sánchez, ese era un momento embarazoso que sin duda hubiera querido evitar, igual que evitó todos los contactos a partir de sus primeras discrepancias con nuestra línea editorial, igual que, según he ido sabiendo, ha evitado siempre hablar con quien tenía diferencias. Si

en esa ocasión accedió a tragarse su orgullo y hablar conmigo fue, como confesó desde el comienzo de nuestra charla, porque necesitaba a *El País*, porque pretendía sacar lo poco que *El País* pudiera darle de cara a las primarias que iban a ser convocadas pronto en el PSOE. Al parecer, para él era vital conocer de antemano si ya teníamos un candidato preferido y cómo íbamos a tratar su candidatura. «¿Puedo contar al menos con la neutralidad de *El País* en este proceso?», preguntó.

Le expliqué, de la mejor manera que pude, que así no se hacían las cosas con el director de un periódico, no conmigo, al menos. Le dije que nuestra línea editorial no era negociable, bajo ninguna circunstancia. Sánchez apeló a una supuesta deuda del periódico con él debido a los ataques que había sufrido en los meses anteriores, y aludió al impacto de *El País* entre los votantes socialistas, lo que, según él, nos obligaba a ser neutrales para permitir un proceso de elección limpio. Insistí en que las obligaciones de *El País* las fijaba el propio periódico, que nosotros no teníamos ningún compromiso con el electorado socialista y que, en el que caso de que tuviéramos preferencia por alguno de los candidatos, la expresaríamos sin dudar.

Le garanticé, eso sí, que todas las candidaturas, incluida la suya, serían tratadas con respeto en nuestras páginas y con la mayor objetividad en las informaciones. Le aseguré también que todo lo ocurrido en los meses anteriores no influiría en nuestras simpatías hacia uno u otro. Le advertí, no obstante, que lo que habíamos escrito sobre él, lo habíamos hecho de acuerdo con nuestras convicciones y que estas no podían variar de la noche a la mañana. Aunque nos despedimos con amabilidad, la reunión no fue bien. Salí convencido de que Sánchez había considerado su objetivo incumplido y que me tocaba, a partir de ese momento, soportar su ira.

Me han preguntado muchas veces, desde que dejé la dirección de *El País*, qué pasó, en realidad, con Pedro Sánchez. Tengo la impresión de que alguna gente aún busca un secreto escondido en algún despacho, una circunstancia inimaginable que explique su animadversión hacia nuestro periódico durante esa etapa. El lector que acuda a estas páginas en busca de esa revelación saldrá decepcionado, puesto que no existe nada oculto que desvelar en este caso. Nada que yo sepa, al menos. Dije en capítulos anteriores que nunca fui partidario de hacer política desde la dirección de *El País* ni de participar en complots o intrigas haciendo uso del poder que otorga ese cargo. Siempre he procurado que mi relación con los políticos fuese lo más transparente posible y se limitase al ámbito del interés

meramente profesional. Ciertamente, como contaré enseguida, era consciente de que en la crisis vivida por el PSOE en aquella época mis decisiones cobraban una dimensión extraprofesional superior a otros casos. Respondí a ese reto con mayor o menor acierto, pero siempre de acuerdo con mi criterio y sin atender a las presiones del exterior.

La versión liberal

Conocí a Pedro Sánchez en la primavera de 2014, pocos días después de asumir la dirección de *El País*. Puede decirse, por tanto, que mi gestión se cruzó con la del actual presidente del Gobierno desde el principio hasta el final. Nunca antes había oído hablar de él, así que lo recibí en mi despacho de la tercera planta de Miguel Yuste sin más prejuicios que los que se pueden tener hacia un novel, el de la inexperiencia, matizado en este caso por el hecho de que yo mismo acababa de llegar al cargo. Me llamó la atención, de entrada, lo mismo que llama la atención de él a todo el mundo, que era alto y apuesto. Buen perfil para la política, pensé. No tardó en resumir su trayectoria y en asegurar que siempre había pertenecido al ala liberal del PSOE. Me sorprendió que hiciera esa afirmación, que yo no había solicitado, pero que, en todo caso, contribuyó a aumentar mis simpatías hacia él, puesto que ya pensaba entonces que el triunfo de los moderados en política es casi siempre el triunfo de un país. Más tarde, Rubalcaba, que conocía bien el partido en Madrid, donde Sánchez militaba desde hacía años, me confirmó que así era, que se le identificaba con el sector más liberal. También me dijo mi buen amigo desaparecido que, probablemente, Sánchez me había hecho esa confesión porque conocía mi larga trayectoria en Estados Unidos y había escuchado rumores sobre mi pensamiento.

Semanas antes de ese primer encuentro, yo ya había hecho algunas incursiones en la situación interna del PSOE. Tiempo antes de que Rubalcaba presentase la dimisión tras su derrota en las elecciones europeas del 25 de mayo de 2014, ya se hablaba de la necesidad de un cambio de liderazgo en el Partido Socialista, con la excusa del manido relevo generacional, y se mencionaba con fuerza en los salones distinguidos de Madrid un nombre: Susana Díaz.

Una de las tareas de las que se ocupó Cebrián en el tiempo que transcurrió entre mi nombramiento en febrero de 2014 y mi toma de posesión como director en mayo de ese año fue la de pasearme por

esos salones. El primer viaje que hice con él tuvo por destino Sevilla y el objetivo era conocer a la presidenta de Andalucía, de la que todo el mundo —concepto resbaladizo que suele significar un puñado de gente con poder— hablaba como la persona que debía ocupar la secretaría general del PSOE, como paso previo a su desembarco en la Moncloa. De conversaciones con el propio Cebrián y con otros, supe que Díaz contaba con el padrinazgo en Madrid de César Alierta, entonces presidente de Telefónica y, como tal, persona influyente en ese momento en Prisa, donde era uno de los principales accionistas. También aprendí que, dentro del PSOE, contaba con el apoyo incondicional de Zapatero, quien, al parecer, había quedado absorto ante la fuerza comunicadora de Díaz en un acto público en Andalucía. Esto último me despertó algunas suspicacias hacia ella.

Confieso que, sin llegar a la fascinación de Zapatero, a mí también me causó buena impresión en aquel primer almuerzo en el Palacio de San Telmo de Sevilla, en el que, además de Díaz, Cebrián y yo mismo, se sentó quien era el principal asesor de la presidenta andaluza, Máximo Díaz-Cano. Ascendían entonces en España tres políticos cortados por el mismo patrón. Tanto Pedro Sánchez como Pablo Iglesias y Albert Rivera coincidían en generación y estilos. Los tres eran vanidosos, fríos y robóticos. Díaz parecía ser todo lo contrario. Aunque de su misma edad, no presumía de intelectual ni de ninguna otra cosa, salvo su campechanía. Era cercana y mostraba interés por su interlocutor y buena disposición para aprender. O eso aparentaba.

Todos los ojos puestos en San Telmo

Mi llegada a la dirección de *El País* coincidió con el inicio de una campaña para conseguir que Susana Díaz sucediera a Rubalcaba como líder del PSOE. El origen preciso de esa campaña lo desconozco, pero no debe de estar muy alejado de las personas a las que menciono antes como sus principales valedores. Su buena relación con Zapatero le garantizaba, además, un buen tratamiento por parte de La Sexta, de forma que contaba con muchas bazas para disputar ese partido.

Yo preguntaba con frecuencia a Díaz qué pensaba hacer y nunca encontré una respuesta clara. Se percibía su natural interés en un puesto para el que, en aquel momento, parecía destinada de manera indiscutible. Pero, a la vez, sentía vértigo y dudaba de que el

calendario fuera el más propicio para su rápido ascenso a la cumbre. Con razón, porque ella había accedido a la presidencia de la Junta en sustitución de Griñán y no había ganado aún siquiera unas elecciones en Andalucía. Aunque descubrí que dentro del PSOE tenía fama de intrigante y no acababan de fiarse de ella, prácticamente todos los dirigentes del partido parecían entregados a Díaz y a la realidad de que ella representaba a la federación más poderosa con gran diferencia. Todos menos Rubalcaba.

Cuando empecé a tratar estos asuntos con Rubalcaba, él no había pasado aún a formar parte del comité editorial de *El País*. Estaba organizando su sucesión y quería que esta fuese libre de toda sospecha de manipulación. Aunque él personalmente no creía en esa fórmula, el partido había decidido nombrar al nuevo secretario general a través de unas elecciones primarias y así se haría, sin intromisión del líder saliente. Rubalcaba no estaba dispuesto a entregarle el partido a Susana Díaz. Si quiere presentarse a las primarias que lo haga, me dijo muchas veces, pero no existe otra vía para conseguir su nombramiento. Todo este episodio está relatado con más detalle en el libro que publiqué en 2020, *Rubalcaba, un político de verdad*.

Eduardo Madina manifestó enseguida su voluntad de ser candidato a las primarias e inmediatamente después lo hizo Pedro Sánchez, lo que entonces pareció una osadía incomprensible, puesto que nadie conocía a Pedro Sánchez ni entendía qué propósito tenía con su candidatura. Díaz, mientras tanto, seguía deshojando la margarita y confiando en que Rubalcaba le despejara el camino para que ella pudiera entrar en Madrid bajo palio, algo que nunca ocurrió.

Insisto en que, en ese momento, mi relación con Rubalcaba era aún la de un periodista y un político, de modo que él, en cumplimiento de su voluntad de imparcialidad en el proceso, nunca me confesó cuáles eran sus preferencias. Tan solo me recordó que, puesto que había candidatos, habría primarias y en ellas, y no de otra forma, se elegiría al secretario general. Nunca dijo quién era su preferido, repito, pero es cierto que fue capaz de exponer las virtudes y defectos de unos y otros de tal forma que yo mismo llegara a la conclusión de que lo mejor para el partido sería la victoria de Madina, aunque tampoco lo expresó nunca en público.

Los periódicos, a diferencia de Rubalcaba y los jefes de los partidos políticos, no tenemos obligación de imparcialidad ante unas elecciones. La información, por supuesto, debe de ser rigurosa y cierta respecto a cualquier candidato. Sin embargo, ni un periódico está obligado a conceder espacios iguales a todos los aspirantes ni existe

ningún código ético que le impida pronunciarse en sus editoriales a favor de uno o en contra de otro. No es costumbre hacerlo en España, pero se hace constantemente en Estados Unidos y en otros países. En realidad, me parece más honesto pronunciarse abiertamente a favor de un candidato en un editorial, mientras se mantiene una posición ecuánime en las páginas de información, que orientar todo el periódico a favor de unas determinadas siglas políticas o un dirigente bajo una falsa apariencia de imparcialidad. Quiero decir con todo esto que, si hubiera conocido entonces a Madina como lo conozco hoy, tal vez *El País* hubiera defendido editorialmente su candidatura.

Tengo la sospecha de que algo de eso se temió también en algún momento Susana Díaz, que conocía mi buena relación con Rubalcaba y sentía cierta aprensión al respecto, según me pareció detectar. Díaz nunca me habló mal de Madina, pero era evidente que no simpatizaba con él, y resultó medianamente claro cuando, concluido su largo proceso de reflexión, optó por apoyar a Sánchez en las primarias. Me explicó que no era el momento para ella, que era mejor esperar. Me presentó su decisión como una especie de pausa, pero nunca mencionó ningún pacto con Sánchez, aunque diversas fuentes han sostenido que lo hubo. Tampoco lo hizo Rubalcaba. Es importante advertir desde ahora que Rubalcaba nunca trató de intoxicarme con información interna que favoreciera sus intereses o los de sus amigos. Me respondía a lo que le preguntaba y me interpretaba los hechos de acuerdo con lo que él entendía que le convenía a *El País*, pero jamás utilizó su posición para favorecer o criticar a nadie dentro de su partido, al que le guardaba una lealtad inquebrantable.

La victoria de Sánchez en las primarias de julio de 2014 no interrumpió mi comunicación fluida con Susana Díaz, pero sí abrió un nuevo frente de diálogo más intenso con el nuevo secretario general del partido. Ese doble canal en el PSOE se mantuvo hasta que Sánchez lo interrumpió por decisión propia y fue la fuente de mis peores quebraderos de cabeza como director de *El País*. El doble canal se sostenía sobre un supuesto que resultó no ser tan cierto: Sánchez tenía el poder formal y Díaz, el real. Mi obligación como periodista era respetar a los dos y tratar de sacar de ambos la mejor información posible para mi periódico.

Todo fue manejable hasta las elecciones municipales de mayo de 2015. Hasta ese momento hubo ciertas tensiones, pero todavía menores. Sánchez se encargaba de dejar claro que era él quien mandaba. Unas veces lo hacía personalmente y otras, por mediación de César Luena, que era entonces su mano derecha. Díaz, por su parte,

se esforzaba en que yo no olvidara quién mandaba de verdad y hasta qué punto su compañero de partido estaba viviendo fuera de la realidad. Una de las maneras de hacerlo era recordarme con frecuencia quiénes eran sus poderosos apoyos en Madrid. Ese papel de poder en la sombra lo fue haciendo más explícito desde su victoria en las elecciones andaluzas de marzo de 2015, lo que la situaba ya, según ella, en la posición adecuada para dar el salto hacia la presidencia del Gobierno. Yo trataba de sortear ese duelo con más o menos acierto, pero sin grandes inconvenientes aún puesto que, aparentemente al menos, el interés de ambos era el de conseguir la victoria del PSOE en las urnas.

Además de eso, aquel era otro Pedro Sánchez. Se ha escrito y hablado mucho de una supuesta campaña en la que *El País* participó bajo mi dirección para expulsar a Sánchez de la secretaría general del PSOE. La palabra campaña no me parece la apropiada, pero, ciertamente, como detallaré más adelante, nuestra posición fue inequívocamente contraria a su gestión al frente del partido. Todos esos análisis omiten, sin embargo, un largo periodo en el que *El País*, también conmigo como director, apoyó a Sánchez, sus actuaciones, su candidatura y sus decisiones. Y lo hizo porque Sánchez en una época trató de moverse en el ámbito de la socialdemocracia y la moderación, el que, a nuestro juicio, le correspondía al PSOE. Y respaldó a Sánchez en contra de la opinión entonces de algunos dirigentes socialistas, especialmente de la que más influencia tenía, Susana Díaz, cuya discrepancia con el secretario general no era por motivos ideológicos, sino de ambición personal. El choque frontal entre Díaz y Sánchez comenzó la misma noche de las elecciones de mayo de 2015, y, durante bastante tiempo, hasta que el hoy presidente del Gobierno enfiló definitivamente el rumbo del «no es no» en el verano de 2016, *El País* apoyó a Sánchez frente a Díaz.

En auxilio de Sánchez

Omitiendo los primeros y plácidos meses, tras su victoria en las primarias de julio de 2014, varios editoriales de *El País* salieron en auxilio de Sánchez en algunos de los momentos más críticos de su gestión. Tras las municipales de 2015, en las que el PSOE perdió más de un 10 por ciento de los votos y apenas sobrepasó los 5.500.000 en toda España, el periódico publicó el siguiente editorial:

> Pedro Sánchez sabe que los electores han situado a su partido en el centro del cambio político y que los socialistas tienen la enorme responsabilidad de no ceder al radicalismo para conseguir su legítimo objetivo de gobernar en todos los lugares en los que pueda, recuperando el poder ante su adversario natural, el PP.
>
> En poco menos de un año Pedro Sánchez ha conseguido frenar la sangría que estaba acabando con las aspiraciones de Gobierno del PSOE. Su proyecto de renovación está empezando a dar sus frutos, pero no debería mostrarse tan satisfecho de unos de los peores resultados de la historia de su partido, aunque paradójicamente les vayan a permitir recuperar buena parte del poder perdido.
>
> El secretario general del PSOE, Pedro Sánchez, dejó ayer muy claro ante su ejecutiva —y lo corroboró en una entrevista que publica hoy este periódico— que su partido no tiene intención de girar el rumbo para cerrar acuerdos que le permitan gobernar en media docena de Gobiernos autónomos y varias decenas de Ayuntamientos. «Si Podemos es exigente, nosotros lo seremos más», afirma Sánchez en esa entrevista en la que sitúa el futuro de su partido en la socialdemocracia y en impulsar un cambio «seguro y coherente».
>
> La declaración de intenciones de Sánchez, ratificada por la práctica totalidad de los dirigentes socialistas, es una buena noticia para la estabilidad política en España.

Más adelante, ante las elecciones legislativas de diciembre de 2015 y tras el debate cara a cara entre Sánchez y Rajoy, otro editorial decía:

> Pedro Sánchez ganó claramente el debate del lunes por la noche y salió muy reforzado como candidato a La Moncloa, mientras que Mariano Rajoy, que acudió mal preparado, perdió los papeles y salió derrotado. Tanto Pablo Iglesias como Albert Rivera tienen razón en que un debate con solo dos participantes no es suficientemente representativo de las fuerzas que compiten. Pero no tiene sentido jugar a hacerse los ofendidos por el tono bronco de los contendientes, tras haber repartido ellos descalificaciones a la casta o a la vieja política.
>
> A pocos días de que se produzca un reajuste fundamental en el sistema político, el verdadero problema de fondo es la ausencia de algo que pueda considerarse un proyecto por parte del presidente y candidato. Además, las cuentas pendientes del pasado que quedaron en evidencia el lunes auguran dificultades para la nueva cultura del pacto que habrá de emerger tras las elecciones del 20-D, si se confirma que el próximo Parlamento estará lleno de minorías que deberán entenderse para evitar la inestabilidad y lograr la necesaria regeneración.

Sánchez me llamó al día siguiente para agradecerme

personalmente ese editorial. En el primer balance posterior a esas elecciones y, a pesar de que el PSOE había obtenido el peor resultado de su historia, nuestro editorial trató de destacar los aspectos más positivos para el PSOE y para Sánchez de uno datos que, objetivamente, eran desastrosos:

> El PSOE ha perdido mucho menos que el PP respecto a 2011, si bien el desgaste de su tarea de oposición le afecta como uno de los pilares del sistema de partidos democráticos.

Una vez constatada la imposibilidad de que algún partido gobernara en solitario, *El País* defendió el derecho de las dos principales fuerzas políticas a buscar los pactos que dieran mayor estabilidad al futuro gobierno. En su principal editorial tras la votación, dijimos lo siguiente:

> Nadie puede obligar al PSOE a dar ya sus votos al PP con la excusa de la necesaria estabilidad sin permitir que antes cada uno de los dos mayores grupos parlamentarios busque sus propias mayorías.

A medida que avanzaban esas negociaciones, en las primeras semanas de 2016, y crecía la presión de los líderes regionales y, sobre todo, de Susana Díaz, sobre Sánchez, nuestro editorial comentaba:

> Pedro Sánchez necesita contar con los dirigentes territoriales, y estos no ganan nada desestabilizando al secretario general como si estuvieran ya en la última casilla antes de la repetición de elecciones y de la celebración de un congreso en el que, ahí sí, habrá de dirimirse la batalla por el poder interno. Hace falta un PSOE fuerte y no dividido en luchas intestinas.

Durante esa campaña electoral, *El País* solo publicó un editorial que pudiera considerarse favorable para el PP: el que defendió personalmente a Rajoy tras la agresión que sufrió en una calle de Pontevedra. Después criticó con dureza al entonces presidente cuando renunció a su obligación de procurar formar gobierno, y defendió el derecho de Pedro Sánchez a intentarlo por su parte. Cuando el líder del PSOE consiguió un pacto con Ciudadanos en esa dirección, *El País* lo apoyó, pese a que no nos convenció la forma en que se produjo: con demasiada precipitación y aceptando Sánchez, sin más, todas las condiciones planteadas por Albert Rivera. Se podía creer entonces que

esa flexibilidad mostraba un gran sentido de la responsabilidad, pero, por lo que hemos visto después, solo era una primera prueba de su ansia desesperada por llegar al poder, como fuese y con quien fuese. Pese a todo, *El País* apoyó en febrero de 2016 a Sánchez y su acuerdo con Ciudadanos:

> El programa anunciado ayer por PSOE y Ciudadanos es vago e insuficiente. Se repite demasiadas veces que los asuntos se estudiarán o aparece la idea de que tal o cual promesa —por ejemplo, sobre impuestos— se llevará a cabo cuando se pueda, términos excesivamente imprecisos para un verdadero programa de gobierno. Aun así, representa un embrión de proyecto: y por modesto que parezca, no todas las demás fuerzas con posibilidades de gobernar han llegado hasta ahí.
>
> Armar un pacto para corregir el rumbo de España fue el mensaje de las urnas; con mayor o menor acierto, solo el PSOE y Ciudadanos lo están intentando de verdad. Por sí mismos suman una fuerza demasiado escasa como para formar Gobierno. Pero si los demás bloquean cualquier solución que no les guste, es muy probable que sea preciso volver a la casilla de salida, en forma de repetición de unas elecciones en las que nadie tiene garantías de alterar sustancialmente la relación de fuerzas.

En realidad, *El País* no publicó un solo editorial crítico con Sánchez entre su primera elección como secretario general, en julio de 2014, y enero de 2016, cuando ya empezó a otearse, como decía antes, su impaciencia por alcanzar el poder a toda costa. El 21 de enero de 2016, advertimos por primera vez contra lo que Rubalcaba bautizó después como «gobierno Frankenstein», con los mismos argumentos que esgrimimos más tarde en otros editoriales, incluido el último, el que precedió a mi destitución y el despido de mi equipo. Esto decía aquel editorial de 2016:

> La hipótesis más mencionada es la de una suma del PSOE con los diversos grupos de Podemos y el PNV, y con el apoyo expreso o la abstención de las dos fuerzas independentistas catalanas, ERC y DL. Es posible que esa estrambótica amalgama permita una investidura, pero estamos convencidos de que no permitiría gobernar. (…) Sánchez no puede en ningún caso pretender gobernar en solitario con solo 90 diputados —el peor resultado de la historia de un candidato socialista— y menos aún si para ello necesita el apoyo explícito o implícito de quienes centran sus objetivos en separar a Cataluña de España. (…). Por otra parte, las insistentes y devastadoras críticas de Podemos a los socialistas durante las transacciones sobre la cuestión de los grupos parlamentarios ponen de relieve el peligro que una alianza de esas

características significaría, no solo para España, sino también para el PSOE.

Tras el paréntesis del acuerdo de febrero con Ciudadanos, Sánchez volvió a coquetear con la idea del Frankenstein. No se atrevió en esa oportunidad porque encontró demasiada resistencia dentro de su partido. Pero tampoco accedió al gobierno de coalición que Rajoy ofreció por primera vez cuando fracasó la investidura que sucedió al pacto PSOE-Ciudadanos. Aun en ese momento, *El País* mantenía el apoyo a Sánchez, a quien criticamos por sendos fracasos estrepitosos en las elecciones autonómicas de Galicia y País Vasco, pero a quien todavía reconocíamos el derecho a descartar la propuesta de Rajoy y acudir a nuevas elecciones. Incluso después de su nueva y mayor derrota en los comicios que se celebraron el 26 de junio de 2016, en los que el PSOE perdió cinco diputados y el PP ganó catorce. Aun después de esa prueba inequívoca sobre el desastre de su gestión como líder socialista, *El País* apostó por que Sánchez siguiera al frente del PSOE. Este es el editorial que se publicó tras aquellas elecciones:

> Sea cual sea la fórmula, Pedro Sánchez no puede responder a la llamada de Mariano Rajoy con la displicencia utilizada tras el 20-D. Sánchez tiene aún la oportunidad de conducir esta fase, pero ha de hacerlo pensando sobre todo en los intereses generales de la nación y, en segundo lugar, en los más particulares de su propio partido, sin permitir que otras consideraciones relativas a las disputas internas por el liderazgo le impidan tomar la decisión correcta. En momentos así, es mejor ponerse al frente con claridad y firmeza que regatear para conservar el cargo.

El momento del divorcio

El divorcio entre Sánchez y *El País* se produjo exactamente a partir de ese momento. Sería más correcto decir que ese fue el momento en el que Sánchez decidió que *El País* se había pasado al bando de quienes él consideraba sus enemigos. En junio de 2016, nosotros no pedíamos todavía la sustitución del líder del PSOE, pese a que creíamos que su gestión estaba resultando decepcionante. «Sánchez tiene aún oportunidad de conducir esta fase», afirmábamos en el editorial que cito con anterioridad. El problema surgió cuando Sánchez quiso conducir esta fase hacia otra repetición de las elecciones, una tercera convocatoria a las urnas en menos de un año.

Fue en ese momento cuando descubrimos sin atisbo de duda que Sánchez estaba dispuesto a cualquier cosa con tal de conservar el poder. Él sabía que se encontraba ante una disyuntiva fatal: abstenerse en la votación de investidura de Rajoy, como le exigía su partido, equivalía a reconocer su doble fracaso y perder con seguridad la secretaría general del PSOE, mientras que oponerse a la designación de Rajoy prolongaba una de las peores crisis políticas vividas nunca por la democracia española, pero le permitía apropiarse de una causa que aún podría mantenerle vivo como dirigente político, la del no es no. En la primera alternativa, ganaba el país y perdía él; en la segunda ocurría exactamente al revés.

Su elección no fue evidente de forma inmediata. De hecho, en las primeras semanas después de los comicios de junio, el mensaje que trasladó a todos sus interlocutores dentro y fuera del partido fue el de que se abstendría en la votación de investidura. Incluso encargó a José Enrique Serrano, el veterano jefe de Gabinete de Felipe González y de José Luis Rodríguez Zapatero, que le preparara un informe con los argumentos adecuados para explicar la abstención. Tras ignorar el documento que le había preparado, Serrano, que había tratado por lealtad al partido de ayudar a Sánchez durante todo el tiempo anterior, acabó rompiendo con él.

En el periódico estábamos puntualmente al tanto de todos los esfuerzos que ese verano de 2016 se llevaban a cabo para tratar de convencer a Sánchez. Confieso que, para entonces, yo ya no me fiaba de Sánchez y, a medida que pasaban las semanas, crecía mi sospecha de que estaba urdiendo algo que le permitiese sobrevivir. Durante ese tiempo, Sánchez calculó sus bazas prácticamente en solitario. Las personas más cercanas a él en ese momento, Óscar López y Antonio Hernando, que le abandonaron después y regresaron más tarde a su lado en Moncloa, eran partidarias de la abstención y no comprendían los movimientos que llevaban a Sánchez a corregir sus intenciones iniciales. Ambos estaban convencidos de que Sánchez se abstendría y, a continuación, renunciaría a la secretaría general. Algo sucedió, sin embargo, en el mes de agosto que cogió por sorpresa a López, a Hernando y a todo el mundo.

En septiembre, la negativa de Sánchez a favorecer con su abstención la formación de gobierno empezó a hacerse evidente. Como decía, meses antes ya había coqueteado con la posibilidad apuntada por Pablo Iglesias de crear un gobierno alternativo con todas las fuerzas contrarias al PP, lo que obligaba a incluir, no solo a Podemos sino a los nacionalistas vascos y a los nacionalistas catalanes

que en ese preciso momento conspiraban para preparar una insurrección contra el Estado español —Bildu estaba todavía fuera de la ecuación—. Ese escenario, tan peligroso para nuestra democracia, contaba con la desaprobación de la mayoría de la dirección socialista, pero fue finalmente el elegido por Sánchez, que declaró públicamente:

> Si nos abstenemos, el PSOE se posicionará en una situación subalterna respecto al PP y yo no quiero eso, por eso defiendo que el PSOE tiene que intentar liderar una alternativa de cambio con todas las fuerzas. No a Rajoy, no a terceras elecciones y sí a un Gobierno de cambio.

Insisto en que las sospechas sobre las intenciones finales de Sánchez existían ya desde antes en el comité editorial de *El País*. En junio de 2016, durante una intervención en los cursos de verano de El Escorial de la Universidad Complutense, Rubalcaba soltó la frase que definió para siempre el proyecto de Sánchez: «Pablo Iglesias no puede seguir jugando con la gente y decir que hay posibilidad de un gobierno de izquierdas cuando no es verdad. Lo que él propone no es un gobierno de izquierdas porque, que yo sepa, PNV y CDC no son de izquierdas y Esquerra es independentista. Eso no suma, sería una investidura Frankenstein. Él tiene un partido variopinto, con independentistas, anticapitalistas y ecosocialistas; a él puede ser que no le choque hacer una investidura con independentistas, pero el PSOE no puede hacerlo».

Lo que ocurrió después de eso es ya historia. Sánchez fue asentando a partir de septiembre de 2016 la idea del «no es no» y su enfrentamiento con los dirigentes territoriales y la dirección del partido se fue agudizando hasta hacerse insostenible. Tras varias jornadas extenuantes en las que la existencia misma del Partido Socialista parecía estar en juego, el 28 de septiembre, en su penúltimo doble salto mortal, Sánchez convocó un congreso extraordinario del PSOE para elegir un nuevo liderazgo y decidir una posición respecto a la investidura de Rajoy, congreso que debería celebrarse unos pocos días antes de que venciese el plazo para la convocatoria de terceras elecciones parlamentarias. Un congreso en esas condiciones no solo hubiera desencadenado una disparatada guerra civil en el PSOE entre supuestos partidarios y rivales del PP, sino que hubiera eliminado cualquier opción de debate sosegado sobre la crisis política que afrontaba España. Con toda seguridad, Sánchez hubiera salido vencedor de una batalla planteada en esos términos maniqueos y falsos sobre quién quiere apoyar a la derecha o pactar con la

izquierda. Con la convocatoria de ese congreso extraordinario, cualquier posibilidad de una discusión realista sobre lo que España necesitaba del PSOE en ese momento histórico quedaba automáticamente descartada.

Ese mismo día 28, dimitió la mayoría de los miembros de la comisión ejecutiva, una maniobra para forzar la dimisión del secretario general, y Felipe González hizo en la cadena Ser unas declaraciones explosivas en las que confesó que Sánchez le había engañado cuando le contó sus intenciones de abstenerse en la investidura de Rajoy. Finalmente, se convocó la reunión del comité federal del 1 de octubre en el que Sánchez perdió la votación y presentó su renuncia. Yo estuve al tanto de todos esos movimientos, como era mi obligación, pero, por supuesto, nadie me pidió nunca opinión al respecto ni la mía era conocida más allá del contenido de los editoriales del periódico.

Es esta una historia ya conocida. Y, como parte de esa historia, se ha atribuido a *El País* un protagonismo destacado en el desenlace. El propio Sánchez lo hizo así en la entrevista a Évole que mencioné antes. No creo que el papel de *El País* fuera tan relevante como se ha dicho, pero sí admito que el periódico puso todo lo que estaba de su parte para evitar que Sánchez sacara adelante su «investidura Frankenstein». Lo hizo exclusivamente con las armas que una democracia liberal pone en manos de un periódico: la defensa pública de sus ideas y sus posiciones respecto a los distintos acontecimientos políticos a través de sus editoriales. Siempre procuré evitar que nuestra posición editorial contagiase a nuestra información, y así se lo transmití a los mandos intermedios y a los periodistas que cubrían el PSOE. No quiero poner a nadie en un aprieto, pero recuerdo muy bien conversaciones con redactores de *El País* respecto a estos asuntos en las que les pedí regirse por sus propios criterios profesionales, sin importar lo contaminado que estuviera el ambiente político en torno al diario.

Cosa muy distinta era nuestra línea editorial. En nuestras páginas de información nuestra obligación era informar e intentamos cumplirla a toda costa. Pero en nuestras páginas de opinión nos correspondía opinar, y nuestro deber era hacerlo en libertad y en conciencia. Nos pronunciamos contra Sánchez y contra su proyecto Frankenstein como fruto de nuestra propia reflexión libre, atendiendo a las necesidades de nuestro país, primero, y de nuestro sistema de partidos políticos, después, y, sobre todo, en coherencia con la tradición liberal y progresista de *El País*, que recomendaba la

exclusión del poder de fuerzas populistas, dudosamente democráticas y abiertamente hostiles a la Constitución española.

Prescindir de Sánchez

Durante los años anteriores habíamos mantenido una posición muy crítica con el gobierno de Rajoy, como puede comprobar cualquiera que se moleste en leer los editoriales de ese periodo. Sin embargo, ante el desgaste institucional sufrido por nuestra democracia tras la repetición electoral y el bloqueo de la investidura de Rajoy, y ante el desgaste sufrido por el propio PSOE, que había descendido hasta los 85 diputados y se consumía en una feroz guerra interna, lo más aconsejable era facilitar, con una abstención de los socialistas, la formación de un gobierno del PP, que contaba con 137 escaños, 17 más que en la legislatura anterior. A esas alturas, eso requería, inevitablemente, prescindir de Sánchez.

El hecho de que esa posición editorial de *El País* coincidiera con la de importantes dirigentes históricos del PSOE, incluido Rubalcaba, que se sentaba en nuestro comité editorial, contribuyó a crear una impresión de campaña orquestada que, a la postre, nos perjudicó a todos y favoreció a Sánchez. Por parte del partido, se podrían haber evitado algunos excesos escenográficos —como ese acto final de apoyo a Susana Díaz— que resultaron claramente contraproducentes. Por lo que a nosotros respecta, también se podría haber evitado algún adjetivo de más. Pero, fuera de eso, la posición que adoptó *El País* fue consecuencia exclusivamente del debate sostenido dentro de los órganos correspondientes del periódico y de mi propia convicción, sin que pueda entenderse como parte de ninguna campaña, más que en la medida en que una decisión así se comenta y se discute con las personas involucradas y con otras en cuyo juicio se confía.

En aquellos días dramáticos de finales de septiembre y comienzos de octubre de 2016, *El País*, como era su obligación, estaba al tanto de los movimientos que los principales protagonistas de la crisis planeaban. Entre otras cosas, porque en ese momento, Rubalcaba, con quien hablaba con asiduidad, era uno de ellos. También supe de primera mano la intención de Susana Díaz de impedir a toda costa la celebración del congreso extraordinario del PSOE que Sánchez había convocado, así como fui informado con anterioridad del método previsto para acabar con el secretario general, el de la renuncia de una

mayoría de los miembros de la comisión ejecutiva. También supe previamente que Felipe González daría una entrevista a la Ser diciendo lo que dijo. En realidad, desde meses antes, la línea editorial de *El País* estaba tratando de contribuir a que el conflicto interno del PSOE se resolviera de la mejor manera posible. Uno de esos esfuerzos fue, precisamente, un artículo de González publicado en el verano de 2016 cuya intención era la de servir de cobertura para que Sánchez pudiera abstenerse en la investidura de Rajoy.

Consciente del papel que *El País* puede jugar entre el electorado y la militancia socialista, así como de la importancia que el PSOE tiene para la estabilidad democrática en España, decidimos apoyar editorialmente los esfuerzos de quienes querían sacar al partido del atolladero al que Sánchez lo había conducido. Pero ni esto equivale a una campaña ni *El País* incumplió en ningún momento sus obligaciones profesionales ni puso en riesgo su independencia. Ninguna de las personas involucradas en este episodio, incluidas todas las mencionadas anteriormente, conocían, por ejemplo, nuestras intenciones de escribir un editorial contra Sánchez tan duro como el que *El País* publicó el 1 de octubre de 2016 titulado «Salvar al PSOE». Tampoco Cebrián, quien al día siguiente me criticó por teléfono «la forma, pero no el fondo» del editorial, estuvo previamente al tanto.

Sin pretenderlo en absoluto, ese editorial se convirtió en un hito en la historia de *El País*; para unos, un hito negativo, para otros, positivo. Digo sin pretenderlo porque hicimos un editorial coherente con la posición que llevábamos tiempo sosteniendo y que reflejara la alarma que nosotros sentíamos sobre la situación en el PSOE. Fue, creo, un editorial a la altura de las circunstancias, algo dramático, como las circunstancias lo eran. Fue un editorial pensado para intentar influir, en la medida de nuestras posibilidades, en la búsqueda de una salida a la crisis de los socialistas, pero en absoluto concebido para sentar cátedra o permanecer en el tiempo, como ha ocurrido.

El proceso de elaboración fue el mismo que con cualquier otro editorial, que surge primero de un borrador redactado por el equipo de Opinión, que dirigía José Ignacio Torreblanca, y pasa después por las manos del director, que añade o elimina lo que cree oportuno. Admito que el párrafo que mayor resonancia tuvo —«Sánchez ha resultado no ser un dirigente cabal, sino un insensato sin escrúpulos que no duda en destruir el partido que con tanto desacierto ha dirigido antes que reconocer su enorme fracaso»— salió de mi mano, sin consultarlo ni discutirlo con nadie fuera del círculo de colaboradores más estrecho.

No voy a negar que, posteriormente, me arrepentí de haber escrito esas líneas, no por lo que expresan sino por la forma en que lo hacen. Con la perspectiva del tiempo, me parece indudable que ese editorial describe a la perfección a quien dos años después fue presidente del Gobierno. Pero, en aquel momento, inmediatamente después de ser publicado, sentí vértigo ante el vacío que se abrió ante mí y, de haber podido, hubiera rectificado. No porque hubiera dejado de creer en lo que escribimos, sino por la inmensa soledad a la que ese texto me condenó. Una gran mayoría en mi empresa desaprobó ese editorial, tanto entre la cúspide directiva como en la redacción. Por un lado, pocos o nadie conocía aún a Sánchez tan bien como lo conocía yo, y tendían a pensar, incluso de buena fe, que en el fondo era un buen chico enfrentado a un poderoso aparato político. Por el otro, no había costumbre de una crítica tan feroz contra un político socialista. *El País* había hecho críticas gruesas en el pasado. Se había acusado a Aznar en diversos editoriales de «la búsqueda del enfrentamiento cueste lo que cueste», de «provocar una grave fractura en el sistema democrático» con su gestión, de «arrogancia» y «autoritarismo», entre otras muchas cosas. Pero jamás se había empleado ese lenguaje contra un dirigente de la izquierda. En realidad, tampoco nuestro editorial lo hace en un contexto de rivalidad entre derecha e izquierda, sino en el marco de una crisis que, a nuestro modo de entender, perjudicaba a los socialistas más que a nadie.

Sin embargo, la dureza de aquel editorial no se explica tan solo por lo que la izquierda se jugaba en ese envite, sino por lo que se jugaba la democracia española. El PSOE había sido desde la Transición una pieza básica en la construcción de un país próspero y reconciliado. Su desaparición supondría una ruptura del equilibrio sobre el que se había sostenido el sistema y, por tanto, una enorme amenaza para nuestra convivencia y nuestra democracia. En nuestra opinión, un PSOE en manos de Pedro Sánchez era comparable a su desaparición o bien conduciría inexorablemente a ella. Era, por tanto, momento para actuar atendiendo a esos intereses y no a otros.

Tampoco fuera de nuestra empresa se acabó de entender ese editorial. Los elogios de parte de la derecha y de otros sectores llegaron mucho más tarde. En un primer momento, muchos seguidores del PP y bastantes colegas de la competencia se sumaron también a la tesis de que, aunque equivocado en sus propósitos, Sánchez era en realidad una víctima de la pérfida maquinaria socialista, de la que nosotros no éramos más que un instrumento. Medios de extrema izquierda y extrema derecha coincidieron entonces en presentar el

editorial de *El País* y todo lo que sucedió después como un gran complot urdido por Cebrián con los directivos de los grandes bancos y las principales empresas para quitarse de encima a alguien que les resultaba molesto. Entiendo que nada de lo que diga yo aquí va a convencer a nadie ni lo pretendo. Escribo lo que ocurrió únicamente por respeto a los lectores de *El País* y a mis compañeros en aquellos años. Y lo que ocurrió, bien o mal hecho, responde al criterio que nos formamos un puñado de periodistas que entonces tuvimos la responsabilidad de conducir el diario. De hecho, algunos de esos poderosos empresarios a los que se supone parte del complot contra Sánchez compartían, en realidad, su teoría victimista y lamentaban el tono de nuestra crítica. Pocos años después actuarían en consecuencia.

Por fin, un gran personaje

Una vez que Sánchez fue sustituido por una comisión gestora presidida por quien entonces era presidente de Asturias, Javier Fernández, la línea editorial de *El País* apoyó todas las iniciativas conducentes a devolver al PSOE a la normalidad de su papel institucional. Conocer a Javier Fernández fue uno de los grandes privilegios de mi paso por la dirección del periódico. Como tantos otros aquellos días, en alguna de mis reuniones con él le pedí que presentara su candidatura para ser secretario general, pero es algo que nunca pasó por su mente. Aún pienso con nostalgia cuánto mejor estaría el PSOE y España si eso hubiera ocurrido. El tiempo que estuvo, al menos, el clima político se serenó.

Rubalcaba, que con la llegada de su amigo Fernández recuperó un papel protagonista en el partido, optó por contarme cosas en privado, pero mantener un perfil más discreto dentro del comité editorial del periódico. Ambos compartimos esos días el torrente de llamadas de Susana Díaz, quien, ahora sí, iba a dar el salto hacia la jefatura del partido. Rubalcaba, que la conocía bien y la había sufrido como rival dentro del partido en años anteriores, no era muy partidario de la candidatura de la presidenta andaluza, pero era lo que había. Ese era, más o menos, el estado de ánimo de otros muchos dirigentes del PSOE con los que hablé en aquel momento, con excepción de Zapatero, que era el susanista más incondicional. Conscientes de ese estado de opinión y sin pronunciarnos nunca a favor o en contra de nadie, los editoriales de *El País* trataron de

destacar la necesidad de que el líder que resultara elegido entendiera el papel histórico jugado por el PSOE en la democracia española, al igual que sus responsabilidades como partido de gobierno.

Rubalcaba vivió todo ese proceso con una actitud de cierta resignación. Cada vez que hablábamos me dejaba unas sensaciones un tanto amargas. Desde luego él hubiera querido a Fernández como secretario general, pero se puso a trabajar a favor de Díaz con la dedicación y lealtad que caracterizaron toda su carrera. Cada paso que daba en esa dirección era explicado después en privado en ese mismo tono fatalista, incluido el más grave de todos: el multitudinario acto en Madrid en marzo de 2017 en el que todos los líderes históricos del partido se juntaron en apoyo de la presidenta andaluza.

Es de sobra conocido lo que ocurrió después y hasta qué punto ese acto y el resto de lo sucedido en esa campaña resultó ser una equivocación. Rubalcaba reconoció posteriormente que, incluso el hecho de retrasar las primarias, con el objetivo razonable de permitir que los militantes votaran en un clima de mayor serenidad, fue un error, puesto que eso hizo olvidar los desaciertos de Sánchez y le dio tiempo a recuperarse y construir el papel heroico con el que se presentó a la militancia, el de un *maverick*, como ha dicho después el autor de aquel invento.

Fue Rubalcaba quien me dio por teléfono la noticia de la victoria de Sánchez en las primarias. Ese mismo domingo, 21 de mayo de 2017, el Real Madrid se coronaba como campeón de Liga en Málaga. Ese dato capital pasó, sin embargo, inusualmente inadvertido en nuestra conversación. Eran alrededor de las seis de la tarde, quedaba aún un rato para concluir la votación, pero Rubalcaba ya lo tenía claro. «Ha ganado, tío», me dijo con voz sombría nada más responder a su llamada. No recuerdo exactamente mi reacción, pero sí que fue más de decepción que de sorpresa. Pregunté si todavía había tiempo de que el resultado cambiara y me contestó que no, que sería una victoria rotunda.

Inmediatamente fui consciente de que mi suerte estaba echada, que la victoria de Sánchez equivaldría más temprano que tarde a mi relevo como director de *El País*. Le comuniqué la noticia a Cebrián, que la recibió con disgusto y preocupación. Y convoqué al equipo directivo y los compañeros implicados directamente en la elaboración del periódico para hacer lo único que nos correspondía hacer en ese momento: informar de la mejor manera posible. No hablé con nadie más ese día.

Pese a ser consciente, como digo, de las repercusiones personales

de la victoria de Sánchez, en ningún momento pensé en un cambio de línea editorial para contemporizar con la nueva realidad. De hecho, el día siguiente a las primarias *El País* publicó un editorial titulado «El Brexit del PSOE» que sostenía una tesis que Torreblanca llevaba tiempo defendiendo, la de que la crisis en el socialismo español y la victoria de Sánchez respondían al mismo patrón de explosión populista que había tenido lugar en otros países y que explica fenómenos como el de la elección de Trump o el Brexit. «El retorno a la secretaría general de un líder con un legado tan marcado por las derrotas electorales, las divisiones internas y los vaivenes ideológicos no puede sino provocar una profunda preocupación», afirmaba ese editorial.

Tuve poco contacto con Sánchez a partir de ese momento. Entre otras razones, porque el interés informativo en el PSOE decreció, mientras aumentaba a gran velocidad la crisis en Cataluña. En la misma portada que daba cuenta de la victoria de Sánchez en las primarias, esa noticia competía en interés y espacio con otra que anticipaba en exclusiva la Ley de Transitoriedad Jurídica de Cataluña, lo que se conocía como «ley de ruptura», en la que se detallaba el procedimiento para la independencia. Cataluña fue desde ese momento el punto de interés central de *El País*, y es justo decir que Sánchez estuvo, por lo general, a la altura de lo que los acontecimientos exigían en un momento de tanta gravedad. El PSOE apoyó casi todas las decisiones del gobierno del PP en Cataluña, incluida la declaración del artículo 155 de la Constitución. Por unos meses, su política coincidió con la línea editorial que *El País* venía defendiendo desde mucho antes.

Esta tregua, por llamarlo de algún modo, no podía ocultar el problema de fondo. Sánchez entendía que su éxito como líder del PSOE era incompatible con mi presencia en la dirección de *El País*, por lo que no dejó en ningún momento de ejercer presión sobre la empresa, incluidos sus más notorios accionistas, en busca de mi destitución, tal como alguno de ellos me confesó en su momento. Yo trataba de cumplir con mi trabajo ajeno a esas intrigas, lo que no era fácil, puesto que casi a diario estas encontraban reflejo en diferentes confidenciales que servían para calentar el caldo de la inestabilidad.

En más de una ocasión recibí consejos de rectificar elegantemente, de buscar un acercamiento a Sánchez y convenir un modo de convivencia. Nunca me pareció que fuera ese mi papel. Ya he dicho antes que no vine a hacer política a la dirección de *El País* sino a hacer periodismo. Y el periodismo desde ese cargo, aunque exige

sensibilidad con las circunstancias políticas en las que se vive, debe mantenerse firme en el principio de la crítica al poder, también —o especialmente— al poder en el campo propio, que es lo más difícil y lo más peligroso. Es muy fácil desde *El País* criticar al PP, como se ha hecho tantas veces de forma más o menos merecida, pero es algo más complicado hacerlo al PSOE o a la izquierda en general, para lo que se exige explicaciones que, muchas veces, ni los lectores ni los periodistas comparten.

Entendí que a mí me correspondía hacerlo y acepté las consecuencias. Igual que expliqué anteriormente en el caso de la crisis catalana, me tocó vivir en la dirección de *El País* acontecimientos que, de alguna forma, trastocaban creencias muy instaladas en el periódico y en la empresa: la digitalización, el combate al nacionalismo y la denuncia del izquierdismo oportunista en el PSOE atentaban contra el pensamiento dominante de manera frontal, aunque inevitable.

Tal vez se pudo hacer de otra forma. Incluso podría haberse hecho lo contrario. Nunca sabremos qué habría ocurrido si *El País* hubiera apoyado la causa independentista en Cataluña o hubiera respaldado a Sánchez y su Frankenstein, como hizo tras mi salida. No pretendo corregir a nadie ni poner nuestro trabajo por encima del de otros. Solo pido el reconocimiento de que el nuestro se hizo con honestidad profesional y sin propósito ideológico. Nos pronunciamos editorialmente en contra de Sánchez porque nos parecía un mal dirigente, un político más preocupado de sí mismo que de los intereses generales; tan simple como eso. Nadie de mi equipo ganó nada a cambio. Más bien, perdimos. Sobre todo, mis mejores colaboradores, que se quedaron sin trabajo y fueron víctimas de una infame leyenda negra.

XIV
EN UN RINCÓN DE LA TOSCANA

No hay disgusto que no pueda curar una luminosa mañana de primavera en la Toscana. Todas las preocupaciones parecen aliviarse al despertar en una vieja casa rural, abrir de par en par las ventanas de madera para dejar paso al aire fresco y al olor suave de la tierra mansa y otear un horizonte en el que el azul y el amarillo se juntan como en la bandera de Ucrania. Cualquier obstáculo parece menor cuando se empieza así una jornada, con la naturaleza en orden, recién duchado, bien vestido, dispuesto a todo. Tenía la fortuna de estar allí, en una antigua finca de labor convertida en lugar de recreo, entre Florencia y Bolonia, gracias a la invitación del director de *La Stampa*, Mauricio Molinari, que había reunido a finales de mayo de 2018 a varios directores de los principales periódicos del mundo, empresarios de la comunicación y directivos de Google, Facebook y otras multinacionales de la tecnología, para hablar de lo mismo que veníamos hablando desde hacía años: la crisis de los medios y su adaptación a la era digital.

Había dudado si acudir. Pocos días antes del viaje, se había hecho pública la sentencia que condenaba al PP por corrupción en el llamado caso Gürtel y dejaba a Mariano Rajoy en una posición política muy delicada. Rápidamente, el PSOE presentó una moción de censura y se puso a negociar votos para formar una mayoría. Puesto que solo tenía entonces 85 diputados, necesitaba el respaldo de prácticamente la totalidad de fuerzas políticas distintas al PP para poder desalojar a Rajoy. Hubiera sido una misión imposible para cualquiera, pero no para Sánchez, que llevaba dos años con esa idea en su cabeza y no iba a dejar que se le escapara esa oportunidad, aunque para ello tuviera que sumar a su causa a los mismos partidos que apenas unos meses antes se habían levantado contra la democracia española y cuyos

dirigentes estaban en ese momento en prisión condenados por sedición.

Dudé si acudir a la cita de la Toscana porque estaba convencido de que Sánchez conseguiría los votos necesarios y sería nombrado presidente. Circulaban aún algunas dudas en los medios, se decía que el PNV se resistía y se especulaba sobre lo difícil que resultaría compensar las exigencias de unos y otros. Yo no dudaba. Yo sabía que Sánchez diría a cada cual lo que necesitaba oír, sin miedo a las consecuencias. Como me había dicho a mí que era un liberal o como le había aceptado después todas las condiciones a Albert Rivera. Aun así, pensé que era mejor acudir a la reunión en Italia y que mis últimos días como director de *El País* transcurrieran rodeado de la gente que me apreciaba y empeñado en el asunto al que había dedicado mis mayores esfuerzos. Total, el nombramiento de Sánchez inauguraba una etapa en la que yo ya no iba a estar.

Para entonces, sabía de sobra que mis horas al frente del periódico estaban contadas. Lo sabía, como mínimo, desde un mes antes, cuando Juan Luis Cebrián fue relevado de todos los cargos que le quedaban en Prisa. Pero lo sospechaba desde bastante antes, desde que el fundador de *El País* perdió el poder en la guerra que libraba contra varios accionistas que pactaron con su peor enemigo, Joseph Oughourlian. Lo sabía, no porque lo dijeran los confidenciales, que venían anticipando mi destitución casi desde los primeros meses tras mi nombramiento, sino porque era evidente la incomodidad de los nuevos jefes de Prisa conmigo. Varios de esos directivos llevaban ya tiempo hablando con Pedro Sánchez, y este, a su vez, con varios accionistas, exdirectores y periodistas ilustres de *El País*, buscando todos ellos el momento y la forma de que el diario se acomodase a la realidad de que el futuro político de España pasaba por Sánchez.

Viajar a la reunión de la Toscana fue una manera de remarcar mi escala de prioridades: el futuro del periódico estaba antes que las maniobras políticas del momento. Poner tierra de por medio también facilitaba, pensé, reducir las presiones que sabía que llegarían. Puede parecer una patada de ahogado, una tontería como otras muchas que se hacen en momentos de dificultad. Pero a mí, me fue útil. Me sirvió, entre otras cosas, para redactar el último editorial de mi carrera solo, rodeado de caras amables y extranjeras y de un estimulante aroma a pino.

Había llegado a aquel lugar la noche del 30 de mayo de 2018. Al día siguiente, después de desayunar, saludar a los conocidos y dar un paseo por los alrededores escuchando el sonido de mis pisadas sobre

la tierra seca, llamé al periódico para conocer las novedades. Como estaba previsto, Sánchez buscaba los votos precisos para ganar su nombramiento. El PNV, que con sus cinco votos decantaba el resultado, se había puesto de su lado, y ya tenía asegurados los de los partidos independentistas catalanes y Bildu. La «investidura Frankenstein», de la que había advertido Rubalcaba dos años antes, estaba en marcha. Hablé con él en esas horas, hablé con Cebrián y no dejé de hablar en todo momento con mis colaboradores en el periódico. Pedí a Torreblanca que preparara un borrador de editorial.

Aunque no me sorprendió del todo, respondí poco después a la insólita llamada de Manuel Mirat, entonces consejero delegado de Prisa, que tenía interés en saber cuál iba a ser nuestra posición editorial ante la moción de censura cuya votación se avecinaba. Nunca antes, desde que llegó a ese cargo, me había llamado por un motivo semejante. Prácticamente nunca lo había hecho Cebrián durante los años en los que él fue presidente y yo director. No es elegante y resulta dudosamente ético que el máximo responsable de una empresa periodística haga un gesto que el director del medio interprete como una forma de presión sobre él. Pese a todo, anticipé a Mirat, *grosso modo*, lo que íbamos a decir en el editorial. Me pidió, igualmente, que atendiese a Augusto Delkáder, a quien había nombrado hacía poco director editorial del grupo. Lo hice. Le expliqué que, en mi opinión, debíamos apoyar la moción de censura, porque el gobierno de Rajoy estaba liquidado tras la sentencia de Gürtel, pero que Sánchez no tenía posibilidades de formar una mayoría de gobierno estable y debía, por tanto, convocar elecciones de inmediato. Delkáder pareció estar de acuerdo. Una vez escrito el editorial y decidida la portada, viajé a Bolonia para tomar esa misma tarde un avión de regreso a Madrid.

La izquierda, ¿qué izquierda?

Aunque solo habían transcurrido 24 horas desde mi salida, me pareció encontrar una ciudad y, sobre todo, un periódico diferente. Sería fruto, sin duda, de mi propia imaginación, pero creí percibir el júbilo contenido de alguna gente que parecía haber estado tiempo esperando el momento de la venganza. Me pareció ver escrito en el ambiente un mensaje rotundo y sin matices: la izquierda vuelve al poder. No importa cómo, con quién ni para qué; todo eso es accesorio. Lo importante era que la izquierda volvía al poder y eso solo era motivo

de regocijo. Desafortunadamente, no pude sumarme a la euforia porque, en mi opinión, ni lo que había llegado al poder era la izquierda ni de lo que había llegado al poder podía esperarse nada bueno para España. Y eso es, más o menos, lo que apareció en el editorial que *El País* publicó el 1 de junio, el día que Sánchez alcanzó por fin la cúspide.

> Como se constató este jueves en el hemiciclo, ni el presidente del Gobierno puede continuar ni el líder de la oposición tiene la capacidad política de liderar un Ejecutivo estable y coherente. La gobernabilidad de España está a punto de pasar de las manos de un líder, Mariano Rajoy, culpable de esta crisis institucional por su incapacidad para afrontar su responsabilidad política, a otro, Pedro Sánchez, que rechaza acudir a la ciudadanía para obtener un mandato claro para seguir adelante. Con su rechazo a convocar a las urnas para solventar esta grave crisis, los líderes de los dos partidos que han gobernado la democracia muestran que no tienen confianza en sí mismos ni en sus votantes para que renueven el apoyo que en otros tiempos les dieron. El rechazo de uno a dimitir tras haber perdido la mayoría y del otro a ir a las urnas para tener una mayoría estable se convierte así en un elemento adicional de la crisis del sistema democrático en el que la política se ha instalado desde 2015. Con su proceder, tanto uno como otro pretenden evitar el castigo de sus votantes en las urnas, aunque cabe preguntarse si a la larga no lo agravarán. Esto es lo más probable.
>
> Asistimos, en realidad, al duelo entre dos políticos sin futuro; al último impulso, quizá, de dos dirigentes de dos partidos que se agarran desesperadamente entre sí ante el viento que los arrastra. Uno y otro parecían calcular si es mejor o peor apurar unos cuantos meses en La Moncloa para pilotar así en mejores condiciones las próximas elecciones. Entendemos que, no importa cuál de los dos pilote, ambos conducen la nave hacia un destino fatal. En ningún momento en el duelo Sánchez-Rajoy parecía adivinarse la menor preocupación por los intereses ciudadanos.
>
> Mucho nos tememos que la crisis del sistema, ya grave, se agudizará si Sánchez logra su empeño de instalarse y permanecer en el Gobierno con el magro apoyo que proporciona un núcleo estable de 84 diputados que solo de forma excepcional ha logrado sumar una mayoría absoluta para lograr su investidura. Gobernar un país que afronta retos políticos, económicos, sociales y territoriales de indudable calibre con un apoyo tan exiguo sin duda generará inestabilidad, y con ello contribuirá a deteriorar la confianza en las instituciones.
>
> Prueba de la artificialidad e inviabilidad del Gobierno que se propone es el programa que presentó Sánchez en el Congreso, que incluye la pretensión de gobernar con los Presupuestos Generales recién aprobados por el PP, al que aspira a desalojar, y que fueron motivo de una enmienda a la totalidad de su

partido por su carácter supuestamente antisocial y regresivo. O el empeño en sacar adelante una importantísima agenda legislativa en materia económica y social desde un Gobierno monocolor que, con 84 diputados, representaría el 24 por ciento de los escaños de la Cámara.

Más preocupa si cabe el deseo expresado por el candidato de «tender puentes» y «dialogar» con las fuerzas independentistas catalanas cuando se sabe que ese diálogo —como dejó muy claro Tardà y ratificó después Iglesias— solo puede versar sobre el cómo y el cuándo se celebrará una consulta sobre la independencia de Cataluña. Hay que recordar que el bloque constitucional formado por el PP, el PSOE y Ciudadanos que ha gestionado la respuesta a la crisis catalana y la aplicación del artículo 155 ha contado con 254 escaños, esto es el 72 por ciento de la Cámara. Sin embargo, con sus 84 escaños, el PSOE será minoritario en la coalición de 180 diputados con la que pretende gobernar, pues todos los partidos que le apoyan (Unidos Podemos, Bildu, ERC, PDeCAT y PNV) son partidarios, de una forma o de otra, del derecho a decidir, eufemismo de un derecho a la autodeterminación que no cabe en la Constitución. ¿Puede aspirar Sánchez a gestionar la crisis catalana siendo minoría dentro de su propia coalición parlamentaria y siendo minoría dentro del bloque constitucional? Difícilmente.

Desalojar a Rajoy, insistimos, es un imperativo. Intentar gobernar sin apoyos o, peor, con unos apoyos contraproducentes, una imprudencia. Tal y como hemos sostenido, en aras de evitar la inestabilidad y la deslegitimación del sistema democrático, apelamos a una pronta convocatoria a las urnas en fecha pactada por todos los grupos parlamentarios que quieran garantizar la estabilidad y la gobernabilidad y que piensen que la solución más eficaz y más democrática es dar la voz a los ciudadanos.

Ese viernes 1 de junio no me dedicaba aún en mi despacho a llenar con mis pertenencias las cajas de cartón, pero sí tomaba medidas de cara a una destitución que sentía inminente. Era ya bastante tiempo de desencuentros con los nuevos directivos de Prisa que, con seguridad, estimarían incompatible mi estancia en la dirección de *El País* con la de Sánchez en la Moncloa. Eso, suponiendo que el calendario no estuviera ya perfectamente negociado de antemano con el nuevo presidente del Gobierno, que no me consta. Conocía los contactos con él, sabía que el líder socialista había sido capaz de convencer a importantes accionistas de que la línea editorial de *El País* perjudicaría a la larga los intereses de la empresa y era consciente, igualmente, de que una mayoría de la redacción saludaba el éxito de la moción de censura. No tengo pruebas, sin embargo, de un plan premeditado y organizado para destituirme. Sabía, porque tenía información de algunas conversaciones de Sánchez con periodistas de dentro y fuera de *El País*, que el nuevo presidente no

tenía, en realidad, intención de convocar elecciones, pese a que se lo prometiera a sus socios de la mayoría de investidura y a los ciudadanos. Era consciente, igualmente, de que Sánchez veía incompatible su presencia en la Moncloa con la mía en Miguel Yuste. El resto vino rodado: la empresa (Oughourlian) quería reconciliarse con Sánchez y no resultaba difícil saber cuál era la condición para hacerlo.

Esto no significa que yo ponga en duda la legitimidad de la decisión. Este no deja de ser un caso más de una empresa que ha perdido la confianza en uno de sus principales directivos y que quiere darle a su negocio un rumbo diferente. El hecho de que se trate de un medio de comunicación y de que haya por medio una motivación política puede conducirnos a un debate interesante sobre la independencia de los profesionales de la información dentro de las empresas periodísticas, pero eso en absoluto pone en cuestión la capacidad de los responsables de la compañía para tomar las medidas que crean apropiadas. En el caso al que nos referimos aquí, me parece una decisión errónea, y después explicaré por qué. Pero, por lo que respecta estrictamente a mi cese —cosa distinta es el despido de mis compañeros—, no tengo nada que reprochar a nadie. Ni siquiera a Pedro Sánchez, que movió sus bazas para cumplir sus ambiciones. Lo que sí creo es que esas decisiones legítimas dejaron en evidencia a una empresa débil y a un político déspota.

Lo más urgente antes de que mi cese se hiciera oficial era dejar escrita con claridad mi posición ante los acontecimientos políticos que vivía *El País*. No bastaba con el editorial publicado antes, era preciso escribir un artículo bajo mi firma en el que quedara meridianamente claro mi propio punto de vista. Y había que hacerlo rápido, ese mismo domingo. Sabía que un artículo insistiendo en una visión contraria a la del gobierno que estaba a punto de formarse seguramente irritaría más a la empresa, que probablemente estaba ya presentándole a Sánchez al nuevo director y organizando los primeros pasos de lo que debía de ser una fructífera etapa de colaboración futura. La realidad es que, cuatro años después, de todos los que participaron en esos planes solo quedan dos: Sánchez y Oughourlian. El resto se fueron quedando por el camino, pero esa es otra historia.

Volviendo a mis propios planes, en ningún momento traté en esas horas de luchar contra el destino que sabía escrito. En ningún momento tuve la tentación de trabajar el teléfono, mover hilos, reclamar, amenazar, resistir. Tampoco me sentí movido a negociar. No sé si hubiera podido, pero desde luego no quise usar ninguna de las

terminales de Sánchez a las que tenía acceso para ofrecer una rendición. Expresado en términos menos teatrales, no se me pasó por la cabeza escribir un artículo que modificara los planteamientos políticos sostenidos hasta esa fecha. En todo caso, era ya tarde para esos cálculos: la suerte estaba echada y un artículo más o menos no iba a cambiarla.

De modo, que el domingo 3 de junio apareció una Tribuna en *El País* con mi nombre bajo el título «Hay un camino a la izquierda», en la que pretendía deshacer la creencia impuesta por Sánchez de que existía una mayoría de izquierdas en el Parlamento, cuando la realidad es que su gobierno solo tenía posibilidades de salir adelante con apoyo de fuerzas nacionalistas reaccionarias y antidemocráticas en Cataluña y el País Vasco.

> La mejor respuesta la debería articular la izquierda socialdemócrata. En teoría, solo desde ese campo se pueden elaborar hoy en España el conjunto de ideas de progreso social, solidaridad, respeto a la diversidad y voluntad reformista que podrían poner freno al populismo y el nacionalismo que aquí, como en Italia, acabarán imponiéndose si no hay una contestación. Desafortunadamente, ni es seguro ni es fácil que la haya.
>
> La llegada de Pedro Sánchez al Gobierno ha sido recibida en la izquierda, lógicamente, con enorme ilusión. Se ha querido destacar el aire fresco que acarrea, la esperanza que se abre para un nuevo estilo de hacer política, con más diálogo, más atención a los problemas sociales olvidados en unos años de exclusiva dedicación a la recuperación económica, más limpieza, mejores formas. La izquierda, como todos, es presa en estos tiempos de un clima emocional que lo distorsiona todo y que aborta precipitadamente cualquier reflexión racional, hasta el punto de que la demanda de elecciones pueda convertirse en una reivindicación reaccionaria.
>
> Por lo demás, es comprensible el voluntarismo de la izquierda al pretender, después de unos años difíciles, agarrarse a un instrumento tan frágil y contradictorio como este Gobierno para soñar con un tiempo nuevo que, en realidad, solo puede ser fruto de un trabajo mucho más concienzudo y acertado.
>
> Hay una oportunidad para la izquierda, es verdad. Pero el Gobierno que se constituirá en los próximos días no es esa oportunidad. Para que el centro-izquierda pueda dirigir el programa profundo de reformas que se requieren a fin de atajar el populismo y el nacionalismo tiene, en primer lugar, que ganar unas elecciones para llegar al Gobierno. Todo lo demás —lo de ahora— puede ser inevitable para atajar una crisis coyuntural, necesario para llenar un vacío institucional, pero en todo caso circunstancial y transitorio.
>
> Ningún Gobierno sin el respaldo de las urnas tiene la legitimidad necesaria para conducir la regeneración moral, la modernización económica y

los cambios políticos que requiere España.

El Gobierno que va a constituir Pedro Sánchez solo puede ser, por tanto, breve y de transición. Y en la forma en que se comporte ese Gobierno durante esa transición está en juego el futuro del Partido Socialista. Aun sin corrupción en sus filas —o, al menos, sin el volumen demoledor del PP—, el PSOE puede acabar siendo víctima de la misma ola que ha arrastrado a Rajoy. Y lo será si interpreta su llegada al Gobierno como un éxito de su política de los últimos años y no como lo que en realidad es: un regalo caído del cielo.

Por supuesto que los regalos hay que aprovecharlos, pero, sobre todo, hay que analizarlos, porque a veces están envenenados. Este le llega a Sánchez, no por sus méritos, sino porque los nacionalistas —como algunos dijeron expresamente en el debate de esta semana— han querido castigar a Rajoy y al Gobierno de España, y porque Podemos observa una oportunidad de marcar de cerca al PSOE y remontar su propia crisis existencial, agudizada en las últimas semanas.

Un claro indicador de que la llegada al poder de Sánchez no es la prueba de la fortaleza de su política es que, al igual que Rajoy, no ha querido someterla al escrutinio de las urnas. Es muy sintomático que ninguno de los tres partidos tradicionales que quedan en el Parlamento —PSOE, PP y PNV— quiera convocar elecciones. Más que sintomático, es la prueba de que se sienten inseguros ante las turbulencias que sufre el sistema político, que temen ser arrasados por ellas. Sánchez debería ser consciente de que protegerse sin más durante unos meses al calor de La Moncloa no le va a evitar una suerte similar a la de su antecesor en el cargo. Entre otras cosas porque su Gobierno estará apoyado por las fuerzas que, a la larga, quieren acabar con él.

Sí existe ahora, sin embargo, la oportunidad de sentar las bases para una alternativa de centro-izquierda que se distancie claramente de las opciones populistas, que le hable con sinceridad a los ciudadanos sobre los sacrificios que hoy toca hacer para competir en la globalización, que apuntale el Estado de bienestar, que modernice la economía, que vitalice la investigación y la ciencia, que proponga leyes para limpiar la política, para reparar el sistema electoral, que aborde un nuevo modelo territorial y plante cara al nacionalismo excluyente, que intente recuperar el orgullo ciudadano en un proyecto colectivo, más justo, más igualitario. Existe, por supuesto, un espacio en el centro-izquierda. No es el que ocupa hoy este Gobierno. Y no queda mucho tiempo para encontrarlo. Si Sánchez se empeña en gobernar con quienes le han llevado a la presidencia, corre el riesgo de ser confundido y, en última instancia, devorado por ellos. Si convoca elecciones y aprovecha este tiempo para exponer el perfil de un centro-izquierda reformista y moderno, justamente en contraste con quienes le han jaleado esta semana, aún puede haber una oportunidad.

La clave, las elecciones

Como se puede comprobar, *El País* no le negó a Sánchez la posibilidad de gobernar, lo que pidió es que lo hiciera, únicamente, con el objetivo de convocar cuanto antes unas elecciones. Este es el quid de la cuestión y la razón última de que hubiera que precipitar el relevo en la cúpula de *El País*. En contra de lo que él mismo había prometido en las negociaciones de la moción de censura, Sánchez no tenía el propósito de convocar elecciones porque tenía la convicción de que las perdería. Su intención era la de quedarse en el gobierno todo el tiempo posible, aun con su exigua bancada de 85 diputados, hasta que las condiciones políticas cambiaran y su horizonte electoral fuera más halagüeño. La moción de censura era la oportunidad que la vida le había ofrecido por sorpresa para colmar las ambiciones que llevaba alimentando desde hacía dos años: el poder. Y, alcanzada esa meta, no iba a ponerlo todo en juego inmediatamente en unas elecciones peligrosas para él.

Decidido a quedarse en la Moncloa el tiempo que fuese necesario, era mejor hacerlo —o solo era posible hacerlo— sin la oposición manifiesta de *El País*, el periódico del centro izquierda. Sánchez calculó que su gestión sería un calvario si *El País* seguía recordándole cada día su compromiso de convocar elecciones. Prisa, por su parte, interpretó que su horizonte empresarial, que era ya oscuro, se tornaría de color carbón en una situación en la que su medio más influyente se mostrase editorialmente en oposición al nuevo presidente del Gobierno.

La mañana del mismo domingo que apareció esa Tribuna con mi nombre, desde el campo de fútbol al que había llevado a jugar a mi hijo, llamé a Rubalcaba para anunciarle que mi cese estaba al caer. La conversación fue aproximadamente como sigue:

—¿Lo dices por el artículo de hoy? Pero, está perfecto, me ha parecido impecable.

—Por el artículo de hoy, por el editorial del viernes y por muchas cosas más.

—Bueno, pero no pueden hacerlo ahora, recién llegado el nuevo gobierno, va a ser un escándalo.

—No creo que eso les importe mucho. No va a ser lo prioritario, en todo caso. Calcularán que puede haber cierto escándalo, que luego pasará y punto.

—No lo creo. No les queda más remedio que esperar, no pueden

permitirse que parezca que te echan porque lo exige Sánchez. No pueden hacerlo.

La lógica cartesiana de Rubalcaba falló en aquella ocasión. Ese mismo día, poco después de la hora del almuerzo, me llamó Manuel Mirat, el consejero delegado de Prisa, para convocarme a una reunión por la tarde en la cafetería del hotel Hesperia, en el Paseo de la Castellana, cerca de donde él vivía. Fue breve y al grano. Dijo que creía que la situación era insostenible —ni tenía claro ni pregunté desde qué punto de vista— y que lo mejor para todos era buscar un nuevo director. Añadió que se respetaría mi puesto y mis condiciones salariales y que yo no tendría que preocuparme sobre mi futuro puesto que siempre estaría ligado a *El País*. No traté de resistirme lo más mínimo. Le dije, simplemente, que lo hiciéramos cuanto antes.

Al día siguiente, lunes, reuní a mi equipo de colaboradores más cercanos en *El País* para comunicarles la noticia, que recibieron sin sorpresa y con la lógica preocupación sobre su propia suerte, unos más que otros. Los detalles sobre lo ocurrido en las horas posteriores hasta el anuncio oficial de mi relevo, el 5 de junio, me los voy a ahorrar porque nada aportan al lector para la mejor comprensión de esta historia y solo sirven como ejemplos de lo intrincado y repugnante que puede llegar a ser el comportamiento humano ante circunstancias como las que relato. Tan solo diré que me reuní a solas con mi sucesora, Sol Gallego-Díaz, para decirle lo que pensaba, que sus credenciales profesionales garantizaban que el periódico quedaba en buenas manos. Me ofrecí a ayudarle en lo que pidiera, lo que nunca hizo, y le hablé de las cualidades de quienes habían formado parte de mi equipo de dirección. Entendía, como le expresé, que ella nombrara a sus propios colaboradores de confianza, pero le reclamé el mejor trato posible con los míos, como yo había hecho con el equipo del director al que sucedí y como era tradición en nuestra casa.

Este es el único punto en el que el rencor hacia quienes gobernaron *El País* y Prisa en aquel momento no ha podido aún ser superado. La manera injusta y cruel en la que la empresa humilló y dejó sin trabajo a siete magníficos profesionales —David Alandete, José Manuel Calvo, Luis Prados, Javier Ayuso, José Ignacio Torreblanca, Maite Rico y Álvaro Nieto— cuyo único delito había sido ser fieles al director y a la empresa, permanecerá siempre como una mancha de indignidad en la historia de nuestro periódico. Y es importante enfatizar aquí el NUESTRO, porque ese periódico pertenece a ese grupo de periodistas despedidos y a mí mismo mucho

más que a quienes nos despidieron y a quienes posteriormente se han erigido en sus portavoces y representantes. Ignoró quién tomó la decisión. Sí sé que fueron Sol Gallego y Manuel Mirat quienes se la comunicaron. Por ambos he sentido siempre, admiración, en un caso, y amistad y lealtad, en otro. Jamás hubiera esperado algo similar. Ni se me pasó por la cabeza, incauto de mí. Aunque, pensándolo después con calma, había oído decir alguna vez a Mirat, cuando ambos trabajábamos codo con codo en la transformación de *El País*, que deberíamos de haber procedido con más contundencia contra aquellos que, en la redacción, mostraban resistencia a nuestro proyecto, algo a lo que siempre me opuse. Tal vez Mirat pensó que, esta vez, no iba a cometer el mismo error del pasado. Y tal vez otros en su entorno añadieron a ese pensamiento que, si lo que se había producido en *El País* en los años de mi dirección había sido un caso de desviación ideológica grave, quizá lo mejor era cortar ese cáncer desde su raíz, practicar una verdadera purga sanitaria.

Punto y aparte

Los nuevos responsables no tardaron en dejar claro el brusco cambio en la línea editorial. El domingo día 10, *El País* publicó un editorial titulado «Punto y aparte», que rompía de forma llamativa con el pasado.

> La llegada de Pedro Sánchez a La Moncloa y la formación de un Gobierno solvente marca un punto y aparte en la política española. Sánchez no ha alcanzado la presidencia por un golpe de suerte ni porque haya simplemente conformado una coalición negativa; lo ha hecho, por el contrario, porque ha cumplido con la responsabilidad que el sistema constitucional le exigía como líder de la oposición para desalojar a un presidente, Mariano Rajoy, y a un partido, el Popular, que no podían seguir en el poder. La falta de respuesta institucional acorde a la gravedad de la sentencia por el caso Gürtel, una respuesta que solo pasaba por la dimisión del jefe del Ejecutivo, ha sido el último episodio en una legislatura marcada desde el comienzo por las medias verdades y la manipulación del sistema constitucional.
>
> Es cierto que Mariano Rajoy ganó las últimas elecciones generales, pero es a la vez falso que la mayoría relativa que obtuvo su partido le concediera un derecho automático a formar gobierno. Su obligación institucional era precisamente la que se resistió a cumplir, y que, sin embargo, no rehusó ninguno de los anteriores presidentes: el deber de completar negociando con

otras fuerzas parlamentarias la mayoría relativa obtenida. Optando a la investidura y desentendiéndose de buscar los escaños que le garantizaran la gobernabilidad, Rajoy no tuvo reparos en mantener al Gobierno en funciones durante un año, ni en forzar nuevas elecciones. Si estas tampoco resolvieron el *impasse* fue porque, en realidad, el *impasse* no obedecía a una deficiencia del sistema, sino a la forma poco escrupulosa en la que Rajoy lo ha gestionado hasta el último momento.

La excusa de que no cabía otra alternativa no ha encontrado confirmación en la realidad: el Partido Popular reunió entonces la mayoría necesaria para hacerse con la Mesa del Congreso, que ha desempeñado un papel determinante en la increíble paralización que ha sufrido el Legislativo, y hace pocas fechas para aprobar los mismos Presupuestos que amenaza con rechazar en el Senado, en venganza por el cambio de bando de sus socios de la víspera. El daño institucional de este proceder ha sido profundo, por más que haya permitido al Partido Popular presentar como estabilidad lo que solo ha sido parálisis institucional e inmovilismo político, en un momento en el que se exigía muy especialmente una intensa actividad y presencia en la Unión Europea.

Comienza ahora una página en blanco que no es propiamente la de Pedro Sánchez, sino la de la gestión de las consecuencias políticas que ha acarreado el inevitable recurso a una medida constitucional como la moción de censura, dirigida a desalojar a un Ejecutivo que estaba conduciendo al sistema a extremos de deterioro y deslegitimación. Por esta razón, la principal tarea que el presidente Sánchez tiene por delante no es ejecutar el programa de su partido, para lo que no dispone de mayoría, sino comenzar a reparar los destrozos políticos, sociales e institucionales provocados por el Gobierno del Partido Popular, de modo que el país acuda a la próxima cita electoral con una estabilidad que no sea la máscara funeraria impuesta a un país sin pulso. Conminar al nuevo presidente para que convoque elecciones es tan inapropiado como exigirle que agote la legislatura: la prerrogativa de disolver las Cámaras le corresponde en exclusiva, y lo que habrá que juzgar es el uso que hace de ella.

Adelantar las elecciones por adelantarlas sería un error, lo mismo que retrasarlas con el único designio de mantenerse en el poder. Pero el presidente Sánchez lo sabe.

La clave de ese editorial es que sostenía que ya no hacía falta convocar elecciones generales. Pedro Sánchez podía gobernar con comodidad hasta el momento que él eligiera para acudir a las urnas. Puede especularse todo lo que se quiera sobre el origen y el motivo de nuestra salida de *El País*. Pero hay un hecho cierto e incontestable: el viernes 1 de junio el periódico pedía elecciones generales para formar un gobierno estable y coherente, mientras que el día 10 de ese mismo

mes, Sánchez era el garante de esa estabilidad y no era precisa la convocatoria de elecciones.

El resto de este episodio tiene una importancia menor. Mi propia sustitución no es más que parte del proceso normal en la vida de un periódico. Hubo quien creyó ver en todo aquello un acto personal de venganza de Sánchez. No lo creo. Tenía cosas mucho más importantes que hacer en aquel momento. Es verdad que yo había conseguido, quizá antes que otros, detectar en la conducta y la personalidad de Sánchez elementos que me condujeron a la preocupación sobre su futuro desempeño como presidente del Gobierno. Cuando ya mis relaciones con los directivos de la empresa se habían deteriorado, me reuní con dos de los más importantes y ambos coincidieron en que yo exageraba en mi juicio sobre Sánchez, que a ellos les parecía un personaje menor, pero en absoluto peligroso. No creo, repito, que Sánchez interviniera directa y personalmente en mi salida de la dirección. No puedo imaginarlo en una tarea como esa.

El legado y la historia

Otros trataron de explicar mi destitución por mi amistad con Cebrián, a quien, como dije antes, traté personalmente por primera vez el día que me comunicó mi nombramiento en Nueva York. Muchos de los que vinieron después de mí mantenían lazos con Cebrián mucho más largos e intensos. Con los años juntos, llegué a tenerle afecto y, por supuesto, le fui siempre leal, incluso cuando me invitaron a no serlo. El acto de lealtad más llamativo y, quizá, decisivo fue el artículo que firmé el 28 de abril de 2018, el día que se le relevó en todos los cargos que aún tenía en Prisa.

> El final de la etapa de Juan Luis Cebrián como ejecutivo del Grupo Prisa y, especialmente, de *El País* constituye un momento de gran trascendencia en la vida de este periódico y de los lectores que nos han acompañado a lo largo de cuarenta y dos años.
>
> Juan Luis continuará escribiendo en nuestras páginas y estoy seguro de que quienes trabajamos aquí seguiremos contando con su ayuda y su consejo durante mucho tiempo todavía. No es momento, por tanto, de despedidas. Pero sí es justo aprovechar su salida de los cargos que ocupaba hasta ahora para reconocer la aportación de Cebrián a *El País*, al periodismo y a la sociedad española. Es difícil imaginar este periódico sin Cebrián y es difícil imaginar la formidable obra de la Transición y consolidación de la democracia en España

> sin este periódico.
>
> Aunque siempre se ha asociado a *El País* con el éxito, no fue la gestión de Juan Luis Cebrián al frente de este diario una labor fácil. Quienes la conocen mejor, recordarán que hubo incertidumbre financiera, obstáculos políticos y dificultades empresariales de todo tipo.
>
> Aunque yo no fui un testigo directo de aquellos tiempos, me consta que se requirió mucho aplomo y firmeza en la dirección de *El País* para mantener a flote este proyecto y, sobre todo, para reivindicar a diario su razón de ser: la defensa de la libertad y de la convivencia pacífica en una España reformada y estrechamente vinculada a Europa.
>
> Si *El País* es hoy una marca tan acreditada e influyente en España, América Latina y Europa, si es hoy una garantía de independencia y credibilidad, es porque Cebrián creó, no sin resistencias en su día, las estructuras y los instrumentos que aseguran la misión profesional del director y de la redacción frente a cualquier amenaza.
>
> No se puede en este breve espacio detallar los éxitos del periódico que Cebrián dirigió y protegió cuando ya no lo dirigía. Pero es obligatorio que todos los que trabajamos con él, aprendimos de él, mucho más quien hoy tiene la enorme responsabilidad de ocupar su puesto, hagamos un público reconocimiento de sus méritos profesionales y de su inmenso legado.

Como se ve, el artículo era breve, lo mínimo que se podía pedir en la hora de la despedida del fundador de *El País* y de una figura legendaria del periodismo español, se esté o no de acuerdo con él. ¡Cómo iba a tolerar que *El País* diese la noticia de Cebrián sin un mínimo artículo de elogio a su figura y su trayectoria! Ningún periódico que sienta un mínimo de respeto por sí mismo y de orgullo por su propia historia podría hacer eso. Y esto mismo es lo que le dije a Mirat, entonces consejero delegado, cuando le comuniqué mi decisión de publicar el artículo. Siempre hablaba con él, como antes hacía con Cebrián, de los asuntos que afectaban directamente a los intereses de la empresa. Y en esa ocasión, escuchados mis argumentos, Mirat estuvo de acuerdo. Tan de acuerdo estuvo que él mismo optó por escribir otro artículo similar sobre Cebrián, que me envió pocas horas después y que decidió retirar más tarde tras haberlo pensado mejor. Cebrián se estará enterando ahora de esto, puesto que nunca se lo comenté.

Insisto en que todo esto es poco relevante en sí mismo, si no fuera porque refleja el desprecio de los nuevos directivos de *El País* hacia el legado del periódico y de la empresa. Tanto Polanco como Cebrián, al igual que Ortega, su inspirador y promotor, representan la historia de *El País* y merecen, por tanto, respeto y admiración. Como la

representan otros muchos apellidos que, a lo largo de varias décadas han contribuido al lustre de esa cabecera. Y como la representan, en mayor o menor medida, cada uno de los directores que han estado al frente, cuya gestión puede parecernos mejor o peor, pero todos han contribuido a extender el periódico hasta el presente. Borrar de la historia a Cebrián, en la mejor tradición estalinista, o reducir su obra a los errores que tal vez cometió durante su gestión empresarial, solo consigue rebajar la credibilidad de *El País* y restar importancia y fuerza a lo que en su día fue un grandioso proyecto. ¿Alguien puede imaginar a Jeff Bezos, con todo su poder y dinero, cuestionar el trabajo de Ben Bradley o Katharine Graham? Escribí el elogio a Cebrián en atención a ese legado y a esas convicciones. Ni era su amigo ni comparto todas sus ideas y actuaciones. Pero, desde luego, le fui leal. Como después fui leal a Manuel Mirat y como antes lo había sido a Javier Moreno, Jesús Ceberio y Joaquín Estefanía.

Cuando en un par de ocasiones se me aproximaron personas de la empresa y del Consejo de Administración con planes secretos para sustituir a Cebrián, les advertí de que no participaría en nada que se hiciera a sus espaldas, aunque eso supusiera perder mi puesto. Cuando Joseph Oughourlian, en plena guerra contra Cebrián, me llamó por teléfono para invitarme a una conversación en privado, le recordé que el código de conducta de Prisa obliga a los consejeros a informar al consejero delegado (Cebrián) antes de reunirse con el director de *El País*. Nunca se llegó a producir ese encuentro. Huelga decir el criterio que se formaría Oughourlian. Algunos atribuyen a esto mi relevo, a que yo era el último vestigio del cebrianismo. No lo sé ni me importa gran cosa. Si es así, es un error doble. Ni yo era un cebrianista —desde luego, mucho menos que otros que ahora reniegan de esa condición— ni tiene el menor sentido eliminar la influencia de Cebrián en *El País*.

La empresa no estaba, en cualquier caso, obligada a darme explicaciones sobre mi cese. Soy un empleado al que se contrató para una labor y al que se sustituyó cuando se pensó que ya no era capaz de cumplirla. Me despedí amistosamente de Mirat, y así hubiera seguido siendo nuestra relación si no le atribuyera a él la responsabilidad principal por la mayor purga ideológica que se ha producido en los últimos años en el periodismo español. Como amistosa ha sido después mi relación con Augusto Delkáder, de quien sé que comparte mis puntos de vista sobre el cuidado a la historia de *El País*, por mucho que él mismo pueda tener sus discrepancias con Cebrián. Igual que he conservado el afecto hacia Ignacio Polanco, digno hijo de su padre, una gran persona que mereció mejor trato de

la empresa que tanto debe a ese apellido.

Ignoro qué será de *El País* ahora que ninguno de esos nombres tiene ya responsabilidades en la gestión de la empresa o del periódico. Ha llegado gente nueva, procedentes de ámbitos financieros, empresariales y periodísticos que nada tienen que ver con la tradición de *El País*. No conozco sus propósitos ni puedo aportar más criterio que el de un simple lector que echa de menos la personalidad y el sentido crítico de los que la cabecera presumía en el pasado. Después de tres años de ostracismo y acoso por anulación, Oughourlian decidió prescindir de mí por completo en julio de 2021 y Javier Moreno no tuvo objeción en firmar mi despido pocos días antes de su propia destitución como director.

Se puso fin así a cuarenta años en los que *El País* fue mi segundo apellido y mi primera familia. Es un error que solemos cometer los periodistas, el de la entrega desmedida a una empresa y a un cometido por encima de cualquier otro interés u obligación personal. Sé que lo volvería a hacer porque quizá no se puede ser periodista de otro modo, pero también sé que es un error. La mitificación de nuestro oficio, el romanticismo que lo rodea y que, a veces, nos hace vivirlo como un sacerdocio, representa una gran ayuda para sobrevivir en circunstancias difíciles. Sin embargo, es un inconveniente a la hora de diseñar el marco empresarial adecuado y las relaciones laborales precisas para la dignificación de nuestro trabajo, que, en definitiva, es lo que nos permite ejercerlo con éxito.

Siempre recibí un trato inmejorable de parte de *El País*, que puso a mi alcance todo lo que necesitaba para desarrollar la carrera que aquí he contado. Por amargo que fuera el final, siempre estaré en deuda con ese periódico. Y con esto es con lo que quiero que se queden los periodistas más jóvenes que tengan ocasión de leer estas páginas. El periodismo es una profesión sencilla con una responsabilidad enorme. No conozco otra labor en la que sea tan grande el abismo entre la facilidad de su práctica y la gravedad de sus efectos. Por eso es tan importante ejercerla en conciencia y con honestidad. Pero es mayor aún la satisfacción que es capaz de generar. Pocos profesionales son tan felices como un periodista en posesión de la noticia que buscaba. He recorrido el mundo como periodista y he sido feliz. He disfrutado y sufrido el impacto que el periodismo provoca. Entiendo a quienes nos envidian y a quienes nos odian. Y entiendo aún mejor a quienes todavía hoy, pese a todo, quieren seguir siendo periodistas.

En mi último día como director de *El País*, poco antes de los

protocolarios discursos de despedida de los que se van y bienvenida de los que llegan, en una ceremonia muy forzada, pasé por la redacción para despedirme uno por uno de todos los periodistas y empleados presentes. Con algunos crucé unas palabras breves, con otros, una simple sonrisa. Unos fueron más amables conmigo, otros menos. No tenía ni tengo ningún reproche para nadie. Al poco rato, empecé a recibir en el teléfono mensajes de despedida de muchos de ellos y de otros, quienes, ya de forma reservada, expresaban con más afecto su agradecimiento y buenos deseos. Mencionaré uno solo que, a mi entender, recogía muy bien lo que, acertada o equivocadamente, traté de hacer: «Tu paso fue una revolución en el periódico que se entenderá mejor en los años venideros».

EPÍLOGO

La frase que más he escuchado del público en todos los años de ejercicio del periodismo es: «Digan la verdad». Nos lo gritan a los periodistas en las manifestaciones de protesta, nos lo piden en las conferencias y actos en los que tomamos parte. Nos lo recuerdan en las redes sociales y, de forma privada, casi cada vez que tenemos oportunidad de hablar con un lector. «Digan la verdad», nos reclaman, nos demandan, a veces con desesperación. «Digan la verdad», nos exigen, como si entendieran que estamos a su servicio. «Digan la verdad», nos suplican, como si su propio destino dependiera de la honestidad de nuestro trabajo. «Digan la verdad», nos reprochan en ocasiones con enojo, convencidos de que la ocultamos deliberadamente. «Digan la verdad», «digan la verdad», «digan la verdad», nos dicen una y otra vez, con la esperanza de que alguna vez lo hagamos.

Cada una de esas reclamaciones responde a distintas necesidades, parte de diferentes principios y busca resultados también desiguales. Muchas veces, las verdades que buscan unos y otros son verdades contrapuestas. Y, en muchos casos, la verdad que buscan es simplemente la que les sirve, habitualmente la que les da la razón. Cuando los trabajadores en huelga te gritan «¡digan la verdad!», están pidiendo que informes sobre sus bajos salarios y la justicia de sus reivindicaciones. Cuando una conferencia de empresarios reclama a la prensa decir la verdad, están pensando en los riesgos de quiebra que confrontan a diario y en los obstáculos constantes que encuentran de parte de las autoridades. No se puede culpar al público por esa concepción particular y distorsionada de la verdad, puesto que, en la mayor parte de las veces, carece de los instrumentos necesarios para conocerla. O bien, confunde la verdad con la información que le favorece.

Los periodistas, en cambio, sí contamos con medios y recursos

para buscar la verdad, así como con el estímulo de hacerlo, puesto que ese es nuestro trabajo y nuestra obligación. Es importante también contar con la formación apropiada, y no sé si esto se produce en la mayoría de los casos. Desde hace años llevo contando para desesperación de los amigos la historia del carnet de periodista, el pequeño documento que los licenciados en Periodismo reciben o recibían al colegiarse. En mis comienzos era un hermoso carné con pastas de cuero y una inscripción con letras doradas en la portada que se abría al estilo del carnet de un policía. Hoy es una simple acreditación que elabora el medio o concede el órgano correspondiente. En todo caso es un carnet. El carnet de prensa. Un emblema en nuestra profesión, un distintivo que los periodistas americanos de los años cuarenta se colocaban prendido de la cinta de su sombrero y que ahora, supongo, llevarán descargado en el móvil. En realidad, nadie le concede a ese papelito la importancia que merece. El carnet de prensa es el salvoconducto que permite a un periodista acceder a los lugares inaccesibles para el resto de los ciudadanos, el que permite cruzar la barrera policial que protege la escena de un crimen o los trabajos para apagar un incendio. El carnet de prensa te abre el paso para recorrer los pasillos del Congreso o preguntar a los ministros en las ruedas de prensa.

El carnet de prensa puede ir firmado por una asociación profesional, un medio de comunicación o un organismo del gobierno. Pero no son ellos, en realidad, quienes los conceden. En una democracia liberal como la española, son los ciudadanos los que otorgan los carnets de prensa, es la sociedad la que distingue a un puñado de los suyos como emisarios para la búsqueda de la información que esa sociedad necesita, pero a la que no puede acceder en bloque, es la sociedad la que distingue a los llamados periodistas para que emprendan en su nombre la búsqueda de la verdad.

No cruzamos los periodistas la barrera policial porque seamos poseedores de un título universitario o tengamos la fortuna de trabajar para un periódico. La cruzamos porque estamos seleccionados como emisarios de la sociedad para cerciorarnos de qué fue lo que ocurrió. Porque tenemos un carnet. Lo mínimo que podemos ofrecer a cambio es no contarles una versión distorsionada de lo que vimos, no contarles una versión matizada por nuestros prejuicios, nuestras convicciones ideológicas o nuestros intereses particulares. Lo mínimo que podemos ofrecer a cambio del carnet que nos han otorgado es contar lo que creemos íntimamente que se corresponde con la verdad. Lo contrario es una deshonestidad; peor aún, una infamia.

Ya sé que la verdad es un objeto resbaladizo, pero también son resbaladizos los peces y nadie puede negar su existencia. Se ha dicho muchas veces que existen muchas verdades, en función del ángulo desde el que se observe la realidad. También, que la verdad está casi siempre manipulada por intereses políticos o económicos; que los medios nos empaquetan un producto que quieren que consumamos como verdad, pero que, en realidad, no se corresponde con ella. Yo creo en la verdad. Admito que es muy difícil descubrirla en ocasiones, pero siempre existe, como existen sus contrarios: la mentira y la manipulación. He comentado antes que esta es una profesión que se ejerce en conciencia. Estoy convencido de que todo periodista sabe, en conciencia, cuál es la verdad, o es capaz, al menos, de distinguir cuándo la ha encontrado y cuándo no.

No todo el trabajo periodístico es capaz de alcanzar la verdad. En muchas ocasiones, la verdad de un acontecimiento no llega a conocerse nunca, sin que eso deba impedir el relato de los hechos. Al periodista no cabe exigirle siempre la revelación de una verdad que se trata de esconder, pero sí la búsqueda honesta de esa verdad y la publicación de hechos que ha tratado de confirmar por vías legítimas, lo que no siempre ocurre.

Se ha hablado en este libro de algunos de los males que acechan al periodismo. Los cambios tecnológicos, la crisis del modelo de negocio, el intrusismo desde las redes sociales, la saturación del público… Cada uno de ellos tiene capacidad destructiva suficiente como para comprometer el futuro de este oficio. Pero ninguna de esas amenazas es tan determinante como el sectarismo ejercido desde los propios medios de comunicación. El sectarismo que el público detecta de forma creciente está conduciendo a la destrucción de la credibilidad de los periodistas, y la pérdida de credibilidad es el golpe más letal que puede recibir la profesión.

Se pierde la credibilidad cada vez que un periodista antepone otros intereses al compromiso primordial asumido con la sociedad: la búsqueda honesta de la verdad. No importa la categoría de esos intereses. Hasta aquellos que parecen representar una mayor nobleza, como los intereses humanitarios o sociales, distorsionan el propósito mismo del periodismo. Desafortunadamente, muchos periodistas valoran hoy por encima de todo la satisfacción de sus lectores, de su público, para lo que suele identificarse con sus inquietudes y su ideología. Muchos tienen miedo a la sanción social que acarrea hacer lo contrario.

Salvar al periodismo requiere antes que nada recuperar el valor

de la verdad y la obligación de ejercerlo en conciencia. Hasta el periodismo de opinión, para hacerlo bien, requiere honestidad en el pensamiento que se expresa y rigor con los datos que se usan en la argumentación.

No sé si seguirá habiendo periodistas en el futuro o cómo se llamarán. Me cuesta imaginar que sea posible vivir en un verdadero sistema democrático sin el control eficaz que hasta ahora ha venido desempeñando el periodismo. A lo largo de la historia se ha requerido siempre arrojo para revelar lo que otros querían mantener oculto. Esa sigue siendo la virtud imprescindible para ser periodista en la mayor parte del mundo. En nuestras democracias consolidadas, en cambio, el mayor valor consiste hoy en sobreponerse al pensamiento dominante para encontrar la verdad que lo cuestiona. Los ciudadanos libres de hoy no requieren tanto de héroes que los protejan de los poderosos, como de valientes que los liberen de sus prejuicios. Sin campañas, sin doctrina, sin consejos: con información. Los periodistas están hoy llamados a renunciar a sus causas particulares, preguntar, escuchar, indagar y escribir la verdad. En conciencia. Tan sencillo como eso.